

A decorative border with a red outer edge and a light blue inner edge, framing the title area.

Bibliología

Orígenes, historia
y teología de la

BIBLIA

MARIO
CELY
Q

Bibliología

Orígenes, historia
y teología de la
BIBLIA

MARIO
CELY
Q



INDICE

PRIMERA PARTE

(Aspectos generales de la bibliología)

1. LA BIBLIA
2. LENGUAJES BÍBLICOS, ESCRITURA Y MATERIALES
3. CARACTERÍSTICAS Y AUTORES SECUNDARIOS DE LA BIBLIA

SEGUNDA PARTE

(La revelación divina)

4. ¿HA HABLADO DIOS?
5. LA REVELACIÓN DE DIOS
6. FUENTES, PROFECÍA E INSTRUMENTOS DE LA REVELACIÓN

TERCERA PARTE

(La inspiración divina de la Biblia)

7. LA INSPIRACIÓN SEGÚN LA PROPIA BIBLIA
8. LA EXTENSIÓN DE LA INSPIRACIÓN
9. UNIÓN DEL ELEMENTO DIVINO Y HUMANO EN LA INSPIRACIÓN
10. ILUMINACIÓN ESPIRITUAL
11. LA INSPIRACIÓN SEGÚN LA TEOLOGÍA LIBERAL
12. FALSAS TEORÍAS DE LA INSPIRACIÓN
13. OPINIONES CONTEMPORÁNEAS SOBRE LA INSPIRACIÓN
14. LA PROFECÍA COMO PRUEBA DE LA INSPIRACIÓN DE LA BIBLIA

15. LA AUTORIDAD DE LA BIBLIA [1]
16. LA AUTORIDAD DE LA BIBLIA [2]
17. INFALIBILIDAD E INERRANCIA DE LA BIBLIA
18. ¿HAY ERRORES EN LA BIBLIA?
19. SUPUESTOS ERRORES EN CONTRA DE LA INSPIRACIÓN PLENARIA Y VERBAL DE LA BIBLIA

CUARTA PARTE

(El canon de la Biblia)

20. CANON Y CANONICIDAD DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS
21. FORMACIÓN DEL CANON DEL ANTIGUO TESTAMENTO
22. DUDAS SOBRE LA CANONICIDAD DE ALGUNOS LIBROS DEL ANTIGUO TESTAMENTO
23. LIBROS APÓCRIFOS DEL ANTIGUO TESTAMENTO
24. LITERATURA DEL NUEVO TESTAMENTO
25. FORMACIÓN DEL CANON DEL NUEVO TESTAMENTO
26. PRUEBAS PARA EL CANON DEL NUEVO TESTAMENTO

QUINTA PARTE

(Genuinidad y autenticidad de la Biblia)

27. ¿ES GENUINA Y AUTÉNTICA LA BIBLIA?
28. ESCRITORES, REDACTORES Y LOS MANUSCRITOS DE LA BIBLIA
29. MANUSCRITOS, PAPIROS, LECCIONARIOS E INSCRIPCIONES DEL ANTIGUO Y NUEVO TESTAMENTO
30. LOS ROLLOS DEL MAR MUERTO
31. VERSIONES DE LA BIBLIA
32. LA BIBLIA FRENTE A LA CRÍTICA RACIONALISTA MODERNA
33. APÉNDICE
34. BIBLIOGRAFÍA

PRÓLOGO

El presente curso pertenece al departamento del estudio teológico designado como Bibliología. Es, en otras palabras, una Introducción Bíblica General. Esta materia trata con temas como la Revelación General y Especial, la Inspiración, el Canon, y Autoridad de la Biblia. Es un estudio preparatorio para la correcta interpretación de la Escritura así como de la Teología Sistemática. Tengo la convicción de que la Iglesia cristiana requiere conocer esta materia para que entendamos por qué dijo Jesús, “El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán” (Lucas 21:33).

Si la Biblia realmente es tan importante para quien ha creído en Cristo, ¿por qué no conocer sus orígenes históricos, desarrollo y formación? ¿Cómo se formó la colección de libros del Antiguo y Nuevo Testamento? ¿Cómo sabemos que la Biblia no tiene errores y que su contenido se nos ha transmitido fielmente por los antiguos escribas y copistas desde siglos inmemoriales? ¿Cómo llegaron hasta nuestros días las modernas traducciones sin la existencia de los manuscritos originales? El contenido de este libro es una respuesta apologética a las anteriores interrogantes. Una profunda investigación en la doctrina de la Biblia vuelve y nos permite ver la divina preocupación sobre el Depósito Sagrado que Dios ha encomendado a su Iglesia: “Sécase la hierba, marchítase la flor; mas la Palabra del Dios nuestro permanece para siempre” (Isaías 40:8). Es mi oración que este libro motive al pueblo de Dios a renovar su confianza en Las Sagradas Escrituras y a estar más dispuesto a obedecerlas. Porque de la verdad de la Biblia depende toda nuestra fe y esperanza para esta vida y la venidera.

M.C.Q.

Bogotá, Febrero de 2001

Este material está disponible gratuitamente, con la única finalidad de ofrecer lectura edificante a tod@s aquellos herman@s que no tienen los recursos económicos para adquirirlo. Si usted es alguien financieramente privilegiado, utilice este material para su evaluación, y, si es de su gusto, bendiga al autor, editores y librerías, con la compra del libro.

Kamikaze PDF



Primera Parte



- I. La Biblia**
- II. Lenguajes bíblicos, escritura y materiales**
- III. Características y autores secundarios de la Biblia**



LA BIBLIA

I. El significado del nombre

A. El término “Biblia”. En español se deriva de la palabra griega “*biblion*”, la cual significa rollo o libro pequeño. *Biblion* se deriva a su vez de *biblos*, y tiene varios significados: (1) La corteza interna de la planta de papiro, una clase de caña o junco que crece en los países cálidos del Cercano Oriente especialmente en Egipto. Con esta clase de material los antiguos escribieron sus composiciones literarias. (2) Cualquier libro cuyas hojas fueran hechas de aquella corteza. (3) Un libro sin importar el material del cual se hizo.

Biblos es la primera palabra que hallamos en el NT griego (Mt. 1:1). Entre el siglo IV y comienzos del V (cerca del 400 d.C.) Jerónimo, eminente traductor y padre de la iglesia llamó a la Biblia “la biblioteca divina”. Los escritores griegos cristianos empezaron a llamarla “Los Libros”. Convinieron con el concepto de que la Biblia es “la voz de Dios”. De esta manera, llegó a ser conocida como “El Libro” de libros. Fue así como, el término Biblia pasó a los lenguajes modernos de Europa y de todo el mundo.

B. Sinónimos del término Biblia. Se utiliza para designar la colección de las Escrituras del AT y del NT reconocidos y usados en las iglesias cristianas. Durante los primeros cuatro siglos a la Biblia se le llamó “La Escritura” (Hch. 8:32, 35; Gál. 3:8, 22; 2 Tim. 3:16). “Las Escrituras” (Mt. 21:42; 22:29; Lc. 24:27, 32, 45; Jn. 5:39), “Las Santas Escrituras” (Ro. 1:2), “Los Oráculos de Dios” (Ro. 3:2; Heb. 5:12), “La Palabra de Dios” (Mc. 7:13; Ro. 10:17; Heb. 4:12).

Se debe advertir que en los días de Cristo estos nombres solo se usaban con relación al AT. Y bajo este enfoque, las Escrituras del NT fueron colocadas al mismo nivel. Todos estos nombres empezaron a ser aplicados a los dos testamentos.

II. Las grandes divisiones

A. Dos divisiones. AT y NT. Los judíos solo reconocen el Antiguo, los cristianos los dos testamentos.

B. El significado del nombre “Testamento”. No significa voluntad, sino “pacto” o acuerdo (cf. Jer. 31:31-34; 2 Co. 3:6-14; Heb. 7:22; 8:6-13; 9:16, 17, etc.).

III. Los libros del Antiguo Testamento

A. Los libros de la Biblia entre los judíos. En los días de Cristo y los apóstoles la división del AT era de 24 libros comprendidos en tres grandes secciones a saber:

La Ley (*Torah*)

1. Génesis
2. Éxodo
3. Levítico
4. Números
5. Deuteronomio

Los Profetas (*Nebhiim*)

a. Profetas tempranos

1. Josué
2. Jueces
3. Samuel
4. Reyes

b. Profetas tardíos

1. Isaías
2. Jeremías
3. Ezequiel
4. Los doce “profetas menores”

Los Escritos (*Ketubhim* o *Hagiógrafa*)

a. Libros poéticos

1. Salmos
2. Job
3. Proverbios

*b. Los cinco “rollos” (*Megilloth*)*

1. Rut
2. Cantares

3. Eclesiastés
4. Lamentaciones
5. Ester
- c. *Libros históricos*
1. Daniel
2. Esdras-Nehemías
3. Crónicas

B. El orden en nuestras versiones modernas. Nuestras versiones modernas en cualquier idioma siguen el orden que inauguró la Versión de los Setenta. Se denomina así por la traducción del AT hebreo al idioma griego. Dicha traducción fue obra de 70 eruditos judíos en el siglo III a.C. en la ciudad de Alejandría (Egipto). Esta versión cambia el orden de los libros tal como estaban en el canon judío antiguo. Esta misma división es la que nosotros tenemos ahora. No obstante, en Occidente Jerónimo fue el que impulsó la división en 39 libros para el AT tal como lo conocemos. De acuerdo con su naturaleza y contenido se dividen en cuatro secciones:

1. ***El Pentateuco o Ley (5 libros):*** Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio.
2. ***Históricos (12 libros):*** Josué, Jueces, Rut, 1 y 2 de Samuel, 1 y 2 de Reyes, 1 y 2 de Crónicas, Esdras, Nehemías, Ester.
3. ***Poéticos (5 libros):*** Job, Salmos, Proverbios, Eclesiastés, Cantar de los Cantares.
4. ***Proféticos (17 libros):*** Se dividen en: Profetas Mayores (5 libros): Isaías, Jeremías, Lamentaciones, Ezequiel, Daniel. Profetas Menores (12 libros): Oseas, Joel, Amos, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahum, Habacuc, Sofonías, Hageo, Zacarías y Malaquías.

Después del año 70 cuando fue destruido el templo de Jerusalén por el militar romano Tito, los judíos, particularmente los denominados escribas del partido fariseo, se reunieron para tratar algunos problemas prácticos de la comunidad judía. Uno de estos, el más importante quizá fue la delimitación del canon hebreo del AT. Hay dos razones que originaron aquellas preocupaciones: una fue la proliferación de los libros apócrifos provenientes desde antes de Cristo. La otra fue el hecho de que los cristianos habían aceptado la Versión de los Setenta (o Septuaginta) como sus Sagradas Escrituras. El resultado fue el Concilio judío de Jamnia del año 90 d. C. Allí se llegó al reconocimiento

del actual canon del AT que tienen nuestras Biblias, nuestra actual corriente división de 39 libros.

IV. Los libros del Nuevo Testamento

El NT contiene 27 libros. Han sido divididos en tres principales divisiones y subdivisiones.

A. *Históricos (5 libros)*. Biográficos, La vida de Cristo (4 libros): Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Historia de la Iglesia (1 libro): Hechos de los Apóstoles.

B. *Doctrinales y prácticos (21 libros)*. Epístolas paulinas (14 libros): Eclesiásticas o a las iglesias (9 libros): Romanos, 1 y 2 de Corintios, Gálatas, Efesios, Filipenses, Colosenses, 1 y 2 de Tesalonicenses. Pastorales (3 libros): 1 y 2 de Timoteo y Tito. Personales (1 libro): a Filemón. A cristianos hebreos (1 libro) La carta a los Hebreos. Epístolas Generales (7 libros). A cristianos hebreos (3 libros): Santiago, 1 y 2 de Pedro. Epístolas de Juan (3 libros): 1 de Juan es general. La 2 y 3 de Juan son personales. Judas (una epístola general).

C. *Proféticos (1 libro)*. El Apocalipsis. Luego de una ardua batalla que trataba de determinar cuáles libros del NT eran o no canónicos, es decir, inspirados por Dios, el Concilio de Cartago (397 d. C.) reconoció como canónicos los actuales 27 libros que hoy tienen nuestras Biblias.



LENGUAJES BÍBLICOS, ESCRITURA Y MATERIALES

I. Idiomas del Antiguo Testamento

La mayor parte del AT fue escrito en el idioma hebreo, a excepción de Esdras (4:8 a 6:12 y 7:12-26), seis capítulos de Daniel (2:4 a 7:28), un versículo en Jeremías (10:11) y dos palabras en Génesis (31:47), los cuales fueron escritos en arameo (de Aram, uno de los cinco hijos de Sem, Gén. 10:22). Estos son lenguajes que pertenecen a la familia de los idiomas semíticos (de Sem, Gén. 10:22). Los cuatro principales idiomas de esta familia son el asirio-babilónico, el arameo, el árabe y el hebreo. Dado que nos interesan los idiomas bíblicos nos limitaremos a estos.

A. El arameo. “Sirio” es el término bíblico que fue traducido por Aram o arameo en nuestra Reina-Valera. Como idioma, el arameo fue el lenguaje de los sirios (2 Rey. 18:26; Esdras 4:7; Is. 36:11; Dan. 2:4). Se cree que se originó entre las poblaciones que habitaron las riberas del río Tigris. También fue el lenguaje de Mesopotamia (Padan-Aram, Gén. 28:5) en los tiempos de Labán, tío de Jacob (Gén. 31:47) y país de Abraham (Gén. 24:4, 10; 28:2, 5). Este idioma se extendió bastante por Asiria y el sur de Babilonia. El profeta Daniel y el escriba Esdras lo hablaban. A los judíos del cautiverio o exilio babilónico (606-536 a.C.) se les obligó a hablar arameo para poder entenderse con sus nuevos amos, pero nunca olvidaron su lengua materna. Prueba de esto es que los autores sagrados del tiempo del cautiverio escribieron los libros del AT en su propio idioma hebreo. El arameo fue el lenguaje prevaleciente en Palestina durante los días de Cristo, y siempre se ha creído que nuestro Señor mismo hablaba este lenguaje.

B. El hebreo. Este idioma no es mencionado en el AT como “hebreo”, pero toma su nombre del pueblo hebreo del cual nos habla el libro del Génesis (cf. 14:13; 40:15; 41:12). Fue el lenguaje de los judíos (2 Rey. 18:26, 28; Neh. 13:24). En el NT la palabra se refiere al arameo, el cual, en su tiempo, suplantó al nombre hebreo (cf. Jn. 5:2; 19:13; Hch. 21:40; 22:2). Muchos eruditos estiman que el origen propio del término hebreo proviene de Eber, ancestro de Abraham (Gén. 10:21, 22, 25; 11:15, 26), o de una raíz que significa “atravesar” o “cruzar”. La versión de los LXX denomina a Abraham “el

hombre del otro lado” (Josué 24:2, 3). Origen del idioma. No son claros los orígenes de este idioma. Hay entendidos en la materia que afirman que está emparentado con el antiguo fenicio. De ahí que se hable del fenicio hebreo. Algunos descubrimientos como las tablillas cuneiformes de Ebla, la estela de Moab y las inscripciones fenicias, muestran que los cananeos, los moabitas y los fenicios hablaban un idioma muy similar al hebreo. Una mezcla entre español, italiano y portugués. Del mismo modo, en las tablillas halladas en Ras Shamra (fechadas entre los siglos XV o XVI a.C.), aparece una forma de hebreo primitivo. Por este hallazgo, se ha deducido que el antiguo estilo del hebreo-sinaítico tiene bastante relación con lo que Moisés mandó a escribir en Éxodo 17:8-14. Pero hay otros que declaran que el antiguo hebreo ya se encontraba en los propios días de Abraham.

Todo idioma evoluciona con relación a su pronunciación y forma de escribirse. Antes del hebreo bíblico el idioma sufrió una transformación. Los especialistas nos dicen que en los días de los jueces el hebreo tenía dos dialectos shibolet y sibolet (Jue. 12:6). Así es que también tenemos un idioma hebreo denominado hebreo-asirio el cual se escribe con caracteres cuadrados. El alfabeto hebreo se compone de 22 consonantes. Originalmente, se escribía sin los puntos que actualmente tiene para su vocalización. Como se recordará, los puntos o vocales fueron inventados por los masoretas posteriores a Cristo (de los cuales hablaremos más adelante) para determinar la pronunciación.

II. Idiomas del Nuevo Testamento

El idioma del NT es el griego. Pertenece a la gran familia aria o indoeuropea o indogermánica. En cuanto a su más remoto origen, proviene de los jafetitas (de Jafet, el tercer hijo de Noé, Gén. 10:1). Los principales idiomas de la familia aria son: (1) El indio o hindú, el medo y el persa; (2) el griego, el italiano (junto con el latín y las lenguas romances); (3) el céltico (galés, escocés e irlandés); (4) el eslavónico; (5) el teutónico (escandinavo, alemán, anglosajón y el inglés).

El idioma griego ha sido clasificado en dos divisiones: el antiguo y moderno. El antiguo en dos clases: clásico y alejandrino (llamado también macedonio o helenístico). De los cuatro dialectos del griego clásico, el ático (de Ática, de la cual Atenas fue la capital) fue el más importante. Mediante las conquistas de Alejandro Magno este idioma se esparció por toda el Asia Menor, Siria, Egipto y la India. Su difusión estuvo confinada a elementos culturales y políticos, pero gradualmente se fue popularizando entre la “clase media”. Pero, más allá de Grecia, floreció en Egipto el griego alejandrino o griego común conocido como *koiné*. Este fue el idioma utilizado en la traducción del hebreo del AT para producir la versión de los Setenta (LXX). En este mismo idioma, más tarde se escribiría el NT entre los años 50 al 100 d.C. El griego “koiné” fue el lenguaje común utilizado por el Señor y los apóstoles además del arameo. Es un hecho comprobado que en la Palestina de los días de Jesús existió una comunidad cosmopolita que hablaba

varios idiomas como el latín, el griego y el hebreo-araméo. El Señor y los apóstoles por lo menos fueron bilingües (Hch. 2:7-11).

III. La escritura como arte de escribir

La escritura es el arte de escribir los pensamientos y los hechos que suceden. En tiempos primitivos los pensamientos fueron expresados por las gesticulaciones o por el uso de la voz para luego ser recordados por la memoria. Los eruditos nos hablan de tres etapas en la historia de la escritura: (1) Pictogramas, (2) Ideogramas, (3) Fonogramas (pinturas o símbolos representados mediante sonidos). Más tarde vino el deseo de transmitir el pensamiento en forma escrita. Este proceso dio origen al alfabeto (de las letras griegas *alfa* y *beta*) que llegaron a ser diversos en el mundo. Pese a los descubrimientos de la arqueología Julius Wellhausen, famoso crítico alemán del pasado siglo, no se alejó del error al afirmar que la escritura solo se conoció en Israel durante los días de la Monarquía Hebrea. En referencia a esto, dicha tesis ha resultado falsa según demuestran los maravillosos hallazgos arqueológicos. Analicemos esto que sigue.

Como arte, la escritura es tan antigua como el mismo hombre. Cuando Abraham abandonó Ur de Caldea (2100 o 1900 a.C.), dejó una tierra donde existían cantidades de libros. Millones de tabletas de arcilla se han descubierto con una gran variedad de materias: lingüística, astronomía, historia, matemáticas, mitología, geografía, etc.). De igual manera, en Egipto los descubrimientos han sido numerosos evidenciando la inmensa riqueza de las civilizaciones antiguas. Está muy lejos de la verdad la aseveración racionalista liberal de que el período de los patriarcas y el de Moisés estuvieron rodeados por la barbarie y la ignorancia. Por el contrario, la cultura en que vivieron estuvo saturada de abundantes letras y ciencias, según prueban los libros, monumentos e inscripciones literarias descubiertas en las antiguas tierras bíblicas. Dichos hallazgos tienen una antigüedad de por lo menos 2500 años antes de Cristo.

Escritura bíblica. El antiguo pueblo hebreo fue un experto en el arte de escribir. El término “escribe” según Dios o los patriarcas lo decían se encuentra en la Biblia unas doscientas sesenta veces. La palabra traducida “escritor” o “escriba” ocurre unas sesenta veces; y lo mismo pasa con la raíz que se utiliza para “libro” (141 veces). Véase en la Biblia las siguientes citas bíblicas que dan cuenta de este hecho: (Gén. 5:1; Ex. 24:4; 34:27, 28; Núm. 17:2, 3; Dt. 11:20; 24:1, 3; Josué 18:4-9; 1 Sam. 10:25; 2 Crón. 35:4; Prov. 1:1, etc.). El antiguo pueblo de Dios no fue iletrado. Tanto patriarcas, como profetas, sacerdotes, reyes, escribas y la gente común, todos escribían. En el NT los términos “escribir”, “escritura” y “Sagrada Escritura” ocurren unas doscientas sesenta y cinco veces, y la palabra “escriba”, sesenta veces.

IV. Materiales en que se escribió la Biblia

Los materiales utilizados para escribir durante el período del AT fueron con frecuencia la arcilla, los metales, la piedra, el papiro, el cuero, las piedras preciosas, el marfil, la madera, la cera y el lino.

A. Materiales empleados para escribir el Antiguo Testamento. Es muy posible que las primeras tradiciones de la revelación divina fueran escritas en algunos de estos materiales. Pero, con mucho acierto, hoy sabemos que fueron cuatro clases de materiales los que se emplearon para conservar la revelación escrita de Dios: tablas de piedra, tablillas de arcilla o barro, el papiro y los cueros de animales (cf. Gén. 5:1; Ex. 17:14; 24:4; Núm. 17:2, 3; Dt. 11:20; 24:1, 3; Jos. 8:30-34; 24:26). Hay otras citas bíblicas sobre esto, por ejemplo (Sal. 40:7; Jer. 36:2, 6, 23, 29; Ez. 2:9; Zac. 5:1, 2; Esd. 6:2). Al final del AT se utilizó el lino, material que adquiriría una forma de papel grueso.

B. Materiales del Nuevo Testamento. El papiro se utilizó en los primeros tres siglos de la era cristiana. Posteriormente se pasó a la vitela, tela de cuero muy fina. El pergamino es otro material parecido a la vitela. Copias del NT también se escribieron en papel, inventado en la China durante el segundo siglo d.C. Fue introducido en Arabia en el siglo VIII, llevado a Europa en el siglo X, pero se empezó a manufacturar en el Viejo Continente solo hasta el siglo XII. El papel y la vitela era lo que más se utilizaba hasta el invento de la imprenta (siglo XIII) por el alemán Juan Gutenberg. Este sabio revolucionó el gusto de escribir extensamente sobre el papel. Las emociones de los autores al ver como sus obras se reproducían y eran leídas a gran distancia, originaron una muy grande y repentina “fiebre” por el arte de escribir.

Una nueva luz vino al mundo cuando aparecieron los manuscritos conocidos como “Códices” que eran en forma de libro en contraste con los rollos. Es muy importante reseñar que estos materiales, especialmente la vitela y el papiro fueron los que más se utilizaron en el copiado de los manuscritos y códices bíblicos que hoy conocemos. Entre manuscritos y versiones hay miles de copias.

C. Elementos e instrumentos para escritura. Para escribir se empleó lo que hoy conocemos como tinta negra, hecha del negro de humo o carbón de hulla diluido en agua. Había tinteros de cuero (Ez. 9:2, 3, 11). Instrumentos que utilizaron para escribir en los días en que por Dios iba siendo inspirada la Biblia fueron: (1) El *Stylus* o estilete en español. Ordinariamente era una barra metálica o de madera dura o de hueso terminado en punta triangular o puntiaguda en otros casos. Hay indicios de que también utilizaron puntas de diamante. (2) El cincel fue otro instrumento (Job 19:24; Jer. 17:1; Is. 8:1). (3) La pluma o caña, empleada para escribir en los papiros y en las vitelas (3 Jn. 13; cf. 2 Jn. 12).



CARACTERÍSTICAS Y AUTORES SECUNDARIOS DE LA BIBLIA

I. Características

A. *Un solo Libro.* Mientras que en cierto sentido la Biblia es una biblioteca de libros, el tema uniforme nos hace pensar que se trata de un solo Libro. Podríamos decir que los 66 libros escritos por diferentes autores son en realidad como 66 grandes capítulos de un solo libro.

B. *Un solo tema.* El gran tema de este maravilloso libro es LA REDENCIÓN. La unidad y la armonía del Libro fue escrita durante un período de tiempo de aproximadamente mil quinientos años (1450 a.C. hasta 100 d.C.).

C. *Un solo autor.* El autor primario es el Espíritu Santo (2 Ti. 3:15-17; 2 Pe. 1:21; 2 Sam. 23:1, Hech. 1:16; 28:25).

II. Varios autores secundarios

Fueron cerca de treinta y cinco a cuarenta escritores. Aquellos nunca se conocieron. No obstante, su unidad y continuidad hace pensar que se trata de la obra de un solo autor, es la obra de Dios Espíritu Santo. Hay que advertir que de los 66 libros, 55 de los autores son fácilmente identificados por la tradición y la historia. Los especialistas estiman que hay once libros cuyos autores no son de fácil identificación. Tenemos Jueces, Rut, 1 y 2 de Samuel; 1 y 2 de Reyes; 1 y 2 de Crónicas, Ester, Job y Hebreos. Algunos libros como Génesis, Job, Jueces, los dos de Reyes y los dos de Crónicas cubren períodos muy largos de la historia. Es muy posible que su contenido haya sido coleccionado y mantenido en antiguos archivos. Alguien los reunió y los editó hacia fines del período histórico de cada libro. Pero obviamente bajo la guía de la divina inspiración.

A. *El caso del Génesis atribuido a Moisés.* Moisés fue el compilador de Génesis. La tradición hebreo-cristiana atribuye el Pentateuco a Moisés. Es muy probable que el gran legislador hebreo haya recibido el contenido de este libro por tradición escrita o por revelación directa. Lo único que nos importa aquí por ahora es la influencia de la

inspiración de Dios. Recibimos esta narración sobre la base del reconocimiento y autoridad que Cristo mismo confirió al libro del Génesis. Esta es la principal razón para afirmar que se trata de relatos auténticos. El tema será ampliado más adelante.

B. Los Salmos y los Proverbios. Ambos tienen varios autores. De acuerdo con los títulos que aparecen antes de los Salmos en la Biblia hebrea se atribuyen a David 73 Salmos. Doce (algunos como el 50, 73-83) a Asaf (cf. 1 Cr. 15:17; 16:5). A los hijos de Coré (Núm. 16; 26:11; 1 Cr.9:19) se les menciona como los autores de 10 Salmos (algunos como el 42, 44-49, 84, 87, 88). Dos Salmos se le atribuyen a Salomón (72, 127); un Salmo se le atribuye a Hernán el ezraíta (88), Etán el ezraíta (89) y Moisés (90).

En cuanto a los Proverbios, además de Salomón, también figuran como coautores Agur (30:1) y el rey Lemuel (31:1). Todos los autores (a excepción de Lucas que según se cree fue un Médico gentil de nacionalidad griega) fueron judíos, y escribieron dentro del contexto de la revelación divina al antiguo pueblo de Israel (Dt. 7:6-11). Las palabras de estos autores han sido las que más han influido en la historia de la humanidad. Son las que han suscitado montañas de libros en cuanto a comentarios, teologías y defensas o apologías de la Palabra de Dios.

C. Ocupación de los autores. Existe una variedad ocupacional de los autores secundarios de las Sagradas Escrituras.

- Dos de los escritores fueron reyes —David y Salomón—.
- Dos fueron sacerdotes —Jeremías y Ezequiel—.
- Lucas fue un médico.
- Dos fueron pescadores —Pedro y Juan—.
- Dos fueron pastores —Moisés y Amos—.
- Pablo era un fariseo y un teólogo.
- Daniel fue un político.
- Mateo, un recaudador de impuestos.
- Josué fue un soldado.
- Esdras fue un escriba.
- Nehemías fue un mayordomo.

Como dijimos antes, no sabemos las ocupaciones de los restantes autores por la dificultad que existe en identificarlos.

III. Las divisiones en capítulos y en versículos

Las actuales Biblias que tenemos en los idiomas modernos no fueron escritas con las divisiones en capítulos y versículos que hoy tienen. La moderna división en capítulos se estima que fue obra de Stephen (Esteban) Langton, arzobispo de Canterbury, Inglaterra. Murió en 1228. Aunque otras veces ha sido atribuido al Cardenal Hugo, quien murió en 1263, y se cree que utilizó tales divisiones para la preparación de una concordancia. Por su parte, la moderna división en versículos fue obra de Roberto Estefanus, impresor que publicó el NT en griego en el año de 1551.

El valor de estas divisiones. Son de valor en el sentido que facilita una búsqueda rápida del texto que uno quiere ubicar; pero no lo es en el trabajo de la interpretación. En ocasiones, al colocar un determinado capítulo dividieron o partieron el texto no según el manuscrito donde no aparece cortada una sección. En otros casos se desatendió el contexto. De ahí que se ha dicho que “el primer paso para la interpretación de las Escrituras es ignorar la moderna división de sus capítulos y versículos”.

IV. Notas marginales y referencias

Las notas marginales y las referencias que hoy encontramos en las versiones modernas son de ayuda en varios sentidos: (A) explican el significado de los nombres propios en cuanto a las palabras en hebreo y griego. (B) Explican el sentido histórico de las unidades de valor, pesos y medidas de los tiempos bíblicos. (C) Sugieren un significado más exacto y literal para términos difíciles de los idiomas originales. (D) Dan las variantes que se encuentran en los diferentes manuscritos hebreos y griegos. (E) Permite una comparación con las versiones hechas en otros idiomas para el mejoramiento del texto. Por último, es bueno que hagamos notar la buena herramienta de las concordancias. Nos facilitan la ubicación de pasajes de manera rápida. Sirven también para estudios temáticos o textuales.

V. Traducciones modernas

En la actualidad la Biblia ha sido traducida a más de 1650 idiomas y dialectos antiguos y modernos. De manera completa su traducción alcanza a 300 lenguas o en partes de ella. De acuerdo con los últimos reportes de las Sociedades Bíblicas en América Latina, solo el Nuevo Testamento ya ha sido traducido a más de 500 idiomas y dialectos. Se nos dice por parte de este organismo que se está trabajando en diversas partes del mundo para traducir la Biblia completa en 643 lenguas. Esto es poco si tenemos en cuenta que las ciencias antropológicas y lingüísticas nos dicen que en todo el mundo se hablan entre 5000 a 6000 lenguas y dialectos. Destaquemos el trabajo de las distintas Sociedades Bíblicas en el mundo, el esfuerzo de incontables misioneros y las ofrendas generosas del pueblo de Dios han hecho que las Sagradas Escrituras sean

el libro que más se vende y circula en todo el mundo. Actualmente se vende por millones y millones.

¿Qué demuestra todo esto? No hay duda que se trata de la prueba más indubitable de que la Biblia es la Palabra de Dios; no es un libro cualquiera. Es una evidencia más del propósito divino de hacer llegar su Palabra revelada para la salvación de los hombres en los cuatro ángulos de la tierra.

Segunda Parte



- I. ¿Ha hablado Dios?**
- II. La revelación de Dios**
- III. Fuentes, profecías e instrumentos de la revelación**



¿HA HABLADO DIOS?

I. Propósito básico por el cual Dios ha hablado

La carta a los Hebreos comienza diciendo: “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempos a los padres por los profetas, en estos postreros tiempos nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo...” (1:1,2).

¿En realidad, ha hablado Dios? De principio a fin, la propia Biblia declara que Dios ha hablado, y que el conjunto de los libros inspirados es la Palabra o revelación del Dios viviente para toda la humanidad. El habla divina se ha dirigido a los hombres desde el principio de la raza humana. Esta se manifestó en actos portentosos, tangibles y visibles empezando con Adán en el paraíso; y en los días de Moisés Dios se reveló escribiendo los Diez Mandamientos con su “dedo”. Lo más maravilloso es saber que la divinidad se hizo “verdadero hombre” en la persona de Jesucristo. Sin embargo, oír o saber que Dios se ha revelado en épocas pasadas sin que haya constancia de un registro de su intervención, esto, al fin y al cabo no sería una maravilla. No obstante, la dicha de la revelación divina es una realidad, y dicho registro es la Biblia. El evangelista nos dice para qué Dios Padre nos dejó dicho registro: “Pero estas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida eterna en su nombre” (Juan 20:31). El compendio de este Evangelio nos dice que este Dios excelso ha hablado por medio de su Unigénito Hijo proveyendo un plan de redención que nos permite a los creyentes la victoria sobre el pecado, el mundo, la muerte y Satanás. Al mismo tiempo, la sabiduría de su Palabra nos permite vivir esta vida disfrutando de sus bendiciones. Como revelación especial, la Biblia tiene el gran propósito de acercar al hombre a Dios. Hay una doble maravilla en todo esto: (1) Las Sagradas Escrituras han sido preservadas providencialmente a lo largo de los siglos; y (2) los descubrimientos arqueológicos ponen en evidencia que nuestra Biblia actual proviene de un texto original transmitido fielmente por los copistas judíos antes y después de Cristo, así como por los monjes cristianos en el caso del Nuevo Testamento.

II. Escepticismo de los que no creen en la Biblia como revelación divina o Palabra de Dios

Existen grandes diferencias entre el ateísta, el deísta y el teísta. El ateísta niega la existencia de Dios y su revelación. El deísta cree en la existencia de Dios, pero niega el hecho de que la Biblia sea Su Palabra revelada. La luz de la naturaleza y la razón son sus guías suficientes como medios para ejercer su fe y práctica. El deísta tampoco cree que necesite de la Biblia para confiar en Cristo. Como teístas, los cristianos creemos en la existencia de un Dios personal, Creador, Soberano y eterno que preserva y gobierna el universo. Asimismo, sostenemos que Dios nos ha dado una revelación sobrenatural en la Biblia y en Jesucristo.

La llamada Revelación General o natural nos habla de un Dios personal, sabio, todopoderoso que gobierna el mundo, cuyos atributos de amor, bondad y sabiduría se dibujan en el orden del universo (Sal. 19:1-3). En cuanto al hombre, el orden creado le indica por medio de la conciencia cuáles son sus deberes morales para con el prójimo, etc. Sin embargo, solo la Revelación Especial puede darnos a conocer que somos pecadores necesitados de la salvación. Estos conceptos quedarán mejor ampliados en el siguiente capítulo.

III. Los actos de Dios han sido “escriturados”

Si se nos permite el término “escriturado”, (puesto por escrito) con esto queremos decir que todos aquellos portentos y maravillas realizadas por el Dios viviente han sido registradas en el libro que llamamos La Biblia. Debemos entender que el conjunto de los actos de Dios que llamamos revelación especial no fue ejecutado en el vacío. Tampoco son formulaciones doctrinales o ritos inventados por el “genio” religioso de los hebreos. Se trata más bien, de los actos que Dios ha ejecutado en la historia. Oscar Cullman tiene razón cuando a dichos actos los denomina “Historia de la Salvación”. Al leer la Biblia nos damos cuenta de que este es el énfasis a través de todas sus páginas. Dios no es un ser remoto que envía una carta desde la distancia, sino un Dios que se sumerge en la historia de los hombres realizando milagros y proezas, llevando adelante su propósito de redención, trayendo alegría y luz a nuestros confundidos corazones.

Los “hechos maravillosos de Dios” se inician de manera especial con el llamamiento de Abraham y culminan con la encarnación, muerte, resurrección y ascensión de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Se trata de los grandes sucesos de un Dios vivo que se ha revelado en y para la historia. Al decir que los actos de Dios han sido escriturados significa que Dios mismo se encargó de que su revelación se escribiera en forma de crónicas históricas (Ex. 17:14; 34:27; Is. 8:1; 30:8; Jer. 25:13; 30:2, etc.). Los autores bíblicos no hicieron el papel de “historiógrafos”; es decir, que su propósito no fue escribir una historia completa, “objetiva”, según los cánones modernos que rigen para escribir la historia. Su finalidad no fue escribir tratados de astronomía, ni de física, ni

de geografía, filosofía o sociología. No, ante todo los autores bíblicos son “Hagiógrafos” porque escribieron desde el punto de vista de la fe, como gente que estuvo comprometida con el mensaje de Dios. Los actos que dieron origen a la revelación de Dios son los que determinan su inclusión en las Escrituras.

IV. El habla de Dios ha sido escriturada

Los actos llevados a cabo por Dios no son acontecimientos sin color ni sabor, por decirlo así. Son sobre todo acontecimientos que conllevan una voz y una interpretación para la humanidad. Por sí solos, los acontecimientos serían como una película sin sonido, incapaces de comunicar su significado. Dios no solamente ha actuado, sino que ha hablado y continúa actuando en nuestros días y nos sigue hablando por su Palabra. La interpretación de sus obras maravillosas no es abandonada a su propia suerte. Por ejemplo, Dios nos dice en su Palabra que el universo material es su obra y no la extensión de su ser (panteísmo). A cada paso en la Biblia Dios nos da una respuesta suficiente para comprender el significado de nuestra vida en este mundo incluyendo el problema del mal, las catástrofes, las injusticias, etc.

Si Dios no hubiera hablado, ningún cristiano tampoco podría saber cómo interpretar correctamente la historia y la vida actual con sus azares y pesares. Si Dios no hubiera hablado e interpretado sus propios actos, significaría que cualquier especulación de los hombres sería la verdad. Y ¿quién determinaría cuál de todas ellas es la correcta? Gracias a Dios que Él nos ha hablado por medio de sus mensajeros los profetas y los apóstoles, siendo la máxima forma de comunicación o lenguaje divino la encarnación de Jesucristo. En la Biblia las palabras siempre interpretan a los hechos. Evento e interpretación forman un todo inseparable. Veámoslo en esta explicación: “Cristo murió” (es el acontecimiento histórico); “por nuestros pecados” (interpretación teológica). Visto de otro modo, no es posible que exista la revelación sin el habla divina. El Dios que redime es un Dios que habla; es muy diferente a los dioses mitológico-paganos que nunca hablan. (Léase de nuevo Hebreos 1:1-2). Este Verbo o habla divina habló también por el Espíritu Santo inspirando a los profetas y apóstoles para producir la Biblia. Al principio por la tradición verbal y luego en forma escrita. Dios, al revelarse empleó como vehículo palabras y lenguajes humanos, medios por los cuales Dios quiso darse a conocer a los hombres. Por esa razón en el AT tenemos la clásica expresión de los profetas “Así dice Jehová”. Nos damos cuenta por qué Dios quiso que sus actos y habla fuesen puestos por escrito. Este por qué, nos dice que Dios quiere que entendamos que la Biblia es el único libro autoritativo para saber el camino correcto hacia Él y cómo vivir mejor en este mundo.

V. La Biblia y Jesucristo

Es demasiado importante comprender que la Biblia adquiere su autoridad por la inspiración, pero mucho más por la relación que tiene Jesucristo con la palabra escrita. Jesucristo es el Logos en lo que hace y en lo que dice; y el registro que tenemos en el NT de lo que dijo e hizo es fundamental para nuestra fe. La acción y la palabra también son modalidades de la autoridad de Cristo. En su ministerio terrenal hay momentos en que estos dos aspectos se confunden entre sí puesto que su palabra, por ser autoritativa es a la vez creadora. Analicemos los siguientes casos narrados en los evangelios para ver cómo el Señor da su Palabra y ejerce autoridad al mismo tiempo: “Cuando Él habla, los hombres le siguen (Mc. 1:16-20); los demonios obedecen sus órdenes (Mc. 1:21-28); los leprosos son curados (Mc. 1:40-45), los paralíticos son levantados (Mc. 2:1-12); la mano seca de una persona es restaurada (Mc. 3:1-16); a su mandato, el viento y las fieras ondas del mar se calman (Mc. 4:35-41); por su palabra a los sordomudos y a los ciegos le son restaurados sus sentidos (Mc. 7:31-37; 10:46-52); una higuera se seca y los muertos son resucitados (Mc. 5:21-43; 11:12-14; 20-26); enseña como quien tiene autoridad y no como los escribas (Mt. 7:29)”.

Tenemos entonces que la importancia de la Biblia como palabra escrita reside en el glorioso hecho de que Jesucristo identifica la verdad con su palabra y su palabra con las palabras de Dios. Aquí no se trata de las palabras de un “genio religioso” como pretende C. H. Dodd. No, las palabras y actos de Jesucristo son la expresión de una nueva realidad que sobrecoge a los hombres y sacude el reino de las tinieblas. Es nada menos que el cumplimiento de todas las profecías del Antiguo Testamento; es un anticipo de la más maravillosa degustación de los poderes del reino venidero; “Él es el (único) Mesías que había de venir” La palabra escrita de la Biblia deriva su autoridad de las palabras y los hechos de Jesucristo, de su conciencia mesiánica, de su proclamación de las Buenas Nuevas (Mc. 1:15). Hay que decir también que cuando un hombre pregunta acerca de la Biblia está preguntando acerca de Jesucristo porque Él es el centro, tema básico de toda la Biblia. De ahí la importancia de que las Escrituras sean textuales e históricamente correctas.

VI. ¿Es un fraude la Biblia?

La Biblia es la extensión del habla divina, originalmente expresada de forma oral por profetas y apóstoles. Debido a que la tradición profética y apostólica tomó la forma de escritos originales y luego a través de copias, la Biblia queda en pie o cae con Jesucristo, máxima revelación de Dios (Heb. 1:1, 2). Si Él es quien dice ser, y sus palabras y actos fueron registrados por los apóstoles, entonces, se requiere que lo que leemos en la Biblia sea la verdad. Pero si Jesucristo no es quien dijo ser, entonces la Biblia no es la Palabra de Dios y más bien es un fraude. Y si la Biblia es esto último, entonces ningún cristiano tiene salvación, para nadie habrá la sublime esperanza de “cielos nuevos y tierra nueva”.

Pero dichosamente y contrario a lo previsto, los cristianos creemos que Dios se ha revelado al hombre de manera fiel mediante la revelación especial y sobrenatural en la Biblia. Dios mismo nos ha dicho quién y cómo es Él, quién y cómo es el hombre, y lo que Dios mismo ha hecho por nosotros. Las “muchas veces y maneras en que Dios habló o se reveló en otros tiempos” fueron escrituradas en los 66 libros canónicos. Creemos que la revelación de Dios es genuina y legítima por las siguientes razones:

A. La revelación es posible. La misma Biblia declara que “todas las cosas son posibles para Dios” (Mc. 10:27; Lc. 1:37). Es lógico y razonable creer que si Dios es Todopoderoso y además soberano, le es posible revelarse al hombre.

B. La revelación es necesaria. La mancha del pecado produjo en el hombre un gran daño moral y espiritual manifestado así: (1) Una triple incapacidad moral y espiritual: el hombre no entiende (1 Corintios. 2:14), no quiere (Juan 5:40) y no puede llegar a conocer a Dios con su propia razón o intelecto (Romanos 8:7). (2) Guiado por su conciencia y a expensas del mensaje bíblico, el hombre jamás llegará a ser consciente de la necesidad de Cristo para su salvación. Ni la razón humana ni las opiniones de los hombres son suficientes para alcanzar el estado de perfección que el hombre perdió al comienzo (Rom. 1:21-31; 3:9-18; 1 Cor. 6:9-11; Ef. 2:1-3). El campo de la moral adquiere su verdadera razón de ser únicamente cuando la conciencia es iluminada por la revelación de la Palabra escrita (Sal. 19:7-11; 119:9, 11, 105; Ef. 1:13; 2:13).

C. La revelación es probable. Si la revelación es posible y necesaria y si Dios quiso tener compañerismo con los hombres, entonces la revelación es preeminentemente probable. En varias épocas, algunos filósofos han afirmado la probabilidad de la revelación de Dios como un conocimiento racional. (Para una ampliación de este tema recomiendo la lectura del libro *La Racionalidad de la Revelación* por Derek Bigg, EEE).

D. La revelación es creíble. Si es posible, necesaria y probable significa que también es creíble. Es mucho más difícil creer que Dios no se ha revelado.

E. La revelación es razonable. Todo lo que la Biblia declara en sus páginas sagradas es una apelación constante a la razón humana. Nada de lo que allí se dice es irracional porque todo se puede entender. Si nuestra época es una época obsesionada por la comunicación, nada más fácil para el hombre entender la comunicación del mensaje divino de la Biblia. La comunicación de Dios a la raza humana, aunque efectuada mediante el lenguaje humano, es sin embargo un medio inteligible que nos permite escuchar Sus Palabras e inquietudes.

F. La revelación es cierta. Esto es lo que dice nuestra maravillosa Biblia. Sus propias evidencias internas y externas así lo demuestran. Tenemos las siguientes: el cumplimiento de las profecías, los milagros, la extensión del cristianismo, la transformación moral y espiritual de la vida de los pecadores, la satisfacción intelectual

de la mente y el corazón humano, la fiel transmisión de los originales de las Escrituras hasta las versiones de hoy. Todo esto junto permite que nadie pueda dudar de la veracidad de la Biblia. (Para este tema véase las obras de Josh McDowell Evidencia que exige un Veredicto, I, II).

El amable lector puede darse cuenta del grado de importancia que tiene estudiar los orígenes históricos, desarrollo y formación del libro que es la base de nuestra fe y esperanza para esta vida y la venidera. ¿Si la Biblia no es cierta, qué camino nos queda? Prosigamos en este fascinante estudio.



LA REVELACIÓN DE DIOS

En este capítulo haremos una ampliación del tema que dejamos pendiente en el capítulo anterior. Veremos a continuación las diferentes formas en que al Altísimo le ha placido revelarse.

I. Definición

¿Qué es la revelación? Es la manifestación de Dios en la historia debida únicamente a su libre decisión. Por medio de esta iniciativa Dios nos comunica hechos y verdades en relación con su Ser personal, propósitos y planes con el universo, la vida y la historia humana. Desde todo punto de vista, al hombre le hubiera sido imposible conocer algo de Dios si Él no se nos hubiera autorrevelado.

II. Observaciones generales sobre la Revelación

La intervención de Dios se concibe como encuentro y revelación de una persona con otra: de alguien que habla con alguien que escucha y responde. Y el hombre que escucha a Dios, responde por la fe y la obediencia. Si tomamos en cuenta que Dios es un ser infinito y la criatura humana es un ser finito notamos la imposibilidad de que el hombre hubiera podido llegar a conocer a Dios por la sola razón o la luz de su intelecto. La Biblia declara que el único que conoce a Dios es Jesucristo (Mateo 11:27) y el Espíritu Santo, quien “todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios” (1 Cor. 2:10). Esto también está implicado en la pregunta que Dios mismo le dirigió a Job: “¿Descubrirás tú los secretos de Dios? ¿Llegarás tú a la perfección del Todopoderoso? (Job 11:7). Se trata de un conocimiento que nos llega del exterior y que no está en nuestra capacidad descubrirlo. Sin embargo, para dicha de la humana criatura, ahora podemos conocerlo porque “el Dios escondido”, el Alto e Incomprensible le ha placido revelarse. Dios nos ha comunicado un conocimiento de sí mismo, de sus atributos, planes inmediatos y futuros. Esta revelación es maravillosa porque Él mismo nos ha abierto un camino para que lo conozcamos, sirvamos, adoremos y vivamos en comunión con Él.

III. Revelación General

Entendemos por tal la manifestación divina reflejada en la contemplación de los fenómenos de la naturaleza —y el estudio de las leyes que la rigen—, la constitución y operación de la mente y el cuerpo humanos, y los hechos de la historia colectiva y la experiencia personal (cf. Sal. 8:2; 19:1, 2; Rom. 1:19; 20; 2:14, 15; Hech. 17:27). La revelación general no se manifiesta al hombre en la forma de una comunicación verbal directa. Se trata de una revelación que está abierta al entendimiento de todos los hombres; de ahí que con razón se diga que es universal. Una comprensión escritural de esta clase de revelación es presentada por el apóstol Pablo cuando declara: “Porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de Él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa” (Romanos 1:19, 20).

A. *¿Es suficiente para la salvación del hombre la revelación general?* Decimos que no por las siguientes razones:

(1) *El pecado manchó la creación y el corazón del hombre.* Vimos al comienzo de esta sección que los deístas creen que la luz de la naturaleza y la razón humana son suficientes para conocer a Dios y por ende ser salvos. Hay razones bíblicas para negar esto. Como resultado de la caída en el pecado el hermoso libro de la creación de Dios quedó manchado, corrompido, oscurecido; en palabras del apóstol Pablo, “... la creación fue sujeta a vanidad...”. “Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora” (Rom. 8:20a, 22). Estas consecuencias imposibilitan que ahora el hombre pueda leer, entender y conocer adecuadamente a Dios en el libro de la creación.

Por otra parte, el pecado del hombre también manchó su sentido moral y espiritual, viciando la imagen y semejanza de su Creador. Acerca de este hecho Pablo escribió: “Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido” (1:21). La mejor respuesta para esta primera inquietud es que un razonamiento “envanecido” y un corazón “entenebrecido” son grandes y radicales impedimentos para que el hombre natural pueda conocer a Dios por medio de la revelación general igualmente manifestada en su conciencia y cuerpo humano.

(2) *La revelación general no puede producir un conocimiento fidedigno de Dios y su voluntad.* La historia de las ciencias naturales, de la filosofía y los sistemas religiosos ideados por los hombres (y ahora la Nueva Era de Acuario) han demostrado a cada paso que la naturaleza y la razón humana son insuficientes para conocer adecuadamente a Dios. Esto lo demuestra el continuo vaivén de los sistemas filosóficos, cuyo accionar va del racionalismo al irracionalismo y viceversa. La historia comprueba que por esta vía

el hombre natural no se siente salvo. El problema central es que no creen en la revelación escrita de la Palabra de Dios.

(3) *Insuficiencia de la revelación general para fomentar una auténtica comunión con Dios.* La revelación general es insuficiente para conducirnos al Cristo que nos libera de la culpa del pecado y de las presentes consecuencias del mismo. Jamás señalará a Jesús como el único camino de salvación (Mt. 11:27; Jn. 14:6; Hech. 4:12). Por el contrario, al despreciar la Palabra de Dios el hombre natural cree que el único “Mesías” digno de confianza es su propia razón.

(4) *El hombre pervierte la revelación general y se hace responsable ante Dios.* Pablo declara que “las cosas invisibles de Dios” se hacen claramente visibles a partir de la creación. Del mismo modo, el apóstol presupone que el hombre puede conocer la bondad, poder y sabiduría de Dios observando el libro de la naturaleza. Sin embargo, pese a estas manifestaciones de la deidad, día a día el hombre se entrega más a la barbarie, al crimen, al secuestro, al robo a la drogadicción, al olvido de las buenas costumbres, etc. En 1:21 sigue diciendo el apóstol que el hombre vicia y pervierte dicha revelación de dos maneras: ni glorifica ni le da gracias a Dios. ¿Cómo ve el lector el presente comportamiento de las diferentes sociedades de cada nación del mundo? ¿Es o no es responsable el hombre ante su Creador? Daremos cuentas a Dios si obramos el mal.

(5) *Esta perversión trae como consecuencia la ira de Dios.* La creación es hermosa; pero no lo es cuando se vuelve en furia contra el hombre. Examínese por ejemplo la destrucción y ruina que causan los huracanes, las inundaciones, los terremotos, las guerras internacionales y las civiles. Se dice que estas cosas son únicamente acontecimientos naturales no mandados por Dios. Pero este razonamiento no es del todo correcto. La verdad es que las leyes del mundo físico si están controladas por Dios; y cuando Él ve que es necesario, desata estas fuerzas de destrucción natural contra los hombres como castigo por su pecado y maldad, por la perversión de su revelación general. Decimos entonces que Dios castiga el pecado con el pecado. No trato aquí el tema de por qué mueren inocentes en estas tragedias. Solo puedo decir que ¡Dios tendrá más altas razones que ahora no podemos entender!

B. *Negación de la revelación general.* Personalmente creo que por la revelación general antes de llegar a Cristo todo hombre natural sabe algo acerca de Dios. Desde luego, no salvíficamente. Creo que a esto se refiere el apóstol Pablo cuando dice: “Pues habiendo conocido a Dios...” (Rom. 1:21). La neoortodoxia de Karl Barth sin embargo, negó que la revelación general sea un conocimiento independiente de la especial. Para él solamente hay una revelación: la especial. No obstante, este no es un argumento bíblico como ya vimos.

IV. La Revelación Especial

A. Definición: Son las actuaciones de Dios en nuestra historia las cuales han sido puestas por escrito en el libro que denominamos la Biblia o Sagrada Escritura. Palabras y hechos de la divinidad fueron puestos por escrito por los hombres o testigos que Dios escogió para ser sus hagiógrafos (hombres inspirados, cf. 2 Ped. 1:19-21).

B. La revelación especial es necesaria: Esta necesidad se desprende de lo dicho antes: el libro de la naturaleza ya no es legible para leer completamente a Dios. También, según Pablo, debido a que el hombre “cambia la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador” (Rom. 1:25), hacía necesario una nueva revelación. ¿Quién podía devolverle al hombre, sino solo Dios el verdadero conocimiento justicia y santidad que perdió por el pecado?

C. El hecho propio de la revelación especial. Tenemos los siguientes: Dios habló al hombre en su estado original antes de la caída (Gén. 1:28-30; 2:16-25) y después de la caída (Gén. 3:9). Dios habló a las naciones (Is. 33:3; 34:1, 2; Daniel caps. 2 y 4). De forma especial se reveló al pueblo de Israel por los patriarcas (Gén. 6:13; 7:1; 8:15; 12:1-3). Habló a Moisés (Ex. caps. 3, 4, 20; 31:18; etc.). Habló a los profetas (Is. 6; Jer. 1 y 2, etc.). Habló definitivamente por medio de su Hijo Jesucristo y por los apóstoles (Heb. 1:1-4; 1 Tes. 2:13; 2 Ped. 3:14-15).

D. La forma de la revelación especial. En el AT Israel fue el vehículo de esta comunicación. Dios se manifestó por medio de teofanías o manifestaciones visibles aunque con cierto velo. En medio del fuego y nubes (Ex. 3:2; 33:9; Sal. 78:14; 99:7); en vientos impetuosos (Job 38:1; Sal. 18:10-16); en el silbo apacible y delicado (1 Re. 19:12); por medio del llamado Ángel de Jehová o segunda persona de la Trinidad (Gén. 16:13; 31:11; etc.). Las comunicaciones directas fue otra de Sus modalidades. Particularmente habló a Moisés (Dt. 5:4); por la operación interior del Espíritu Santo en las mentes y corazones de los profetas (1 Ped. 1:11); por sueños, visiones y por el misterioso *Urim y Tummin* (Gén. 28:10-16; Núm. 12:6; 27:21; Is. 6, etc.). Y la máxima forma de la revelación especial de Dios es la encarnación de su Hijo Jesucristo, quien como Maestro divino revela la voluntad del Padre. La revelación también se hace extensiva por su Espíritu al inspirar a los apóstoles convirtiéndoles en los autorizados voceros de la revelación final (cf. Jn. 14:26; 1 Cor. 2:12, 13).

E. Los milagros. Como manifestaciones de un poder divino especial, los milagros muestran la intervención de un Dios que está dispuesto a restaurar todo lo que dañó el pecado. En los tiempos bíblicos el elemento revelativo de los milagros consistía en que comunicaban verdades espirituales al pueblo; como milagro y comunicación divina el milagro más grande por excelencia es la propia encarnación de Cristo. Aquellos, eran y

son poderosas señales del Reino de Dios las cuales vendrán con más fuerza al fin de los tiempos cuando “Cristo será todo en todos”.

V. Señales distintivas de la revelación especial

A. La revelación especial es redentora. No solamente Dios se revela de forma especial, sino que al mismo tiempo nos comunica su plan eterno dibujado en el Evangelio de Cristo, el cual enseña que todo el que crea en el método divino de salvación obtiene la justificación o perdón de sus pecados y la vida eterna. La redención también hace efectivo que las exigencias de la Ley hayan sido cumplidas a favor del pecador mediante los méritos de Cristo.

B. La revelación especial es regeneradora y moralmente transformadora. Uno de los propósitos principales de la revelación especial es lograr la transformación moral del hombre caído en el pecado. Hay un crecimiento de formas imperfectas de moralidad en el AT hacia una moralidad perfeccionada en el NT. Nos deja ver un contraste notable entre lo exterior y lo interior, lo temporal y lo permanente, lo especial y lo universal, lo provisional y lo final dentro del amplio universo de la ética bíblica. Una prueba de todo esto es el Sermón del Monte de Mateo capítulos 5-7.

C. La revelación especial es experimental. Esto significa que el pueblo de Israel vivió en relaciones conscientes con Jehová. Este Dios se les dio a conocer de manera viviente en su historia individual y nacional, y de paso con otras naciones del mundo. Con frecuencia, desde los tiempos patriarcales y después en los profetas, Dios está detrás de todos los asuntos mundiales. Del mismo modo, en los hechos redentores de la vida de Jesús, quien se le ve transformando la vida de pecadores como usted y como yo estimado lector, de forma experimental.

D. La revelación especial es histórico-progresiva: El contenido de la revelación especial de Dios sigue una línea de tiempo de muchos siglos. Es decir, que los acontecimientos se desarrollaron en el tiempo y en el espacio de nuestro mundo concreto. Hay que decir que esta revelación es progresiva. Al comienzo era algo oscura, pero el paso de los siglos presenta una revelación que como la luz de la aurora, va en aumento hasta que el día es perfecto. Dicha perfección llegó con la venida de Cristo en quien todos los misterios del AT se aclaran para gloria de Dios y felicidad de su pueblo (cf. Heb. 1:1-3). Este hecho ha sido comprobado aun por los mismos críticos no muy amigos de la Biblia. Es un hecho que toda idea principal de la Biblia experimenta cambios en un sentido de expansión y desarrollo en el curso de la historia. El concepto de Jehová mismo es uno de estos casos. Primero se nos presenta en el Pentateuco como un Dios cuyo atributo central es el poder en cuanto a sus relaciones con Israel. Luego, lentamente la idea se transforma en la profecía de Isaías. Allí se nos presenta a un Dios

infinito en todos sus atributos lleno de condescendencia, gracia y amor. Pero en el NT tenemos la revelación más excelsa de un Dios de amor que envía a su Hijo para la salvación de los pecadores en todo el mundo.

E. La revelación especial es genesiaca: Significa que todas las partes de la revelación bíblica se relacionan vitalmente unas con otras. Cada autor de cada periodo histórico edifica encima del otro. Desde Génesis 3:15 y llegando a los patriarcas se observa el hilo conductor de un solo tema, el Mesías-Rey, hasta llegar a los profetas, y de allí a los apóstoles. A su vez estos prosiguen no una tradición, sino una continuidad de tema que adquiere todo su esplendor en la Faz de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. La continuidad de la enseñanza de la Biblia es una de las características más marcadas. La revelación divina no es tradicionalista la cual no quiere cambios. Tampoco es radical e intolerante con lo antiguo, el cual quiere destruir. Por el contrario, sigue la ley fundamental de todo cambio: el progreso.

F. La revelación especial es una unidad orgánica con un solo propósito. Aún los literatos e historiadores ven esto en la Biblia. Hay una unidad de propósito sin igual. Sus distintos enfoques como registros públicos, documentos legales y litúrgicos (Levítico), libros históricos, poéticos y líricos, escritos filosóficos, prosa visionaria y profética, himnos y sermones, todo coincide en una maravillosa unidad de tema y propósito. Y Cristo es la llave de la Escritura y su centro focal. ¿Cómo pudo darse esto? La Biblia tiene que ser un libro de origen divino. Todo esto es una fehaciente prueba de su inspiración.

G. Solo la revelación bíblica satisface el intelecto. Aparte de la Biblia ningún otro libro existente sobre la faz de la tierra ha podido satisfacer la vida intelectual y religiosa del hombre. Solo la Biblia lo ha hecho al responder las grandes interrogantes del alma humana: ¿quién soy? ¿De dónde vengo? ¿Para dónde voy? Cuando las Escrituras se entienden correctamente la mente humana puede decir: ¡eureka! (encontré lo que quería). En cada generación la experiencia histórica dice que únicamente la Biblia facilita al hombre la búsqueda de la verdad que este hace en el dominio de la ciencia, la religión, la filosofía, el arte, la vida social, política, económica y otros departamentos del esfuerzo intelectual. Hay que aclarar aquí que la Biblia no es primordialmente un libro especializado en aquellas áreas del saber humano. Todo lo que la Biblia demanda es que la ciencia y la filosofía reconozcan que el hombre tiene una dimensión espiritual y religiosa enseñada en las páginas sagradas de la Palabra de Dios.

VI. Revelación Especial y necesidad de la Palabra escrita

En este siglo se ha presentado una controversia en relación con este tema. La neoortodoxia niega que la revelación que encontramos en la Biblia es proposicional, es decir, que en la Biblia Dios nos comunica doctrinas. Karl Barth y Emile Brunner dicen

que la revelación especial de las Escrituras es más bien personal. Únicamente encuentro confrontación personal con Dios. En opinión de aquellos, por sí misma la Biblia no es ninguna revelación de Dios hasta tanto no haga efecto en el hombre. Nos damos cuenta de que esta opinión destruye el concepto mismo de la revelación. Como dijimos, no basta que la huella de Dios se vislumbre en la naturaleza. Para que la revelación especial fuera completa necesitábamos que el testimonio de las palabras y acciones extraordinarias de Dios quedara por escrito. Y este testimonio escrito es la Biblia, la cual fue escrita aproximadamente por cuarenta autores escogidos por Dios. (Esto nos conduce al tema del Canon de las Sagradas Escrituras el cual estudiaremos posteriormente). Era indispensable que la revelación especial se conservara por escrito, por encima de las limitaciones del tiempo y del espacio. Juan Calvino tiene mucha razón cuando escribió: “Si consideramos la mutabilidad de la mente humana, cuán fácilmente cae en el olvido de Dios, cuán grande es su propensión a errores de toda clase, cuán violenta es su pasión por la constante fabricación de religiones nuevas y falsas, será fácil percibir la necesidad de que la doctrina celestial quedara escrita, a fin de que no se perdiera en el olvido, se evaporara en el error o se corrompiera por la presunción de los hombres” (Institución de la Religión Cristiana, libro I, cap. VI, Felire, 1967).



FUENTES, PROFECÍA E INSTRUMENTOS DE LA REVELACIÓN

I. Fuentes de la revelación

Pueden provenir de: (1) Observaciones personales; (2) documentos ya existentes. Esdras y Nehemías por ejemplo utilizaron ambos. Moisés necesitó de la inspiración para saber que debía omitir o que debía incluir en sus registros escritos, y esto con el fin de asegurar exactitud, veracidad y un texto libre de errores. La revelación descubre nuevas verdades a los hombres (1 Co. 2:10,11), guía y controla la verdad dada (2:13). Sin embargo, no todo lo que está en la Biblia fue revelado por Dios a los autores secundarios, no necesitó ser así; pero toda la Biblia sí es inspirada por Dios. Podemos decir que la Biblia contiene la revelación, pero es totalmente inspirada. Por ejemplo, el Espíritu Santo no reveló a Lucas lo que el mismo autor sagrado descubrió por documentos ya existentes (Lc. 1:1-4). En cambio, la inspiración sí estuvo actuando en la selección, recopilación y ordenamiento del material por el cual “el médico amado” compuso su Evangelio. (3) Revelaciones directas probablemente como en el caso de los Diez Mandamientos y visiones del Apocalipsis.

II. La profecía como testimonio de la revelación

La profecía es el mensaje de Dios a través de un profeta. Era la voz de Dios para que Su Palabra fuera comunicada con fidelidad por un profeta al pueblo. Gran parte de la historia de la profecía es el cumplimiento de las promesas de Dios. Las profecías bíblicas que se han cumplido en la historia, se cumplieron en su triple sentido: natural, literal y gramatical. Faltan otras por cumplirse como la segunda venida de Cristo; creemos que también tendrán su consumación al fin de los siglos tal como la Biblia lo declara.

III. Instrumentos o testigos de la revelación

A. Los profetas. Eran las personas a través de los cuales Dios hablaba: Eran hombres que tenían discernimiento y previsión de los planes del Señor. Al principio se le llamó “el vidente”, pero finalmente “el profeta” (cf. 1 Sam. 9:8, 9). De igual modo, los profetas fueron maestros inspirados, infalibles, y su enseñanza fue dar a conocer los designios de la voluntad de Dios. Los profetas fueron esencialmente predicadores y maestros o “voceros” de Dios. Sus palabras no eran el producto de su propia mente, sino que les vinieron de una más alta fuente. Relativo a esto, el apóstol Pedro dijo que “... nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 Ped. 1:21). También es correcto decir que fueron “veedores”, es decir, que veían y escuchaban cosas que estaban más allá del dominio de sus propios sentidos naturales (cf. 1 Sam. 9:9; Jer. 23:16; Ez. 13:2-7). Todas las profecías de los profetas fueron en pro de la gloria de Dios y no en pro de la gloria de los hombres. El profeta debía hablar o transmitir fielmente el mensaje; su descuido podía acarrearle consecuencias graves de parte de Dios (cf. Jer. 1:17; 23:28; Ez. 2:7; Jon. 3:2). Los profetas fueron los portadores, no los originadores del mensaje de Dios.

B. Los apóstoles. Como discípulos de Jesús, los apóstoles (que significa “enviados”) fueron los continuadores de la obra profética y, por lo tanto, los voceros de Dios en el Nuevo Pacto. Sabemos que Jesús escogió a doce de ellos (Mc. 3:13-19) y posteriormente a Saulo de Tarso que llegó a ser Pablo (Hch. 9:1-31; 1 Cor. 9:11). A los primeros, Jesús los escogió con varios propósitos: para que estuvieran con Él, para predicar o anunciar las buenas nuevas del reino, para que tuvieran poder o autoridad sobre el mundo caído representado en las enfermedades y demonios. Después de su resurrección Jesús mismo los comisionó como máximos jefes de la Iglesia y como los canales o depositarios autorizados de Su Palabra y enseñanzas.

Como testigos se entienden a los profetas y apóstoles que dieron testimonio de algo; estos testigos bíblicos escucharon, vieron y “palparon” los hechos históricos por los que se manifestó la revelación divina (Lc. 24:28; Hech. 26:26; 1 Cor. 15:16; 1 Jn. 1:1). Dios quiso que su revelación llegara hasta nosotros por el testimonio de hombres falibles en quienes la inspiración operó el milagro de la infalibilidad a la hora de darnos lo que Dios dijo e hizo. Dios quiso que dichos testigos tuvieran carácter perenne como fundamento para las generaciones de todos los siglos (Ef. 2:20-22; Apoc. 21:14).

IV. El doble sentido de la profecía

El doble aspecto de la profecía es la predicción y la predicación (o proclamación). Como predicación la profecía dada por los profetas y apóstoles sigue el mismo curso que tenemos hoy en los pulpitos de las iglesias. El propósito básico era y sigue siendo la correcta interpretación y comunicación fiel de la voluntad de Dios para el pueblo. Patrick Fairbairn nos dice que “a la luz de las Escrituras, el profeta era simplemente el

receptor o portador de un mensaje de Dios, y este mensaje, naturalmente era una profecía, cualquiera fuera su carácter específico, tanto si se trataba de una verdad importante, el inculcar un deber inexcusable o una delineación anticipada de deberes futuros” (Op. cit. en La Profecía, su naturaleza, función e interpretación, Clie, 1985, p. 15).

La profecía divina, como predicación y como predicción, debía trascender las limitaciones humanas; y el profeta, para ser tenido como tal, poseía la característica de poder conocer los secretos divinos. “Porque no hará nada Jehová el Señor, sin que revele su secreto a sus siervos los profetas” (Amos 3:7; cf. Núm. 11:29; Dt. 18:20; 1 Sam. 9:15). Ahora bien, como predicción la profecía era la directa comunicación de Dios la cual daba a entender el cumplimiento de eventos futuros que Dios se proponía hacer (de ahí la importante cita de Amos 3:7). Debemos notar que el campo profético ocupa una grande sección de la Biblia; esto nos da el grado de importancia que tiene para Dios mismo. Sin embargo, el propósito de la obra no nos permite extendernos más sobre este asunto. (Para un examen más profundo del tema de la profecía remito al lector al libro de P. Fairbarn antes citado).

V. Sentido moderno de la profecía

Hay dos formas del sentido moderno que en la actualidad se adjudica a la profecía: uno es antibíblico, y el otro bíblico.

A. Sentido moderno antibíblico de la profecía. En ciertos círculos de la iglesia del Señor algunos hombres dan la impresión de que sus predicaciones o mensajes son “predicción profética inspirada”. A veces la idea que se transmite por vía consciente o inconsciente es que se trata de la continuación de la revelación de Dios. En ciertas reuniones eclesiásticas se declara solemnemente: “Dios me dijo”, “Dios me habló”, “Dios me reveló”, etc. Pero, ¿en realidad estas expresiones son la directa voz de Dios, o deben considerarse únicamente predicación de la Palabra de Dios? ¿Podemos afirmar que se tratan de verdaderos mensajes inspirados? Personalmente considero que las “profecías modernas” que se dan como la “última revelación” del Señor, son altamente cuestionables a la luz de la enseñanza del Nuevo Testamento. Una mejor claridad de este asunto sigue un doble examen:

1. Concepto de “revelación abierta”. Si creemos en el concepto de la “revelación abierta”, por lógica, podemos esperar todo tipo de profecías para hoy, no solo la predicativa, sino la predictiva. Fue con base en la “revelación abierta” que a mediados del siglo II, Montano, sacerdote pagano convertido al cristianismo y bautizado alrededor del 155 d. C., comenzó a declararse “poseído” por el Espíritu Santo y a profetizar junto a otras dos profetisas, Prisca y Maximilia. Dieron origen a un movimiento herético que puso en peligro la fe cristiana. En tiempos modernos (en el siglo XIX) el espiritismo

buscó la revelación divina a través de los mensajes de los muertos, búsqueda que hoy continúa haciendo con inusitada fuerza. Recordemos que fue de esta forma como José Smith dio origen al Movimiento Mormón. Carlos Russell afirmaba que sus interpretaciones y comentarios de la Biblia eran “inspirados”, y así dio origen a los llamados Testigos de Jehová. En el caso de las profecías y libros de la Sra. Elena G. De White, algunos Adventistas del Séptimo Día las tienen por revelación paralela a la Biblia. En la Iglesia Católica Romana los discursos ex cátedra del Papa son tenidos por la infalible Palabra de Dios. El concepto de la “revelación abierta” también dio origen en el siglo XX a movimientos sectarios tan disímiles como la Ciencia Cristiana, la Pura Verdad o armstrongismo, el Camino Internacional, la Iglesia de la Unificación, Unidad, Misión de la Luz Divina, etc. El presente análisis nos conduce a ampliar un tanto más nuestro presente punto:

(A) Casos que preocupan en el moderno movimiento carismático. Dentro del denominado Movimiento de Renovación Carismática Católico y Evangélico, todavía se afirma que no solo por la revelación especial de la Biblia “Dios habla a su Iglesia”, sino adicionalmente por dos vías más: (a) por el don de profecía directa y revelada a la mente, y (b) por la interpretación de lenguas; pero, ahora surge una nueva vía la cual llamo: (c) el “don” profético-advinatorio. Se supone que estos puntos deben regirse por el respaldo de la autoridad de la Biblia, pero en verdad, cuán poco caso se está haciendo del consejo apostólico de Juan de “probar los espíritus”, importante asunto que se desatiende con demasiada frecuencia.

(B) Ejemplo de “don profético advinatorio”, Atendiendo la vía (c), es interesante ver por estos días a individuos que manifiestan tener dicho don profético especial. Lo curioso del caso es la manera de ejercerlo. Recorren el templo de arriba abajo, de derecha a izquierda, predicando a la gente cosas como estas:

—¡Allá! La señora de vestido rojo, el Señor me muestra que usted tiene cáncer; ¿no es así?—. La persona, llena de miedo y asombro porque el predicador le ha dicho la “verdad”, se decide a pasar al frente. El predicador promete a la dama que será sanada por el Señor. Oran por la persona, y luego se declara sana en el nombre de Cristo. Sin embargo, se ha comprobado que la mayoría de estas sanidades no son ciertas.

A otro concurrente se dirige con las siguientes palabras:

“El Señor me ‘revela’ que el caballero de saco color café ha venido a la iglesia porque afanosamente está buscando una respuesta a su crisis económica”. Pasa lo mismo, el hombre asiente que es cierto, y que realmente está ocurriendo un milagro. Luego el predicador añade: “No se preocupe, hermano. El Dios de la plata y el oro puede bendecirlo abundantemente: saque su billetera —dice— y, una vez que el parroquiano lo hace, el predicador extrae de su bolsillo un frasco de aceite, y untando una parte de

la billetera procede a pedir en oración por la bendición económica”. Y al instante exclama: “¡de ahora en adelante, la cantidad de dinero que dé aquí en la iglesia, recibirá de Dios mil veces más!” Lo curioso es que en ciertos casos cuando la gente se ve descubierta en sus problemas, consienten que se trata de una persona con un gran don divino, produciendo admiración entre el público asistente a la iglesia, a la par que vociferan “aleluyas” y “glorias” a Dios.

(C) Una interpretación de este tipo de ministerio, Pero, ¿qué es lo que en realidad puede estar ocurriendo? En primer lugar hay que decir que bíblicamente no hay base para denominar a esto “profecía”. El respectivo significado de los términos hebreo y griego para esta palabra no permite esta forma de ejercer dicho “don”. En segundo lugar, de acuerdo con mi experiencia en estudios apologeticos sobre ocultismo, me atrevo a decir que más bien puede tratarse de casos de “desarrollo de poderes de sugestión” Cuando en un ambiente de culto se aplica psicología de masas, y se utilizan altas dosis de cantos y música, y se han abierto los canales de expectación nerviosa para esperar milagros, el predicador puede “activar” las potencias del subconsciente de personas que están intranquilas psíquica o espiritualmente a causa de sus problemas. En este tipo de ambientes puede ocurrir que algunos predicadores con estilo muy peculiar de abordar a las personas y sin percatarse, logran leer el subconsciente mental de aquellas gentes.

Y necesariamente, toda esta parafernalia no es la obra del Espíritu Santo. El estilo de “adivinación profética” no es un don mencionado en las Escrituras. Siendo este el caso, es muy peligroso que el predicador evangélico no se percate de una obra demoníaca conocida como “desarrollo de capacidades “mediales”, (o mediumísticas) cuya conexión va en dirección al don místico o espíritu de adivinación según Hechos 16:16. Si en realidad esto es lo que está ocurriendo, y tal “don” pasa por profecía divina, lo que realmente tenemos es un caso de ¡hechicería! En la Iglesia de Cristo, quizá, muchos no capten esto; y consciente o inconscientemente, dicha forma de ejercicio “profético” tiene un sutil vínculo con lo esotérico o dones parapsíquicos dentro del amplio campo de la hiperestesia (“sensibilidad sobrenatural”). (Véase los casos de adivinación de Simón el Mago y la niña que adivinaba en Hechos 8:9-11 y 16:16-18). En todo caso, a los cristianos la Biblia nos advierte en contra de dejarnos “arrastrar” por maravillas o prodigios sin “probar los espíritus si son de Dios” (1 Juan 4:1).

2. Concepto de “revelación cerrada” Si creemos en el concepto de la “revelación cerrada” en su acepción especial y escritural, esto es, que Dios ya no se revela o habla por “inspiración” como lo hizo con los apóstoles y profetas, no queda lugar para la falsa profecía. Hay dos cosas frente a las cuales debemos estar en guardia: (1) Todo lo que trate de hacernos quitar la vista de la autoridad, claridad, necesidad y suficiencia de la Biblia como la perfecta y completa revelación escrita de Dios, es peligroso. (2) Todo lo

que nos distrae del estudio serio y de la correcta interpretación de las Sagradas Escrituras es nocivo para conocer la verdadera voluntad de Dios.

D. Sentido moderno y bíblico de la profecía. Nos ocupamos ahora un poco más del sentido predicativo o proclamativo de la profecía del cual hablamos antes. Como dijimos, se trata del trabajo del púlpito cristiano. El profeta actual es aquel que logra exponer mediante un todo armónico y razonado el contenido escrito de la Palabra de Dios. En otras palabras, la predicación efectuada por el pastor o evangelista, es la continuación de la profecía del Antiguo Testamento. Es claro que en el sentido de la predicación moderna no entra el elemento de “predicción inspirada”, porque esta ya terminó. Ampliando aún más nuestro tema, decimos que el sentido moderno de la profecía posee un carácter teológico. Esto significa que la predicación tiene su punto de partida en el amor de Dios, amor infinito que es la causa de la predicación por el cual cada pastor y creyente por convicción anuncia un mensaje poderoso, tan poderoso que Dios mismo lo ha hecho el vehículo para salvar a los hombres. Dice Pablo; “Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación” (1 Cor. 1:21; cf. Rom. 10:12-15, 17). El sentido moderno y bíblico de la profecía o predicación también sigue un carácter cristológico. Cristo como el Mediador del Nuevo Pacto, como núcleo del Evangelio, es y debe ser el eje de toda verdadera predicación. Es decir, que para que el mensaje profético moderno reúna los correctos requisitos bíblicos, debe ser cristocéntrico. Debe relacionar todas las cosas: el orden socioeconómico, político, educativo y religioso-espiritual con Cristo.

VI. Revelaciones al margen de la Biblia y el cristianismo

Hoy en día crece el número de eruditos cristianos que aceptan la idea de que Dios también se ha revelado de forma especial en las religiones opuestas al cristianismo. Por revelación, entienden no solo verdades preposicionales o doctrinales, sino también “encuentros” con Dios. Algunos admiten que no solo Platón y Aristóteles, sino de la misma forma el Buda, realmente debieron tener “encuentros” con Dios dada la solvencia de sus pensamientos. Hans Küng, teólogo católico, está dispuesto a admitir que dentro del Islam hay suficientes aproximaciones de la revelación de Dios. Karl Rahner (católico) plantea un universalismo salvífico absoluto para todos los hombres a partir de su teoría de los “cristianos anónimos”. Es decir, que budistas, hindúes, mahometanos, confucianos, mazdeístas, etc., “son cristianos sin ellos saberlo”. La razón es que para él “hay suficiente gracia salvadora en los sacramentos que tiene cada religión”. Las modernas tesis del ecumenismo mundial son por este estilo: “¿No es posible que en los libros sagrados de los hindúes (los Vedas y el Bagavad Gita), del budismo (el Tripitaka), del Islam (el Corán), del zoroastrismo (el Avesta), también Dios se haya revelado? ¿Será cierto que solamente Dios ha hablado por las Escrituras hebreo-cristianas?”

Los teólogos ecumenistas admiten que realmente Dios se ha revelado a otras culturas de diferente forma a como se produjo en el mundo hebreo-cristiano. Los siguientes textos del libro de los Hechos son alegados en favor de esta afirmación: “Entonces Pedro, abriendo la boca, dijo: En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia” (10:34,35). “...si bien (Dios) no se dejó a sí mismo sin testimonio”... (Entre los paganos) (14:17); “Y de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres... para que busquen a Dios, si en alguna manera, palpando, puedan hallarle, aunque ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros” (17:26-27).

A la luz de estos textos, debemos aceptar, que si ha habido y existe una revelación divina en el mundo pagano, esta debe ser de carácter general. Se trata de la actividad divina con relación a las recompensas para las buenas acciones y el castigo para las malas acciones. Aquí hablamos de nuevo de la doctrina de la Revelación General de Dios. Recordemos que los no cristianos o inconversos, todavía son facultados por medio de la luz de la razón y de las inclinaciones naturales de la moral humana, a ser dueños de ciertas virtudes loables. En las filas de la teología evangélica calvinista, esta enseñanza se conoce como “gracia común”. Y sin embargo, dichas “virtudes” no pueden producir por sí mismas la gracia salvífica necesaria para una correcta relación con Dios. En las obras de San Agustín de Hipona podemos ver un concepto opuesto al que hoy expone el moderno ecumenismo, pues el dicho del gran doctor era que, “las virtudes de los paganos no son sino vicios insignes”. Por lo anterior, no podemos aceptar los pronunciamientos de la teología ecuménica en el sentido de que efectivamente hay verdadera gracia y revelación especial de Dios en los sacramentos y textos sagrados de las grandes religiones históricas.

Hay más razones para negar la tesis de la teología ecuménica: (1) Es lamentable tener que reconocer que la Biblia no tiene ningún criterio que nos diga que efectivamente hay “revelación especial” de Dios en otras religiones o Libros Sagrados. La Biblia nada sabe de “otras revelaciones” al margen de la propia Biblia o del cristianismo. (2) Ni Jesucristo ni los apóstoles jamás apelaron a los Libros Sagrados de otras culturas religiosas para establecer doctrinas, por ejemplo, como la salvación o la expiación del pecado. (3) No hay nada en la Biblia que nos diga que la doctrina cristiana puede apoyarse en cualquier revelación recibida por las naciones en general.

El movimiento de la fe o Iglesia electrónica de los EE.UU. Ejemplo notorio de falsa revelación en nuestros días son las llamadas “revelaciones” del Espíritu Santo a los maestros del denominado Movimiento de la Fe. Cuando no se cree o no se respeta la suficiencia de la Biblia como definitiva revelación de Dios, se puede incurrir en blasfemias y herejías. Veamos un par de citas:

Kenneth Copeland declara lo que supuestamente Cristo mismo le dijo: “Cuánto te parezcas más a mí más hablarán de ti. Me crucificaron por decir que yo era Dios. Pero yo no reclamaba ser Dios; ¡yo simplemente afirmaba que yo caminaba con Él y que Él estaba en mí! ¡Aleluya!”. (Op. cit. por Hank Hanegraaff en *Cristianismo en Crisis*, Editorial Unilit, p. 144).

Benny Hinn sostiene que el Espíritu Santo le habla en forma verbal todos los días. Afirma que toda su teología es una “revelación” del Espíritu Santo. Pero pensemos si el Espíritu de Dios revelaría lo siguiente: “El Espíritu Santo puede hacer conocer su presencia mediante formas corporales...” y “Cristo hubiera pecado si no hubiera sido por el Espíritu Santo” (*Buenos días Espíritu Santo*, Edit. Unilit, Miami, 1990, pp. 87,132; para una investigación más exhaustiva sobre el tema del denominado Movimiento de la Fe, léase toda la obra de Hank Hanegraff, *Cristianismo en Crisis*).

Tercera Parte



- I. La inspiración según la propia Biblia**
- II. La extensión de la inspiración**
- III. Unión del elemento divino y humano en la inspiración**
- IV. Iluminación espiritual**
- V. La inspiración según la teología liberal**
- VI. Falsas teorías de la inspiración**
- VII. Opiniones contemporáneas sobre la inspiración**
- VIII. Falsas teorías de la inspiración**
- IX. La profecía como prueba de la inspiración de la Biblia**
- XI. La autoridad de la Biblia [1]**
- XII. La autoridad de la Biblia [2]**
- XIII. Infalibilidad e inerrancia de la Biblia**
- XIV. ¿Hay errores en la Biblia?**
- XVI. Supuestos errores en contra de la inspiración plenaria y verbal de la Biblia**



LA INSPIRACIÓN SEGÚN LA PROPIA BIBLIA

La inspiración de las Escrituras es, por decirlo así, un instrumento de la revelación. Las dos van juntas; no es posible concebir la una sin la otra. Veamos los principales temas de este capítulo.

I. Definición bíblica del término inspiración

Aplicado a la Biblia significa “aliento” o “respiración” sobrenatural de Dios. Implica que el Espíritu Santo llevó o impulsó a los autores sagrados para recibir y comunicar la verdad divina.

II. Definiciones teológicas

Veamos las opiniones de tres eruditos:

A. Erich Sauer declara que “inspiración bíblica es aquella actividad del Espíritu Santo por la cual Él, misteriosamente llenaba el espíritu humano activo de los escritores bíblicos, lo guiaba y vigilaba para que produjesen un escrito infalible por obra del Espíritu, un registro sagrado, un Libro de Dios con el cual el Espíritu de Dios se unía orgánicamente” (Op. cit. en *De eternidad a eternidad*, pp. 148-149, Edit. Portavoz, 1977).

B. Benjamín Warfield afirma que “Inspiración es... la influencia sobrenatural ejercida sobre los escritores sagrados por el Espíritu de Dios, en virtud de la cual, sus escritos son el resultado de la veracidad divina” (Op. cit. en *The Inspiration and Authority of the Bible*, P&R, 1948, p. 131).

C. Augustos H. Strong, teólogo bautista, dice: “Inspiración es esa influencia del Espíritu de Dios sobre las mentes de los escritores de la Biblia que hizo de sus escritos el registro de una revelación divina progresiva, suficiente para guiar a todo inquisidor honesto a Cristo y a la salvación, cuando son tomados en conjunto e interpretados por el mismo Espíritu que los inspiró” (Systematic Theology, p. 196).

III. Relación de la inspiración con la revelación

En consonancia con el tema, Charles Hodge dice en su efecto: “El objeto de la revelación es la comunicación de conocimiento. El objeto o designio de la inspiración es asegurar la infalibilidad en la enseñanza” (Systematic Theology, vol. I, p. 155). La inspiración es necesaria porque sin esta no estaríamos seguros de la revelación especial como algo cierto, no estaríamos seguros de que es la Palabra de Dios. Si la inspiración divina no nos garantiza infalibilidad en el texto bíblico, estaríamos abocados a vivir en permanente duda respecto a nuestra salvación y todo lo que abarca el sistema completo de la divina voluntad para poder entender la historia y el universo (cf. Gén. 40:8; 41:16; Am. 3:7; Dan. 2:28; 1 Co. 2:10; Gál. 1:11; Ef. 3:3-5; Ap. 1:1).

IV. El hecho de la inspiración

“Inspiración” viene del término griego *theopneustos* que también se emplea en el Salmo 33:6 donde se indica que por el “aliento” de la boca de Dios fueron hechos los cielos; es clara referencia al poder omnipotente y creador de la Palabra de Dios por medio de la cual hizo el universo. Cuando el apóstol Pablo dice que “toda Escritura es inspirada por Dios”, literalmente está diciendo que toda Escritura es “expirada por Dios”. La idea podemos entenderla mejor mediante la conocida ilustración del barco cuyas velas al ser infladas por el viento, lo llevan en la dirección del mismo. El Santo Espíritu obró en los autores secundarios “llevándolos” para recibir y transmitir la verdad de Dios sin errores (2 Pe. 1:21; 2 Sam. 23:2). Notemos otras facetas de la inspiración. Hizo infalible a los que hablaron y escribieron la comunicación de la divina verdad, sea que esta verdad hubiera sido previamente conocida o no. La inspiración tuvo únicamente que ver con los escritos o libros de la Biblia; y aún los mismos autores secundarios no fueron inspirados jamás en ningún otro tiempo. Esto hizo que el mensaje que está más allá de los poderes humanos llegara a ser divinamente autoritativo. Arribamos así a la admirable conclusión de que cuando leemos la Biblia, no solo leemos, sino que a su vez escuchamos la voz de Dios. La divina inspiración hace que las Sagradas Escrituras no sean un libro cualquiera.

V. Datos de la misma Biblia para probar la inspiración

Algunos han supuesto que Dios simplemente dejó al hombre que llevara un registro de sus manifestaciones lo mejor que pudiera por medio de sus esfuerzos físicos y mentales. Pero afortunadamente no es así. Ya que el cristianismo insiste en que la Biblia es inspirada por Dios es comprensible que las mismas Sagradas Escrituras nos den evidencias de la misma.

A. La inspiración en el Antiguo Testamento. A continuación, seguimos el orden canónico de los libros del AT hebreo. Existe un origen divino en relación con las

palabras de los autores. (1) En la Ley: la respuesta de Dios a Moisés por su excusa fue: “¿Quién dio la boca al hombre? ¿o quién hizo al mudo y al sordo, al que ve y al ciego? ¿No soy yo Jehová? Ahora pues, ve, y yo estaré con tu boca, y te enseñaré lo que hayas de hablar” (Éxodo 4:11, 12; cf. Ex. 20:1; 32:16; 35:1; Lv. 1:1; Dt. 4:2). (2) En los profetas: Jehová habló a través de Josué (1 Rey. 16:34; cf. Dt. 34:9). Por medio del profeta Isaías Dios dijo: “Acercaos a mí, oí esto: desde el principio no hablé en secreto; desde que eso se hizo, allí estaba yo; y ahora me envió Jehová el Señor, y su Espíritu” (48:16; cf. 1:2, 10; 50:1). Más de 20 veces Isaías afirma que sus escritos son las palabras de Jehová. Jeremías. Su comisión y autoridad religiosa para el pueblo son fuertemente expresadas por el Señor así: “Y yo dije: ¡Ah! ¡Ah, Señor Jehová! He aquí no sé hablar; porque soy niño... Y extendió Jehová su mano y tocó mi boca, y me dijo Jehová: He aquí he puesto mis palabras en tu boca” (1:5-9 cf. 2:1, 2; 10:1, 2; 11:1). Por casi 100 veces ocurre el: “así dijo Jehová” y equivalentes expresiones ocurren en su libro. Ezequiel. Fue otro de los “voceros” de Jehová. “Vino palabra de Jehová al sacerdote Ezequiel...” (1:3); “Les hablarás, pues, mis palabras, escuchen o dejen de escuchar; porque son muy rebeldes” (Ez. 2:7; ver 3:10, 11, 16-18). Daniel. Nabucodonosor, rey de Babilonia, reconoció en Daniel “el espíritu de los dioses”, y Belsasar y su reina admitieron lo mismo (Dn. 4:8; 9:18; 5:11,14). Los Doce Profetas Menores. Todos los escritos de los Profetas Menores son un directo mensaje de Jehová: Oseas, “Palabra de Jehová que vino a Oseas... (1:2); Joel, “Palabra de Jehová que vino a Joel... (1:1); Amos, “Así ha dicho Jehová... Oí esta palabra que ha dicho Jehová contra vosotros...” (2:1; 3:1). Abdías, “Visión de Abdías. Jehová el Señor ha dicho...” (1:1). Jonás, “Vino palabra de Jehová a Jonás hijo de Amitai diciendo...” (1:1). Miqueas, “Palabra de Jehová que vino a Miqueas de Moreset...” (1:1). Nahum, “Así ha dicho Jehová...” (1:12). Habacuc, “Y Jehová me respondió, y dijo: Escribe la visión, y declárala en tablas, para que corra el que leyere en ella” (2:12). Sofonías, “Palabra de Jehová que vino a Sofonías hijo de Cusí...” (1:1). Hageo, “...vino palabra por medio del profeta Hageo...” (1:1). Zacarías, “...vino palabra de Jehová al profeta Zacarías...” (1:1; cf. 7:12). Malaquías, “Profecía de la palabra de Jehová contra Israel, por medio de Malaquías” (1:1). (3) En los Escritos. En el rey David: “El Espíritu de Jehová ha hablado por mí, y su palabra ha estado en mi lengua” (2 Sam. 23:2). Jesús mismo reconoce que David habló por el Espíritu Santo (Mt. 22:43).

Estas evidencias demuestran que la inspiración no fue producto de la mente de los autores bíblicos: (1) Nos damos cuenta de que muchas veces los profetas fueron llamados por el Señor en contra de sus propios deseos (Ex. 3:1; 1 Sam. 3; Is. 6). (2) El profeta nunca determinaba lo que debía decir, sino que las palabras estaban determinadas por Aquel que lo enviaba. (3) Se observa que el conocimiento era tan fuerte que hasta designaban el tiempo y el lugar, cuándo y dónde el Señor les habló, distinguieron épocas cuando Dios les hablaba y épocas cuando Dios guardaba silencio

(Is. 16:13,14; Jer. 3:6; 13:3; Ez. 3:16; 8:1). (4) Puede notarse también que los autores bíblicos hacen una clara distinción entre lo que el Señor les reveló y lo que salía de sus propios corazones (Núm. 16:28; 24:13; 1 Rey. 12:33; Neh. 6:8). (5) Cuando hubo necesidad acusaron a los falsos profetas de hablar falsas profecías no habiéndolos enviado el Señor (Dt. 13:1; 18:20; Jer. 14:14, 23:16; 29:9; Ez. 13:2, 3,6). (6) Con frecuencia fracasaban en entender el mensaje que debían entregar al pueblo. Esto demuestra que la inspiración no provenía de la conciencia de ellos (Zac. 1:9; 2:3; 4:4; Dn. 12:8,9).

B. Inspiración apostólica del Nuevo Testamento. Hay una notable diferencia entre la inspiración de los profetas y la de los apóstoles. En los primeros el Espíritu Santo obró desde fuera en forma sobrenatural y no de manera continua, sino con repetida frecuencia. En cambio, con los apóstoles hay una variación. Desde el día de Pentecostés el Espíritu Santo hizo su morada en los corazones de los apóstoles y comenzó a obrar en ellos desde dentro actuando de manera continua. Debe entenderse que la obra sobrenatural de la inspiración quedó limitada a las ocasiones en que los apóstoles sirvieron como órganos de su actividad reveladora. El NT da cuenta de que los apóstoles estuvieron bajo el influjo de la obra sobrenatural del Espíritu de Dios. Cristo les prometió el Espíritu Santo para capacitarlos en la enseñanza y predicación (Mt. 10:19, 20; Mc. 3:11; Lc. 12:11, 12; Jn. 14:26; 15:26; 16:13). En el libro de Hechos de los Apóstoles se nos dice que ellos predicaban “estando llenos de” o “llenos con” el Espíritu Santo (Hechos 2:4, 31; 4:8; 13:2; 16:6). En otro particular, el contenido de las epístolas declara que la enseñanza apostólica era la Palabra de Dios la cual gozaba de toda la autoridad (1 Cor. 2:4, 13; 7:10; 2 Cor. 13:2, 3; Col. 4:16; 1 Tes. 2:13; 2 Tes. 3:14). El apóstol Pedro coloca las cartas de Pablo al mismo nivel que los escritos del AT (2 Pe. 3:15, 16). Y el mismo Pablo dice: “Si alguno se cree profeta o espiritual, reconozca que lo que escribo son mandamientos del Señor” (1 Cor. 14:37).

C. El testimonio de Jesucristo sobre el Antiguo Testamento. Jesús no habló de inspiración propiamente, pero la presupuso cuando hablaba o citaba el Antiguo Testamento como un registro inequívoco que poseía autoridad divina. Las siguientes expresiones prueban lo anterior:

(1) **“Escrito está”.** Fórmula técnica entre los judíos para referirse a un libro sagrado el cual consideraban divinamente inspirado. Jesús la utiliza para referirse a los libros del AT (cf. Mt. 4:4, 6, 7; 11:10; Marcos 14:27; Lc. 4:4-12).

(2) **“Ni una jota ni una tilde pasará de la Ley”.** Por este último término Jesús está designando el Pentateuco y la totalidad de las Escrituras del AT. Esto está demostrado en Mt. 5:17, 18 donde Jesús declara que no ha venido para abrogar “la Ley o los

Profetas”. Esta división del canon hebreo era de profundo respeto para todo maestro judío que en verdad tenía estas partes como inspiración divina.

(3) “La Escritura no puede ser quebrantada” (Jn. 10:34): Esta expresión de Jesús es una especie de *locus classicus* por el cual reconoce que la autoridad de la Escritura del AT es única y suprema. En realidad, con esta afirmación el Señor está enfatizando la infalibilidad e inerrancia de la Biblia. Para Jesús es imposible que la Biblia falle o nos diga mentiras. Aquí Cristo está hablando de la Ley, pero no cita el Pentateuco, sino los Salmos, tercera división de la Biblia hebrea. Obsérvese con cuidado que Jesús cita el término “Escritura” en singular, dando a entender la idea fundamental de los libros inspirados y con ello la autoridad que todos y cada uno de ellos encierra. Por esa razón fue que también el apóstol Pablo dijo: “Toda la Escritura es inspirada por Dios...”

(4) “Era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito...” Con suma frecuencia Jesús advirtió a sus discípulos que todo lo que estaba escrito de Él en el AT tendría cumplimiento (Me. 9:12,13; 14:19; Jn. 13:18; 17:12). En relación con todas estas declaraciones, anticipó sucesos que ocurrirían pronto con el “así está escrito” (Mt. 26:31,54; Me. 14:27; Le. 20:17).

(5) “Escudriñad las Escrituras...”. Cristo quería que sus contemporáneos leyeran las Escrituras. Pero los corazones de los judíos estaban endurecidos y esto les ocasionó ceguera espiritual. En palabras del apóstol Pablo, leían las Escrituras con un velo puesto en el corazón (2 Cor. 3:15). Pedía que entendieran la Biblia porque “a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna”... (Jn. 5:39). Era un pensamiento correcto porque para el pueblo judío el Mesías era su única esperanza de liberación de todos sus enemigos; Él solamente podía ser su salvación eterna y consumación veraz del reino que tanto esperaban. Pero lo que temían les sobrevino con el juicio que efectivamente llegó en el año 70 a manos del general romano Tito, acontecimiento que dio cumplimiento a la profecía de Jesús de Mateo 24. Sin embargo, no quisieron entender las otras palabras: “ellas (las Escrituras) son las que dan testimonio de mí”. Todas las profecías del AT apuntaban a este Mesías. El propósito del AT no era otro que conducir a los hombres a Aquel que es “el camino, la verdad y la vida...”.

(6) “¿No habéis leído?”. Esta pregunta la dirige Jesús unas cinco veces a diferentes personas refiriéndose a las Escrituras; es prueba fidedigna de que aquellas siempre hablaban de Él como el medio redentor de los dolorosos problemas de la vida y de la misma muerte (cf. Mt. 12:3-5; 19:4; 21:16; 22:31).

A los que le gusta estar cazando “errores” en la Biblia, es bueno saber que Jesús nunca dijo que las Escrituras tenían errores, contradicciones, mitos, leyendas, o falsificaciones. Tampoco criticó el AT, sino que lo consideró enteramente la revelación de Dios. Como

vimos, hizo un reconocimiento de todas las partes de la Biblia hebrea como la autoritativa Palabra de Dios.

VI. Afirmaciones directas de la inspiración

A. 2 Tim. 3:15,16. Sin ninguna discusión, para el apóstol Pablo “Toda la Escritura es inspirada por Dios”. El origen o causa primera radica en el “soplo” de Dios. Se trata del mismo “soplo” que dio origen a la creación del mundo (Sal. 33:6; cf. Gén. 1:2); el mismo aliento divino que crea al hombre como alma viviente (Gén. 2:7) infundiéndole espíritu de inteligencia (Job 32:8). Este mismo “aliento” fue el que produjo un depósito de verdad revelada de forma escrita. “Toda Escritura” o “cada Escritura” porque el objeto de la inspiración es el libro que denominamos Biblia y cuyo sujeto es Dios. Pablo habla del valor de las Escrituras, sirven “para enseñar, redargüir, corregir, instruir en justicia”. Todo esto es la salvación para Timoteo y para los lectores de todos los siglos. Sin embargo, el apóstol declara que el objetivo de la Biblia es doble: ofrecer el conocimiento salvador que es en Cristo (v.15), y en segundo lugar, “para que el hombre de Dios sea perfecto, preparado para toda buena obra” mediante los anteriores cinco verbos.

Tampoco hay duda que para Pablo la inspiración abarca todo el AT. Pero, ¿implica también al Nuevo Testamento? Es claro por 2 Pe. 3:16 que el apóstol Pedro ya consideraba sus epístolas “Escritura”, continuación de la revelación del AT. Sin ser dogmáticos aquí, al suscrito le parece que esta es una interpretación correcta. Véase también (1 Tes. 4:15-17; 2 Tim. 5:18; Mt. 10:10), textos donde sobresale lo progresivo de la revelación del Espíritu Santo.

B. 2 Pe. 1:19-21. El término “inspirados” empleado por Pedro en el versículo 21 viene de “inspirare”, traducción de la Vulgata latina de donde proviene “inspiración”. El término se deriva de las palabras latinas: “*in*” y “*spiro*” que significa “soplar” o espirar en o dentro; también significa “llenado con el aliento de Dios” (cf. Job 32:8; 2 Ti. 3:16). La palabra implica una influencia u operación desde la cual produce efectos que están más allá de los poderes naturales del hombre. Basado en esto último analicemos las frases empleadas por el apóstol Pedro en estos versículos: “Tenemos también la palabra profética más segura”. Es segura porque recoge el testimonio no de una generación, sino de muchos siglos a través de los cuales Dios habló por medio de hombres que Él mismo inspiró. ¿Qué es la palabra profética? Toda la Escritura, la que fue transmitida desde el principio de la creación (división judía de Ley, Profetas y Salmos) hasta visiones del apóstol Juan en la isla de Patmos. ¿De dónde viene esta profecía de la Escritura? Negativamente, no producto de la voluntad o el razonamiento humano; (como dice Lewis Chafer, “la Biblia no es libro que el hombre pudiera escribir si quisiera”). Pero positivamente, “los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (v. 21). Según los especialistas, en el original griego, es más correcto decir, los santos hombres de Dios fueron “llevados” o “movidos” por el

Espíritu Santo. (Recordamos aquí la anterior ilustración de las velas del barco).
¿Quiénes fueron los instrumentos para traer la palabra profética más segura? Profetas y apóstoles fueron objetos de una especial influencia del Espíritu Santo, vidas humanas que el Espíritu capacitó, orientó y controló para traer la divina revelación. Todo lo que hablaron no procedía de ellos, sino de parte de Dios.



LA EXTENSIÓN DE LA INSPIRACIÓN

Todavía se discute en la actualidad con base en pasadas controversias históricas la pregunta, ¿hasta dónde se extiende la inspiración de la Biblia? Hay tres conceptos que vamos a considerar para responder a esta pregunta: (1) Inspiración parcial, (2) mental y (3) bíblica o verbal y plenaria. Las dos primeras están en contra de la inspiración divina.

I. Inspiración parcial

A partir de la Ilustración (S. XIII) se hizo evidente la negativa influencia en contra de la doctrina de la inspiración. Varios teólogos influenciados por las tesis del Deísmo y Racionalismo empezaron a hablar de una inspiración parcial, esto es, que algunas partes de la Biblia son y otras no son inspiradas. Negaron la inspiración de diversas porciones históricas; las crónicas apostólicas empezaron a considerarse el producto de una especie de iluminación o intensificación de las facultades del alma. Surge así la noción de los grados de inspiración divina atribuyendo al texto errores e inexactitudes en casi todos los géneros literarios. Otros fueron más lejos y negaron todo tipo de inspiración sobrenatural en los autores. Sin embargo, existe unanimidad entre estos críticos para decir qué partes son y no son inspiradas. Algunos creen que los principales dichos de Cristo y las enseñanzas morales son inspirados, el resto no; otros solo aceptan la inspiración del Sermón del Monte por ejemplo, pero casi ninguno está dispuesto a conceder inspiración divina en los profetas. (En páginas siguientes reservaremos algo más del tema donde hablaremos acerca de un recorrido histórico de la crítica liberal contra la inspiración divina).

II. Inspiración mental

La idea central es que la inspiración no cobija el lenguaje o las palabras, sino al pensamiento de los autores. Los autores escogieron libremente las palabras que ellos querían expresar sin ninguna dirección divina. Los partidarios de esta posición buscan con ello explicar los errores que ellos suponen hay en la Biblia. Respuesta útil es ofrecida por Girardeau para explicarnos la falsedad de la inspiración mental con estas palabras:

“El pensamiento exacto no puede separarse del lenguaje. Las palabras son vehículo del pensamiento tanto subjetiva como objetivamente. Cuando pensamos en forma cuidadosa y precisa, tenemos que hacerlo con palabras” (Op. cit. por Luis Berkhof en *Introducción a la Teología Sistemática*, Tell, 1973, p. 172). Es una realidad que si las palabras o lenguaje de los autores bíblicos no recibieron inspiración divina, la obvia conclusión es que la Biblia es una producción de la razón humana. Si esto fuera así, la Biblia perdería mucho interés para nosotros.

III. La inspiración Bíblica

Se nos presenta bajo tres significados:

A. Verbal. Significa que cada palabra y cada parte en los manuscritos originales de la Biblia son inspiradas o controladas sobrenaturalmente por Dios Espíritu Santo. Esto no significa dictado verbal, aun cuando es muy posible que los diez Mandamientos prescritos por Dios a Moisés hayan sido dictados así como algunos mensajes de los profetas. Esto tiene una directa aplicación a los manuscritos originales hebreo y griego y no a la variedad de copias y traducciones posteriores de la Biblia. Inspiración verbal también significa que Dios dio las palabras y los pensamientos a los autores sagrados (cf. Ex. 4:12, 15; 20:1; Dt. 18:18-20; 2 Sam. 23:1, 2; Is. 1:10; Jer. 1:9; Ez. 2:7; 3:4, 10; Dn. 10:9, 11; Os. 1:1; Joel. 1:1; Jn. 17:8; 1 Co. 2:13; 2 Pe. 1:21).

B. Plenaria. El término “plenaria” significa plenitud, entero, extendido a cada parte. La inspiración plenaria nos enseña que cada parte de la Biblia es inspirada por igual (cf. 2 Ti. 3:16). Los grandes teólogos de todos los tiempos de la Iglesia cristiana han sostenido esta enseñanza. Los que atacan esta teoría no han aprendido a comprender que la inspiración plenaria no enseña que cada parte de la Biblia es revelada. Lo que sí enseña es que la inspiración se extiende a cada parte de la Biblia. Y esta abarca la historia, la poesía, la profecía, la doctrina, los preceptos y todo lo que Dios quiso que se escribiera, y que se escribiera exactamente. Veamos unos ejemplos:

- Inspiración sin revelación (Luc. y Hech. 1:1-3).
- Inspiración incluyendo revelación (Apoc. 1:1, 11).
- Inspiración sin iluminación como en los profetas (1 Ped. 1:11).
- Inspiración incluyendo iluminación como en el caso de Pablo (1 Crón. 2:12).
- Revelación sin inspiración como en las palabras de Dios desde el Monte Sinaí (Ex. 20:1, 22).
- Iluminación sin inspiración como en el caso de los modernos predicadores (Ef. 2:20).

C. Orgánica. Esto significa que Dios empleó a los escritores bíblicos no de forma mecánica como si se tratara de máquinas. Por el contrario, el Señor obró sobre ellos en

armonía con sus propias disposiciones naturales tales como personalidad, carácter, talentos o habilidades naturales tanto físico como mentales. Asimismo la cultura, educación de cada uno, forma de comunicarse verbal o por escrito, también fue utilizado por el Espíritu Santo a fin de producir la revelación o voluntad escrita de Dios. Los errores de juicio mental y aún las faltas morales provenientes del pecado fueron controlados por la inspiración del Santo Espíritu de Dios. Esto hace que los manuscritos originales fueran sin errores de ninguna especie, lo cual supone para nosotros los creyentes, un cuerpo de verdad divina y doctrinal revestidos con el carácter de infalibilidad e inerrancia. Visto de este modo, bien podemos comprender por qué las Sagradas Escrituras poseen toda autoridad divina para decirnos lo que debemos creer y lo que debemos hacer según los mandamientos y estatutos divinos.

IV. Opiniones de la crítica liberal en contra de la inspiración plenaria y verbal de la Biblia

A. Cristo contra los apóstoles. Críticos opuestos a la inspiración bíblica han dicho que Jesús estuvo luchando con sus discípulos para salvarlos de las erróneas tradiciones de los judíos incluyendo la creencia en la inerrancia de las Escrituras. Uno de ellos ha dicho abiertamente: “Concluimos que es muy probable que el Redentor no compartiese el concepto de sus contemporáneos judíos tocante a la inspiración de la Biblia..., por el hecho de que Él repetidas veces expresa Su desacuerdo con la manera común entre ellos de ver y usar los libros sagrados. Él dice a los escribas frente a frente que ellos no entendían las Escrituras (Mt. 22:29; Mc. 12:24), y que era ilusorio por parte de ellos pensar que poseían vida eterna en ellas, por lo tanto, en un libro (Jn. 5:39). Aun como también Él (en el mismo lugar) parece hablar con desaprobación tocante a que ellos escudriñasen las Escrituras, porque estas proceden de un punto de vista tan pervertido” (Ricardo Rothe, op. cit. por B. Warfield, *Revelation and Inspiration*, pp. 184-185).

B. Acomodación. Este argumento declara que los apóstoles creían que la doctrina de la inspiración e inerrancia de las tradiciones judías estaba equivocada. Lo que los apóstoles hicieron fue “acomodarse” al lenguaje, tradiciones y prejuicios de sus días. Otro crítico afirma: “Las Escrituras del Nuevo Testamento estaban completamente dominadas por el espíritu de su época, así que su testimonio concerniente a la inspiración de las Escrituras carece de valor independiente” (Stuart, op. cit. por Warfield, *ibíd.*, p. 191).

C. Ignorancia. De igual manera se dice que los apóstoles eran hombres ignorantes (Hch. 4:13), y por lo tanto, estaban predispuestos a errar, y que Cristo mismo, en su aspecto humano, no sabía nada más de lo que se sabía en su día. Se dice además que Cristo no tuvo acceso a los descubrimientos científicos de estos tiempos modernos, y

por lo tanto, su pensamiento también estuvo moldeado por el pensamiento que caracterizaba a su época.

D. Contradicción. Finalmente, se ha discutido mucho por parte de la Alta Crítica con relación a que la Biblia está llena de contradicciones, inexactitudes e inconsistencias, Este punto recibe una respuesta amplia en el capítulo 20 donde tratamos las objeciones a la inspiración.

V. Las fuentes o clases de composición bíblica cubiertas por la inspiración.

La inspiración verbal y plenaria de las Escrituras cubre toda una selección de registros exactos de las materias que se tratan en toda la Biblia. Las principales fuentes o clases de composición son:

A. Inscripciones Divinas escritas o copiadas. (a) los Diez Mandamientos fueron escritos por el dedo de Dios (Ex. 24:12; 31:18; 32:16; Dt. 4:12, 13; 5:22; 9:10; 10:2,4), (b) El modelo del Tabernáculo dado a Moisés y el modelo del Templo dado a David (cf. Ex. 25:40, He. 8:5; 1 Cr. 28:19). (c) De parte de Dios es enviada la mano que escribió en la pared en medio del festín del rey Belsasar (Dn. 5:5, 24).

B. Revelación Divina directa. (A) Los libros proféticos y el Apocalipsis. Los escritos proféticos desde Isaías hasta Malaquías, las visiones proféticas en Ezequiel, Daniel, y el libro del Apocalipsis (1:1). (b) Algunas partes de las epístolas (Gál. 1:11, 12, Ef. 3:3-5) y probablemente la historia de la Creación en Génesis.

C. Dictado Divino. Algunos eruditos conservadores creen que por lo menos algunas partes de la Biblia fueron dictadas. (a) Algunas partes de la Ley Ex. 20:1, 22, cubriendo los capítulos 20-23 excepto 20:18-21, probablemente los capítulos 25-31; Lv. 1-7, etc. (b) Advertencias en algunas porciones proféticas en los profetas, desde Isaías hasta Malaquías (cf. Is. 1:10; 3:16; Jer. 1:6-9; 2:1, 2; 10:1, 2; Ez. 2:7; 3:10, 11; Os. 1:1; Jl. 1:1; Am. 1:1). (c) Las cartas a las Siete Iglesias, (Ap. 2-3). (d) El testimonio de testigos reacios (Num. 22:16; 18:38; 23:7-12, 18-26; 24:2-24). El mensaje de la burra de Balaam (Núm. 22:28-30). (e) La profecía de Caifás (Jn. 11:49-52). Todo lo anterior es posible y pudiera ser probable. No obstante, la Inspiración Verbal parecería ser lo suficientemente competente como para tomar en cuenta esos casos o por lo menos registrarlos.

D. Documentos o registros ya escritos de la ley y la historia. Incluye los libros históricos de Josué hasta Nehemías y de Mateo a Hechos de los Apóstoles. También gran parte del Pentateuco y partes de la historia esparcidas a través de otros libros. Estos ocurrieron principalmente por conocimiento o experiencia personal de los autores, o de

la existencia de documentos y registros oficiales (como en Crónicas, Esdras y Nehemías. Recordemos el caso de Lc. 1:1-4).

E. Poesía y Filosofía. Incluyen adoración y sabiduría especial, desde Job hasta Eclesiastés y Lamentaciones. Algunos de ellos son líricos como las mismas Lamentaciones de Jeremías, el Cantar de los Cantares de Salomón y gran número de los Salmos (poseen música y canto y son emotivos). Pero al mismo tiempo Job, Proverbios, Eclesiastés⁵ algunos de los Salmos son didácticos (enseñanza).

F. Doctrina y Práctica. A esta fuente o clase de composición bíblica pertenecen las epístolas del NT y porciones de otros libros. Partes de ellos fueron dadas por revelación (Gál. 1:11, 12; Ef. 3:3-5).

G. Diferencia entre declaraciones registros de declaraciones. La Biblia no miente, ni nos enseña a mentir, pero podemos decir que el libro sagrado registra mentiras. El registro de mentiras se da como cierto semejante a cualquier otro dato. Ejemplos: (1) En Gén. 3:4 la Biblia no enseña que si nosotros pecamos “no moriremos”. Esto lo dijo la serpiente, no Dios, ni Moisés. Esta declaración del diablo era y es falsa, pero el registro de la declaración es inspirada y cierta. (2) En 1 Sam. 31:3,4, la Biblia afirma que el rey Saúl al ver su fracaso en la batalla contra los filisteos se suicidó. Y esto es lo correcto. Pero en 2 Sam. 1:1-10 la Biblia expresa que un hombre joven diciendo ser un amalecita, dijo a David (probablemente con el deseo de recibir una recompensa) que él había matado al rey Saúl. Esto fue falso. La Biblia no dice que el amalecita mató a Saúl, pero está registrado el hecho de que el muchacho dijo a David la mentira de que él había matado al rey. Su declaración fue falsa conforme a 1 Sam. 31:3,4, pero, el registro de la declaración es inspirada y cierta. (3) Otros casos como el adulterio de David (Jue. 19; 2 Sam. capítulo 11 y todos los pecados de los hombres que registra la Biblia no son mandamientos o normas que las Escrituras ordenan como modelo para todas las generaciones. Simplemente registra lo que es la historia del pecado en la humanidad.



UNIÓN DEL ELEMENTO DIVINO Y HUMANO EN LA INSPIRACIÓN

En este capítulo nos vamos a referir al cómo de la inspiración. Contrario a las teorías mecánica o dinámica de la inspiración, reafirmo aquí la doctrina bíblica de que la inspiración fue orgánica por cuanto los autores secundarios fueron instrumentos u órganos que el Señor utilizó.

1. Analogía con la persona de Cristo como otro misterio

A lo largo de la historia cristiana muchos teólogos han usado la encarnación de Cristo como una analogía adecuada para la comprensión de la naturaleza divino-humana de las Escrituras. Clemente, Orígenes y Crisóstomo la utilizaron, así como Lutero y Calvino. Bien se ha dicho que en cuanto a la inspiración de la Biblia permanece un misterio que todavía está velado a la razón humana. Pero no de por sí, como si no pudiésemos entender nada al respecto. Esta doctrina es equivalente a la doctrina de la unión de las dos naturalezas en Cristo. ¿Cómo Jesús de Nazaret puede ser perfecto Dios (Jn. 1:1, 14; 20:28; Rom. 9:5) y perfecto hombre (Jn. 8:40; 10:33; Heb. 2:14, 17) al mismo tiempo? En razón de la Biblia, ¿cómo pudo el elemento divino unirse al humano para producir su revelación? Bien se ha dicho que la Biblia no es un libro que Dios mandó en paracaídas desde el cielo. No, es un libro divino *made in* el planeta tierra. En otras palabras es un libro Divino-Humano. La Biblia es la producción por igual de Dios y del hombre, por lo tanto, cometemos un error si decimos que ella es solamente humana o solamente divina. Cada palabra de la Biblia sin excepción es la Palabra de Dios; pero, a la vez, cada palabra de la Biblia es la palabra del hombre. Este sublime misterio de la inspiración consiste precisamente en que ninguno de los dos aspectos puede separarse, sino que hay que reafirmar siempre la unión de los dos. Lo mismo pasa con Cristo, si somos ortodoxos en doctrina, no podemos separar su divinidad de su humanidad.

II. Lo divino-humano en la inspiración no significa actuación mecánica de Dios

Aquellos a quienes Dios escogió en su providencia y capacitó para esta tarea hablaron y escribieron la “redacción de Dios” inspirados no desde fuera, sino desde dentro.

Tampoco fueron hombres o instrumentos pasivos, sino activos, dueños de una muy consciente posesión de sus propios ejercicios intelectuales, emocionales y volitivos. Sin embargo, la inspiración es más que una preparación providencial. Esta empleó los poderes naturales del hombre como órganos, pero, por nuestra propia capacidad humana no podemos explicar la inspiración. Moisés, David, Pablo y Juan fueron providencialmente capacitados y educados para la tarea de escribir la Biblia; sin embargo, no debemos caer en el error de que dicha preparación es inspiración, sino simplemente preparación para aquella tarea según el plan de Dios.

III. “Cuando Dios hace un profeta no deshace al hombre”

Esta conocida frase del filósofo John Locke (1632-1704) nos muestra una consistente verdad del tema en estudio. La inspiración no suprimió a los autores secundarios; por el contrario, ampliando un poco más lo que estudiamos antes, el Señor puso a su servicio las diferentes peculiaridades de sus caracteres y personalidades con todo y defectos. Los usó tales como eran con su temperamento, sus dones y talentos; educación, cultura, vocabulario, dicción y estilo, preservándolos para que aún sus defectos culturales y literarios no produjeran falsedades. Debido a que la inspiración es un milagro, no entendemos cómo hizo Dios para preservarlos del error, del pecado y de la falibilidad, para guiarlos aún en la elección de sus palabras y en la expresión de sus pensamientos. La inspiración hizo desaparecer toda imperfección humana, de modo que cuando escribían o seleccionaban documentos para redactar o compilar los libros sagrados, el resultado fue un libro infalible cuyo contenido es la voluntad de Dios. Con relación al tema de la unión divina-humana de la inspiración el profesor Day declara que “el arbusto mediante el cual Dios se le apareció a Moisés siguió siendo arbusto pese a que resplandecía por la llama de fuego de donde salía la propia voz de Dios” (Op. cit. por A. H. Strong en *Systematic Theology*, p. 213).

IV. ¿Es la Biblia falible y sujeta a error por emplear Dios instrumentos humanos?

La crítica liberal ha dicho que la Biblia es perfecta e inspirada hasta el momento que sale de la boca de Dios. Pero al mezclarse con el elemento de la palabra humana la inspiración se distorsiona dando como resultado un producto divino escrito e imperfecto y lleno de errores. Asimismo sostienen que no debemos asustarnos porque la Biblia no reclama inspiración sobrenatural, sino de índole natural. La lógica conclusión de la premisa es la siguiente: si los autores bíblicos son falibles las Escrituras también lo son y contiene errores.

En realidad, esto sería así si Dios no hubiera obrado en los “vasos de barro” que Él escogió para producir su revelación. Pero, no es cierto que el elemento humano como instrumento de la inspiración ha “distorsionado” la revelación divina y que la Biblia ya no es de fiar. La respuesta la tenemos otra vez en la analogía de la encarnación de Cristo la cual demuestra que los elementos divino-humano juntos no son incompatibles.

Jesucristo fue verdadero hombre, y si la humanidad necesariamente envuelve falibilidad entonces, Jesucristo fue falible y lleno de errores, lo cual equivale a decir que Él no es nuestro Salvador. Sabemos que la persona que mora en la naturaleza humana del Señor era y es el Verbo eterno, garantía indiscutible de infalibilidad. Caso igual pasa con la Biblia por la acción de la inspiración. Ilustración clara y precisa nos la da Benjamín Warfield en las siguientes palabras:

“Cuando la luz pasa a través de los cristales de color de la ventana de una catedral, decimos que es la luz del sol, y vemos que adquiere diversos colores al atravesar los cristales. Así es la Palabra de Dios, la cual, al pasar a través de la mente y el alma del autor sagrado resulta coloreada por su personalidad, y justamente en grado tal que deja de ser la pura palabra de Dios. Pero, si dicha personalidad ha sido formada por Dios, ¿no es con el exclusivo propósito de comunicarnos Su Palabra a través del color de la personalidad que Él quiere? ¿Acaso, los cristales de color de la ventana no son diseñados por el arquitecto con el exclusivo propósito de darle a la catedral los tonos de luz que él quiere? y ¿acaso, los instrumentos humanos que Dios escogió no son los medios por los cuales ha querido hacer llegar la Palabra a su pueblo? (Op. cit. en *The Inspiration and the Authority of the Bible*, pp. 155-156).



ILUMINACIÓN ESPIRITUAL

I. ¿Qué es iluminación?

Iluminación espiritual es la luz o discernimiento que cada cristiano puede y debe tener de parte del Espíritu Santo para entender la revelación escrita de la Biblia. La iluminación no se refiere a la inspiración. Esto es totalmente aparte. Tampoco es poder espiritual, ni unción divina, entusiasmo emocional, entusiasmo místico-religioso, ni predicación en demostración y poder.

II. El Espíritu Santo nuestro principal Maestro

Nuestro principal Maestro es el Espíritu Santo mismo. Ya que “Hermenéutica” es el nombre técnico que se da a la ciencia de interpretar la Escritura, es necesario que interpretemos correctamente el texto revelado. Si el Espíritu Santo es el autor primario que obró en la vida de los autores humanos, es congruente que sea Él mismo quien nos capacite para interpretar correctamente el contenido bíblico. Cuando en la vida del creyente o del inconverso no hay iluminación suele ocurrir lo mismo que sucedía en los días del profeta Isaías. Como juicio y castigo Dios dejó de hablar a su pueblo rebelde. Su verdad era como un libro sellado y su pueblo como niños analfabetos: “Y os será toda visión como palabra de libro sellado, el cual si dieren al que sabe leer, y le dijeren: Lee ahora esto, él dirá: No puedo, porque está sellado. Y si se diere el libro al que no sabe leer, diciéndole: Lee ahora esto, él dirá: No puedo, porque no sé leer’ (Isaías 29:11, 12).

III. ¿A quiénes ilumina el Espíritu Santo?

A. Solo a los que Él mismo regenerado o ha hecho nacer de nuevo. Esto es muy diferente a la falsa idea de la “iluminación cristiana universal” la cual dice que la iluminación es para todos sin excepción, para santos y pecadores, siendo lo importante ser sinceros. Cuando algunos comparan la Biblia con el Corán (musulmanes), los Vedas y el Bagavad Gita (hinduismo) o el Avesta (zoroastrismo) afirman que no hay diferencias sustanciales, sino solo de grado. Se considera que en todos estos libros hay “revelación” de Dios, por lo tanto, inspiración e iluminación están disponibles por igual

para todo el que quiera. Este argumento esgrimido por teólogos liberales ecumenistas es falso por dos básicas razones: en primer lugar, Jesucristo mismo declaró que “el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (Jn. 3:3). En segundo lugar, el apóstol Pablo afirma la misma verdad al decir: “Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Cor. 2:14).

B. A los humildes. El orgullo y la arrogancia de una persona que se cree realmente instruida y que considera que los asuntos de la Biblia son cosa anticuada y medieval jamás podría ser enseñado por el Espíritu Santo. El Señor Jesús dijo; “Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos y las revelaste a los niños. Sí Padre, porque así te agradó” (Mt. 11:25, 26). ¿Quiénes son aquí los “sabios” los “entendidos” y los niños? Los dos primeros son los intelectualmente soberbios que erigen su propia razón como juez omnipotente aún por encima de la grandeza de Dios. Los niños son todas aquellas personas que reconocen su necesidad de Dios, su intrínseca pecaminosidad, los que se inclinan con humildad y sinceridad ante la autoridad de su Palabra. La alabanza a los niños no significa que Jesús alaba la ignorancia o la simplicidad de un niño como tal, sino el correcto acercamiento de la persona a la palabra de Dios, acercamiento que debe ser sincero, de corazón y sin prejuicios. Esta expresión de humildad se expresa mediante la oración en la cual rogamos a Dios antes de leer la Biblia que nos abra el entendimiento. “Abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu ley” (Sal. 119:18) dijo el salmista David.

C. A los obedientes (Hechos 5:32). En su segunda carta a Timoteo el apóstol Pablo enumera los principales propósitos por el cual Dios había inspirado la Biblia: figura la instrucción en términos generales; sin embargo, en el versículo 15 afirma que el propósito superior de las Escrituras es “hacernos sabios para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús”. Sobre esta base, uno puede ver que al Espíritu Santo le preocupa mucho el grado de interés, importancia y prioridad que sus lectores le dan a Su Palabra. Pero también cuenta el grado de obediencia a la misma cada vez que la leemos o aprendemos algo en la iglesia local. Jesús mismo afirmó que el grado de entendimiento de la Palabra es directamente proporcional al grado de obediencia y amor que se le tengan a Él. “El que me ama, mi palabra guardará...” (cf. Jn. 14:21-23).

D. A los que testifican. Jesús dijo: “...porque a todo aquel a quien se le haya dado mucho, mucho se le demandará...” (Lc. 12:48b). Esto implica que un creyente que tenga bastante iluminación y conocimiento debe compartir la Palabra de Dios con los que le rodean. Jesús también enseñó que “la luz es para ponerla en el candelero y no debajo de la mesa”. Como Constitución del Reino de Dios la Biblia es un depósito que se nos ha

confiado y del cual hay que sacar “tesoros viejos y nuevos” para entregar a un mundo caído y destruido por el pecado y Satanás.

E. La obra iluminadora del Espíritu Santo en las “cosas profundas” de la Palabra.

Se ha designado como la Era del Espíritu Santo al periodo de tiempo entre la primera y la segunda venida de Cristo. Y no falta razón en esto por cuanto la obra básica del Espíritu es “glorificar a Cristo” en la tierra. Una vez que hemos creído en Cristo el Espíritu Santo viene a morar en el corazón del creyente para que su poder sobrenatural esté a su disposición. Pablo denomina a las cosas profundas de la Palabra “cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman” (1 Cor. 2:9). Hay que entender que quien es iluminado por el Espíritu Santo no oye ninguna voz hablando desde fuera (externa) como sucede con los místicos y visionarios; por el contrario, se trata de una enseñanza interna que gradualmente despierta la mente y el corazón hasta hacerle ver los profundos tesoros de su Palabra inspirada. El hijo(a) de Dios puede estorbar el ministerio iluminador del Espíritu Santo por el pecado o por falta de espiritualidad propia. Todos necesitamos la obra maravillosa que hizo Jesús con unos discípulos cuando iban por el camino de Emaús; se nos dice que “les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras” (Lc. 24:45). Y Pablo oró para que los colosenses fueran “llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual” (Col. 1:9). ¡Dios nos dé más de su Espíritu para recibir abundante iluminación de su revelación inspirada!



LA INSPIRACIÓN SEGÚN LA TEOLOGÍA LIBERAL

I. Antes de la Reforma

Aún en medio de la oscuridad, ignorancia y superstición que caracterizó a la Edad Media (476-1492), la doctrina de la inspiración plenaria y verbal de la Biblia fue firmemente sostenida. Hasta el tiempo de la Reforma esta doctrina no sufrió ningún ataque excepto por algunas sectas heréticas. El eclesiástico del Medievo no criticaba la Biblia y permitía cierto uso. Era considerada el depósito divino al cual se le atribuía infalibilidad en asuntos doctrinales y preceptos morales, pero nada más.

II. En la Reforma (siglo XVI)

Aún antes y después los reformadores creyeron en la inspiración plenaria y verbal de las Escrituras. Defendieron el absoluto poder y autoridad de la Palabra como norma divina inquebrantable. Para ellos, la Biblia era más que un libro de información religiosa o reglas de moral; se trataba del medio de gracia más especial que conduce al conocimiento y comunión con el Dios vivo. Tradujeron la Biblia a los idiomas europeos de aquel entonces y la dieron al pueblo. “La Palabra de Dios es para todos” —decían. Lutero tuvo la convicción de que “es imposible que la Biblia se contradiga a sí misma”. Y Calvino escribió:

“Pero antes de pasar adelante es menester que hilvanemos aquí alguna cosa sobre la autoridad de la Escritura, no solo para preparar el corazón a reverenciarla, sino también para quitar toda duda y escrúpulo. Pues cuando se tiene como fuera de duda que lo que se propone es Palabra de Dios, no hay ninguno tan atrevido, a no ser que sea del todo insensato y se haya olvidado de toda humanidad, que se atreva a desecharla como cosa a la que no se debe dar crédito alguno. Pero puesto que Dios no habla cada día desde el cielo, y que no hay más que las solas Escrituras en las que Él ha querido que su verdad fuese publicada y conocida hasta el fin, ellas no pueden lograr entera certidumbre entre los fieles por otro título que

porque ellos tienen por cierto e inconcuso que han descendido del cielo, como si oyesen en ellas a Dios mismo hablar por su propia boca” (*Institución I, vii, 1*).

III. Después de la Reforma

La Reforma trajo consigo un aparato crítico en contra de la Biblia y su infalibilidad. El siglo XVII vio conformar una intensa actividad apologética (defensa) la cual elaboró los llamados cuatro atributos de la Biblia: autoridad, necesidad, claridad y suficiencia. Los discípulos de los reformadores sostuvieron que el Espíritu Santo es su autor primario y, por lo tanto, tiene autoridad absoluta en materia de fe y conducta. Muy pronto estas verdades fueron atacadas desde distintos frentes. Por un lado, la intolerancia de Roma y su Contrarreforma hicieron mucho por apagar la llama de estas verdades. Por otra parte, dentro del mismo protestantismo surgieron sectas hostiles que exaltaban la luz interior por encima del texto escrito de la Biblia. Tal fue el caso de algunos “iluminados” anabaptistas.

IV. El deísmo inglés

Los postulados de los reformadores de una Biblia inspirada e infalible fueron puestos en entredicho por los deístas o “librepensadores”. El deísmo es un sistema de religión natural que por ningún motivo acepta la Biblia como una revelación inspirada de Dios. Admiten un Creador que hizo el universo, pero este se retiró a “descansar” y para nada interviene ya en los asuntos de este mundo. Dios todo lo ha entregado —dicen— al libre curso de las leyes físicas del mundo. Por esa razón rechazan de plano una revelación sobrenatural.

Fruto del deísmo fue los filósofos David Hume (1711-1776) y Edward Gibbon (1737-1774) quienes lanzaron rabiosos ataques contra la inspiración de la Biblia. Frente a esta demoledora crítica corría parejo la actividad evangelizadora de predicadores como John Wesley y George Whitefield en Inglaterra. La obra de estos dos hizo notable contrapeso a la obra deísta. En Francia el deísmo y su siembra de incredulidad y escepticismo se manifestaron en la vida y obras de los llamados “enciclopedistas” Voltaire y Rousseau juraron destruir las Sagradas Escrituras en aras del progreso de la luz de la razón humana.

V. El racionalismo alemán

El deísmo inglés y el escepticismo de los franceses, una mezcla de panteísmo, ateísmo y agnosticismo, llevaron al cristianismo protestante al descreimiento y rechazo de la aceptación histórica de la doctrina de la inspiración. Todo esto junto dio origen a un movimiento conocido como Racionalismo Alemán. Hay tres características notables en este movimiento: (1) El rechazo del yugo de la tradición. El hombre “Ilustrado” únicamente aceptaba lo que era “razonable”. (2) La elevación de la razón como juez supremo de todos los asuntos humanos incluyendo la Palabra de Dios. En el mismo seno

de la Iglesia Protestante se origina la llamada Alta Crítica en contra de la Biblia, demoledor instrumento que perdura hasta hoy. (3) Las altas estimaciones de la moral del hombre como hombre, eliminando casi la necesidad de Dios. El racionalismo no es ni deísmo ni ateísmo, pero es un túnel directo hacia el mismo ateísmo.

Destacados teólogos alemanes se dieron a la tarea de “salvar” el cristianismo de tan terrible amenaza. En este intento elaboran las más disímiles teorías con las que pretenden lograr una reinterpretación de la inspiración. Aquí también el remedio resultó peor que la enfermedad. J. S. Semler, (1725-91) negó la canonicidad de varios libros diciendo también que la Biblia contenía mitos, leyendas, y que en muchos lugares su contenido era deshonesto. Por su lado, Eichhorn, Paulus, De Wette, el francés Jean Astruc, siguiendo los mismos pasos fueron los intelectos que pusieron las bases para las diversas teorías liberales de la inspiración, particularmente la inspiración parcial-relativa. No podemos dejar de mencionar a Graf (1815) y Wellhausen (1844-1918) gestores de las hipótesis documentarias, enemigos de la inspiración plenaria y verbal.

Las anteriores corrientes racionalistas liberales penetraron el duro caparazón eclesiástico de la Iglesia Católica fomentando en su interior un movimiento denominado Modernismo, enseñado hoy en sus principales universidades. Teólogos romanistas que desecharon la inspiración verbal fueron M. Loisy, George Tyrrell cuyas enseñanzas fueron condenadas en 1907 por el papa Pío X. Hasta hoy la batalla continúa entre liberales y conservadores que defendemos la inspiración verbal y plenaria de la Biblia. Un examen de esta controversia lo veremos en el examen de las falsas teorías de la inspiración que veremos en el siguiente capítulo.

VI. Federico Schleiermacher

La teoría filosófica de F. Schleiermacher (1768-1834) sobre el binomio revelación-inspiración es una herencia de Immanuel Kant. Guiado por su mano, su formación teológica quedó marcada por una abierta oposición a los temas bíblicos de índole sobrenatural. Para este teólogo la inspiración es el estado interno de la mente que nos capacita para alcanzar la verdad. Enseñó que la inspiración de los profetas y apóstoles no implica nada genéricamente nuevo en los procesos reales de la mente humana. No involucra ninguna forma de inteligencia superior que la que ya poseemos. Afirmó que “la inspiración es más bien la elevación de la conciencia religiosa, y con ella, naturalmente, el poder de la visión espiritual, hasta un grado de intensidad peculiar de los individuos así favorecidos por Dios” (op. cit. por Carlos Hodge en *Teología Sistemática*, Clie, 1991, vol. I, p. 135). Para Schleiermacher la única diferencia entre los apóstoles y los cristianos ordinarios residió únicamente en el grado de santidad que tuvieron. La opinión de este teólogo sobre la inspiración es de índole naturalista. Se trata solamente de una influencia natural en algunos exaltados llenos de sentimentalismo religioso. Esta teoría es la madre de todas las teorías falsas que se han elaborado en contra de la inspiración divina de la Biblia y que a continuación vamos a examinar.



FALSAS TEORÍAS DE LA INSPIRACIÓN

A la luz de todo lo anterior, miraremos ahora lo que ha sido el resultado de la crítica contra la Biblia. Se han elaborado diferentes pero falsas teorías de la inspiración de las Sagradas Escrituras. Es necesario preguntar: ¿en qué clase de inspiración cree usted? Examinemos las siguientes:

I. Inspiración natural de los genios

Esta teoría afirma que la Biblia fue escrita por buenos y fieles hombres cuya obra fue guiada e “inspirada” por el Espíritu Santo. ¿Pero en qué forma? Solo en el sentido como cualquier escritor o genio que compone una pieza literaria moral. De acuerdo con esta teoría, el buen poeta así como toda persona que transmite un buen mensaje a la humanidad con el fin de ayudarla son inspirados. Por ejemplo, Tomás de Kempis, Milton, Shakespeare, Bolívar, etc., también fueron inspirados al igual como lo fueron Pablo, Juan, Lucas, etc., pero en menos grado.

Objeciones a esta teoría. Atrae a las mentes que poco les gusta pensar. Su problema consiste en que elimina el aspecto sobrenatural. Reduce la Biblia al puro nivel de lo secular haciendo de la Palabra de Dios únicamente una especulación humana. Así, la Biblia puede ser criticada o mutilada al capricho de los hombres. Si la inspiración de la Biblia difiere en grado y no en clase, entonces no podemos confiar en las producciones de los autores sagrados. No podríamos confiar en materias tales como doctrina, profecía, en los milagros, en los principios morales, etc. La inspiración bíblica es totalmente incompatible con los éxtasis o los celos religiosos de los místicos o visionarios (cp. Ex. 4:10-12; 2 Sam. 23:1, 2; Is. 8:11; 48:16; Jer. 1:5-10; Am. 7:14, 15; Hch. 1:2; 1 Co. 2:13; Ef. 3:5; 1 Tes. 2:13).

II. La teoría de los grados de inspiración

Según esta teoría existe un primer o más alto grado de inspiración en la Biblia que cubre algunas porciones reveladas a los autores. Un segundo o menor grado previene a

los autores de cometer errores al registrar hechos o doctrinas ya conocidas por ellos. Un tercer grado, concede autoridad divina a algunas porciones que fueron originalmente compuestas, pero no bajo la inspiración.

Objeciones. Esta teoría, aunque más respetable que la anterior, no obstante, adolece de un gran defecto: ¿quién va a decirnos qué porciones de las Escrituras son inspiradas? ¿Cuáles sí y cuáles no? Significa que hay grados de valor, pero no de inspiración. Su falacia consiste en que no toma en cuenta que cada parte de la Escritura debe estar conectada con el resto para que pueda ser la verdad revelada de Dios.

III. Inspiración cristiana universal o iluminación

Enseña que los autores primarios de la Biblia fueron inspirados tal como lo han sido todos los cristianos en todas las épocas. Es decir, que el promedio actual de los cristianos que hoy asisten y predicán en una iglesia también pueden o son inspirados como lo fue Moisés o Pablo.

Objeciones. Si esto es cierto, ¿por qué los cristianos de la actualidad no escribimos otra Biblia? Algunos creen que esto se necesita hoy día. Esta teoría confunde la iluminación con la inspiración lo cual son dos conceptos totalmente distintos. Hoy ya no hay inspiración, pero sí iluminación (cf. Jn. 16:13).

IV. Los conceptos inspirados

Los abogados de esta teoría declaran que Dios solo inspiró los pensamientos de los autores bíblicos. Pero, ¿en qué sentido? Dios dio los pensamientos a los escritores. Luego de años y en algunos casos les concedió expresar dichos pensamientos en sus propias palabras según pudieran recordarlos.

Objeciones. Esta teoría hace que Dios confíe su infalible verdad a hombres falibles a quienes se les permitió escribir de la manera como a ellos mejor les pareció. Significa que los manuscritos originales tuvieron errores; y decir esto es grave. Así, lo que quiere decir es que el Dios infalible llegó a ser el autor de un libro con errores. Esta es la teoría favorita de los críticos que gustan señalar supuestas inexactitudes, discrepancias y contradicciones que creen haber encontrado en la Biblia. Desde todo punto de vista es una teoría engañosa porque la inspiración se extiende más allá de los pensamientos.

V. Inspiración parcial o relativa de la Biblia

Añadimos algo más a lo manifestado antes. Esta teoría enseña que la Biblia es inspirada solo en algunas partes no en todas. Esto quiere decir que hay partes que no son inspiradas. La expresión favorita de los abogados de esta teoría es: “la Biblia contiene la Palabra de Dios”. Entre estos críticos no hay unanimidad en decir que partes

son o no son inspiradas. Algunas creen que las verdades fundamentales sí son inspiradas, pero los argumentos y las explicaciones, los números y los hechos históricos son de origen humano. Otros limitan la inspiración solo a las enseñanzas morales, pero lo otro no es inspirado. Otros limitan la inspiración solo a la parte profética de las Escrituras.

Objeciones. Esta teoría es peligrosa. Su conflicto es evidente en contra de 2 de Timoteo 3:16: “TODA LA ESCRITURA ES INSPIRADA POR DIOS”. Esta es la prueba básica de esta materia así como de todo el contenido de la Biblia. Esta teoría nos deja con una pavorosa incertidumbre en cuanto a lo que es y no es Palabra de Dios. Pretende que la Biblia es inspirada solo en materias de real importancia. Si esto es así, ¿por qué Dios no nos advirtió lo que es y no es importante en su enseñanza? Y si la historia sagrada es falible y no es inspirada, ¿cómo podemos nosotros confiar en la enseñanza doctrinal de las Escrituras?

VI. Inspiración ocasional

Se trata de una modificación de la anterior. Enseña que los escritores de la Biblia fueron inspirados ocasionalmente. Sostiene que los autores de la Biblia no siempre estuvieron bajo la inspiración del Espíritu Santo. Afirma que los autores con frecuencia fueron dejados a sus propios razonamientos e ideas produciendo lo que deseaban. Así, los errores están mezclados con lo divino.

Objeciones. Las mismas de la inspiración parcial o relativa.

VII. Dictado verbal

Enseña que cada palabra de la Biblia fue dictada en los lenguajes originales por el Espíritu Santo justamente así como el jefe de una oficina dicta una carta a su secretaria. A menudo, es llamada “Inspiración Mecánica”. No debe ser confundida con la Inspiración Verbal. Aquellos que niegan esta última estiman que se trata de inspiración mecánica.

Objeciones. La teoría del Dictado Verbal en la práctica niega la inspiración en los autores de la Biblia. Hace del autor una mera máquina; es solo un agente pasivo, una pluma y no un autor orgánico o instrumento del Espíritu Santo. No toma en cuenta los diferentes estilos, el toque personal de los autores. Para una comprensión sana el asunto hay que decir que dictado no es inspiración.



OPINIONES CONTEMPORÁNEAS SOBRE LA INSPIRACIÓN

Con base en las anteriores teorías y a lo largo de este siglo, han surgido otras opiniones sobre la inspiración. Estas se ubican en diversas formas de la llamada inspiración dinámica y la parcial-relativa. Se trata de elaboraciones modernas que tampoco dejan de tener su raíz en la filosofía racionalista y en la teología liberal. Veamos las siguientes:

I. Variante ético-sentimental de la inspiración

Afirma que la inspiración solo está en aquellos pasajes bíblicos que pueden considerarse éticos o de contenido moral que exaltan el céntrico concepto del “ágape” o amor. Los textos del AT que se refieren a juicios o castigos divinos son rechazados y considerados indignos de la inspiración debido a que no cuadran con el Dios de amor del NT. A esta corriente pertenece la llamada Ética de Situación o “Nueva Moralidad”. Como su mismo nombre lo indica, la Nueva Moralidad enfatiza la “situación”, o lo que los filósofos contemporáneos llaman “la realidad existencial”. Desde un punto de vista práctico, declara que “una acción es mala no porque así lo diga un principio o norma, sino según la “situación”. Un ejemplo práctico sería las relaciones sexuales antes del matrimonio, el adulterio o el divorcio no son malos en sí mismos. A estas cosas “no puede llamárseles malas por sí mismas”, porque el único mal intrínseco es la falta de amor. Los códigos éticos de la Biblia ya no son los llamados a decir que es malo o bueno, sino el amor (ágape) desinteresado y sacrificado. La idea clave de esta ética es que “el fin justifica los medios”. John A. T. Robinson, expositor de esta ética basa su tesis en pasajes como 1 Sam. 21:1-6 y Mateo 12:1-8. La errónea exégesis que hace de estos textos lo lleva a decir que no estamos bajo obligación impuesta por códigos preestablecidos; lo que cuenta es la decisión que debemos tomar según la “situación” que el momento exija. En todo esto salta una conclusión a la vista: está permitido mentir, robar, asesinar, adulterar, prostituirse, si la “situación” o los sentimientos que nos mueven a una “decisión existencial” así lo requieren, con tal de que estemos motivados por el amor o por un ideal más alto.

II. Variante dialéctico-existencial de la inspiración

Esta es la posición defendida y expuesta por Karl Barth y Emile Brunner, representantes de la llamada neoortodoxia. Afirman que el “elemento divino” o inspiración en la Biblia no se debe identificar con su letra, sino en primer lugar, con su tema central, Cristo. En segundo lugar, con la experiencia existencial actual (o crisis) que se da entre el lector y el mensaje por medio de algún pasaje de las Escrituras. A esta variante pertenece la denominada corriente cristocéntrica de Barth y la llamada desmitologización. La corriente cristocéntrica se conoce también como “teología de la Palabra”. Barth afirmaba que solo Cristo es la Palabra de Dios y no el texto escrito de la Biblia. En su opinión, la Biblia presenta errores y está llena de mitos o sagas. El texto escrito en sí no es la revelación, sino solo el “testigo” de la revelación. Tampoco es inspirado por Dios. Esta posición yerra cuando desconoce que Cristo mismo se sometió a la autoridad de la Palabra escrita al reconocerla como la Palabra de Su Padre, una inspiración divina (cf. Jn. 10:35). Esta variante admite que la Biblia es la Palabra de Dios solo cuando el texto escrito (aunque imperfecto por ser palabras de hombres) hace efecto en el hombre causándole una crisis existencial, crisis que trae como resultado su “conversión”. De hecho, la teología de crisis o barthianismo ha sido refutada al demostrarse su falsedad a partir del hecho indiscutible de que la Biblia sigue siendo la Palabra de Dios crean o no crean los hombres.

III. Variante dialéctico-existencial mitológica

La “desmitologización” es el punto de vista de Bultmann y Reinhold Niebuhr. Para estos autores, la Biblia es un libro que debe ser desmitologizado. O sea, que se deben rechazar todos aquellos pasajes que no pueden ser comprendidos por la razón o el entendimiento humano. Se debe aprender a mirar más allá del registro histórico superando mitos como la existencia de Adán y Eva, los primeros once capítulos del Génesis, los milagros de Cristo, su encarnación, resurrección y segunda venida, etc. La Biblia se convierte solo en Palabra de Dios cuando esta es interpretada correctamente (cuando se superan los mitos), cuando me confronta con la respuesta que debo dar al amor de Dios. Se preguntaban: ¿cuál es la mejor manera para que la Iglesia tenga éxito en presentar el mensaje del Evangelio al hombre moderno? Su respuesta fue que primero, hay que quitar la cáscara o pellejo mítico en que viene envuelto el rico fruto de la Biblia, es decir, que los pasajes donde se nos habla de milagros y de acciones divinas sobrenaturales deben interpretarse como narraciones mitológicas. Bultmann dio por hecho que la Biblia no es un libro de narraciones históricas o de realidad literal. Declaró que en el fondo es un libro ficticio lleno de realidades fantasiosas. Sin embargo, Pedro apóstol dice con claridad que la venida de Nuestro Señor Jesucristo de quien toda la Biblia predecía su aparición, no fue “siguiendo fábulas artificiosas...” (2Ped. 1:16; cf. 1 Jn. 1:1-4).

IV. Variante de la neoortodoxia o actividad continua de la inspiración

Concibe la inspiración como una obra continua y permanente del Espíritu para el día actual, por lo cual la Biblia es un “medio” de revelación a individuos o comunidades. La idea es que debido a que la inspiración continúa hoy, las Escrituras no pueden ser la obra del Espíritu al instante de su compilación, composición o redacción. Es una forma más del concepto de la “revelación abierta” que ya estudiamos.

V. Variante de la inspiración en el ateísmo cristiano o muerte de Dios

Por los años sesenta se levantó un movimiento que proclamaba la “muerte de Dios”. ¿De cuál Dios? Del Dios cristiano o Dios de la teología conservadora-fundamentalista. Teólogos como J. Altizer, W. Hamilton y P. Van Burén recogieron la expresión “muerte de Dios” de la obra de Federico Nietzsche Así Hablaba Zaratustra. La enseñanza de estos teólogos es que ya no podemos hablar de una Biblia inspirada porque ese concepto pertenece al “fracasado” cristianismo histórico; según aquellos, este ha desaparecido. Ellos quisieron a un Dios diferente del que hasta ahora se predica a la luz de la Biblia. De ahí que, según unos, Dios murió cuando encarnó en Cristo y volvió a morir cuando Cristo murió para resucitar luego, para ser existencialmente actual en todo y en todos. La idea básica de esta teología es como sigue: debido a que el mundo anda tan mal y la gente ya no cree en el Dios que nos presenta la supuesta “Biblia inspirada”, es necesario reinterpretar a Dios. Debemos saber que esta blasfema interpretación teológica fracasó hace varias décadas. Y, no obstante, la Biblia y su predicación actual continúa siendo exitosa, trayendo poderosos cambios a la vida de incontables pecadores en todo el mundo, encontrando el verdadero significado de esta vida.

VI. Variante inspiracional de la Teología de la Liberación

Basada en la inspiración de los genios, sostiene que la principal acción de la Iglesia es un compromiso socio-político. Esta teología también rechaza la inspiración verbal y plenaria de la Biblia. Resalta las interpretaciones temporales y profanas del Nuevo Testamento que se dan en forma de dimensión social y política. Insiste en los elementos éticos y horizontales de la fe. Argumento clave es que la salvación ocurre no por el nuevo nacimiento según dijo Cristo en Juan 3:3, 5, sino por ayudar a los pobres y más necesitados. Sostiene que esta es la única acción válida para realizar una verdadera esperanza en este mundo con menoscabo del venidero (Apocalipsis 21,22).

VII. Variante feminista de la inspiración

La llamada liberación femenina también se ha hecho presente con un enfoque nuevo en relación con la inspiración de la Biblia. En opinión de sus principales expositoras, la Biblia es inspirada por el Dios “Padre-Madre”; ya no debe decirse por Dios Espíritu Santo solamente. Rechazan el modelo cristiano histórico de la inspiración porque según ellas, si continúan dándole importancia al papel de los varones en la Biblia, regresarían

al modelo patriarcal de opresión y vejación en contra de la mujer. Sostienen además que el apóstol Pablo fue un gran “machista” porque puso a la mujer por el suelo, mientras que elevó los derechos del varón por encima de los que también la mujer tiene en el orden creado por Dios. No hay espacio para ampliar este apasionante tema. Para un examen más a fondo remito al lector a la obra de Paul K. Jewett *El Hombre como Varón y Hembra* (Edit. Caribe).



LA PROFECÍA COMO PRUEBA DE LA INSPIRACIÓN DE LA BIBLIA

Gran evidencia de que la Biblia es inspirada por Dios es el cumplimiento de las profecías bíblicas. Es prueba fehaciente de que el origen y desarrollo de la Biblia tienen su fuente en Dios y no en el hombre; de lo contrario, tiempo ha que las Escrituras hubieran desaparecido de la faz de la tierra. Me propongo a continuación hacer un esbozo de esta materia como una evidencia interna que demuestra el origen divino de la Biblia.

I. Concepto clave de la profecía

Las Escrituras son claras al formular el aspecto clave de la profecía. No es posible que un verdadero profeta declare la Palabra de Dios y que esta no se cumpliera en sus sentidos proclamativo o predictivo. Jehová declaró: “Y si dijeres en tu corazón: ¿cómo conoceremos la palabra que Jehová no ha hablado?; si el profeta hablare en nombre de Jehová, y no se cumpliera lo que dijo, ni aconteciere, es palabra que Jehová no ha hablado; con presunción la habló el tal profeta; no tengas temor de él” (Dt. 18:21, 22; cf. Is. 46:9, 10). El NT afirma que los eventos del pasado sucedieron para “que se cumpliera lo que dijo el Señor por medio de los profetas” (Mc. 1:2, 3). Bajo el término “Escritura”, el NT cita el Antiguo más de 50 veces; y lo mismo ocurre con el “así está escrito” citado más de 80 veces por los apóstoles.

II. La profecía y los pueblos paganos

Prueba indubitable es que las profecías tuvieron cumplimiento verídico y real solo en el antiguo pueblo de Israel. En las religiones paganas babilónicas así como en el budismo o el islamismo se habla de profecías, pero la historia ha demostrado que nunca se cumplieron. Solo dentro del pueblo del Señor tenemos el espectáculo de una sucesión de hombres hablando con plena conciencia en nombre de un Dios santo y justo, interpretando sin error su voluntad y las predicciones para este mismo pueblo. La crítica racionalista liberal ha dicho que las profecías bíblicas no han sido, sino “coincidencias” De esto hablaremos pronto.

III. Propósitos de las profecías bíblicas

A. Para demostrar la presencia de Dios. Dios mismo declaró: “He aquí se cumplieron las cosas primeras, y yo anuncio cosas nuevas; antes que salgan a luz, yo os las haré notorias (Is. 42:9). Esta es una manifestación de la presencia divina. El contexto del capítulo nos habla de la venida de Cristo, lo cual, al leer todo el pasaje se demuestra que los episodios de la vida y obra de Cristo se cumplieron al pie de la letra 800 años antes de su venida. Aquí repetimos algo de lo visto antes. Las profecías dadas por Dios estaban lejos de la misma inteligencia de los profetas. Solo un poder sobrenatural podría declarar acontecimientos futuros (Is. 44:6-8; 48:3-5). Para que el cumplimiento profético estuviera asegurado en el futuro fue necesaria la inspiración en los hombres de Dios (2 Pe. 1:20; Lc. 1:70). Charnock dijo: “Aquel poder que descubre las cosas futuras, que toda la previsión humana no puede discernir ni conjeturar, está por encima de la naturaleza. Y la predicción de ellas con tanta certidumbre como si ya existieran, o como si hubieran existido mucho tiempo ha, tiene que ser el resultado de una mente infinitamente inteligente... Y aquel que conoce las cosas del futuro de esta manera, tiene que conocer las presentes y las pasadas” (Op. cit. en *The Existence and Attributes of God*, p. 307).

B. Para acreditar los mensajeros de Dios. Desde el puro principio Dios designó mensajeros que llevaran su Palabra (Dt. 18:15-22; 2 Cr. 36:15; Jer. 25:4), pero era necesario que en verdad fueran profetas de Dios. Estos debían profetizar en armonía con la palabra de Dios ya dada al hombre. Era menester que no contradijeran otras profecías, de lo contrario serían falsos profetas (Dt. 13:1-5). Hablando en singular, si en realidad el mensajero era un fiel profeta de Jehová, lo que anunció debía cumplirse. Esta también era la prueba última y definitiva que acreditaba a un mensajero del Dios vivo (1 Sam. 3:19-20; cf. Is. 34:16; 41:22 y ss.; 42:9; 43:9).

C. Para acreditar la propia Palabra de Dios. Sin la inspiración y el cumplimiento profético, el libro de la revelación divina no tendría ninguna credibilidad en el mundo. La razón es que dicho cumplimiento con frecuencia, está asociado al campo de la transformación moral del pueblo que oía la proclamación o la predicción profética. Otras escrituras tenidas por sagradas como el Corán por ejemplo, han demostrado no ser Palabra de Dios. Primero, porque carecen de cumplimiento profético; y segundo, porque nunca han logrado ejercer una influencia moral y espiritual que transforme benéficamente a las sociedades que se rigen por este libro. Pero no pasa esto con la Biblia.

IV. Las naciones en la profecía

Los capítulos 13 al 24; 34 y 35; 41:1 al 43:9 de Isaías, son profecías en las cuales Dios llama a oír la existencia y destino de cada nación: “Acercaos, naciones, juntaos

para oír; y vosotros, pueblos, escuchad. Oiga la tierra y cuanto hay en ella, el mundo y todo lo que produce” (Is. 34:1). Con frecuencia Dios predijo por medio de sus profetas el surgimiento, desarrollo y caída de imperios, naciones, pueblos y ciudades. Son tan detallados y exactos los cumplimientos proféticos de las naciones que los altos críticos se han visto forzados a negar que realmente eran profecías. Otros, matriculados en la escuela filosófica del racionalismo han declarado que las profecías de los profetas en realidad fueron registradas mucho después de su cumplimiento. Hablan de la profecía como historia al momento de ser redactadas, pero no como predicción del futuro. Con esto hacen decir a la Biblia mentiras. Una gran pregunta salta a la vista: ¿cómo pudieron los profetas haber conocido tantos años antes los detalles de los imperios, naciones ciudades y pueblos? Veamos algo más en detalle. El profeta Ezequiel profetizó entre los años 593-561 a.C. cuando Egipto era una gran potencia; y Dios declaró por medio del profeta que este imperio vendría a menos señalándole un oscuro futuro y prediciendo su ruina económica así como de toda su gloria (Ez. 30:12; Is. 19:5-8; 20; Jer. 46:13-26). La historia confirma este cumplimiento profético. Ningún historiador se atreve a negarlo.

En relación con Babilonia pasó igual. En los días de Isaías (739-690 a.C.), esta nación no tenía mucha importancia. No obstante, en los días del profeta Jeremías (627-575 a.C.) era el mayor imperio del mundo. Su esplendor y gloria está registrado en los primeros cinco capítulos del libro de Daniel. Mucho antes de su apogeo Isaías ya había dicho que los Medos subirían en contra de ella (Is. 13:17); que sería destruida y nunca más habitada (Is. 13:19-21). Cuando Babilonia estaba en las alturas Jeremías clamó: “Perpetuo asolamiento serás” (Jer. 51:26), “nadie morará en ella” (Jer. 51:43). Dios anunciaba un tenebroso futuro para un reino tan poderoso. La historia así lo demuestra. El drama presentado por Daniel profeta también está registrado por la historia secular. Todo lo que hoy existe son unas pocas ruinas de la maravillosa Babilonia que sirven de recuerdo a los turistas que visitan las tierras del Cercano Oriente. Retomamos aquí al profeta Daniel cuyas profecías nos hablan de los juicios divinos contra de la sucesión de los diferentes imperios. Empezando con Babilonia nos encontramos después al reino Medo-Persa, luego a Grecia y las conquistas de Alejandro Magno; les siguió Roma, la cuarta y espantosa bestia. Todo esto es sumamente descriptivo en el sueño del rey Nabucodonosor del capítulo 2 de Daniel. La crítica literaria modernista o liberal quiere a la fuerza hacer creer al mundo que el libro de Daniel fue escrito un siglo antes de Cristo. Rechaza así la evidencia del libro mismo el cual permite identificar que se trata de un documento del siglo VI a.C. Daniel no vivió en los días del Imperio romano, sino en el tiempo de Nabucodonosor y Belsasar, reyes de Babilonia; ha sido probado que los acontecimientos descritos en el libro se desarrollaron en el siglo VI. Nadie puede negar estas predicciones a menos que quiera contradecir a los más eminentes historiadores modernos.

V. Ciudades y personas en la profecía

En el capítulo 26 de Ezequiel se da la profecía del fin de la ciudad de Tiro. Sería un lugar para tender redes de pescar (vv. 5, 14). Nabucodonosor, rey de Babilonia la destruiría (v. 7). Sus piedras y vigas de madera serían arrojadas al mar (v. 12). La historia nos dice que en el año 586 a.C. Nabucodonosor puso sitio a Tiro y guerreó contra ella varios años. En el 573 a.C., logró destruir la ciudad, menos su parte fortificada. Pero 241 años más tarde, en el 332 a.C. Alejandro Magno puso sitio a la isla fortificada construyendo un dique desde el continente hasta la isla. Se ha descubierto que las piedras las extrajeron de la ciudad original y las arrojó al mar a fin de construir el dique. Hoy en día los pescadores secan sus redes sobre las ruinas de la vieja Tiro. ¿Cómo pudo Ezequiel profeta saber todo esto? No puede haber respuesta, sino que las profecías bíblicas son inspiración divina.

Otra metrópolis del mundo antiguo fue la ciudad de Nínive (Gen. 10:11, 12), capital del Imperio asirio fundada por Nimrod, misterioso personaje de los días prediluvianos (Gén. 10:8-11). Sin embargo, pese a la grandeza de esta ciudad, Dios profetizó por medio de Sofonías que “Nínive quedaría en asolamiento y en sequedal como un desierto” (Sof. 2:13). El cumplimiento de estas profecías ocurrió en el año 612 a.C. cuando Nínive cayó en manos de los babilonios hasta llegar a ser un gran montón de ruinas.

Al hablar de personas importantes de la historia antigua de la humanidad sobresale Ciro, de quien Isaías profetizó (739-691 a.C.) dejando perplejos a los judíos por más de 200 años. Jamás ellos creyeron que un gentil iría a reconstruir su templo destruido por Nabucodonosor. En el año 550 a.C., un hombre llamado Ciro accedió al trono de Persia. La profecía exactamente decía: “Que dice de Ciro: Es mi pastor, y cumplirá todo lo que yo quiero, al decir a Jerusalén: serás edificada; y al templo: Serás fundado” (Is. 44:28). Esta profecía la cumplió Ciro al dar el decreto por el cual los judíos podían volver a su tierra y reconstruir el templo y la ciudad de Jerusalén (2 Crón. 36:22; Esd. 1:1).

VI. Las profecías fueron una preparación para la venida de Jesucristo

Las siguientes palabras de Cristo resumen todo lo que quiero decir aquí: “Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliera todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los Salmos (Lc. 24:44). Todas las profecías apuntaban a Cristo, centro y eje de todo lo que anunciaban (1 Pe. 1:9-12; cf. Hech. 26:22, 23; Jn. 5:37-39; Lc. 24:25-27; 1 Pe. 1:10-12). El AT probó ser inspirado al cumplirse en Cristo todas las profecías en lo concerniente a Él como Mesías. Lo maravilloso de todo es llegar a saber ¿cómo hicieron los profetas para predecir detalles tan perfectos sobre la persona y obra de Cristo Jesús? Esta es la gran pregunta.

Cuadro de profecías y su cumplimiento en relación con la pasión y muerte de Cristo

1. Judíos y gentiles se unirían contra Él (Sal. 2:1, 2; 22:6; 41:5; cf. con Lc. 23:12; Mt. 2:3-18; Hch. 4:25-27).
2. Sería traicionado por un amigo (Sal. 41:9; 55:12-14; cumplida en Mc. 14:18-20; Mt. 26:23-25).
3. Sería vendido por treinta piezas de plata (Zac. 11:12; cumplida en Mt. 26:14-16; Mc. 14:10-11).
4. Sería abandonado por sus discípulos (Zac. 13:6, 7; cumplida en Mc. 14:50; cf. Mt. 26:31, 56; Jn. 16:32).
5. Sería acusado por testigos falsos (Sal. 27:12; cumplida en Mt. 26:59-62; cf. Mc. 15:23-26; Lc. 23:35-37; Jn. 19:28-30).
6. Sería escarnecido por sus enemigos (Sal. 22:7; 109:25; cumplida en Mt. 27:39; cf. Lc. 23:33).
7. Permanecería mudo ante sus acusadores (Is. 53:7; cumplida en Mt. 26:62, 63; 27:12-14).
8. Sería insultado, abofeteado y escupido (Sal. 35:15, 16; cumplida en Mt. 26:67; cf. Mc. 14:65; 15:19; Jn. 18:22, etc. y pasajes paralelos).
9. Sería azotado (Is. 50:6; cumplida en Lc. 22:64; cf. Mt. 26:47).
10. Le darían a beber vinagre y hiel (Sal 69:21; 22:15; cumplida en Mt. 27:34; cf. Jn. 19:28-30).
11. Oraría por sus enemigos (Is. 53:12; Sal. 109:4; cumplida en Lc. 23:34).
12. No le quebrarían ningún hueso (Ex. 12:46; Sal. 34:20; cumplida en Jn. 19:33-36).
13. Moriría junto a malhechores (Is. 53:9; cumplida en Mt. 27:38; cf. Mc. 15:27-28).
14. El campo de un alfarero sería comprado con el precio de la traición (Zac. 11:13; cumplida en Mt. 27:6-10).
15. Se burlarían de Él al estar en la cruz (Sal. 22:7; cumplida en Mt. 27:39, 40).
16. Su muerte en la cruz (Dn. 9:26; cumplida en Lc. 23:33).
17. Sería alanceado (Zac. 12:10; cumplida en Jn. 19:34).
18. Echarían suertes sobre sus vestidos (Sal. 22:18; cumplida en Jn. 19:24).
19. Sus manos y sus pies serían traspasados (Sal. 22:16; Zac. 13:6; cumplida en Jn. 19:17, 18; 20:25-27).
20. Sería sepultado con los ricos (Is. 53:12; cumplida en Mt. 27:57-60; cf. Lc. 23:50-53; Jn. 19:48-52).
21. Tendría un precursor (Mal. 3:1; 4:5; Is. 40:3; cumplida en Lc. 12:17; Jn. 1:22-28, textos que nos hablan de Juan el Bautista).



LA AUTORIDAD DE LA BIBLIA [1]

Desde la alborada del siglo XIX se ha venido produciendo un gran debate en relación con la autoridad de las Sagradas Escrituras. Preguntas tales como: ¿Es la Biblia la misma autoridad de Dios en la tierra? ¿Debe ser creída y obedecida en materias de fe y práctica? ¿Es una especie de Constitución para todo el universo?, son todavía inquietudes puestas sobre el tapete de la incredulidad por quienes no aceptan su autoridad. Hablar de la autoridad de la Biblia es hablar de asuntos como, ¿qué clase de libro es la Biblia? ¿Qué entendemos por inspiración divina? ¿Cuál es el propósito definitivo de Dios según se trata en la Biblia? Frente a casi todos estos interrogantes, las mismas Escrituras declaran que el hombre natural o incrédulo no está dispuesto a reconocer su autoridad y tenerla como verdadera norma divina o guía de su conducta moral en esta vida (1 Cor. 2:14-16). Este tipo de rechazo se manifiesta de muchas formas: para algunos la Biblia solo es un gran libro de literatura que contiene sublimes ejemplos de historia, poesía, mitos, leyes, parábolas, etc. Para otros, la Biblia es una colección más de principios morales como los escritos en los Vedas y otros libros tenidos por sagrados en las grandes religiones. No falta quienes ven en las Escrituras Hebreo-cristianas una fuente documental de donde pueden extraerse modelos filosóficos o sociológicos al mejor ejemplo de la Teología de la Liberación. Otro grupo gusta de ver en la Biblia un tipo de literatura devocional que sirve para buscar una “conexión mística” del alma con Dios. Hay algo de verdad en las anteriores definiciones, pero necesitamos tener todo el cuadro tal como Dios lo ha pintado para no incurrir en errores. Los siguientes tópicos nos ayudarán a esclarecer este importante tema.

I. Definición de autoridad

Por autoridad bíblica queremos decir que la Biblia, como la expresión de la voluntad de Dios para nosotros, posee el supremo derecho de decirnos lo que debemos creer y cómo debe ser nuestra conducta en esta vida si queremos agradar y honrar a Dios.

II. Examen teológico

La palabra “autoridad” posee varios significados. Viene del latín “*auctor*” que significa originador, iniciador, creador, fuente, autor. Al hablar de autoridad se tiene la finalidad de dirigir la mente humana hacia un fin establecido. Decimos que todo experto

en un determinado campo tiene “autoridad” porque posee un conocimiento verdadero de su materia. Ahora bien, si el experto es el originador, el autor, el creador, la fuente, etc., lo consideramos una autoridad competente. Al hablar de la autoridad de la Biblia estamos hablando de algo mucho más profundo porque hablamos de la autoridad del mismo Dios que reina sobre todo el universo (Ex. 15:18; Sal. 93:1; Prov. 8:15; Lc. 1:33, etc.). Del Dios que establece los tiempos y hace todas las cosas de acuerdo a su soberana voluntad (Dan. 4:35; Ef. 1:11). Toda autoridad en el cielo y en la tierra proviene de Dios (Rom. 13:1, 2).

III. La fuente de autoridad

La revelación escrita e inspirada que conocemos como la Biblia, es la fuente de la misma autoridad de Dios. Si Dios Padre está sentado en su trono y Cristo está a su diestra (Sal. 11:4; Hch. 7:55; Ap. 4:2; 4:4), y desde allí gobierna el universo, la Biblia es la expresión fiel de su autoridad o gobierno para los hombres y la Iglesia universal. Debido a que la humanidad fue creada por Él y se halla en dependencia de Él, Dios espera que sus criaturas respondan con obediencia y fe a su autoridad expresada en su Palabra. Pero, hay que entender que el núcleo de la Biblia es Jesucristo mismo, máxima forma de la revelación de Dios Padre (Heb. 1:1).

IV. Autoridad y poder

El concepto de autoridad va ligado a la idea de “poder”. El ejercicio de la autoridad implica que se tiene el derecho y el poder de “ordenar, imponer leyes, exigir obediencia y juzgar a otros”. La Biblia es bien clara al enseñarnos que solo Dios posee el poder y la autoridad absolutos. No se nos deben olvidar las palabras del mismo Cristo: “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra” (Mt. 28:18). Ahora bien, ¿cuál es el medio por el cual Cristo ejerce su potestad o autoridad sobre los hombres? La respuesta no puede ser otra, sino por medio de las Sagradas Escrituras. De ahí que, quien desobedece a la Biblia desobedece a Dios y a Cristo, porque de la autoridad de Cristo brota la autoridad de la Biblia. El gobernador romano de Judea Poncio Pilato, arrogantemente increpó a Jesús así: “¿No sabes que tengo autoridad (poder) para crucificarte, y tengo autoridad (poder) para soltarte?”. A lo cual Jesús respondió: “Ninguna autoridad (poder) tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba” (Jn. 19:1-11; cf. Jn. 5:26, 27, 30).

V. Demanda bíblica de autoridad

Para poder comprender qué es la autoridad de la Biblia y lograr someternos a ella como la voluntad de Dios, necesitamos saber qué tipo de libro es. La Biblia misma no nos dice qué clase de libro es. En sí misma no es un libro de ciencias naturales. Sin embargo, la Escritura utiliza terminología precientífica para decirnos que toda tarea científica que trate de investigar el universo debe contar con el concepto de Dios como Creador y Señor Soberano de la naturaleza y la historia. Es muy importante reconocer

el hecho de que la Biblia proporciona principios para la guía moral en el uso del conocimiento científico a fin de que el hombre no se destruya. Esto, particularmente es cierto en los campos de la Medicina y el Derecho. Tampoco la Biblia es un libro de sociología, no obstante, el libro de Proverbios y las epístolas nos hablan de reglas muy claras para la buena convivencia social. La Biblia no es un libro especializado en economía, pero enseña normas morales y espirituales acerca de la mayordomía o correcta administración de los bienes personales o colectivos. Y dice lo suficiente acerca del cuidado de los pobres y la dignidad del trabajo honesto. Tampoco es un libro de historia general, aunque Dios se presenta como el Señor de la historia y de todas las naciones (Sal. 47:8). Sin embargo, la Biblia sí registra los principales eventos o intervenciones directas de Dios en nuestra historia como hechos que deben ser tomados en cuenta por todos los hombres. Si alguien repara en que es un libro de psicología, debemos decir que exclusivamente no lo es. Aunque sí nos ofrece el examen más profundo del alma humana al implicar que los trastornos mentales, físicos, sociales, políticos, económicos, etc., son el producto de la mala relación con Dios y su ley moral.

Si alguien estima que se trata de la mejor obra de religión en general, tampoco lo es, debido a que no es ningún producto del “sentimiento religioso” humano (F. D. Schleiermacher), y mucho menos de la reflexión de diversas comunidades religiosas (Bultman). Las Sagradas Escrituras son sobre todo un registro de la revelación de Dios al antiguo pueblo de Israel y a la iglesia del Nuevo Testamento; se trata del único modelo que habría de servir a las demás naciones con el fin de que evitaran la superstición y la idolatría, fuente de todos los males sociales.

Entonces, ¿qué tipo de libro es la Biblia? La razón central de su reclamo de autoridad reside en el hecho de que Dios ha querido darse a conocer y quiere que nos relacionemos con Él. Se trata de un relato exacto y confiable de la autorrevelación del Todopoderoso. Este tipo de autoridad no solo es teológica o literaria, sino también histórica, porque solo la Biblia nos provee el verdadero y más alto concepto de Dios conocido por la mente humana. La Biblia es el único registro verdadero y confiable de la revelación de Dios, de su carácter, atributos, propósitos, de lo que hizo, hace y hará en el universo y con nuestras vidas. Ningún otro libro puede lograr esto. Dios tiene mucho interés en el hombre y por eso ha provisto un camino de redención en Jesucristo para la eterna salvación y el correcto disfrute de Él en esta vida. Dios desea la comunión con el hombre, comunión que perdure por los siglos, la cual, al fin de los tiempos, develará a un mundo perfecto restaurado e iluminado por su propia gloria (Rom. 8:20-25). Ninguna otra fuente puede llevarnos a un conocimiento tan elevado de los planes eternos del Señor, para nosotros todavía en el futuro, los cuales podemos conocer leyendo la Biblia. La autoridad histórica de la Biblia se desprende del testimonio de la actuación redentora de Dios en la historia humana (2 Cor. 5:17). En el último análisis, sencillamente la

demanda de sometimiento a la autoridad de la Biblia es porque Dios así lo ha dicho, y punto. “Sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso” (Rom. 3:4).

VI, Fuentes falsas de autoridad que demandan ser obedecidas

A. La autoridad eclesiástica de la Iglesia de Roma. La Iglesia de Roma acepta como válidas por lo menos cuatro fuentes de autoridad: la Biblia, la tradición, los concilios y el Papa. Como sabemos, este enfoque fue sacudido en la Reforma religiosa del siglo XVI. El mundo evangélico acepta la Sola Scriptura como la única fuente de autoridad. Desde el Concilio de Trento (1545-1563) la Iglesia Católica enseña que hay dos fuentes de revelación: la Biblia y la tradición. Al referirse a la Biblia incluye los libros apócrifos como autoridad divina impuestos al mundo católico. Cuando se refiere a la Tradición, se refiere a supuestas verdades reveladas no escritas, pero que han sido transmitidas oralmente a través de los siglos. Según la enseñanza de la Iglesia de Roma, dichas verdades han sido recogidas en diversos escritos y libros litúrgicos sancionados por diferentes autoridades, concilios y decretos de la Iglesia a través de los siglos (cf. Los Documentos del Vaticano II, Constitución *Dei Verbum*, 8-10, y el último Catecismo).

B. La Razón humana. Desde F. D. Schleiermacher (siglo XVIII) se ha venido diciendo que la autoridad para mi fe y la vida es el veredicto de mi razón especulativa, conciencia o sentimiento religioso. Es decir, que la Biblia debe ser medida por lo que hayamos aprendido en otras fuentes como la historia, las ciencias naturales o la filosofía. En esas circunstancias, la razón y la conciencia dicen que lo que yo piense y sienta “eso es lo que Dios dice”. En otras palabras, se trata del “así dice Jehová” de los racionalistas. Estos se atreven a decir que la Biblia es autoritativa solamente hasta donde sus narraciones coincidan con los postulados de la razón y las ciencias empíricas. Podemos darnos cuenta de que esta posición difiere enormemente de la anterior. Pues no acepta ni la Escritura ni ninguna Tradición. Sin embargo, es tan necia como la posición anterior. Dicha posición es obra de la filosofía racionalista la cual enseña que la razón del hombre es el instrumento que juzga si la Biblia es o no es Palabra de Dios y si debemos sujetarnos a su autoridad. (Para un examen más profundo del tema remito al lector a la obra de Luis Berkhof, *Introducción a la Teología Sistemática*, Tell, 1973, pp. 191-211).

C. La autoridad de los “profetas” modernos y la iglesia electrónica de los EE.UU. Punto de vista contemporáneo es que la autoridad espiritual o religiosa descansa en cierto tipo de “profetas” actualmente presentes en un sector de la cristiandad. El llamado Movimiento de la Fe y algunos de sus mayores exponentes (Kenneth Hagin, Benny Hinn, Oral Roberts, Charles Capps, etc.) es, según mi opinión, un ejemplo de lo que es falsa autoridad, dado que mucho de lo que enseñan no tiene fundamento bíblico. (Cf. de

nuevo el capítulo 6 punto VI). Es una falsa autoridad debido a que manifiestamente existe falsa enseñanza. De hecho, hay el peligro de que estos maestros caigan y conduzcan a muchos hacia el sectarismo. Solo el futuro podrá decir cuánto hubo realmente de la verdadera obra de Dios en estos inquietantes ministerios. Debemos estar en guardia porque nosotros mismos, si no nos sometemos a la autoridad de las Escrituras podemos originar sectarismos peores de los que se produjeron en los siglos pasados en los mismos Estados Unidos.

Recordemos que a través de la historia han surgido movimientos que presentan a un líder religioso que ostenta una autoridad monolítica indiscutible. Volvemos al caso de Montano en el siglo II. Por doquier, hoy tenemos diversas “autoridades” y estrellas rutilantes que a sus seguidores reclaman fidelidad absoluta. Aberraciones recientes del cristianismo son: Sung Myung Moon y su Iglesia de la Unificación; Love Israel y la Familia del amor o Iglesia del Armagedón; Edir Macedo y la Iglesia universal del Reino de Dios; Paul Wierwille y el Camino Internacional, etc. Pero no dejemos de recordar a Jim Jones y su Templo del Pueblo; José Smith y los mormones, Carlos Russell y los Testigos de Jehová, etc. Todos estos dijeron poseer un mensaje especial de Dios, el cual colocaron por encima de la autoridad de las Sagradas Escrituras.

D. Líderes evangélicos, ¡cuidado! Solo la Palabra de Dios que tenemos en la Biblia como autoridad y revelación definitiva de Dios reclama obediencia absoluta de todos los hombres. Con base en esta verdad, relacionamos ahora la autoridad con que Cristo ha investido a sus siervos u oficiales en una iglesia y la sujeción del creyente a dicha autoridad delegada por Dios (Mt. 16:19; Ef. 4:11, 12; 1 Tim. 3:1-5; Ti. 1:5-9; 1 Pe. 5:1-3; Heb. 13:17). Primero que todo, hay que decir, que como creyente, la sumisión no debe ser ciega a ningún poder religioso institucional o a un individuo en particular. La verdadera obediencia brota de la real libertad con la cual Cristo nos hizo libres (Gál. 4:8-20; 5:1-4). Debemos evitar inclinarnos a cualquier autoritarismo de un líder, iglesia o novedad cultural religiosa que desvíe nuestro compromiso con la sola autoridad de la Palabra de Dios. A veces, en las iglesias se dan casos de creyentes sinceros y deseosos de obedecer la Palabra de Dios; pero, al sentirse inseguros por cualquier situación incontrolable, se apoyan excesivamente en el consejo de líderes religiosos. Y peor resulta cuando el tipo de líder es autoritario; generalmente esta clase de líder aprovecha la confusión de la gente e identifica el sometimiento a la autoridad bíblica con la obediencia ciega a su liderazgo. Lo anterior no significa que el creyente inteligente y sincero no deba respeto y sujeción al consejo sabio del verdadero siervo(s) de Dios (Hebreos 13:17). Lo que quiero decir es que el buen cristiano debe abordar este tema con el debido equilibrio, a fin de que no se someta a una autoridad diferente, que en primer lugar no sea la Palabra de Dios. Solo el Espíritu Santo puede producir en nosotros el anhelo de responder obedientemente a la autoridad de la Biblia la cual produce los

cambios de arrepentimiento, convencimiento, instrucción y verdadera sujeción a los verdaderos pastores de la grey (cf. 2 Tim. 3:15-17).



LA AUTORIDAD DE LA BIBLIA [2]

VII. Autoridad e interpretación bíblica

La autorrevelación de Dios se nos hace clara y posible no por el solo esfuerzo mental humano, sino ante todo por la obra iluminadora del Espíritu Santo. Tocante a esto, el apóstol Pablo declaró que, “Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu...” (1 Cor. 2:10; cf. Los vv. del 6 al 16). Para el Señor Jesús solo la verdad que predicaba hacía y hace libre al hombre (Jn. 8:31, 32). Se requiere entonces que para vivir en la verdad de las Escrituras y obedecer su autoridad es necesario que usemos e interpretemos correctamente la Palabra de Dios (2 Tim. 2:15). Para tal fin téngase en cuenta los siguientes principios:

A. No “aculturar” el mensaje bíblico. El término “aculturar” puede poseer una doble interpretación. Por un lado significa la tentación de interpretar el mensaje divino de la Biblia según nuestras propias experiencias eclesíásticas, religiosas o manera particular de interpretar la Biblia. Por otro lado, puede existir la tendencia a interpretar la Palabra de Dios aplicando al mensaje divino las normas o costumbres de nuestra propia cultura dentro de la cual se desarrolla nuestra vida cristiana. En otras palabras, “aculturar” la Biblia ya sea por etnocentrismo (imposición de la cultura o pensamiento del misionero a los creyentes que instruye o evangeliza) o por imposición cultural, no es lo correcto. Con lo anterior no estoy afirmando que es bueno negar de por sí toda experiencia espiritual o cultural, ya sea de índole general, eclesíástica o litúrgica. No obstante, considero que aquí necesitamos un sano equilibrio. En general, es necesario someter toda práctica cultural, experiencia religiosa o espiritual al veredicto final de la unidad del mensaje bíblico. Si este principio no es tomado en cuenta, el resultado será que nuestra experiencia, cualquiera que sea, o norma cultural, se puede convertir en la autoridad final suplantando a la propia autoridad de Dios. Un breve ejemplo basta para explicar mejor este asunto. No me está permitido por la Palabra de Dios aplicar mi “experiencia de sanidad divina” en forma de norma o autoridad que debe regir para todos los demás creyentes. Algunos sanadores pertenecientes al denominado Movimiento de la Fe, han cometido un grave error al afirmar que los que no se sanan milagrosamente de sus enfermedades se debe a su falta de fe. (Para un completo análisis

sobre el tema véase a Hank Hanegraaff, capítulos 21-24 de su famosa obra *Cristianismo en Crisis*, (Miami: Editorial Unilit, 1993).

Dentro del Movimiento Carismático, los pastores que experimentan visiones, éxtasis o sueños, muchas veces declaran que son “revelaciones de Dios”, las cuales, para una determinada iglesia se convierte en la “autoridad” final por la cual debe regirse. Del lado fundamentalista también se presenta inconsistencia. Hay quienes se jactan de sus Credos o Confesión de Fe, los que consciente o inconscientemente convierten en su propia autoridad normativa por encima de la autoridad de las Escrituras. Esto no desdice la importancia de una buena Confesión de Fe basada en las Escrituras, la cual, bastante sirve como guía o resumen de la verdadera fe cristiana.

B. Flexibilidad exegética. Punto de vital importancia porque a diario se interpreta la Biblia desde perspectivas dogmáticas en materias donde la Biblia no es conclusiva. Muchas veces somos culpables de decir más de lo que la Biblia dice. Se ha abusado mucho en asuntos como la forma de vestir o apariencia personal de la mujer, también de algunas prácticas culturales como los deportes, las reuniones sociales y las bebidas alcohólicas, etc. (Rom. 14; 1 Cor. 8:10-13; 1 Tim. 4:8). Donde la Biblia habla, debemos hablar. Pero donde no lo hace debemos callar. Es norma sabia y buena ir con cuidado y prudencia en asuntos donde la Biblia guarda silencio atendiendo la enseñanza general o particular de las Escrituras. De ahí que es recomendable la flexibilidad exegética, pero, sin incurrir en la pasividad o contemporización con los vicios culturales. La predicación del verdadero evangelio no es una golosina para el inconverso (cf. 2 Cor. 2:15, 16).

C. Racionalizaciones o excusas. Se entiende por racionalización el presentar excusas a Dios para no someternos a sus mandamientos. Esto puede ocurrir cuando se dice por ejemplo, que ciertos estilos de vida de los primitivos cristianos estaban influenciados por “prácticas culturales” de los tiempos bíblicos. Si bien es correcto que la Biblia está relacionada con el tiempo y la cultura, el peligro de racionalización se puede presentar en dos sentidos: (1) Cuando el creyente sigue los propios impulsos de su razón o sentimientos haciendo de ellos la norma final para justificar cualquier acto de conducta impropio de la vida cristiana. Por ejemplo, Jesús tomó vino, luego la embriaguez no es algo malo. (2) Cuando leemos la Biblia bajo la lupa de teorías éticas o filosóficas o científicas de moda, también se puede presentar dicho peligro. Cualquier teoría que se convierta en la norma de interpretar las Escrituras desplaza automáticamente la autoridad de la Palabra de Dios.

D. La brecha histórica. Los cristianos que vivimos en el siglo XX estamos separados por enormes diferencias históricas y culturales con relación a los tiempos bíblicos. El significado de muchas palabras y prácticas cambia de generación en generación o de lugar a lugar. Para no usurpar la autoridad de la Biblia debemos tener en cuenta si el

pasaje bíblico que queremos aplicar es figurado o literal. Por ejemplo, el término león en 1 de Pedro 5:8 se refiere a Satanás mientras que en Apocalipsis 5:5 se refiere a Cristo. En Fil. 3:2 Pablo se refiere al cuidado que se debía tener con los perros, pero no se refería a animales hambrientos, sino a los falsos profetas. Lo anterior demuestra el grado de atención y estudio que se debe ejercer al interpretar la Biblia. No se debe pasar por alto el uso de las palabras y las prácticas culturales. Aquí es recomendable el estudio de un buen texto de homilética y exégesis bíblica. (Consúltase de forma especial, *Hermenéutica Bíblica*, del autor español José María Martínez, Editorial Clie).

E. Parecido moral y espiritual con Cristo. ¿Cuál es el propósito de la interpretación bíblica? El propósito sin igual deberá ser que logremos cada vez más por la obra del Espíritu Santo el parecido moral con Cristo a fin de equiparnos para el servicio del ministerio en la Iglesia (2 Tim. 3:17). Reconocer la autoridad de la Biblia significa poner en práctica sus enseñanzas (Sal. 119, 59, 60). Esto no significa que debemos someter la Escritura a una técnica particular de interpretación, sino buscar y aplicar el medio legítimo para entender y vivir su mensaje.

VIII. Retos contemporáneos a la demanda de autoridad bíblica

A. ¿Es para nosotros? Generalmente nos hacemos preguntas sobre si determinadas enseñanzas eran solo para los cristianos primitivos o si también son para nosotros. El asunto clave aquí es cómo aplicar correctamente las enseñanzas de la Biblia a nuestro contexto del siglo XXI. Especialistas sobre el tema han planteado esta vital pregunta: ¿cómo se puede encontrar un significado común cuando lo que es correcto en una cultura no lo es en la otra? Veamos estos ejemplos: En la iglesia de los corintios, las mujeres necesitaban cubrir su cabeza con un velo para poder entrar al culto (1 Cor. 11:2-16); se entiende que tal práctica era culturalmente correcta en la iglesia corintia, pero hoy no aplicamos esto a nuestras hermanas so pena de incurrir en pecado. ¿Cómo buscamos el punto de equilibrio en este caso?

Otro asunto podría ser el mandamiento de Pablo de obedecer al amo en todas las cosas (Col. 3:22, 23), mandamiento que se dirigía a una cultura de esclavitud forzada. Sabemos que como institución la esclavitud empezó a ser abolida en todo el mundo en el siglo XVIII. Por otro lado, nuestro actual sistema económico difiere grandemente con el de los tiempos bíblicos. Hoy en día los empleados ya no son los esclavos de antes; y los patronos no son los amos de antes. En nuestros tiempos se da el caso de que empleados y jefes pueden ser socios de la misma empresa. Esta relación, ¿exige obediencia incondicional bajo un “todo” absoluto y total sometimiento? O ¿estará diciéndonos que hoy todo empleado debe a su patrón respeto y lealtad? ¿Estaremos diluyendo el significado esencial al tratar de aplicar el significado histórico y cultural de estos textos a nuestras modernas condiciones laborales o viceversa? Lo mismo podría

decirse del tema de la sumisión en relación con la autoridad del Estado, de los hijos hacia sus padres y de la mujer respecto a la autoridad de su marido (cf. Col. 3:18, 20).

B. Enfoque cristológico de la Biblia: Creemos que la Biblia es un libro divino-humano. Pero a la hora de la verdad, el criterio divino debe estar por encima del lado humano si aceptamos que la Biblia es la Palabra de Dios. El enfoque cristológico nos ayuda a hacer justicia a ambos lados porque también la Biblia se produjo dentro de contextos culturales determinados; esta no cayó del cielo. Sigo aquí a Harvie Conn quien ha elaborado enseñanzas muy válidas para este asunto. (Cf. *Inerrancy and Hermeneutic*, Grand Rapids, Baker, 1988, pp. 186-189).

1. Veracidad bíblica. Debemos tener un único punto de partida al leer la Biblia: el texto sagrado posee veracidad absoluta. Y la única forma viable para aprovechar dicha veracidad es por el empleo del método gramático- histórico de interpretación. (Para un entendimiento cabal del método gramático-histórico consúltase la obra de J. M. Martínez, *Hermenéutica Bíblica*, Clie, 1987).

2. Las culturas bíblicas como medio humano de la revelación. Las culturas bíblicas fueron, por decirlo así, la matriz o escenario en el cual se desarrolló la autorrevelación especial de Dios (Ex. 3:12; Lc. 22:19, 20). Estas no eran solamente ilustraciones de sus mensajes, sino que fueron controladas por la providencia e inspiración divinas. Piénsese por ejemplo en la forma como José en Egipto y Daniel en Babilonia evitaron todo contagio con aquellas culturas idólatras y paganas (Gén. 41:16, 38, 39; Dan. 1:8). Se requiere por parte del intérprete que realice una fina escisión entre lo que son “patrones culturales” de aquellos tiempos y lo que es el elemento universal que vincula la fe de los personajes bíblicos con nuestra cultura.

3. Iluminación. El Espíritu Santo fue quien inspiró el texto bíblico en la mente de los hagiógrafos, pero dentro de determinados contextos culturales (cf. 2 Ped. 1:20, 21). Precisamos hoy, que sea el mismo Espíritu quien abra nuestros corazones y mentes para saber cómo predicar de forma más efectiva a nuestra cultura. Hay que tener en cuenta que el Espíritu Santo no es una especie de teléfono, un medio mecánico o mágico para contestación inmediata cuando lo necesitamos. Si queremos predicar con eficacia y sabiduría a nuestra generación, debemos aplicarnos al estudio serio y profundo de las Escrituras, pues es el medio por el cual nos guía, enseña y dirige.

C. Factor o enfoque humano de la Biblia: Nuevamente Harvie Conn nos ayuda con tres importantes puntos:

1. Objetividad. Al leer ciertas historias bíblicas como la parábola del hijo pródigo o la del publicano arrepentido, por necesidad debe producirse un cierto distanciamiento de nuestro propio medioambiente cultural para que su enseñanza de fondo nos llegue y

podamos escucharla. Según se requiera, es necesario a veces que exista un distanciamiento entre el texto bíblico y nosotros antes que podamos escuchar lo que el texto bíblico tiene que decir a la cultura de nuestros días. Particularmente, esto es cierto al leer el libro de Génesis donde la vida de los patriarcas está influenciada por las grandes culturas asirio-babilónica y mesopotámica. En estos casos la objetividad consiste en lograr extraer el elemento de la verdad divina para saber aplicarlo a nuestros días.

2. *Presuposiciones.* Las presuposiciones o conceptos que sintamos o tengamos de la vida, deben estar moldeados por la Biblia. Igual todo aquello que consideramos de valor relativo o eterno. Nuestras perspectivas, cualesquiera sean, deberán regirse por la enseñanza bíblica de la creación, la caída, la redención y la consumación del reino eterno de Cristo. En este sentido, nuestras diferencias culturales con aquellas de los tiempos bíblicos no deben ser un estorbo; por el contrario, necesitamos saber cómo contextualizar el mensaje bíblico para lograr un buen impacto en nuestros días.

3. *Aplicación.* Es preciso reconocer que la Biblia viene presentada en moldes culturales diferentes a los nuestros. Estas formas culturales a menudo requieren que las interpretemos correctamente para nuestros días. De lo contrario no podremos hablar con fortaleza a nuestros contemporáneos.

IX. Interpretación y aplicación de la Biblia al mundo contemporáneo

Hemos estado estudiando que la Biblia es nuestra autoridad para todos los asuntos de esta vida. Las Escrituras contienen diversos estilos o pautas por medio de las cuales los cristianos debemos responder a los grandes desafíos que la vida moderna nos va presentando. Especialmente a aquellos cristianos comprometidos con la causa del Señor. Sin embargo, tenemos que ser cuidadosos en la forma como enseñamos y aplicamos dichas pautas o reglas a los diversos aspectos de nuestra cultura cibernética. Un ejemplo son las decisiones que el cristiano debe tomar frente a los últimos desafíos de la bioética, las éticas modernas y las tantas prácticas sociales que se van imponiendo, generalmente en sus distintas formas de corrupción y maldad.

Para un mejor entendimiento de esta materia vamos a tratar brevemente y a manera de ejemplo lo relacionado con Leyes o Mandamientos bíblicos, así como algunos enfoques que tienen que ver con la Autoridad Bíblica.

A. *Mandamientos, leyes y principios.* En las Sagradas Escrituras, el término “ley” uniformemente designa una manifestación de la voluntad de Dios. Debemos entender que hay enseñanzas que son leyes o mandamientos específicos universales, los cuales, están dirigidos a todos los hombres sin importar su cultura, raza o nacionalidad. Pero,

también hay otro tipo de mandamientos o leyes que fueron dados para un específico y determinado tiempo bíblico. Algunas de estas son:

1. Leyes apodícticas.

El término apodíctico (del latín *apodicticos*) proviene a su vez del griego *apodektikós*, el cual significa demostrativo, convincente, que no admite contradicción. Aplicado a las Sagradas Escrituras, se refieren a un tipo básico de ley que encontramos en la Biblia. R. C. Sproul en su magnífica obra *El conocimiento de las Escrituras* (Logoi, 1981, pp. 106-107) nos aclara que la ley apodíctica expresa absolutos y va seguida de una forma directa personal, tales como “harás” o “no harás”. A esta forma de ley pertenecen Los Diez Mandamientos (Éxodo 20:1-17). Este tipo de mandamiento es de carácter normativo, moral y eterno. La vida moral del hombre está fundamentada en estas leyes. Es el poderoso reflejo de la imagen y semejanza puesto en nuestro corazón por el Creador; y su propósito no es otro, sino para que le honremos y glorifiquemos por siempre. Aunque no hayan sido los únicos, es posible que en la historia de la teología los teólogos reformados hayan sido los que más se han preocupado por lograr una interpretación más apropiada de las Escrituras. Nunca dieron reglas inmutables que nos guíen en estos difíciles asuntos, pero sus recomendaciones siempre serán útiles. Aparte de los Diez Mandamientos, Voetius, teólogo y autor reformado, recomienda como de importancia absoluta y normativa los siguientes: (a) las palabras y obras de Dios, (b) de Cristo considerado como Dios y hombre, (c) las palabras de los profetas y de los apóstoles en las que oralmente o por escrito edifican la iglesia en la santidad y el desarrollo moral de los hombres. Deja en claro que siempre y cuando dichas palabras tengan la aprobación general de la Biblia. (*Introducción a la Teología Sistemática*, Luis Berkhof, Edit. Tell, 1982, p. 184).

W. F. Grosheide, un teólogo holandés, “también sostiene que se debe atribuir una absoluta importancia normativa a las afirmaciones o mandatos de Dios dirigidos con claridad a todas las épocas o generaciones; a todas las expresiones éticas o dogmáticas (como los pasajes que implican la Trinidad o la divinidad de Cristo por ejemplo). Deja en claro que no podemos atribuir autoridad a las palabras de Satanás, a las de los malvados, y ni siquiera a las de los piadosos. Es su opinión que en cuanto a estos últimos podríamos atribuirle autoridad solamente cuando hablan en nombre de Dios o cuando hacen afirmaciones que están en completa armonía con la ley moral (Ibíd., L. Berkhof, p. 184).

2. Leyes casuísticas

(A) Análisis general. Casuística viene del latín *casus* que significa “casos”. Es el segundo tipo importante de ley que encontramos en la Biblia. Con el correr del tiempo se ha convertido en un método para resolver cuestiones de conciencia mediante la

aplicación de principios o leyes morales a casos concretos. Este método se ha empleado en muchas escuelas profesionales como las de derecho y de administración de negocios. Pero bien puede decirse que el término casuística, de forma habitual, se limita al campo de la ética o de la teología moral. No solo en el cristianismo y en el judaísmo talmúdico se ha empleado la casuística. También ha sido adoptada por grandes religiones como el confucionismo y el Islam, y por filosofías como el estoicismo. Cristo recurrió a ello en su trato con los fariseos (Mat. 12:9-14) pero también condenó su abuso (Mc. 7:1-13). Los dos tratados de san Agustín de Hipona (400 d. C.) ejemplificaron la forma casuística. Afrontó cuestiones tales como si la buena intención exime a uno de la culpa y si está mal mentir de broma o como forma de hablar. Sin embargo, los escolásticos, en particular santo Tomás de Aquino, enfocaban la teología moral de una forma más especulativa y metafísica.

El siglo XVI vio un gran resurgimiento de la práctica casuística tanto para los católicos como para los protestantes. El orador puritano de Cambridge, William Perkins, presentó en *Tratado sobre los casos de conciencia*, el primer manual completo de casuística en inglés. Algunos autores católicos, en particular, que solo se concentraron en evitar el pecado, tendían a presentar éticas minimalistas. Por su lado, Jansenio Cornelius Otto (1585-1638), teólogo católico despertó un amargo debate contra los jesuitas sobre la utilización de la “probabilidad” para adoptar decisiones morales. Esto ocasionó que el filósofo francés Blaise Pascal escribiera las *Cartas provinciales* (1656), en las cuales atacaba a los jesuitas por su moral relajada, evidenciada en su casuística (*Summa de Penitencias*). Pero desde finales de 1940, hubo un resurgimiento inesperado de un enfoque de la moralidad muy antibíblico el cual desembocó en la actual “ética de situación”. Tal es la postura ética del obispo de Inglaterra John A. T. Robinson, para quien las circunstancias o situaciones, por ser únicas, son la base de los actos morales y no ninguna norma objetiva moral como los Diez Mandamientos o las promulgaciones morales Biblia.

(B) Examen de textos bíblicos. En el AT hay algunos ejemplos especialmente en los libros de Éxodo y Deuteronomio. Por ejemplo, Éxodo 21:1-11 habla acerca de las “leyes sobre los esclavos”; en 21:12-25 tenemos las “leyes sobre actos de violencia”. En 21:26-36 están las “leyes sobre responsabilidades de amos y dueños”; en 22:1-15 “leyes sobre la restitución”; en el mismo capítulo, los versículos del 16 al 31 tenemos “leyes humanitarias”. Otros ejemplos sobresalen en Deuteronomio (cf. 19:15-21; 21:10-23; 22:1-30; 23:9-25; 24:1-22; 25:1-16, etc. En el Nuevo Testamento al parecer existe un caso en Hechos 15:19, 20.

La casuística propone una serie de “ejemplos” que actúan como pautas a tener en cuenta para lograr lo que es justo y bueno. Si miramos los ejemplos arriba anotados, nos damos cuenta de que casi todas estas leyes comienzan por “sí esto...” o “esto otro...” o “si entonces...” Tenemos el caso de Éxodo 23:4: “Si encontrases el buey de tu enemigo

o su asno extraviado, vuelve a llevárselo”. Nótese que esta ley no menciona nada de llevarle al “enemigo” su gallina o su burro si uno los hallara extraviados en el campo, etc. Sin embargo, por casuística está implicado. Las leyes casuísticas del Pentateuco ofrecen el principio mediante un ejemplo que puede ser aplicado implícitamente para otros casos en la cual la propia ley no dice explícitamente.

(C) ¿Podemos los cristianos usar la casuística? Lo escrito hasta ahora sobre este difícil tema produce en nuestra mente varias preguntas: ¿Las leyes casuísticas son para los creyentes de hoy? ¿Deben los cristianos hacer uso de la casuística con base en el Antiguo o Nuevo Testamento? ¿Tienen validez o aplicación directa y literal los pasajes casuísticos del Éxodo y Deuteronomio para nosotros? Desde una óptica global, podemos responder que no es difícil saber si una parte de la Biblia tiene para nosotros valor normativo y obligatorio en sentido moral. Pero también sabemos que hay casos en que la decisión no es cosa sencilla. No siempre se puede determinar si estas leyes casuísticas tienen directa aplicación para nosotros hoy. Mi consejo es que más bien debemos ir con cuidado en este asunto, e investigar más antes de proferir juicios o dar consejos a los creyentes.

(D) Cuidado con el abuso de la casuística. Históricamente, aún dentro del mismo cristianismo, se ha abusado de la casuística. Tal como vimos antes, el caso de los jesuitas sigue siendo triste; pero también, en filas del protestantismo, hay ocasiones en que la iglesia evangélica ha incurrido en el mismo error. Este tipo de problema puede presentarse en la vida de cualquier cristiano cuando no nos sometemos de corazón e imperativamente al espíritu de los mandamientos apodícticos o Ley de Dios (Diez Mandamientos). Sustancialmente el error se presenta cuando empezamos a tolerar excusas o racionalizamos nuestros actos morales. Del mismo modo, cuando nos permitimos excepciones para justificar cualquier acto malo contrario a la voluntad de Dios. Tiene razón el profesor Luis Berkhof, quien tocante al tema nos dice que “la Biblia no es precisamente un código de leyes, y que está mucho más interesada en la inculcación de principios que en regularizar la vida por medio de preceptos específicos” (Ibíd., ob. cit. pp. 183-184). Es una regla correcta de interpretación del AT tener en cuenta que aún son ciertas las leyes dadas por Dios durante la época de Moisés y la historia de Israel, todavía encarnan principios de validez permanente y universal para los cristianos de la era del Internet. Y estas, a su vez, deben mirarse con sumo cuidado. Y sin embargo, el propósito divino que se nos muestra en la Biblia es el de cambiar nuestras vidas a la imagen y semejanza moral de Cristo y no el de aumentar nuestros conocimientos como meta definitiva. “Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe” (1 Cor. 13:1).

3. La Adiáfora

Debemos decir con claridad que la adiáfora no es propiamente una ley bíblica. Pero debido a la poca aplicación que este principio ha tenido en la iglesia evangélica de América Latina, lo incluyo aquí como una especie de tema a tener en cuenta. La palabra griega *adiaphoros* significa “indiferente”. Desde la Reforma del siglo XVI en adelante, en ciertos sectores de la iglesia cristiana evangélica (Europa y Norteamérica) se ha discutido el significado moral y bíblico de las llamadas acciones indiferentes. Esto es debido a que no son ni ordenadas ni prohibidas por Dios en su Palabra, y pueden, o no, realizarse a gusto propio. La adiáfora trata con aquellas decisiones del cristiano que tienen que ver no entre lo bueno y lo malo, sino entre dos decisiones o alternativas moralmente buenas.

En nuestra cultura moderna hay asuntos o papeles que no son considerados específicamente en la Biblia. Por ejemplo, ¿dónde o en qué trabajar? ¿Con quién debo casarme? ¿A qué iglesia debo asistir? Si estos interrogantes son dirigidos a diferentes creyentes, las respuestas también serán diferentes entre sí. A cada creyente en particular le corresponde aplicar los principios bíblicos adecuados con la ayuda de la oración y la dirección del Espíritu Santo. Pero, al hacerlo, hay que tener cuidado de no imponer nuestro propio criterio a los demás como “autoridad” indiscutible.

Con frecuencia los cristianos a veces no sabemos qué hacer cuando nos enfrentamos a estas situaciones. Es muy importante hacer una correcta aplicación de la Biblia a las diferentes circunstancias que afectan directa o indirectamente nuestra vida espiritual, moral, física y mental. Esto mismo se aplica, a la hora de aconsejar a nuestros hermanos en la fe o a los hombres no convertidos al evangelio, y más cuando se trata de enseñarles a tomar decisiones apropiadas.

Un ejemplo sería el caso de un creyente que debe decidir emplearse como cajero y con opción de trabajar en dos entidades bancarias. Dada la naturaleza de su trabajo, su elección no afecta su vida ni moral ni espiritualmente. Cuando las circunstancias son iguales no afecta ni el bien ni el mal. En estos casos decimos que por adiáfora la Biblia autoriza a tomar cualquier decisión porque las dos pueden ser buenas. Desde luego que cualquier decisión que se tome puede afectar la vida en varios sentidos. Luego, ¿cómo podemos estar seguros de la mejor decisión? Aunque los casos pueden diferir del uno al otro, e igual su resultado, es conveniente abandonar los métodos que la Biblia no aprueba:

Tres errores que se deben evitar en la adiáfora:

(A) La búsqueda de una nueva “profecía inspirada”. Algunos creyentes están incurriendo en este grave error. No contentos con la guía del Espíritu Santo que emplea la sola Escritura o el concurso providencial de su propio sentido común o de las circunstancias, muchos recurren a los modernos “profetas” o “profetisas” para que los orienten. Proverbios 11:14 dice: “Donde no hay dirección sabia caerá el pueblo; más en

la multitud de consejeros hay seguridad”. El problema es que en ocasiones bien comprobadas, dichos “profetas” están influidos por prácticas y enseñanzas antibíblicas mezcladas con falsa espiritualidad y enfoques religiosos cuestionables. Las más de las veces, los aconsejados terminan en fracaso y grave decepción. Los creyentes que siguen este método cometen un doble desprecio: primero, desprecian la iluminación del Espíritu Santo que como unción (1 de Juan 2:27) reposa en el corazón de cada creyente; y segundo, desprecian la suficiencia de las Sagradas Escrituras, la que acompañada de oración y súplica a Dios siempre provee mejores resultados. Esto no significa que en casos así no debemos buscar el consejo de hermanos sabios maduros y equilibrados en la interpretación teológica de las Escrituras. Es bueno buscar en la iglesia el consejo de aquellos que tienen probada competencia para estos menesteres. Allí también puede obrar el Espíritu de Dios para nuestro bien.

(B) El misticismo individual o la búsqueda de una “nueva revelación”. Error muy común en estos tiempos de acusada renovación del antiguo paganismo místico. Cristianos sinceros pero despistados invocan a Dios para obtener más “revelación individual”. Generalmente, este tipo de enseñanza recibida por muchos creyentes, en el fondo, lo que hacen es despreciar la verdadera y única divina revelación de las Sagradas Escrituras dada por el Espíritu Santo. ¿Cuál puede ser el peligroso resultado de esta práctica mística? Generalmente ha sido la fundación de una nueva secta. No se nos olvide que José Smith el fundador del mormonismo y Carlos T. Russell de los Testigos de Jehová, fueron personas sectarias insatisfechas con la interpretación histórica de la sola revelación y suficiencia de la Palabra de Dios que se hacía en las iglesias de aquellos tiempos.

(C) El sincretismo religioso-doctrinal. Algunos que se han soltado de las amarras de la ortodoxia cristiana creen en la posibilidad de mezclar hinduismo o budismo con cristianismo para buscar la síntesis de una nueva revelación y guía práctica para la vida cristiana. El yoga, la meditación y la visualización hoy cristianizadas, están siendo usados para fines más llamativos, supuestamente como formas “más elevadas” de hallar la verdad y una mejor dirección en nuestra vida espiritual. Este es el enfoque básico adoptado por varios miembros y líderes protestantes del Concilio Mundial de Iglesias.

Pasa igual en las filas del Catolicismo romano con la pléyade de curas adeptos a las prácticas de la espiritualidad oriental. Sobresalen los sacerdotes discípulos y discípulas de Anthony de Mello. Si entendemos que el hinduismo y todo su sistema ritual es el enemigo jurado del cristianismo, no hay lugar para una religión tan diabólica dentro del sistema de la revelación bíblica. Continuar por esta vía es otro claro rechazo no solo de la suficiencia, sino de la autoridad de las Escrituras.

Recomendaciones para un uso adecuado de la adiáfora:

(A) Análisis de pros y contras. Cuando hay que tomar una decisión entre dos alternativas moralmente buenas debemos entregarnos de lleno al estudio de todos los factores de cada una por medio de la elaboración de una lista de pros y contras. Es recomendable en todo instante llevar a Dios en oración aún cada punto que vayamos examinando.

(B) Fortaleza en la capacidad de discernimiento de la Palabra de Dios. Debemos pedir en oración al Padre, en nombre del Hijo y en el poder del Espíritu Santo que fortalezca dicha capacidad a fin de llegar a una decisión sabia o con buen discernimiento por medio del mensaje revelado de la Biblia.

(C) Pedir en oración por dirección providencial. La providencia de Dios es la doctrina bíblica que enseña que Dios gobierna y preserva todas las cosas materiales y espirituales en el universo. Si todos los actos y pensamientos de ángeles y hombres están controlados por Dios debemos hacer uso de este maravilloso recurso. El apóstol Juan declara: "Y esta es la confianza que tenemos en Él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye. Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho" (1 de Juan 5:14,15).

Ahora bien, en relación con la guía espiritual de la providencia divina, es bueno atender aquí a las palabras de Edwin H. Palmer quien nos dice: "Es preciso, sin embargo, hacer una distinción cuidadosa. Si bien es indubitable que Dios nos guía con su providencia, nunca —y subrayamos esa palabra nunca— podemos decir que el curso de los acontecimientos nos muestra, en forma infalible, lo que Dios desea que hagamos en el futuro o deseó que hiciéramos en el pasado" (cf. *El Espíritu Santo*, Editorial Estandarte de la verdad, sin fecha, p. 153).

B. La autoridad aplicada de la Biblia y otras consideraciones. En el campo aplicativo de la autoridad de las Escrituras, debemos hacer varias distinciones si queremos dar en el blanco de los problemas de cada generación. Aquí solo enuncio algunos principios, los cuales, no me es posible profundizar debido al propósito básico de esta obra. Veamos en primer lugar la distinción entre autoridad histórica y normativa:

1. Autoridad histórica y normativa. Ejemplos de autoridad histórica son aquellos pasajes donde la Biblia nos informa acerca de lo que Dios mandó a hacer al pueblo de Israel dentro del marco de situaciones específicas. Por ejemplo, Dios mandó a Abraham que le sacrificara a Isaac (Gén. 22:1, 2); en otras ocasiones Dios mandó a matar personas y hasta niños de pecho de los pueblos enemigos de Israel (Núm. 31:17; Dt. 13:15, 16; 20:16-18; 1 Sam. 15:3, etc.). Desde el punto de vista de la autoridad bíblica y su aplicación al mundo moderno, ¿cómo debemos considerar estas narraciones? La respuesta es que son narraciones que solamente poseen autoridad histórica. Este tipo de

mandamientos ya no rige ni son para la iglesia ni el mundo actual. Otro ejemplo de autoridad histórica es el Levítico o ley ceremonial. Hoy no se nos ordenan los sacrificios de animales para la expiación de nuestros pecados, etc. La autoridad normativa (o apodíctica según estudiamos antes) está representada por ejemplo en Los Diez Mandamientos. Estas enseñanzas morales, específicas y universales son para todos los seres humanos. El mandamiento “no robar” es para todo el mundo sin excepción. También forman parte todos aquellos pasajes ético-morales-espirituales que obligan al hombre de cualquier cultura y época a someterse a su autoridad. Ejemplos (Gén. 1:28; Dt. 18:9-14; Is. 45:8-19; Mt. 5-7).

2. Niveles de autoridad. En la temática de este capítulo nos damos cuenta de que en la Biblia existen varios niveles de autoridad que hay que tomar en cuenta. El vivir dentro del marco de dichos niveles no es una cosa pasada de moda. La razón es que la Biblia contiene enseñanzas generales que nos revelan la voluntad y los caminos de Dios en distintas formas. Hay principios directos implicados o aplicados que cruzan las barreras temporales, sociales, lingüísticas y culturales. Por lo tanto, podemos concluir sin rodeos que la Biblia es la única revelación que al señalarle al hombre su necesidad de Dios lo confina a su dulce autoridad para hacerlo feliz para siempre. Bien dijo Juan apóstol: “Los mandamientos de Dios no son gravosos” (1 Jn. 5:3).

3. Pertinencia. Hay enseñanzas generales como por ejemplo con respecto al amor y la justicia que se pueden aplicar a diferentes situaciones. La ética cristiana de relaciones laborales, sociales, familiares, conyugales, etc., debe saber buscar la pertinencia para aplicar la justicia en todos estos campos. La pregunta, ¿es pertinente? (adecuado, conveniente) debemos tomarla en cuenta en todo momento si no queremos errar en nuestra fidelidad a las Escrituras.

4. Ambigüedad bíblica. Este es un factor muy importante que debemos tomar en cuenta si queremos lograr una correcta interpretación y aplicación de las Escrituras. (El término ambigüedad no es empleado aquí de forma peyorativa). Por ejemplo, el tema del alcohol y del alcoholismo a menudo ha sido tratado con desequilibrio. Observemos bien que la Biblia aporta enseñanzas claras acerca de la embriaguez (Ef. 5:18), claramente condenada por Dios. Pero en otras ocasiones, por ejemplo, Pablo recomendó a Timoteo el vino para curar su mal de estómago (1 Tim. 5:23). En Prov. 23:29-35 Salomón condena la embriaguez; pero en el Salmo 104:15 se nos dice que “el vino alegra el corazón del hombre”; Jesús tomó vino en las bodas de Caná de Galilea (Jn. 2:10). ¿En qué sentidos debemos hablar hoy del alcohol para ser más efectivos a la hora de presentar a Cristo a los no creyentes? Muchas veces hemos fallado y enviado al infierno a personas que, lo que más requerían, era mejor ilustración en cuanto al tema.

Los ejemplos pueden multiplicarse a la hora de hacer aplicación a otras circunstancias en las cuales la Biblia habla ambiguamente, pero no falsa o equivocadamente.



INFALIBILIDAD E INERRANCIA DE LA BIBLIA

I. Infalibilidad

El término infalible, (del latín *fallere*, “engañar”) tal como se aplica a la Biblia, simplemente significa que las Escrituras poseen autoridad absoluta por ser la voluntad de Dios. Al afirmar que la Biblia es “infalible” se está reconociendo que la Biblia no miente ni engaña a sus lectores en asuntos de fe o conducta, o en cuanto a su propia autoridad. En temas espirituales, la Biblia es digna de confianza porque nada enseña que sea falso. Podemos tener plena confianza en el texto bíblico porque la Escritura nunca puede fallar en sus juicios y declaraciones cualesquiera que estas sean. El concepto de infalibilidad se aplica igual a sus promesas y advertencias en el sentido de que si son Palabra de Dios estas nunca pueden fracasar. Todo lo que Dios quiso que se escribiera está en armonía con la verdad divina, y por esta razón creemos que sus promesas, unas seis mil, se cumplirán al pie de la letra. El Señor nos dice que “el cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán” (Mt. 24:35; cf. Mc. 13:31; Lc. 21:33). Es en este sentido que la Biblia es infalible. Su infalibilidad se limita al área de la fe, la práctica y la autoridad de sus enseñanzas.

II. Inerrancia

“Este término, tal como se aplica a la Biblia, significa que la Biblia tiene la cualidad de verse libre de todo error” (Edward J. Young, *Thy Word is Truth*, The Banner of Truth, 1991, p. 113). La Biblia está en perfecto acuerdo con todas sus enseñanzas, ya sean espirituales, geográficas, cosmológicas, históricas, científicas o gramaticales. Es decir, que en ninguna de sus páginas la Biblia hace una declaración equivocada. No solo en asuntos de fe, sino en cualquier asunto que ella trate. Por lo menos en los originales autógrafos, ¡cada palabra de la Biblia es verdad divina!

Es importante hacer ver que el término inerrancia solo se aplica en su significado absoluto a los manuscritos originales o “autógrafos”. O sea, a los primeros manuscritos. que salieron del puño y letra de los autores inspirados; y estos debieron haber sido sin

errores o variantes. Esta ha sido la confesión de la iglesia del Señor en todos los tiempos. En contraste, ateos, escépticos, racionalistas en filosofía y en teología que conocemos como liberales niegan esto. Declaran sin ninguna base que la Biblia está llena de errores; nos hablan de “falibilidad” y “equivocaciones” aún en los originales. Existe una inquietud bastante importante: si no confiamos en la inerrancia e infalibilidad de la Biblia, ¿cómo podemos estar seguros de los asuntos que trata en cuanto a nuestro destino eterno por ejemplo?

III. Los dos términos no son sinónimos

Debemos entender que los términos infalibilidad e inerrancia no son sinónimos. La infalibilidad se aplica a las normas de la fe, autoridad y práctica de la Biblia. La inerrancia, se aplica a la manera en que ese contenido ha sido expresado. Es decir, a la revelación que ha sido controlada mediante la inspiración del Espíritu Santo.

IV. Otros conceptos sobre la inerrancia

Ha habido mucha discusión respecto al tema de la inerrancia. Algunos tienen la idea de que este término no debe usarse para referirnos a la Biblia. Sin embargo, a mí me parece sumamente importante por las implicaciones que entraña. Veamos unas opiniones las cuales tratan de responder a las objeciones y acusaciones de los críticos de que la Biblia contiene errores en materia de historia, astronomía, geografía, ciencia, etc.

A. Inerrancia absoluta. En su obra *The Battle for the Bible*, (pp. 165-166) Harold Lindsell sostiene que la inerrancia es absoluta porque los autores bíblicos presentan una considerable cantidad de datos exactamente científicos e históricos. Afirma que todo lo que la Biblia declara sobre materias de ciencia e historia es absolutamente cierto.

B. Inerrancia plena. Roger Nicole, en *The Nature of Inerrancy* (Baker, 1980, pp. 71-95) declara que la Biblia es cierta, pero, a diferencia de la anterior opinión considera que las declaraciones sobre ciencia e historia no tienen que ser necesariamente exactas. Para él se trata de descripciones populares que tienen que ver con referencias y aproximaciones a ciencia e historia. Y sin embargo, afirma que la Biblia actual es correcta.

C. Inerrancia limitada. Daniel P. Fuller sostuvo que la Biblia es inerrante e infalible en sus referencias salvíficas doctrinales. Las referencias históricas y científicas de la Biblia reflejan un entendimiento corriente de los tiempos bíblicos. Los autores sagrados estuvieron sometidos a las limitaciones de su tiempo. El propósito de Dios no fue revelar historia o ciencia. En estos casos la Biblia puede contener lo que llamaríamos “errores”

en esas áreas. Esto, sin embargo, no es una contradicción para los propósitos por los cuales Dios nos dio la Biblia, pues es inerrante e infalible.

D. Inerrancia de propósito. Esta es la posición de Jack Rogers en *The Church Doctrine of the Biblical Authority* (pp. 41-46). Sostiene que la Biblia es inerrante porque cumple su propósito. La Biblia cumple su propósito de guiar a los pecadores a la comunión con Cristo; la comunicación de verdades no es su finalidad. Como puede ver el lector, esta posición mantiene un punto de vista pragmático de la verdad. En otras palabras, si la Biblia funciona es inerrante. Podemos notar que se trata de un concepto erróneo de la inerrancia de las Escrituras.

E. Inerrancia acomodaticia. W. D. Davis en *Paul and Rabbinic Judaism* (London, 1955, p. 311) sostiene que los autores bíblicos no solo se acomodaron a las opiniones sobre ciencia e historia de sus días, sino también a aspectos doctrinales. Para el mencionado autor, por ejemplo, el apóstol Pablo cambió su opinión acerca de la resurrección de Cristo entre 1 de Corintios 15 y 2 de Corintios 5. Estas enseñanzas no armonizan —afirma—. Según esta idea, Pablo se acomodó a enseñanzas rabínicas de su tiempo.

Pero un análisis amplio de la tesis de Davis revela la deuda que tiene con autores como Albert Schweitzer y C. H. Dodd acerca del mencionado tema. En su obra *The Quest for the Historical Jesús*, A. Schweitzer, acerca de la segunda venida de Cristo elaboró una interpretación conocida como “escatología realizada”. Fue el primero en acuñar la expresión “retraso de la Parusía”. Según su punto de vista, Jesucristo mismo esperaba que la Parusía ocurriese y que el reino escatológico viniese antes de que los discípulos hubiesen terminado su predicación en las ciudades de Israel (Mt. 10:23). Cuando los discípulos regresaron y esto no sucedió, Jesús se dio cuenta de que se había equivocado —y este fue el primer retraso de la Parusía—. Entonces Jesús comenzó a pensar que debía traer el reino a través de su propio sufrimiento y de su muerte, pero estaba equivocado aún en esto. Y fue así que Él murió como un hombre totalmente desilusionado.

“Y por lo mismo —sostiene Schweitzer—, el apóstol Pablo cometió un ‘error de perspectiva’ en cuanto al tiempo de la segunda venida del Señor”. Nada de esto es verdad, y por el contrario está plenamente demostrado que la interpretación escatológica de estos críticos es el producto de la influencia del Romanticismo filosófico del siglo XIX en la mente teológica de los europeos.

F. La inerrancia como una opinión irrelevante. Finalmente, Emile Brunner (*Revelation and Reason*, pp. 36-37) sostiene que hablar de inerrancia de la Biblia es innecesario. Pues se trata de un término negativo porque la Escritura no lo menciona como un concepto bíblico. En la Biblia errar o fallar es un asunto moral más bien que

un asunto intelectual. Hacer esto es distraernos de la esencia de la enseñanza bíblica: alcanzar y mantener la comunión con Dios.

V. ¿Es importante la inerrancia?

Es supremamente importante porque si la Biblia no es cierta y plenamente confiable en todo lo que nos enseña, entonces, ¿qué clase de fe tenemos? ¿Qué seguridad nos aguarda después de la tumba? ¿Somos o no somos en realidad salvos? La infalibilidad e inerrancia de las Escrituras es una materia básica y de importancia única porque implica tres grandes aspectos de la vida y fe cristiana en general: la importancia teológica, histórica y epistemológica.

A. Importancia teológica. Para Jesús, Pablo y demás autores bíblicos las Escrituras son autoritativas porque son inspiradas por Dios. Si tenemos un Dios omnisciente significa que Él sabe todas las cosas. No puede ignorar ni errar en ningún asunto que esté en la Biblia. Si Dios es omnipotente, debió lograr evitar que los autores secundarios escribieran o enseñaran errores para que saliera un producto perfecto. La inerrancia está ligada a la inspiración. Si alguien puede demostrar que la Biblia no es absolutamente confiable, entonces no tenemos una Biblia inspirada.

B. Importancia histórica. Aunque la inerrancia en realidad es una enseñanza de tiempos modernos, sin embargo, implícitamente la Iglesia cristiana de todos los tiempos siempre ha sostenido esta doctrina. Orígenes, Agustín, Anselmo, Lutero, Calvino, etc., uniformemente enseñaron que “las Sagradas Escrituras no pueden errar...”. “Las Escrituras no se contradicen a sí mismas; esto solamente les parece a los insensibles y endurecidos hipócritas” (Martín Lutero). Con base en estos y más antiguos testimonios podemos darnos cuenta de que la preocupación por la inerrancia no es reciente; pertenece a los mismos días de los padres apostólicos cuando ya había críticos que se esforzaban por destruir la Biblia. (Para un análisis más extenso del tema, véase mi obra *El “Mito” de Adán y Eva, Refutación a la Teología Liberal*). Si la Biblia no es inerrante históricamente, todo el sistema teísta de la verdad revelada caería como otra religión o filosofía más. Solo nos quedaría decir con los paganos, “comamos y bebamos porque mañana moriremos”.

C. Importancia epistemológica. Término filosófico que trata con la teoría del conocimiento. De allí surge esta importante pregunta: ¿cómo sabemos que Dios nos está diciendo la verdad en la Biblia? Piénsese en todas las grandes doctrinas como la misma revelación-inspiración, la creación, la Trinidad, la divinidad de Cristo, la redención, etc., las cuales trascienden nuestra razón y sentidos. ¿Cómo podemos estar seguros de esas enseñanzas? Si la Biblia no es cierta en todo lo que afirma significa que los cristianos

no tenemos conocimiento real y cierto de ninguna cosa de lo que Dios nos ha revelado en su Palabra.

VI. Conceptos de infalibilidad

A. El concepto de la infalibilidad papal. El Magisterio eclesiástico de Roma enseña que cuando el Papa habla ex cátedra (desde la silla de San Pedro) es infalible en materia de fe y doctrina. Para la iglesia de Roma lo que el Papa dice, Dios lo dice. Su propia voz es elevada al grado de revelación divina usurpando la conocida expresión de los profetas de antaño: “Así dice Jehová”, “Así dice el Señor”.

B. La posición subjetivista o racionalista. Afirma que la razón humana es “infalible”; es considerada el único árbitro o “juez omnipotente” que determina lo que es o no es Palabra de Dios. La Biblia primero debe examinarse o pasarse por el cedazo de la razón del hombre para verificar el criterio interpretativo a seguir —dicen—. Esta posición subjetivista se mimetiza como un camaleón. Algunas veces adopta el alegre juego del misticismo (cuáqueros, sensualistas de todo tipo y ocultistas). Otras veces se manifiesta como el más grosero racionalismo; otras veces adopta múltiples posiciones liberales según examinamos en las teorías diversas y falsas de la inspiración.

C. La posición bíblica. Considera que la Biblia es autoritativa porque es inspirada. En otras palabras, refuerza los conceptos de la infalibilidad e inerrancia de las Sagradas Escrituras. Esto es hecho a partir de la base del estudio ya efectuado en relación con la inspiración plenaria y verbal de la Biblia.

VII. El modo de acercarnos al libro santo

Importa mucho la manera como nos acercamos a la Biblia. En otras palabras, ¿con qué presuposición leemos la Biblia? ¿Como Palabra de Dios o palabra de hombres? Es posible que alguien estime que la lectura de la Biblia no está condicionada a la verdad que ella misma enseña, a saber: que es inspirada por Dios. Y esto quiere decir que las Escrituras tienen toda la autoridad divina para ordenar al lector a “llevar cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo” (2 Co. 10:5b). Quien no hace así, bien podemos decir que tal persona se acerca a leer la Biblia con prejuicios. A esto se le conoce también como acercamiento subjetivista. Y peor aún si está guiado por principios liberales o neoortodoxos, místicos u ocultistas de la llamada Nueva Era de Acuario.

VIII. El Testimonio de Infalibilidad

Es importante que nos hagamos la siguiente pregunta: ¿De dónde viene esta doctrina de la infalibilidad? El término como tal no lo encontramos en las Escrituras. Pero por deducción teológica observamos que la Biblia misma lo enseña. Como ya hemos

indicado, ellas mismas declaran ser inspiradas por Dios (2 Ti. 3:16, 17; 2 Pe. 1:19-21). En relación con esto mismo tenemos las declaraciones de los propios autores bíblicos:

A. Del Antiguo Testamento. Para todos ellos persiste una conciencia sin igual de que lo que hablaban era la Palabra de Dios. Declaran 3.808 veces que estaban transmitiendo las exactas palabras de Dios. Véase los siguientes ejemplos (Dt. 4:2; Sal. 19:7; 2 Sam. 23:1, 2; Is. 1:2, 10; 50:1; Jer. 1:7-9; Ez. 2:7; 3:4, etc.).

B. Del Nuevo Testamento. Los escritores del NT de igual manera declaran que sus palabras y escritos son del mismo orden que los libros canónicos del AT. Para estos autores, también Dios hablaba por medio de ellos. Obsérvense los siguientes ejemplos:

(1) En los Evangelios: (Mt. 1:22, 23; 2:4, 5; 12:17-21; Mc. 1:2, 3; 12: 36; Lc. 1:70; 2:23-24; 4:17-21; 24:27, 32, 45; Jn. 1:45; 2:17; 7:19, 22; 12:14-16; 14:26;).

(2) En el libro de los Hechos de los Apóstoles: (1:16; 8:32, 35; 17:2; 7:42; 18:24, 28; 3:18, 24; 28:23, etc.).

(3) En las Epístolas: (Ro. 4:3; 9:17; 10:11; 11:2, 4, etc.).

(4) El testimonio de nuestro Señor Jesucristo. Para Cristo, las Escrituras del AT no contienen errores. Jamás manifestó que en el texto revelado había inconsistencias (cf. Mt. 5:18; Lc. 24:44; Jn. 10:35). Jesús reconoció como historia y no mitos o leyendas los siguientes episodios de las Escrituras:

- La creación y el matrimonio (Mt. 19:5).
- El diluvio y el arca de Noé (Lc. 17:26, 27).
- La destrucción de Sodoma y Gomorra (Lc. 17:28, 29).
- La destrucción de Tiro y de Sidón (Mt. 11:21, 22),
- La circuncisión (Jn. 7:22).
- La Pascua (Mt. 26:2).
- La ley (Jn. 7:19).
- Los Mandamientos (Mt. 19:7-9).
- La ley judía del divorcio (Mt. 19:7-9).
- La narración de la zarza ardiente (Mc. 12:26).
- Jonás, el gran pez y el arrepentimiento de Nínive (Mt. 12:40, 41).
- La gloria y la sabiduría de Salomón (Mt. 6:29).
- La fiesta de los Tabernáculos (Jn. 7)
- David y los panes de la proposición (Mt. 12:3).
- El cierre de los cielos en los días de Elías (Lc. 4:25).

- El relato de la serpiente de bronce (Jn. 13:14-15).
- El asesinato de Abel y Zacarías (Mt. 23:35).
- La misión de Juan el Bautista (Mt. 17:10-13).
- La misión de Elías (Mt. 17:10-13).
- Las profecías de Daniel (Mt. 24:15).

IX. La Biblia, una fuente de verdad original

Repito aquí algo ya visto arriba. Dijimos que los grandes interrogantes que la mente del hombre se ha formulado —¿Quién soy?, ¿de dónde vengo? y ¿para dónde voy? — solo la Biblia los responde con entera satisfacción. Otros interrogantes como: ¿Cuál es el origen, finalidad y existencia del universo?, ¿qué nos dice la Biblia sobre la inmortalidad, la vida eterna y el juicio final?, ¿es verdad que existe el cielo y el infierno?, han sido un quebradero de cabeza. Históricamente la teología cristiana ha demostrado que aparte de la fe en la Biblia como Palabra de Dios, estos interrogantes no encuentran eco en la razón humana. Como resultado de esto, al hombre no le queda sino tres caminos: el racionalismo, el irracionalismo o la Palabra de Dios. Desde la caída en el pecado la incredulidad ha estado oscilando entre los dos primeros caminos (cf. Ro. 1:18-32). Como fuente de verdad original, la Biblia demuestra que su Autor es de una naturaleza infinita y perfecta. Por lo tanto, sin la Escritura tampoco será posible comprender el cómo, por qué y para qué de las leyes morales. Algo debe decirnos el hecho de que todas las legislaciones mundiales son códigos extraídos de la Palabra Inspirada. Aun cuando es cierto que la Biblia deja varios misterios sin responder, no por eso el cristiano ha de verse constreñido y dudar de su veracidad. El libro de Deuteronomio 29:29 nos habla de la voluntad secreta y voluntad revelada de Dios. Hay otras cosas que solo serán reveladas por Dios en el futuro, en la segunda etapa del reino eterno de Cristo. Por otra parte, ningún sistema religioso independiente de la Biblia ha podido darle al hombre un camino de salvación tan claro. Un redentor Omnipotente, santo y perfecto fue el que murió por los pecadores. La salvación depende del Dios-hombre llamado Jesús. La encarnación de Cristo desafía a todos los sistemas religiosos juntos inventados por el hombre en asocio con Satanás. Ante la pregunta ¿quién es Jesús?, muchos han respondido de manera contraria a lo que de Él declaran las Escrituras (cf. Jn. 1:1; Col. 1:15-23).

X. Las Sagradas Escrituras, una revelación inquebrantable

En nombre de la misma ciencia, la denominada “Crítica Histórica” se ha dado a la tarea de sembrar la duda y la desconfianza en la mente de la humanidad. Escépticos e incrédulos de todas las épocas se han dado a la tarea de desacreditar el contenido revelatorio de la Palabra de Dios, pero sin ningún éxito. Han dicho tantas hipótesis que nunca han podido probar. Sabemos que al hombre natural le gustaría muchísimo que algún día se descubriera que la Biblia es falsa. Hay un propósito para esto: dar rienda

suelta al pecado y a la iniquidad para precipitarse en los mismos infiernos. Pero desde todo punto de vista y a la luz de las palabras de Cristo, “las Escrituras no pueden ser quebrantadas” (Jn. 10:35), es virtualmente imposible.

XI. La Biblia es perfecta moral y espiritualmente

Cada vez que comunidades o sociedades organizadas se han dado a la tarea de poner en práctica los principios de la Biblia, el resultado ha sido una buena calidad de vida moral individual y colectiva. No existe sobre la faz de la tierra mejor nivel de vida (en todos los órdenes) que cuando la humanidad “teme a Dios y guarda sus mandamientos”. Una demostración palpable de la veracidad de la Biblia como Palabra de Dios es el argumento práctico: la Biblia ha funcionado, funciona y funcionará para la humanidad. Su benéfica influencia entre todas las clases de paganismo del mundo comprueba su enorme capacidad de transformación. Esto, jamás ha sido negado por algún historiador verdadero. Unos ejemplos bastan. La conquista y debilitamiento del podrido Imperio romano fue obra de la levadura del cristianismo a través de la predicación del Evangelio. En la Reforma del siglo XVI ocurrió lo mismo. Consecuencia de esta Reforma fue el progreso en todas las esferas de las naciones europeas que abandonaron la órbita del papado romano; pero especialmente en el campo moral y espiritual. Los grandes avivamientos evangélicos en Alemania (pietismo), en el Reino Unido (Wesley y Whitefield), en los Estados Unidos (J. Edwards) y en Holanda (A. Kuyper) son una demostración más. Se comprueba que en cualquier nación donde se aprecie el estudio de la Biblia y se pongan en práctica sus preceptos, el resultado indiscutible es la bendición de Dios. Todo esto es congruente con el contenido de lo que Pablo dice en 1 Tes. 2:13: “Por lo cual también nosotros sin cesar damos gracias a Dios, de que cuando recibisteis la Palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de los hombres, sino según es en verdad, la Palabra de Dios, la cual actúa en nosotros los creyentes”.

XII. El problema de las variantes en las copias de los manuscritos

Sabemos que los manuscritos originales no existen. Aquellos fueron escritos en un material que pereció rápido. Pero, está perfectamente comprobado que el pueblo de Dios hacía copias, era la principal función de los escribas. En el recorrido del tiempo nos han quedado copias de copias que se han venido descubriendo y que sabemos que pertenecían al sagrado caudal literario del antiguo pueblo hebreo (Israel). El problema es que no todos los manuscritos son exactamente iguales. Tienen lo que los eruditos llaman “variantes”, o sea, diferencias entre una lectura y otra. Se estima que en todos las mss. existentes del Nuevo Testamento hay 150.000 variantes. Y pese a esto, afectan únicamente la forma de expresión, no su significado esencial. “Ninguna de las variantes —dice Philips Schaff— altera ningún artículo de fe o precepto del deber que no esté abundantemente respaldado por otros pasajes de los cuales no hay duda, o por el tenor

completo de la enseñanza escriturar (op. cit. por Josh McDowell, *Evidencia que Exige un Veredicto I*, Edit, Vida, 1982, p. 44). Otras observaciones que pueden añadirse es que solamente una octava parte de las variantes son de algún peso. Algunas de ellas afectan asuntos meramente mecánicos como el deletreo o el estilo. Los eruditos consideran que se trata de “trivialidades” que en ningún momento afectan alguna doctrina de capital importancia. Los entendidos nos dicen que en general, el texto bíblico, matemáticamente es puro en un 98.33%. El teólogo francés René Pache escribe: “La gran mayoría de variantes en el texto griego no deben sorprender ni molestar a ningún cristiano. Son el resultado natural de la enorme riqueza de nuestras fuentes documentales, y son un testimonio del enorme significado del Nuevo Testamento, (op. cit. por Ismael Amaya, *El debate contemporáneo sobre la Biblia*, EEE, Barcelona, 1977, p. 117). A diferencia de otras obras de la antigüedad tanto religiosas como clásicas griegas, podemos decir que es un milagro que las copias de los manuscritos no contengan errores o defectos básicos. En ningún momento las variantes que existen nos dejan perplejos o inciertos en cuanto a nuestra fe, práctica o doctrina. Todo cristiano estimará que se trata de una preservación de la Divina Providencia. El Dios Omnipotente ha velado a través de los siglos para que su Palabra no fuera adulterada. Ampliaremos este punto en el siguiente capítulo.

XIII. Conclusiones

A. La Biblia nos dice que es inspirada por Dios, pero no nos dice cómo fue inspirada ni trata de probarlo. Este tema es análogo al caso de la existencia de Dios. La Biblia nos dice que Dios existe, pero tampoco se esfuerza en demostrar su existencia. Simplemente la presupone.

B. Las Escrituras se encuentran en tres categorías:

- (a) Los originales autógrafos o manuscritos originales.
- (b) Las copias que se hicieron de los mismos y las copias de las copias.
- (c) Las traducciones a los diferentes idiomas modernos.

C. Los cuatro sentidos de la infalibilidad:

- (a) Que la Palabra de Dios logrará su propósito.
- (b) Nos entrega un testimonio fiel de la revelación y de la redención salvadora de Dios por medio de Jesucristo.
- (c) Nos provee de una norma autoritativa de fe y conducta perfectas.
- (d) A través de las Escrituras habla el infalible Espíritu de Dios por quien fueron dadas.

¿HAY ERRORES EN LA BIBLIA?

I. Las variantes: ¿contradicciones o problemas?

Los enemigos de la Biblia tratan de resaltar las aparentes contradicciones que existen en el texto bíblico. Desde el punto de vista de Dios es imposible que los manuscritos originales de la Escritura hubieran sido escritos con errores. La idea de los críticos liberales es que, ya que estos se encuentran en las actuales copias de los manuscritos, aquellos debieron ser exactos duplicados de los originales. Por el capítulo anterior nos dimos cuenta de qué es lo que ha ocurrido con las variantes o diferentes lecturas de los mss. Esto supone problemas antes que contradicciones. Prácticamente lo que los críticos buscan es hacer a Dios mentiroso y culpable de enseñarnos doctrinas erróneas en su propia Palabra.

Es importante comprender que durante el proceso de transcripción o copiado de los textos bíblicos, los escribas y copistas no fueron inspirados por el Espíritu Santo. Ciertamente análisis efectuado por la Crítica Textual ha demostrado que durante dicho proceso de copiado del texto divino, algunos copistas cometieron errores voluntarios, y otros fueron involuntarios. No obstante, vuelvo a repetirlo, esta misma crítica se ha encargado de demostrar que pese a esta realidad, el proceso de copiado de los manuscritos no afectó para nada el contenido esencial del mensaje de las Escrituras. Esto quiere decir que las principales doctrinas bíblicas y las enseñanzas básicas relativas a la ética-moral de la Biblia, no contienen variantes que pongan en entredicho la inspirada Palabra de Dios. Subrayo de nuevo que el texto bíblico es puro en un 98.33%. Esto solo se puede detectar sabiendo leer la Biblia en los idiomas originales.

II. Causas que pudieron dar lugar a las “variantes” o “errores” de transcripción en los distintos manuscritos de la Biblia. Un estudio de la Crítica Textual.

Al emplear aquí el término “error” hago énfasis en que se trata de las denominadas variantes que contiene las actuales copias de las Escrituras, y de ninguna forma es utilizado para afirmar que la Biblia tiene errores aún desde los originales tal como pretenden algunos críticos. Sobre el particular, ya quedó explicado antes.

Las “variantes” o “errores” de los copistas que contiene el actual texto de la Biblia siguen una doble línea: variantes sin intención o accidentales y variantes intencionales.

El lector y amante de las Sagradas Escrituras no debe asustarse por esto, se trata de una realidad sobre la cual Dios mismo ha velado, y no obstante, aún las variantes o errores intencionales, las cuales muy posiblemente fueron hechas con buenas intenciones no afectan el corazón del texto revelado tal como lo he venido repitiendo. No obstante, la apreciación de dichas variantes o de pequeñas añadiduras, en cuanto hace al Nuevo Testamento, solo pueden ser notadas observando las diferentes copias de los mss. en el idioma original griego. Veamos entonces algunas de las investigaciones y conclusiones ofrecidas por la Crítica Textual.

A. Errores sin intención o accidentales. Hubo varios deslices o errores en los cuales los copistas no fueron culpables de por sí. Con base en este estudio, podemos entender las fuentes de donde probablemente proceden las diferentes variantes o lecturas que se encuentran en las actuales copias de los manuscritos. Observemos los siguientes:

1. Defectos visuales. Se podían cometer errores como estos: repeticiones, omisiones, trasposición de letras o palabras, diferencias en la pronunciación, similitud en las letras, error en las divisiones de las palabras, etc.

2. Defectos del oído. Estos se podían producir cuando un escriba le dictaba a otro. Al estar copiando un manuscrito muy grande algunas vocales o diptongos, como en el griego moderno, eran pronunciadas de forma muy similar presentándose confusión.

3. Errores en la comunicación del lenguaje. Algunos escribas o copistas hablaban dos o tres idiomas. En algunos momentos se pudo dar el caso de pronunciación deficiente. Un copista podía hablar muy rápido y el otro no entendía muy bien.

4. Errores por falta de buena memoria. A veces no se escribía correctamente lo que se tenía aprendido de memoria. Es posible que el escriba tuviera pensamientos más bien que palabras en su mente.

5. Errores de juicio o apreciación. Se podía producir por una deficiente lectura o de repente a una mala interpretación del texto, o por las notas que se iban haciendo a veces fallaban. El escriba podía algunas veces resolver este problema colocando notas o pies de página al texto sagrado. Ciertos críticos son de la opinión de que algún escriba añadió Juan 5:4; 8:1-11 y Romanos 8:1b como aparentes notas propias de un escriba dentro del texto. Pero de esto no tenemos seguridad. Por lo menos así es como figura en la versión Reina-Valera y demás versiones bíblicas traducidas de la familia del Texto Mayoritario, las cuales aducen que se trata del texto correcto. Hay mss. que no contienen estos versículos, los conocidos como Minoritarios o Códices. Para ampliar este tema, el amable lector puede consultar a Domingo Fernández y César Vidal Manzanares en su

obra conjunta *“Conspiración de las Sagradas Escrituras”*, (Ediciones Leer, Bogotá, 2004).

6. La utilización de una pluma defectuosa. Una pluma que tuviera algún defecto podía hacer imperfectos los contornos de una letra o palabra impidiendo una escritura legible.

7. Errores por descuido o ignorancia. Cualquier leve descuido o simple ignorancia podría ocasionar una variación en el texto sagrado. Esto pudo ser posible durante la transmisión del texto de una copia a otra. Hay varios ejemplos especialmente en el Antiguo Testamento. Si el lector compara 1 de Samuel 13:1 en la versión Reina-Valera con la Biblia de Las Américas notará una buena diferencia.

B. Errores intencionales o voluntarios. La Crítica Textual cree haber puesto al descubierto que algunos copistas hicieron cambios en el texto sagrado con una determinada intención. Se ha supuesto por parte de la mencionada crítica que la gran mayoría de estas variantes o errores fueron efectuados con buenos motivos y con la convicción de que los errores de transcripción cometidos por anteriores copistas deberían ser corregidos. Algunos de estos cambios bien pudieron darse por personas que hacían el oficio de lo que hoy conocemos como “correctores de pruebas” Esta es una razón del porqué existen diferentes lecturas en los mss. Examinemos a renglón seguido algunos casos ofrecidos por la propia crítica:

1. Cambios hechos para corregir supuestos errores históricos o geográficos. En nuestra versión Reina-Valera de 1960, Juan 19:14 no coincide con Marcos 15:25 con relación a la cronología de la Pasión de nuestro Señor. En el primero dice que era la “hora sexta”, en Marcos la “hora tercera” cuando crucificaron al Señor. Ciertos mss. del NT tienen esta diferencia, pero, otros no. En algunos que contienen el evangelio de Juan se puede ver que posiblemente el copista hizo una “corrección” para hacer coincidir la hora con la de Marcos. Relativo a nuestra versión Reina-Valera o Biblia del Oso, que fue traducida del Texto Mayoritario, esta diferencia se soluciona sencillamente al entender que Marcos se refiere a la hora según la calculaban los judíos, y Juan que escribió mucho más tarde, habla de la hora según los romanos. (Sobre este tópico véase Gleason L. Archer en *Encyclopedia of Bible Difficulties*, Zondervan, 1982), pp. 363-364.

2. Influencia de traducciones o versiones conocidas por el copista. Cualquier copista conocedor de las diferentes versiones ya existentes, podría hacer uso de una de ellas, la que creía era la mejor. Esta es otra posible razón para las notables diferencias de lectura en los mss.

3. Armonización en los cambios. Algunos copistas o escribas bien pudieron intencionadamente hacer que una lectura coincidiera o armonizara con otra al tiempo de comparar mss. Ocurre en algunos escritos del Nuevo Testamento. Por ejemplo cf. Hechos 9:5, 6 con 26:14, 15. Algunos especialistas consideran que a Mateo 9:13 se le añadió “al arrepentimiento” para hacerlo coincidir con Lucas 5:32.

4. Correcciones doctrinales. La misma Crítica Textual estima que esta clase de trabajo es más bien extraño. Conceptúa por ejemplo que el texto de 1 de Juan 5:7 y la primera parte del versículo 8 no aparece en varios mss. griegos. Diferentes críticos presuponen que aquí hay una corrección doctrinal. Se estima que lo mismo pudo ocurrir con Marcos 16:9-20, texto que no aparece en otros mss. Sin embargo, un erudito como Benjamín B. Warfield, en general, desestima por completo estas diferentes opiniones de la crítica. “El moderno criticismo bíblico —declara Warfield— nunca ha desaprobado la autenticidad de ningún libro del NT”. (Op. cit. en p. 429 en *The Inspiration and Authority of the Bible*, P & R, Phillipsburg, NJ, 1948). Para un más amplio análisis de lo que dice Warfield sobre la crítica, véase todo el apéndice II, *Inspiration and Criticism* (pp. 419-442).

III. Algunos ejemplos clásicos de variantes según la Crítica Textual

Para este tipo de Crítica, los siguientes “errores” de transcripción bien pudieron originarse en las anteriores causas con o sin intención:

1. La cita de Jeremías en Mt. 27:9. Edward J. Young (Thy Word is Truth, The Banner, p. 173) concede que es probable que hubo aquí un error de copia porque realmente el pasaje de Mateo a quien menciona es al profeta Zacarías (Zac. 11:13). Sin embargo, por otro lado, sentencia que Mateo no cometió ningún error si miramos esto desde la perspectiva de la “vía de la anticipación”, método común entre los escribas judíos para referirse en preferencia a una figura histórico-religiosa superior. En este caso pesaba más Jeremías como profeta que Zacarías, y esto fue lo que pudo haber hecho Mateo el evangelista (ver Jer. 32:6-8; cf. 18:2; 19:2,11). Por otro lado es bueno notar que aquí no hay tanto un error de Mateo o que falló la inspiración del Espíritu Santo. Porque realmente hay alusión a Jeremías, pero también a Zacarías.

2. El lugar de la sepultura de Jacob. En el discurso de Esteban fue en Siquem (Hech. 7:15, 16), pero según Gén. 50:13, Jacob fue sepultado en Mamre (Hebrón). Cf. Gén. 23:16-18. ¿Cómo podemos correlacionar esta diferencia? Esta pregunta es respondida por Gleason L. Archer de la siguiente forma:

“El AT no hace mención de la tumba en Siquem sino hasta el entierro de José allí. Tampoco menciona que Abraham haya comprado una tumba en alguna parte, ni siquiera cuando quiso enterrar a Sara en la cueva de Macpela en Hebrón. Lo que él quiso comprar

fue una cueva para que posteriormente fuera preparada como el lugar para descanso definitivo de su cuerpo. No hubo confusión en la mente de Esteban en cuanto a la ubicación del lugar de descanso que Abraham había comprado para Sara y él mismo. Todos sabían que el lugar era la cueva de Macpela que estaba en la ciudad de Hebrón. Concluimos por tanto que la referencia a la cueva en conexión con Siquem debe ser una prolepsis en relación con el caso de la tumba para José (es decir, que la tumba que Abraham compró implica la ubicación de la tumba que Abraham adquirió, o además es concebible que el dativo del pronombre relativo *ho* esté encaminado elípticamente para referirse a ‘el lugar que Abraham compró’ describiendo la ubicación del encinar de Mamre fuera de Siquem”. (Encyclopedia of Bible Difficulties, Zondervan, 1982), pp. 380-381.

3. La duración de la esclavitud en Egipto. De acuerdo con Pablo duró 430 años (Gál. 3:16, 17). Pero Esteban dice en su discurso que fueron 400 años (Hch. 7:6); Ex. 12:40 apoya la cifra de Pablo más no Gén. 15:13. ¿De dónde sacó Pablo su información? ¿Qué quiso decir con esa cifra? Muchos críticos han querido desvirtuar aquí la inspiración de la Biblia al señalar esta aparente discrepancia entre estos dos personajes bíblicos. E. J. Young (ibíd. pp. 178-180) presenta una probable respuesta. Para el mencionado autor, la intención de Pablo es diferente a la de Esteban. Por consiguiente, Young estima que con la cifra de 430 años en su carta a Gálatas el apóstol no tuvo la intención de calcular el tiempo de Israel en Egipto. Su propósito difiere del de Esteban. El interés de Pablo es enfatizar el contraste que existe entre la promesa que Dios hizo a Abraham y la entrega de la ley a Moisés. En otras palabras, Pablo más bien está tomando en cuenta el período patriarcal en relación con el momento de la entrega de la ley. En opinión de Young, así se establece un tiempo de 430 años. Visto de este modo, no hay contradicción alguna. Ahora bien, si hubo algún error o variante tuvo que ser un error de transcripción de un copista. Notamos que aquí realmente no está en juego ni la inspiración ni la inerrancia de la Biblia.

4. Los lugares altos en Judá. Hablando de las reformas que hizo Asa, rey de Judá, durante sus cuarenta años de reinado, en 1 Rey. 15:14 se afirma que “los lugares altos no se quitaron”. Sin embargo, en los pasajes paralelos de 2 Crónicas 14:5 se afirma que Asa “quitó asimismo de todas las ciudades de Judá los lugares altos y las imágenes”. Aquí al parecer hay una contradicción. ¿Cómo resolvemos esto? Muchos se han hecho esta pregunta creyendo ubicar una nueva contradicción en las Escrituras. Algunos son de la opinión de que al leer bien las narraciones se puede inferir que lo que pudo haber ocurrido fue que el rey Asa no quitó todos los lugares altos que había en Israel. Esto es lo que podría significar 2 Crónicas 14:5.

5. *El canto del gallo y la negación de Pedro.* En Marcos. 14:30 Cristo le dice a Pedro: “De cierto te digo que tú, hoy, en esta noche, antes que el gallo haya cantado dos veces, me negarás tres veces”. Sin embargo, los pasajes de Mt. 26:34; 74-75; Lc. 22:34, 60-61 ambos citan las palabras de Cristo de la siguiente manera: “antes que el gallo cante, me negarás tres veces”. En ninguno aparece la expresión: “me negarás dos veces”. ¿Cuál de los manuscritos cita el asunto correctamente?

De nuevo cito a Gleason L. Archer. Tiene un estudio al respecto digno de considerarse aquí. Su análisis general sobre esta otra aparente contradicción o “error” lo conduce a hacer ver con éxito el fracaso de la crítica destructiva del NT. Sin embargo, como bien señala, aquí lo importante no es cuantas veces el gallo cantó. Lo que el escritor sagrado quiere hacer resaltar es la temporal apostasía del apóstol Pedro, asunto que no debiera suceder a ningún creyente bíblico en Cristo. Verdaderamente no hay contradicción aquí si observamos esto según la perspectiva de que cada testigo o autor sagrado añadió detalles distintos según su parecer. Sobre este episodio, Juan suministra más detalles que todo lo que hallamos en los sinópticos juntos. (Ibíd., pp. 339-340).

SUPUESTOS ERRORES EN CONTRA DE LA INSPIRACIÓN PLENARIA Y VERBAL DE LA BIBLIA?

En relación con la producción de las Escrituras, hemos dicho que es un libro divino-humano. Es decir, que tiene a Dios por autor primario y al hombre por autor secundario; pero no es correcto afirmar que el hombre es coautor con Dios. No contentos con esta base, los críticos han creído encontrar toda suerte de “errores” en la Palabra de Dios. Por eso han levantado algunas objeciones en contra de la inspiración plenaria y verba de la Biblia. Dichas objeciones siguen siendo por la participación humana en la producción del libro santo. Un análisis de estas objeciones es saludable efectuarlo para claridad apologética y satisfacción del creyente en Cristo.

Objeción 1: La Biblia tiene errores en materias de ciencia.

(a) Algunos críticos, al no entender adecuadamente el contenido de pasajes como Josué 10:12-13; Sal. 93:1, concluyen que se trata de errores de apreciación científica de parte de los autores sagrados. No admitimos la existencia de errores científicos en la Biblia. El cristiano consecuente con la enseñanza de la infalibilidad de las Escrituras nunca podrá aceptar esta objeción. La razón es que la Biblia utiliza un lenguaje popular antes que el lenguaje de las ciencias empíricas. Su terminología no es científica. Si se entiende esto correctamente, la objeción se desvanece por sí misma.

(b) Una apropiada consideración de la inspiración no necesita suponer que los autores de la Biblia teman una interpretación científica de los eventos que iban narrando y registrando. Por ejemplo, en Génesis 2:10-14 el autor no tenía el propósito de darnos una exacta descripción topográfica del paraíso o huerto del Edén. Su propósito era más bien ofrecer a sus lectores un concepto general, aunque para ello recurrió a límites geográficos. Otro ejemplo es el término “día” empleado en el capítulo 1 donde se nos

habla de la creación. Aquí solo se trata de un modo de expresión general. Sería absurdo enseñar a los primeros creyentes de aquellas antiquísimas épocas que la palabra “día” se refería o refiere a eras geológicas de incontables millones de años como hoy pretenden los evolucionistas.

Ahora bien, en relación con Josué 10:12, 13, varios autores no conceden crédito al hecho de que esto sea un evento literal. Creen más bien que se trata de una designación poética en el libro de Jaser, y que es un hecho histórico solo desde el punto de vista de la narración por parte del autor del libro. Sin embargo, no hay solución para esta narración bíblica, sino la tomamos desde el punto de vista del milagro divino.

Algunas opiniones de autores de tradición evangélica son mencionadas aquí: Harry Rimmer estima que el Observatorio de Harvard dio cuenta de la pérdida de un día ubicado en los días de Josué. Por su parte, Keil y Delitzsch mencionan que hubo una intervención sobrenatural de Dios al prolongar ese día de forma milagrosa. De esa forma, hicieron en un día la obra de dos días. La narración declara: “Y no hubo un día como aquel, ni antes ni después de él, habiendo atendido Jehová la voz de un hombre”. (Ob. cit. Gleason L. Archer, pp. 161-162). A la oración de Josué Dios respondió con una tormenta de granizo matando a los enemigos, que tuvo el efecto de prolongar la noche. Hugo J. Blair también sentencia que “Es el mismo Dios que alargó la noche por medio de una intervención milagrosa en beneficio de su pueblo” (Op. cit. en Nuevo Comentario Bíblico, CBP, 1977), p. 192.

(c) El cristiano de convicción evangélica puede estar seguro de que hasta este momento la ciencia no ha podido señalar un solo pasaje de la Biblia como falso. Todavía, algunos críticos se ufanan diciendo a los cuatro vientos que la Biblia está en un error al afirmar que la tierra y no el sol es el centro del sistema solar. Debemos decir que realmente es muy posible que los autores bíblicos participaran del antiguo concepto de la teoría geocéntrica aún mucho antes de su formulación por Ptolomeo de Alejandría y Aristóteles. La Antigüedad y la Edad Media deben a estos pensadores griegos la teoría de que “la tierra es el centro del sistema solar”. En contraste con la teoría geocéntrica, el astrónomo polaco Nicolás Copérnico (1473-1543) propuso la teoría heliocéntrica. “El sol es el centro de nuestro sistema planetario, y es la tierra la que gira alrededor del sol”. Sin embargo, el que los autores bíblicos hubieran creído la teoría geocéntrica no afecta para nada la inspiración; en otras palabras no los hace menos inspirados. Puede alegarse con toda razón y muy válida que la tierra sí es el centro del sistema solar y de todo el universo desde el punto de vista espiritual y teológico. ¿Quién puede desmentir la verdad de que nuestro planeta y no otro, y mucho menos el sol, es el centro de los propósitos de Dios? Negar esto sería no comprender el claro mensaje del libro del Génesis y de toda la Biblia.

(d) Por otra parte, aún si un error en materia de ciencia fuera descubierto en la Biblia, esto tampoco contradiría su inspiración. La obvia razón de este argumento consiste en el hecho de que la Biblia solo está interesada en la ciencia hasta donde sus puntos de vista científicos son necesarios y no contradicen el mensaje inspirado. De la misma forma, por su promoción de la vida física, espiritual y moral del hombre.

Objeción 2: La Biblia tiene errores en materias de historia.

(a) Si se acepta realmente que Dios inspiró los originales de la Biblia con errores de historia, equivale a decir que el Dios bíblico es un Dios finito cuyo conocimiento no es intuitivo, sino discursivo. En otras palabras, que el Omnipotente y Omnisciente Dios al igual que el hombre también necesita de aprendizaje, y que al hacerlo comete errores como cualquier hombre. Los que así razonan se debe a que no han entendido todavía la doctrina de la inspiración.

Siendo objetivos, es necesario decir que si aparece algún error en materia de historia, se debe únicamente a un error de transcripción, porque recordemos, los copistas no fueron inspirados para recopiar los mss. Hay otros ejemplos que añadiré aquí a los anteriormente vistos en el capítulo pasado. Las cifras que aparecen en 1 de Crónicas 22:14 de 100.000 talentos de oro y 1.000.000 de talentos de plata son cifras astronómicas que sobrepasan los tesoros de los Césares romanos juntos. Gleason L. Archer reconoce que es posible que se hubiera cometido un error de transmisión textual. Por otro lado, las cifras no son sostenidas por el historiador judío Flavio Josefo (37-100 d.C.). Este autor registra las palabras del rey David a su hijo Salomón de la siguiente forma: “Toma nota de que ya hay reunidos 10.000 talentos de oro y 100.000 talentos de plata” (Antigüedades de los judíos, tomo II, Clie, 1988, p. 59). Era fácil que algún copista añadió uno o dos ceros a la cifra original (cf. estos otros ejemplos: 2 Cró. 13:3, 17 con 17:14-19, cifras que en la obra de Josefo son menores).

(b) Otros pretendidos errores son expuestos con relación a números redondos (cf. Núm. 25:9 con 1 Cor. 10:8). Los enemigos de la Biblia declaran que esta falta evidente de exactitud matemática es una clara muestra de la imperfección de la Biblia. No obstante, aunque los cristianos no debemos ser ciegos a los avances de las ciencias bíblicas, sin embargo, estas aparentes inconsecuencias pueden existir por lo que hemos visto antes. Por otro lado, hay respuestas de autores conservadores que tratan de aclarar este incidente. Por ejemplo, el mencionado Gleason L. Archer sentencia que 1 Corintios 10:8 no se está refiriendo al incidente de Baal-Peor en Números 25:1-8, sino al episodio del becerro de oro en Éxodo 32:28. (Ibíd., p. 141). Es claro que aquí sí pudo haber un error de transcripción. Pero lo glorioso del caso, debo repetirlo, es que tales inconsecuencias no afectan en nada a la sustancia de la fe evangélica. Esto es lo que importa.

(c) Otros críticos levantan una acusación muy ingenua en contra de la doctrina de la inspiración al decir que si esta fuera cierta, la Biblia no presentaría entre sus materiales biográficos relatos tan dispares. Se refieren a la desigual narrativa por ejemplo, de los libros históricos de Reyes y Crónicas. O por otro lado, el caso de los evangelios, cuyo contenido histórico los críticos quieren que sean “fotocopias” para poder aceptarlos como verdaderos. Pero esto es ridículo. Por el contrario, existiría una permanente duda sobre la autenticidad de los evangelios si aquellos fueran fotocopias.

Añado de igual manera que tales tipos de narraciones son más bien una contundente evidencia en contra de la acusación misma. La razón de esto es que los críticos desconocen el principio fundamental de que Dios utilizó diferentes autores con sus propias peculiaridades. El material bíblico presenta una muy nítida y saludable independencia del más variado testimonio de los autores humanos. Y esto es más confiable que lo que los críticos declaran en contra de la doctrina de la inspiración.

(d) Los enemigos de la Palabra de Dios echan en saco roto las evidencias o pruebas confirmatorias de la arqueología. No de la inspiración por supuesto, pues la arqueología no se interesa en la inspiración como tal. Pero aquella ciencia sí ha demostrado que el entorno histórico y geográfico, costumbres, condiciones sociales, políticas y económicas de los tiempos bíblicos, etc., son reales e históricos. De ahí que, quienes siguen afirmando que los primeros once capítulos del Génesis son mitos y leyendas no hacen justicia a la ciencia arqueológica. Asunto igual pasa con los pasajes donde se relatan los milagros de Cristo en el NT. Esto no es correcto, sino prejuicio filosófico racionalista.

Objeción 3: La Biblia tiene errores en algunas narraciones de índole ética y moral.

(a) Se acusa a la Biblia de promover la inmoralidad al registrar los pecados o actos perversos de ciertos personajes. Este razonamiento no percibe que en estos casos lo que sencillamente la inspiración divina efectúa es un registro fiel de lo que es y puede hacer el hombre sin Dios; pero lo curioso y bueno es su honestidad histórica al registrar los pecados de los santos. Véanse estos casos: (Gén. 9:20-27; 19:30-38; 27:19-24; 2 Sam. 11:1-4; Mt. 26:69-75). Nunca la Biblia inculca a sus lectores a que imiten los malos ejemplos y las malas acciones que aquellos pasajes describen. Por el contrario, la Biblia enseña: “Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos” (1 Co. 10:11; cf. Ro. 15:4).

(b) La Biblia también registra algunas acciones que son contrarias a las leyes divinas. Sin embargo, parecen ser excepciones hechas por Dios mismo (véase Ex. 1:15-22). Sobre este ejemplo debemos preguntar: ¿Aprobó Dios la mentira de Sifra y Fuá? Caso

semejante ocurre con Josué 2:1-24, pasaje citado en Hebreos 11:31 donde se alaba el proceder de Rahab la ramera y es tenida en cuenta dentro de la genealogía de nuestro Señor Jesucristo en Mateo 1:5. Lo que pudo ocurrir en estos dos casos es lo que ya sabemos: que cuando una autoridad humana nos pide que violemos la voluntad de Dios quien es la autoridad suprema en el universo, no debemos hacerlo. También podemos ejercer la “desobediencia civil” (véase Hechos 4:19; 5:29).

(c) Las citas de Jueces 4:17-22 y 5:22-27 hablan del festín de Débora y Barac por haber matado a Sisara. Los críticos estiman que los anteriores ejemplos son inconsistentes con la enseñanza moral de las Escrituras. Ahora bien, tales críticas son aparentes porque al examinar con mejor atención el contexto de estos pasajes notaremos que tales discrepancias desaparecen. En el Antiguo Testamento sobresalen ciertos mandamientos y acciones que son sancionados como relativamente justos; por ejemplo, Dios mismo dio leyes sobre los esclavos, la guerra y el divorcio, y no obstante, sabemos que el Señor mismo desaprueba estas cosas. Se trata de normas que no representaban los ideales ético-morales más altos, pero sí eran un paso adelante en comparación con las costumbres de otras naciones donde se daba la crueldad y la barbarie en relación con estas circunstancias. Estos pasajes hay que verlos como expresiones de justicia pertenecientes a una época muy diferente, como partes de un sistema de desarrollo moral progresivo cuya llave y culminación la tenemos en Cristo (Dt. 24:1 cf. con Mt. 5:31, 32; 19:7-9; Ex. 21:24 cf. con Mt. 5:38, 39). En otros términos, necesitamos comprender que la revelación ética-moral del Antiguo Testamento es incompleta, se trata de una revelación progresiva la cual cobija varios aspectos éticos para hacerlos más claros en el Nuevo.

El maestro no puede enseñarle a un niño todo lo que va a necesitar de las matemáticas durante los primeros años del colegio. Sabemos que el aprendizaje debe ser paulatino, y cuando el niño aprende bien una operación, entonces se pasa a lo más complejo. Las matemáticas y el cálculo son para etapas más avanzadas en el desarrollo mental del niño. [Un análisis más satisfactorio de estos asuntos los encuentra el lector en las siguientes obras, algunas ya mencionadas: *La llave del problema*, Harry Rimmer (Tell); *Enciclopedia explicativa de dificultades bíblicas*, Samuel Vila (Clie); *La religión al alcance del pueblo*, Samuel Vila (Clie) y *Encyclopedia of Bible Difficulties* de G. L. Archer (Zondervan)].

Todavía más, estas acusaciones se resuelven cuando contemplamos la justa soberanía de Dios en todos los asuntos humanos. “Él tiene derecho de hacer lo que quiera con lo que es suyo” y castigar a los transgresores cuando y como quiera. Las admoniciones de los jueces, reyes, profetas y otros personajes, con frecuencia fueron sus instrumentos para llevar a cabo distintas amonestaciones y ejecuciones de su justicia (Sal. 137:9, cf. Is. 13:16-18 y Jer. 50:16, 29). Muchas de estas citas no expresan la ebullición caprichosa

de la ira de Dios, sino la justa indignación de Su ira en contra de sus enemigos por sus pecados.

Objeción 4: La Biblia tiene errores en sus formas de razonamiento

(a) De manera general, esta acusación se presenta bajo el argumento de que la Biblia no mantiene una secuencia de unidades narrativas completas o que su lenguaje no es del todo claro, por lo que se presta a error. Por ejemplo, los críticos afirman que Mateo 22:32 presenta un error de razonamiento. La idea es esta: el argumento de Cristo acerca de la resurrección se deduce del caso de que Dios es el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, y declara que están vivos. Los críticos argumentan que a un hombre solo se le puede llamar un ser vivo cuando está en posesión de un cuerpo. Por tal razón, no hay manera para decir que los tres patriarcas están vivos si se declara que viven espiritualmente. Este razonamiento pretende decir que la inspiración es falsa. Sin embargo, los críticos liberales están muy lejos de interpretar correctamente la naturaleza de este pasaje y de otros. La elemental razón para afirmar esto se debe a que siguen una lógica filosófica antes que exegética y teológica. Todo se reduce a que muchos críticos no creen en la supervivencia del alma después de la muerte. En otras palabras en el sobrenaturalismo de la Biblia.

(b) Hay otra respuesta para responder a esta objeción. La inspiración de las Escrituras adopta el método judío de razonar. Y esto no quiere decir que exista error de razonamiento por parte de los escritores bíblicos. Por doquier vemos que la inspiración se ocupa de los diferentes métodos del razonar judío en distintos casos particulares.

(c) También se ha argumentado que la enseñanza de los apóstoles y de otros autores sagrados estuvo manchada por los erróneos métodos de los rabinos judíos. Esto es fácil de contradecir y probar que tal idea es falsa. La razón es que la inspiración hace uso de los diferentes géneros literarios. Tenemos parábolas, símiles, sinécdoques, metáforas, etc., y con esto la inspiración permite que la expresión de la verdad revelada se dé a través de variadas fuentes o canales literarios. A las diferentes figuras del lenguaje no se les pueden denominar “errores de los rabinos”. Hacerlo, sería acusar a Cristo de error, pues notamos que hizo abundante uso de las parábolas. No podemos atribuir falsedad a Cristo, ¡el mayor y más grande Maestro de la verdad, porque Él mismo es la verdad! Según los críticos, los versículos siguientes serían dos ejemplos de una manera incorrecta de razonamiento bíblico: (Gál. 3:20; Heb. 7:9, 10).

Objeción 5: La Biblia comete errores al citar e interpretar el Antiguo Testamento.

(a) Por ejemplo, los críticos argumentan que en Efesios 5:14 Pablo está citando a Isaías 60:1 y que aquí es correcta la inspiración. Pero en Efesios 4:8 Pablo cita el Salmo 68:18. Y allí, —dicen— la cita cuadra con el sentido, pero no con las palabras textuales del Salmo.

(b) En opinión de algunos, otra aparente inconsecuencia es la cita de Génesis 47:31 donde dice que “Israel se inclinó sobre la cabecera de la cama”. En contraste con las palabras de Hebreos 11:21 los términos varían al decir: “y Jacob (Israel) adoró apoyado sobre el extremo de su bordón”. El asunto que se alega aquí es que las citas no concuerdan. Los críticos asumen que si los autores de la Biblia fueron inspirados no cometerían tales inconsecuencias. Junto con Calvino respondemos que en estos casos, “los autores de la Biblia estaban más interesados en la substancia de la verdad antes que en la forma, en el espíritu, antes que en la letra” (Institución, I, vi). Asimismo añadido que la inspiración no estorba las libres paráfrasis de las citas del AT por parte de los apóstoles.

Objeción 6: La Biblia tiene errores en materias de profecía.

(a) Se dice que los materiales proféticos de la Biblia son narraciones que a menudo no tienen cumplimiento; que varias profecías siguen sin cumplirse y que ningún lector de la Biblia sabe si aquellas son ciertas. Algunos que siguen una interpretación preterista (pasada) del Apocalipsis sostienen que toda la profecía bíblica o está cumplida o ha fallado en cumplirse.

(b) Otros opinan que los profetas usaron sus propias conjeturas personales para hablar de los temas nacionales que correspondían a Israel. El argumento presentado es como sigue: según el apóstol Pedro, en su primera carta 1:11, 12 declara que “el Espíritu de Cristo que estaba en ellos” era el que guiaba la profecía y la estaba administrando para los creyentes. Pero, al parecer el apóstol Pablo se quedó esperando la vuelta o regreso de Cristo que con tanto deseo anhelaba, y se cita 2 Cor. 5:4; 1 Tes. 4:15-18. También nos hablan de los pasajes conocidos como “pasajes de inminencia” del regreso de Cristo (véase Mt. 10:23; 16:28; Mc. 9:1; 13:30; Lc. 9:27). Lo que quieren decir es que los primeros cristianos murieron en una total frustración al ver que Cristo nunca regresó. ¡Ya van dos mil años y no aparece por ninguna parte! Esta objeción está muy lejos de comprender la naturaleza correcta de la profecía. En el pasado siglo XX, el erudito británico C. H. Dodd ha vuelto a reavivarla dando por sentado que existen fallos en la interpretación profética de los autores sagrados. Todavía son muchos los que siguen esta interpretación. Para una ampliación efectiva de esta objeción véase a Antonio A. Hoekema (*La Biblia y el Futuro*, cap. 10. Editorial SLC).

(c) Los críticos argumentan estas cosas debido a que sus premisas basadas en la filosofía racionalista les impiden creer en el sistema de la profecía de las Escrituras. Tienden a pensar que lo que la Biblia denomina profecía se refiere más bien a un lenguaje altamente figurado que nada tiene que ver con la realidad. Aunque la profecía vatídica (predictiva) es simbólica, no por ello deja de tener cumplimiento histórico. Ya analizamos el caso de los capítulos 9:1-7; 52-61 de Isaías los cuales encuentran fiel cumplimiento histórico en la persona del Mesías. No sin citar a los otros profetas que predecían con lujo de detalles la venida del Cristo. A pesar de todo esto, los críticos despachan las narraciones proféticas diciendo que se trata de interpolaciones tardías o añadiduras que se le hicieron al texto sagrado. La intención es clara, no aceptar de ningún modo que existe el tipo y el antitipo profético en la Biblia.

Objeción 7: Ciertos libros de la Biblia son indignos de la inspiración y de la canonicidad.

(a) Esta acusación es presentada sin éxito alguno. Quienes dicen esto no han entendido el significado de lo que en teología denominamos la unidad de la Biblia o la estrecha relación que cada libro de la Escritura guarda con los demás. Dicha relación se observa en cuanto al contenido de cada libro así como de sus puntos de vista doctrinales. Lo anterior nos permite hablar de la uniformidad de tema, el cual, según vimos es la redención. El problema con los críticos es que no toman en cuenta esto, pero tampoco lo que conocemos como “revelación progresiva” de Dios. Estos dos factores son sumamente importantes para no errar.

(b) Esta objeción se repite bastante en la teología contemporánea por la influencia de las modas filosóficas del siglo pasado en nuestro agónico siglo XX. Estudiamos antes lo concerniente a las Falsas Teorías de la Inspiración. (Particularmente aquí viene al caso las teorías de la inspiración parcial y la ocasional). Muchos críticos, haciendo gala de estas teorías rechazan secciones enteras del libro de los Jueces, Ester, Job, Cantares, Eclesiastés y el libro de Jonás; así como algunas porciones del Pentateuco donde Dios ordena la destrucción de los cananeos.

(c) Algo similar ocurrió en el siglo XVI con el reformador Martín Lutero (1486-1546) pero por causas muy diferentes. Llevado por el celo de la doctrina de la justificación por la sola fe y sumando las circunstancias de la época, el reformador rechazó algunos libros de la Biblia. Él creyó que la carta de Santiago era indigna de la inspiración y de ocupar un lugar en el canon sagrado debido a que allí Santiago habla de la justificación de Abraham también por las obras (Sgo. 2:20, 21). En algún sentido que no comprendemos, Lutero encuentra que el tema de la carta de Santiago está en contra de las enseñanzas paulinas. Opta por decir que aquella carta es “una epístola de paja”. El reformador

también dudó de los evangelios de Marcos y Lucas; en su opinión, no fueron directamente compuestos por los apóstoles. De igual forma rechazó la autoridad canónica de la carta a los Hebreos, Judas, 2 de Pedro y el libro del Apocalipsis. Los historiadores de la iglesia mencionan que Lutero escribió un prefacio al Nuevo Testamento (edición de 1522) donde da una lista de los libros que él consideró los principales libros del NT. Pese a todo, la iglesia cristiana siempre ha considerado esta equivocación de Lutero con benevolencia y comprensión. Los tiempos no eran nada fáciles para la empresa del puro evangelio de nuestro Señor Jesucristo. Y, aún así, estimamos que tal falla no empaña la magna obra de quien fijó de una vez y para siempre, el dogma bíblico de la justificación por la sola fe.

(d) Me adelanto aquí al tema del canon de la Biblia para responder a esta objeción. Es necesario argumentar desde dos frentes: primero, en el Concilio de Cartago (397 d. C.) ya se había fijado el canon del NT; el testimonio histórico es que tales libros siempre han resultado beneficiosos para la Iglesia de todos los siglos. En segundo lugar, la experiencia cristiana histórica también testifica del valor de cada uno de aquellos libros; aún los rechazados por Lutero. El rechazo liberal de ciertos libros y porciones del AT se efectúa por motivos indignos. Uno de ellos es la imposición de una determinada escuela filosófica o ética al contenido de la Biblia. Conclusivamente debo decir que estos dos consensos siempre han estado por encima de toda crítica destructiva ya sea en contra del canon o de la doctrina de la inspiración plenaria y verbal de las Escrituras. Estos deben tomarse en cuenta antes de rechazar algún libro o partes de las Sagradas Escrituras.

Objeción 8: Existen porciones de la Biblia escritas por otros autores y no a quienes les son atribuidos.

Esta objeción se basa en un malentendido. No entiende lo que es la naturaleza y el propósito de la inspiración. Su refutación es como sigue:

(a) En los casos de los libros compuestos a partir de materiales preexistentes, hemos dicho antes que la inspiración simplemente guía a los compiladores en la selección de lo adecuado o lo inadecuado del material. Estas compilaciones dirigidas por el Espíritu Santo nunca impugnan su valor como registros fieles de la divina revelación.

(b) En los casos donde se registra la muerte de algún personaje bíblico, desde luego que fue obra de otro autor. Por ejemplo, es obvio que el capítulo 34 de Deuteronomio no lo pudo haber escrito el mismo Moisés. Es posible que haya sido obra de Josué su sucesor, u otro. Y esto no desdice que Moisés sea reconocido como el autor del Pentateuco. Por lo mismo y tanto, cosa igual ocurre con los versículos 29-33 del capítulo

24 de Josué. Este último no pudo haber escrito el relato de su propia muerte. Asunto semejante ocurre con el relato de la muerte de los reyes de Israel. Pero repito, tales añadiduras al igual que los originales fueron guiadas por la inspiración. En esta forma no hay contradicción y la objeción queda sin base.

(c) Algunos críticos textuales opinan que hay pasajes que son interpolaciones hechas intencionalmente por algún copista. Por ejemplo, Mc. 16:9-20; Jn. 5:3, 4; 1 Jn. 5:6-8, etc. En cuanto a esto, ya ha existido bastante discusión, por lo que debido al espacio y propósito de este libro nos reservamos en profundizar. Según algunos especialistas, los manuscritos o Códices griegos como el sinaítico y el Vaticano, considerados como los más antiguos por algunos, no contienen los versículos 9-20 del último capítulo del Evangelio de Marcos. De este modo, algunos pasajes están en entredicho y han sido catalogados como “espurios”. Y la discusión sigue en pie. Es deseable entonces decir una palabra de advertencia: aunque tales versículos fueran añadiduras, de igual manera no afectan para nada la esencia de la fe Cristiana. Aconsejo al amable lector a que estudie otras obras especializadas que se encargan de tratar la cuestión con mayor satisfacción (cf. p. ej. *La Crítica del Nuevo Testamento* por George E. Ladd, CBP, *El Nuevo Testamento ante la Crítica*, H. E. Dana, (CBP), *El Evangelio según San Marcos*, por Guillermo Hendriksen (Grand Rapids, MI, 1987), pp. 688-693.

Objeción 9: La Biblia contiene narraciones que pertenecen al género de la ficción.

(a) La Biblia describe toda suerte de experiencias humanas. Y la inspiración las contempla no como modelos que deben ser imitados. Son por cierto varias clases de ilustraciones acerca de las dudas, las dificultades y las necesidades del alma humana por causa del pecado. En tal sentido, lo que hace la inspiración es testificar de los diferentes hechos, expresiones y modos de pensar de ciertos hombres cuyas acciones morales a veces son malas y a veces buenas. Cuando la Biblia registra hechos tales como el pecado de incesto de las hijas de Lot (Gén. 19:31-38), el pecado del levita y su concubina (Jue. 19-20), etc., de ningún modo está diciendo que los autores o compiladores de estos relatos se equivocaron, y que en tal sentido no fueron inspirados. Por el contrario, lo que la inspiración hace en estos casos es una descripción mental y objetiva de aquellos terribles hechos tal como acontecieron en la concreta realidad histórica.

Lo que el Espíritu Santo pretende mostrar es la realidad del pecado en la humanidad y la necesidad de su curación. En otro particular, nos presenta una enseñanza directa o indirecta de importantes lecciones morales que la humanidad debe aprender para no repetirlas debido a la falta de fe en Dios. Estos pasajes no son ficción. Los críticos se imaginan la inspiración de la Biblia de otra manera. En otros términos, no les gusta la forma como Dios hace las cosas por no dejar de adorar a la diosa razón humana.

(b) Los que varias veces han leído la Biblia notarán que en muchas ocasiones los autores sagrados colocan verdades morales en forma parabólica o utilizan el género dramático. Pero, no por esto las narraciones dejan de ser historia verdadera. Por ejemplo, las afirmaciones de Satanás y de los hombres impíos han sido puestas por la inspiración divina con algunos fines: por un lado, garantizar y enmarcar aquellos dichos dentro de la historia como algo verdadero; por otro lado, quiere convencernos acerca del valor y la importancia de la instrucción de Dios por medio de su Palabra.

(c) Es debido a las anteriores consideraciones que algunos críticos (sobre todo, liberales) gustan despachar los libros de Job y Eclesiastés como narraciones inventadas para alimentar la ficción. Esto no es cierto. En cuanto a Job, en otros lugares de la Biblia encontramos que se trata de un personaje histórico (Ez. 14:14; Sgo. 5:11). El libro de Eclesiastés es el registro de la batalla espiritual de un hombre que trata de encontrarle sentido a la vida, pero sin Dios. El autor de Eclesiastés tuvo como propósito dejar en claro un específico mensaje: quiere que todo lector comprenda que esta vida resulta una “completa vanidad” así se vivan 15, 20, 40, 60 u 80 años sin Dios. Tradicionalmente la paternidad literaria de este libro se ha atribuido al rey Salomón hijo de David. Es muy probable que como dicen algunos críticos, Eclesiastés es una confesión del arrepentimiento de Salomón por su apostasía contra Dios (cf. 1 Re. 11:1-13).

Objeción 10: La Biblia misma reconoce la no inspiración de sus propios autores secundarios.

Esta objeción pretende basarse en una mala interpretación de dos pasajes en particular:

(a) Hechos 23:5: “No sabía hermanos, que era el sumo sacerdote”. Varios críticos afirman que si el apóstol Pablo hubiera sido inspirado por el Espíritu Santo aquí no hubiera dicho “no sabía”. Si hubiese sido lo contrario, no se habría equivocado cuando increpó a la autoridad religiosa judía. Se arguye que aquí Pablo confiesa ignorancia y falibilidad. La crítica racional no entiende que aquí el apóstol está utilizando una ironía donde pone al descubierto lo indigno del proceder de las autoridades judías. En otras palabras, parafraseando el pasaje sería algo así como “yo no reconocería a tal hombre como un sumo sacerdote”.

(b) 1 Co. 7:10, 12: “Mando no yo, sino el Señor”; “Y a los demás yo digo, no el Señor”. Se dice también que este es un ejemplo más de la no-inspiración de los apóstoles. Se arguye que en estos versículos existe una clara contradicción de índole lingüística que afecta la recta comprensión espiritual y moral de los destinatarios de la carta. Ahora bien, en cuanto a este asunto, el contraste que notamos en las declaraciones

del apóstol en estos dos versículos no es entre un apóstol inspirado y otro no inspirado. Los críticos no entienden que el contraste señala aquí más bien a las palabras del apóstol y a las palabras de Jesús con relación al tema del matrimonio y el divorcio (Mt. 5:32; 19:3-10; Lc. 16:18). Otra paráfrasis libre podría ser: “en relación con estos asuntos, ningún expreso mandamiento fue dado por nuestro Señor antes de su ascensión. En cambio, como alguien inspirado por Cristo, doy mi parecer o mandamiento”. De esta manera, podemos ver cuán vanas y fútiles han sido las objeciones de los críticos. Nunca han tenido éxito. Todo lo que se ha dicho no es más que teorías equivocadas que han caído de su propio peso. “Sécase la hierba, marchítase la flor; mas la palabra del Dios nuestro permanece para siempre” (Is. 40:8).

Cuarta Parte



- I. Canon y canonicidad de las Sagradas Escrituras**
- II. Formación del canon del Antiguo Testamento**
- III. Dudas sobre la canonicidad de algunos libros del Antiguo Testamento**
- IV. Libros apócrifos del Antiguo Testamento**
- V. Literatura del Nuevo Testamento**
- VI. Formación del canon del Nuevo Testamento**
- VII. Pruebas para el canon del Nuevo Testamento**



CANON Y CANONICIDAD DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS

La historia del canon es la que estudia el proceso y la manera como los diversos libros de la Biblia fueron reunidos o coleccionados. Trata asimismo con el transcurso de cómo llegaron a ser reconocidos como Palabra de Dios, o qué fue lo que demostró que eran libros autoritativos por ser divinamente inspirados.

I. Significado general del término "Canon"

Los eruditos reconocen que el término tiene un origen cristiano antes que judío. “Canon” quiere decir: (1) Un cetro o cayado, una vara recta. En este caso, la Biblia habla del cetro o cayado como símbolo de gobierno. El significado bíblico consiste en mantener las cosas en orden por medio de este símbolo (cf. Gn. 32:10; 49:10; Ex. 4:2, 3; Sal. 23:4; He. 1:8). (2) Una regla de medir como la medida métrica actual que usan los carpinteros. (3) Metafóricamente significa cualquier cosa que sirve para regular o determinar otras cosas, “una regla”. (4) Una norma que sirve para valorar o examinar reglas de conducta dentro de la ética moral, el arte, la música, o las normas gramaticales, etc. (5) Regla o norma de conducta, vida, acción o juicio. (6) Delimitación o línea que señala un límite.

II. El uso bíblico del término “Canon”

El término griego *kanon* ocurre 5 veces en el NT. Significa: (1) Aquello que sirve para medir como una regla o caña de medir. De esta manera, se utiliza en Gál. 6:16; Fil. 3:16. (2) Lo que sirve para medir o fijar el límite o cantidad de alguna cosa (cf. 2 Co. 10:13-16).

III. El significado de “Canon” aplicado a las Escrituras

La evolución del término “Canon” hasta llegar a ser aplicado a la Biblia, significa: (1) Medida o regla de prueba o norma crítica a través de la cual cada libro de la Biblia debió ser probado antes de ser aceptado como una parte de las Sagradas Escrituras. Los

libros que reunieron las normas fueron admitidos; y los que no, fueron rechazados. (2) Es el nombre dado a la colección de libros los cuales, al llenar los requisitos básicos se convirtieron en regla de fe y práctica de la Primitiva Iglesia Cristiana. El término “canon” fue aplicado a la Biblia por primera vez en el siglo IV d. C. por Atanasio (296-373 d. C.), uno de los padres de la Iglesia alejandrina.

IV. El “Sagrado Canon” de la Biblia

Este es el nombre dado a aquellos libros auténticos, genuinos e inspirados los cuales tomaron forma de “Sagrada Escritura”. Cada libro de este “Sagrado Canon” fue considerado canónico. Cuando el contenido de un libro o manuscrito estaba de acuerdo con las normas o reglas, podía ser añadido dentro del canon.

A. Cuándo un libro no es canónico: Cuando su contenido no llenaba las normas o reglas tenidas en cuenta por la Iglesia del Antiguo y Nuevo Testamento. Por ejemplo, 1 y 2 de Macabeos, la epístola de Bernabé, etc.

B. Canonicidad: Llamase así al estado o cualidad de un libro que llegó a ser canónico. Primariamente, canonicidad se refiere a un libro en singular; y “canon” a la colección de los libros.

C. Canonicidad de las Sagradas Escrituras. Desde un punto de vista amplio, se denominan así al derecho que tienen los libros sagrados de considerarse canónicos y autoritativos por el solo hecho de ser canónicos. Libro por libro fue probado según las normas requeridas. Si un determinado libro poseía autoridad divina, si contenía los preceptos o reglas de fe y práctica, normas morales y deberes religiosos divinos, era canónico. Desde el puro principio de la revelación de Dios ya sea oral o escrita, las sentencias divinas estuvieron conformadas de manera normativa. De ahí que, gran parte de la Biblia sigue siendo normativa para el hombre del siglo XX.

V. Las reglas o pruebas de la canonicidad

Para que un libro pudiera ser reconocido como canónico, como digno de ocupar un lugar en el sagrado canon, cuatro pruebas fueron aplicadas:

A. Inspiración o autoridad divina. ¿Es inspirado? ¿Fue dado por Dios por medio del Espíritu Santo a través de un hombre de Dios; o vino solo como producto de hombre?

B. Autoridad humana. ¿Fue escrito, respaldado o garantizado por un profeta o un apóstol?

C. Genuinidad (legitimidad). La genuinidad busca establecer el tiempo pasado (época histórica) del autor de quien se dice fue quien lo escribió. Por lo tanto, cuando se preguntaba: ¿es genuino, es verdadero? se quería establecer de igual manera la paternidad literaria. En caso de que el autor no pudiera ser positivamente identificado, la inquietud surgía así: ¿puede demostrarse que el libro contiene la misma materia en cada punto esencial de su narrativa como cuando fue escrito?

D. Autenticidad (veracidad). ¿Es auténtico? ¿Es cierto? ¿Es un registro de hechos fidedignos reales?

E. Testimonio. En tiempos modernos los eruditos bíblicos han añadido otra prueba relacionada con los siguientes aspectos: (1) El testimonio del pueblo judío, (2) el testimonio de la subsiguiente Iglesia cristiana, (3) la Iglesia de los Concilios (Católica Antigua) y (4) las antiguas versiones de la Biblia. Cada uno de estos aspectos ha sido examinado rigurosamente. Las dos primeras tratan con la autoridad divina (paternidad literaria y sanción eclesiástica). Las dos últimas con el reconocimiento del canon. En opinión de algunos, los puntos anteriores fueron los suficientemente fuertes como para establecer la cuestión de la autoridad y la canonicidad. Si un libro era inspirado por Dios, debería ser genuino y auténtico. ¡Dios no inspira engaños ni falsedades!

VI. Las bases para el canon

Se tuvieron en cuenta las siguientes bases para llevar a cabo la colección de libros que formaron el sagrado canon: (1) Libros individuales de entre los cuales poder hacer la selección. (2) Libros que poseyeran un contenido común, es decir, aquellos libros que presentaran desarmonía histórica y doctrinal no podrían conformar el canon. (3) Uniformidad teológica-religiosa. Dos o más sistemas religiosos no podían ser enseñados en el canon sagrado. (4) Una nación o pueblo unido por un lenguaje común, religión, instituciones sociales y políticas. (5) Una sola literatura sagrada nacional. (6) Un sistema de fe y prácticas nacionales. (7) Un lenguaje común. (8) El arte y la práctica de escribir. Israel siempre fue un pueblo de vocación literaria. Críticos como Wellhausen afirmaban que la escritura no se conocía en el tiempo de Moisés. Hoy sabemos cuán nefasto fue el prejuicio del crítico alemán en contra del sobrenaturalismo de la Biblia. El asunto es que siglos antes de que el patriarca Abraham abandonara Ur de Caldea (Gn. 11:31), el arte de escribir era practicado en la antigua babilonia y en Egipto según demostración de la arqueología. No se puede negar que en la época de Moisés abundaban las bibliotecas y había mucho aprendizaje (cf. Ex. 17:14; 24:4; Nm. 33:2; Dt. 31:9, 24).

VII. La necesidad de un canon para las Sagradas Escrituras

Los eruditos nos dicen que históricamente la iglesia de todos los siglos tuvo en cuenta los siguientes parámetros:

A. El pueblo creyente necesitaba tener una medida cabal de la revelación de Dios. Recordemos que las Escrituras tienen un solo tema: la redención. Un solo autor primario, el Espíritu Santo, un solo contenido, la salvación.

B. El pueblo de Dios necesitaba tener la Palabra de Dios por escrito. En el antiguo pacto y bajo aquellas estipulaciones, al pueblo le era relativamente fácil discernir cuándo un escrito era o no era inspirado. Es decir, cuando provenía de uno de los reconocidos portavoces de Dios. Luego de la muerte de los profetas y apóstoles la inspiración cesó, por lo que fue indispensable la colección y preservación de los escritos inspirados.

C. Los manuscritos inspirados debían ser preservados de la destrucción y la corrupción. Esto fue necesario especialmente durante los días de las persecuciones contra los cristianos. Por ejemplo, en el año 302 d. C., el emperador Dioclesiano ordenó que todos los libros sagrados del cristianismo fueran quemados. Se hizo necesario entonces para los cristianos que los libros inspirados fueran defendidos y preservados.

D. El pueblo del Señor necesitaba conocer cuáles eran los límites de los escritos inspirados. Circulaba una gran masa de documentos y de literatura espuria en los tiempos del Antiguo y Nuevo Testamento. Aquella literatura también demandaba el derecho de figurar en el canon. Esto era razón suficiente para definir qué libros eran canónicos. En el año 330 d.C., Constantino, primer emperador “cristiano”, ordenó preparar 50 copias de la Biblia para ser usadas en las iglesias de Constantinopla. Por todo lo anterior surgía un gran interrogante: ¿Qué escritos eran o no eran inspirados?

VIII. La canonización definitiva

Para canonizar un libro debía incluir lo siguiente: (1) El reconocimiento de que su enseñanza era única, indisputable en el sentido teológico-divino. (2) Consecuente atribución y visto bueno de un libro por parte de las autoridades religiosas, comunidad o líderes. Esto no significa que fue la iglesia la que decretó qué libros eran o no eran canónicos. Esta es la posición de la Iglesia Católica Romana. Aquí hay una sutileza que es preciso discernir. El argumento a la luz de la historia debe ser formulado de manera diferente. José Grau correctamente escribe lo siguiente: “La esencia del canon, su significado teológico, estriba en que no solo cualitativamente, sino cuantitativamente, es el producto, no de las decisiones eclesiásticas, sino de las presuposiciones básicas de la fe de la Iglesia. Estamos, pues, de acuerdo con los que afirman que la Iglesia no estableció el canon, sino el canon a la Iglesia” (El Fundamento Apostólico, EEE, p. 142). Por otra parte, Charles Hodge nos dice: “¿Qué libros fueron autorizados a ocupar un lugar dentro del canon? Los romanistas responden esta cuestión diciendo que todos aquellos que la Iglesia ha decidido que son divinos en su origen y no otros deben ser

recibidos. Los protestantes por su parte declaran que aquellos libros y solamente aquellos que Cristo y sus apóstoles reconocieron como Palabra escrita de Dios deben ser considerados como canónicos” (Systematic Theology, Vol. I, p. 152).

FORMACIÓN DEL CANON DEL ANTIGUO TESTAMENTO

I. Prehistoria del Canon y Tradición Oral

En la historia de la formación y colección de los libros de la Biblia, en este caso del Antiguo Testamento, existen unos comienzos muy claros a partir de la tradición oral y los recursos literarios. Por ejemplo, al hablar del libro del Génesis estamos hablando de narraciones mucho más primitivas y antiguas que se fueron formando a medida que Dios se iba revelando a los distintos personajes bíblicos. Lo que Moisés describe en este libro son acontecimientos que ocurrieron mucho antes del tiempo del legislador hebreo. Y no por el hecho de que no sepamos la fecha de los tiempos de Adán y Eva o de Noé por ejemplo, no significa que estos acontecimientos no sean históricos. Las diferentes escuelas que interpretan el contenido de esta historia sagrada y aún los mismos enemigos de la Biblia, están dispuestos a aceptar que los temas que van desde Adán hasta Moisés deben ser considerados como narraciones familiares que pasaban de padre a hijo. Esto está demostrado a partir de la evidencia arqueológica. Quienes se han dedicado a esta ciencia nos cuentan que los diferentes tipos de tradición oral o escrita, era asunto que ya se daba en las naciones más civilizadas del mundo antiguo. En relación con lo anterior, eruditos conservadores como Oswald T. Allis, E. J. Young, John Brighth, D. Kidner, R. K. Harrison, etc., hablan de lo inaceptable que resulta el punto de vista liberal de que los hebreos tomaron su narración de la literatura pagana, por ejemplo, de los relatos asirio-babilónicos. Los mencionados eruditos sostienen que, “más atrayente es la postura de que los relatos vinieron de un origen común...”.

Basados en la prueba de que Mesopotamia fue el hogar común de los hebreos hacemos las siguientes preguntas: ¿No preservó el pueblo de Israel todo lo relacionado con relatos escritos de la caída de Adán y Eva en el pecado, el diluvio universal y la torre de Babel? ¿Las copias de las antiguas tradiciones sobre la creación, el paraíso y las narraciones de las familias patriarcales no fueron guardadas celosamente? ¿Acaso no existió siempre la simiente de Cristo la cual, en aquellos tiempos también formó parte

de los pueblos mesopotámicos? ¿Puede dudarse de que al emigrar de allí el pueblo de Dios no llevó consigo dichos registros? La tradición oral constituyó pues el hilo permanente de la trama de la historia sagrada primitiva de la revelación de Dios. Y como asunto singular, dentro del pueblo hebreo se tiene la tradición de que Enoc (Gén. 5:18-24) fue el inventor del arte de escribir.

Existe el ciento por ciento de probabilidad de que por lo menos Abraham recibió de Sem la historia de la creación, de la caída del hombre, del diluvio y de la torre de Babel. Es probable que luego de la caída los relatos que Moisés recopiló en el Génesis fueron pasando de generación en generación, de padres a hijos mediante la misma línea genealógica de Set (Gén. 4:25,26). Con base en la genealogía de Gén. 5:1-32 podemos establecer que Adán fue contemporáneo con Matusalén 243 años, Matusalén con Noé 600 años (muriendo en el año del diluvio) y Noé con Abraham 58 años. De este modo, Abraham recibió las revelaciones sobre el paraíso solo a través de dos transmisiones. Para el tiempo de Moisés ya existían muchas tradiciones o documentos escritos los cuales él tomó y bajo la inspiración del Espíritu Santo pudo recopilar el Génesis.

Con relación a lo anterior, el célebre teólogo norteamericano y presbiteriano Robert L. Dabney (1820-1898) nos hace ver una interesante relación que guarda armonía con lo que aquí manifiesto. Hablando del pacto de la gracia, Dabney sostiene lo siguiente:

“Para apreciar correctamente la cantidad de luz que poseyeron los patriarcas (de los acontecimientos del principio) y aún durante la época mosaica, debemos tener en mente un asunto con frecuencia descuidado: en Adán, como nunca antes, la raza humana disfrutó de una comunicación personal con Dios en la más plena teofanía. Dadas las perfectas facultades de su más perfecta humanidad unida a su longevidad, Adán y otros patriarcas estuvieron admirablemente capacitados para transmitirla”. (Cf. Systematic Theology, The Banner, 1985, p. 445).

II. El principio rector

La Biblia no nos proporciona un material con suficiente información sobre el proceso de la canonización de sus libros. Tampoco nos da completa explicación de la historia de la formación del canon. Esto ha generado varias teorías entre los eruditos especialmente los liberales o modernistas en teología. Vamos a considerarlas, pero también tienen su correspondiente objeción debido a que son falsas.

A. La teoría del aprecio judío por su más antigua literatura sagrada. Algunos críticos mencionan la idea de que el canon del AT es simplemente el apego a la literatura nacional. Los libros fueron altamente apreciados y valorados a causa de su antigüedad.

Objeción: Esta teoría es falsa por lo siguiente: en el AT se mencionan más de 15 libros que existieron posiblemente mucho antes de los libros canónicos, y sin embargo,

estos no fueron incluidos en el canon final. Por ejemplo: (1) El libro de las guerras de Jehová (Nm. 21:14); (2) El libro de Jaser (Jos. 10:13; 2 Sa. 1:18); (3) El libro de los Hechos de Salomón (1 Re. 11:41); (4) La historia de Natán el profeta (1 Cr. 29:29); (5) La historia de Gad el vidente (1 Cr. 29:29); (6) La profecía de Ahías silonita (2 Cr. 9:29); (7) Las visiones de Iddo el vidente (2 Cr. 9:29); (8) El libro del profeta Semaías (2 Cr. 12:15); (9) El libro de las Crónicas de los Reyes de Judá (1 Re. 14:29, se cita 15 veces). Lo que tenemos en el Antiguo Testamento es un proceso de selección en el cual creemos que obró el Espíritu Santo.

B. La teoría de que el canon es un tipo de literatura hebrea que logró sobrevivir. Se dice por parte de otros que el canon del AT es la literatura que sobrevivió con el más antiguo lenguaje hebreo durante tiempos de saqueos y pillaje por parte los pueblos invasores. Estos entonces fueron considerados por los judíos como sagrados y autoritativos.

Objeción: Falso. El canon del AT contiene libros escritos hasta el año 425 a. C. Y el lenguaje hebreo fue todavía usado para escribir aún mucho después de aquella fecha. Esto sería cierto si se aceptara la teoría de algunos críticos que dan por sentado que el canon del AT se cerró entre los años 90-110 d. C.

C. La teoría de que el canon es simplemente una colección escogida de entre los muchos libros judíos. Según esta teoría, el canon es algo así como una especie de *best sellers* judíos. Algo así como los libros más famosos y mejor vendidos en el mundo grecorromano.

D. La teoría de que el canon del AT es únicamente la prueba del lenguaje hebreo. Algunos críticos dicen que los judíos tuvieron siempre en alta estima su lengua, y que no querían que ningún gentil la aprendiera. Por eso formaron el canon del AT.

Objeción: Es erróneo suponer que estos libros son solo una demostración o prueba de la existencia del antiguo lenguaje de los judíos. Hubo muchos apócrifos escritos en hebreo los cuales no fueron incluidos en el canon y que circularon en todo el mundo antiguo.

E. El canon del AT es solo una regla de prueba en relación con la ley de Moisés. El asunto que los proponentes de esta teoría quieren decir es: ¿están de acuerdo con la Torah (Ley) de Moisés?

Objeción: Por un lado, es correcto que un libro que no estuviera en armonía con la Ley de Moisés no podría considerarse canónico. Pero por otro lado, debemos notar que

no todos los libros del AT deben guardar armonía simétrica con el Pentateuco para poder ser auténticos. Tal es el caso de Génesis, Ester, Eclesiastés, etc.

F. Son libros que solo consideran las enseñanzas morales y religiosas de una cultura.

Objeción: Muchos apócrifos hablaban de religión y de moral aún antes de cerrarse el canon y no fueron admitidos. La razón es que los apócrifos inculcan prácticas contrarias a las claras enseñanzas divinas contenidas en los libros canónicos (cf. el libro de Tobías caps. 6 y 7).

III. Verdades básicas tenidas en cuenta para la formación del canon

A. El canon del AT es la revelación de Dios. Los autores de los libros del AT siempre consideraron la actuación divina y sobrenatural en sus vidas y en general para todo el pueblo de Israel. Ellos notaron que Dios hablaba por medio del Espíritu Santo (cf. Nm. 23:5; Dt. 18:18; Is. 16:13; Je. 1:9; 5:14; Ez. 13:2, 3, 6).

B. Dios habló a través de hombres divinamente inspirados. En Su segunda carta a Timoteo 3:15-17 el apóstol Pablo declara los propósitos de la Palabra de Dios. La Biblia no fue inspirada por Dios debido a que los autores secundarios eran útiles, sino que fueron útiles debido a que fueron inspirados (cf. 2P. 1:19-21).

C. El carácter divino de la inspiración fue claramente estampado en cada libro: Esto fue asumido y reconocido por el antiguo pueblo de Dios. Los autores humanos fueron reconocidos como los auténticos voceros o profetas de Dios. Tanto la paternidad divina como la humana prácticamente estuvieron disponibles tan pronto como el libro o escrito era producido.

D. Genuinidad, autenticidad y testimonio. Estas eran las marcas o verificaciones básicas. El canon fue creciendo. Cada libro tenía la estampa o sello de estas pruebas. Cuando los profetas murieron, el próximo paso fue coleccionar los libros en un solo volumen y rechazar aquellos que no tenían estos sellos. De esta forma surgió el Sagrado Canon del Antiguo Testamento. Igual proceso ocurriría con el NT. Todo estuvo controlado bajo la guía soberana de la providencia de Dios.

E. Conclusión. Tenemos entonces que hay tres pasos dentro de la canonización de la Biblia.

(1) Inspiración y autoridad divina.

(2) Reconocimiento humano (en la Iglesia o pueblo del AT) de la inspiración.

(3) La colección de los libros. Estos tres pasos nunca deben confundirse.

IV. El Pentateuco

A. Dios ordena que la Ley sea preservada. Hemos visto que la Biblia misma poco dice sobre la canonización o colección de sus libros. Pero en cambio, si dice lo suficiente sobre la preservación. La idea de preservar los escritos de la Ley que Dios dio a Moisés es de vital importancia (cf. Ex. 24:3, 4; Dt. 31:9-13). Con toda propiedad podemos decir que aquí se encuentran los comienzos del canon del AT (Dt. 31:24-27; Jos. 24:26). Posteriormente, también los profetas se encargaron de escribir los oráculos del Señor (1 Sam. 24:26).

B. Dios y Moisés. El Pentateuco es la Ley de Dios por mediación de Moisés (Ex. 24:3, 4; Lv. 1:1, 2; 4:1, 2; 7:22, 23, 28, 29; 8:36; 12:1, 2; 26:46; Nm. 4:37, 45; 9:23; 10:13; Dt. 1:3-6; 29:1).

C. El testimonio. Dios encargó que las dos tablas de la Ley fueran puestas en el arca del pacto como la más preciosa posesión del pueblo de Israel (Ex. 25:16, 21; 31:18; 40:20; Dt. 10:1-5; 1 R. 8:9). El libro de la Ley o Pentateuco estuvo bajo el cuidado de los levitas. Fue puesto en el mueble más importante del tabernáculo.

D. El libro de la Ley posee autoridad divina. (1) Dios ordenó que se leyera públicamente a todo Israel al final de cada 7 años en la fiesta de los tabernáculos (Dt. 31:10-13). (2) Josué, sucesor de Moisés, debía enseñar todas las cosas contenidas en esta Ley (Jos. 1:7, 8). (3) Los futuros reyes de Israel debían poseer una copia de la Ley, leerla y gobernar al pueblo según su contenido (Dt. 17:14-20).

E. La Ley o Pentateuco hasta el final del AT. La Ley de Dios dada a Moisés fue recomendada por el legislador a su sucesor. “Este libro de la Ley” estuvo en posesión de Josué (1:7,8). Cuando el pueblo entró en Canaán, Josué recibió el encargo de edificar un altar “como está escrito en la Ley de Moisés” (Jos. 8:30-35), y escribió sobre piedras “una copia de la Ley de Moisés”. Del mismo modo, el rey David se deleitó en obedecer esta misma ley. Tradicionalmente se atribuye a David el salmo 119. Allí, la Ley es mencionada 178 veces bajo ocho distintos nombres (cf. Salmos 1 y el 19). De esta manera, dicha Ley se convirtió en la legislación nacional bajo tres modos: ceremonial, judicial y moral. Esto abarca el período de los profetas hasta llegar al período postexílico bajo el liderazgo de Esdras y Nehemías (Esd. 6:18; 7:10; Neh. 1:7, 8; 8:11-8).

F. La Divina Inspiración del Pentateuco. Esta verdad es claramente enseñada en toda la Biblia. Anteriormente notamos esto cuando estudiamos la inspiración en general. El Pentateuco es llamado “Escritura” 32 veces en el Nuevo Testamento. Y todo lo que en los escritos sagrados se denomina Escritura por necesidad es inspirado.

V. Los Profetas y los Escritos

A. Los profetas, autores de los grandes ocho libros histórico-proféticos fueron reconocidos como verdaderos mensajeros de Jehová; eran los voceros directos del Señor. Hablaban al pueblo y a los gobernantes de la nación con verdadera autoridad divina. La desobediencia a los profetas por parte del pueblo era sinónimo de castigo por parte de Dios (cf. Neh. 9:29, 30; Zac. 7:12; 2 Re. 17:13-18; 2 Cr. 36:14-17).

En idéntico sentido, nos damos cuenta de que Jesús colocó los escritos proféticos al nivel de la ley (Mt. 5:17; 7:12; 22:40; Lc. 16:16, 29, 31; 24:27, 44). La ley y los profetas eran leídos en las sinagogas como Palabra autoritativa de Dios (Hch. 13:15). El apóstol Pablo expuso la doctrina del reino de Dios basado en la ley y los profetas (Hch. 28:23). Al decir profetas, estoy hablando de lo que se denomina antiguos profetas de acuerdo con el canon hebreo a saber: Josué, Jueces, los dos libros de Samuel y los dos de Reyes. La paternidad literaria de estos escritos se ha venido investigando y discutiendo por parte de los eruditos. Al parecer no hay unanimidad de criterios al respecto (cf. a Edward J. Young, *Introducción al Antiguo Testamento*, Tell, 1986).

B. Los profetas posteriores. Isaías denomina a sus profecías “las palabras de Jehová” (1:10), o “el libro de Jehová” dado por medio del Espíritu. Estas profecías son puestas dentro de los “escritos sagrados” (Is. 34:16). Y, Jeremías hace lo mismo (cf. 30:2; 36:2, 4, 28, 32; 45:1).

C. Los restantes 12 profetas llamados comúnmente “menores”. Una lectura de estos libros nos permite establecer su evidencia interna. Todos los profetas menores hablan de su propia paternidad literaria. En esto no hay discusión. El Nuevo Testamento los reconoce como “Escritura” 43 veces.

VI. Los Escritos o restantes

Todos estos libros fueron considerados inspirados, canónicos y autoritativos: Salmos, Proverbios, Daniel, Job, Esdras, Nehemías y Crónicas. Para un análisis especializado, remito de nuevo al lector a la obra de E. J. Young.

VII. La Terminación del canon del AT

Existen varias teorías, pero por el momento solo tratamos dos que a continuación examinamos:

A. La teoría liberal. Afirma que hubo tres períodos de canonización. Un primer canon (la ley) fue coleccionado entre los años 444 al 405 a. C. Reconocen la labor de Esdras y Nehemías. Un segundo canon (los profetas) entre el 300 y 200 a. C. El tercer canon (los Escritos) entre los años 160- 105 a. C., pero no fue completado o ratificado, sino hasta los años 90-110 d. C.

B. La teoría de la “Gran Sinagoga”. En el mundo judío existe una antigua tradición según la cual Esdras, el escriba- sacerdote (444 a. C.), coleccionó hasta completar el canon del AT con la ayuda de otros sacerdotes. Dicha tradición se conoce como la Gran Sinagoga.

C. Pruebas para defender la teoría de la “Gran Sinagoga”. La posición de los liberales queda sin ninguna base al analizar la fuerza de las siguientes evidencias históricas:

(1) El exilio babilónico (606-536 a. C.). Una lectura somera de los profetas mayores junto con los libros de Reyes y Crónicas nos permite saber que el exilio babilónico fue un período de castigo divino contra la infiel nación de Judá. La ley de Moisés ya lo advertía, y Dios tuvo que castigar la desobediencia. Luego del exilio vino el período de la reconstrucción de la ciudad de Jerusalén bajo el liderazgo de Zorobabel, Esdras y Nehemías. También ayudaron los denominados profetas de la reconstrucción Hageo, Zacarías y Malaquías. Notemos que en Nehemías 8:8 se menciona el libro de la ley como eje normativo de esta época.

(2) La erudición de Esdras. Fue el líder de la segunda parte del retorno judío. La Biblia misma declara que este escriba era muy “versado en la ley de Dios” (Neh. 8:1.18). En aquellos tiempos los escribas eran jueces, abogados, maestros, escritores y copistas, todo al mismo tiempo. Así es que Esdras estaba preparado para aquella magna obra.

(3) El cierre de los tiempos del AT. Hubo cinco grandes autores inspirados: Esdras, Nehemías, Hageo, Zacarías y Malaquías. Muy bien pudieron estos, junto con el sacerdote Josué (Zac. 3:1) y otras personas como Zorobabel, haber conformado lo que los judíos llaman “la Gran Sinagoga”. No se sabe por cuánto tiempo se extendieron sus trabajos.

(4) Los últimos libros del AT. Existe acuerdo unánime entre los grandes historiadores y biblistas que la producción literaria de fines del AT corresponde entre los años 430 al 424 a. C. Y estas son las fechas que cronológicamente corresponden con el período histórico de los anteriores personajes y la Gran Sinagoga.

(5) Malaquías fue el último profeta. Sobre esto no hay ninguna duda, salvo entre algunas escuelas liberales que no lo creen. La fecha de la profecía de este profeta está ubicada entre los años 433-430 o 425 a. C. Además, los mencionados arriba, en su mayoría fueron contemporáneos. Hay indicios de que Malaquías y Nehemías fueron los que vivieron hasta el final de este período.

(6) La existencia de libros inspirados. Por Daniel 9:2 sabemos que ya existían colecciones de libros o rollos de índole personal o sacerdotal guardados en el templo. En el versículo que nos ocupa, Daniel está leyendo el libro de Jeremías. Seguramente que había otros. Estos libros eran reconocidos por la Iglesia del AT como inspirados, y por lo tanto, tenían autoridad divina. Los judíos tenían la convicción de que con el final de la profecía de Malaquías el Espíritu Santo se había ido. Por lo tanto, hubo necesidad de coleccionar los rollos o libros ya existentes de manera oficial y canónica. Existe la probabilidad de que dicha colección la hubieran efectuado aquellos cinco hombres de la “Gran Sinagoga”.

(7) Flavio Josefo (100 d. C.). En su conocido tratado *Contra Apión* Josefo corrobora estas declaraciones. El historiador judío dice que el canon de la Escritura de los libros *sagrados va* desde Moisés hasta el rey Artajerjes, y que el número de los libros son 22 según la división judía.

(8) La Versión de los Setenta. Es una traducción de todo el AT al griego. Dicha versión se empezó a traducir cerca del año 280 a. C., trabajo que continuó por espacio de cien años hasta el 180 a. C. Esto prueba que los libros del AT ya existían en la misma época en que fueron considerados canónicos.

(9) El prólogo del libro apócrifo *Eclesiástico*. Este documento que figura en las versiones católicas fue escrito en el año 132 d. C. por el rabino Jesús el hijo de Sirac. El documento es muy importante debido a que presta un buen apoyo a la teoría de la Gran Sinagoga. Por otra parte, deshace las pretensiones liberales. La razón central para afirmar esto, se debe a que dos veces menciona el Antiguo Testamento, contenido que presenta la triple división del canon hebreo: la Ley, los Profetas y los Escritos.

(10) La opinión de Jesucristo. Jesús reconoció las Escrituras del AT como la Palabra de Dios mediante su expresión “desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías” (Lc. 11:51 cf. con Mt. 23:36). Con esta expresión Jesús se está refiriendo a los acontecimientos históricos desde Génesis 4:10 hasta 2 Crónicas 24:20-21, último libro del canon hebreo, que de todas maneras corresponde a los acontecimientos del período de los profetas Hageo, Zacarías y Malaquías.



DUDAS SOBRE LA CANONICIDAD DE ALGUNOS LIBROS DEL ANTIGUO TESTAMENTO

Tradicionalmente la bibliología también se ha ocupado de estudiar y establecer lo que pudo haber ocurrido después de la terminación del canon del AT. Posterior al cierre de este canon, hubo entre los judíos ciertas dudas sobre la veracidad de algunos libros que ya habían sido aceptados como canónicos. Existieron serias inquietudes acerca de si todavía debían o no incluirse otros o quitar algunos libros. Estas preocupaciones produjeron lo que se conoce como las cuatro clases de libros postcanónicos.

I. Libros homologoumenos

Este término viene del griego *hornologeo*, confesado, reconocido. Se trata de una lista de libros sobre los cuales nunca hubo dudas de su inspiración y canonicidad. Se trata del reconocimiento de todos los libros del AT a excepción de los cinco siguientes: Cantares, Eclesiastés, Ester, Ezequiel, Proverbios. Pese a esto, fueron retenidos dentro del canon. Estos mismos recibieron el nombre que sigue.

II. Libros antilegomenos

Término que también viene del griego *anti*, contra y *lego*, hablar, o sea, hablar en contra de... Se trata de aquellos libros que fueron puestos en tela de duda una vez que se cerró el canon. La lista comprende los mismos cinco libros que anotamos antes. Hubo algunas razones que se alegaban para rechazar estos libros. Por ejemplo, del Cantar de los Cantares de Salomón, se decía que se trataba de un poema erótico-amoroso indigno de la inspiración. Que el libro de Eclesiastés era un libro que se contradecía en muchas de sus partes, y que prestaba apoyo a las doctrinas de los saduceos. El libro de Ester fue puesto en entredicho por el hecho de que en ninguna parte menciona el nombre de Dios. Del libro de Ezequiel, que su contenido contradecía la ley de Moisés o Pentateuco. Del libro de los Proverbios se decía otro tanto en el sentido de que también se contradecía.

Los ataques se fueron multiplicando, pero a su vez esto mismo hizo que se consolidara el establecimiento fijo del canon aceptado. Nosotros entendemos que estas consideraciones ya no tienen ningún peso en el día de hoy. Realmente no tocan ninguna parte substancial de las grandes pruebas de la canonicidad. Estas controversias se presentaron no porque existieran verdaderas objeciones.

Se trataba más bien de opiniones individuales de algunos rabinos, de dudas personales y de escrúpulos. Con el correr del tiempo, los concilios judíos y cristianos fueron reconociendo la primacía del canon surgido en los días de la Gran Sinagoga. Podemos decir que el Concilio de Jamnia del año 90 d.C. puso fin a todas estas dudas y controversias.

III. Libros Apócrifos

El término “apócrifo” significa “oculto”, “escondido” o “secreto”. Hace referencia a aquellos libros que fueron escritos mucho después de que los libros canónicos fueron escritos. Estos tampoco fueron admitidos en el canon. Podemos decir que nunca fueron arrojados del canon porque jamás estuvieron dentro del canon. La lista y significado que comprende estos libros será examinada más adelante.

IV. Libros pseudoepigráficos

Significa “con título falso, no auténtico”. Se conocen también con el nombre de “apócrifos amplios”, o “literatura apocalíptica”. Pero el término concretamente se refiere a que son escritos falsos o espurios. Tienen la particularidad de que fueron redactados bajo seudónimos. Algunos eruditos afirman que este tipo de literatura se escribió entre el año 200 a. C. hasta el 200 d. C. Son una especie de libros paralelos a los apócrifos. Quienes han estudiado esta materia a profundidad nos dicen que muchos de estos libros gozaban de respeto y aprecio por parte del pueblo de aquellos días. Fueron considerados como obras de muy distinguidos maestros judíos o cristianos. Porque como vemos por las fechas, los hay con seudónimos que pertenecen al Antiguo y NT. Se sabe que fueron escritos en hebreo y arameo. Pero también se consiguen en griego, siríaco, latín, etiópico y eslavónico.

Estos libros nunca fueron aceptados como canónicos por ninguna rama del cristianismo Latino, tampoco por la Oriental. Se reconoce que quienes los escribieron fueron hombres de una gran piedad y de gruesa vena espiritual. Fueron escritos con el propósito de animar al pueblo judío durante los oscuros días en que fueron cruelmente perseguidos por los invasores de turno. Es posible que para motivar y causar un buen impacto entre el pueblo, los autores utilizaron seudónimos con nombres de los antiguos y famosos personajes bíblicos.

Los libros pseudoepigráficos se conocen como dije antes con el nombre de “literatura apocalíptica” debido a que la mayoría pertenecen a este género literario judío. El contenido advierte de profecías, revelaciones, visiones y sueños. Hubo una buena

producción de esta literatura durante el tiempo que duraron las persecuciones de los seléucidas (sucesores del rey griego Seléuco que gobernaron a Siria). Después de la muerte de Alejandro Magno, los judíos fueron oprimidos terriblemente durante mucho tiempo. Uno de los más crueles descendientes de los seléucidas fue Antioco Epífanés (175-164 a. C.). La crueldad de este anticristo del pasado es una de las más proverbiales. Devastó a Jerusalén (168 a. C.), profanó el templo, ofreció un cerdo sobre el altar, levantó un altar a Júpiter, prohibió la adoración en el templo, así mismo la circuncisión so pena de muerte. Su crueldad llegó al colmo de vender como esclavos a miles de familias judías. Destruyó todas las copias de los manuscritos bíblicos que encontró. Forzó a toda la población judía para que renunciara a su propia religión. Se trataba del cumplimiento de la profecía de Daniel 9:27, incidente histórico del cual también Cristo habló (Mateo 24:15).

Aquellos abusos promovieron un fervor patriótico entre la familia de los Macabeos, cuyas hazañas guerreras se convirtieron en las más deslumbrantes del mundo antiguo. Los Macabeos lograron sacudir el yugo de los invasores, y sus valientes guerras se extendieron por un largo período que va desde el año 167 hasta el 63 a. C. En igual sentido, las opresiones romanas y las herodianas también estimularon el nacionalismo judío. Sin duda, estos episodios fueron los que motivaron la producción de la literatura apocalíptica. Si nos preguntamos por el tema básico de estos libros, tratan de la llegada triunfal del reino del Mesías y el milenio. Toda esperanza de liberación del yugo de los extranjeros se centraba en la venida de este Mesías. Esta literatura lo presenta como un guerrero libertador político y militar. También se dan otros temas como la creación, los ángeles, el origen del mal, el destino futuro y las recompensas.

V. Lista de libros pseudoepigráficos

1. Apocalípticos (12 libros): (1) El libro de Enoc; (2) Los Secretos de Enoc; (3) Apocalipsis de Baruc; (4) Las palabras finales de Baruc; (5) La ascensión de Moisés; (6) La revelación de Moisés; (7) La Profecía de Jeremías; (8) La Ascensión de Isaías; (9) Apocalipsis de Elías; (10) El Apocalipsis de Sofonías; (11) Apocalipsis de Esdras; (12) Los Oráculos Sibilinos.

2. Leyendescos (10 libros): (1) El testimonio de Adán; (2) El Libro de los Jubileos o “El pequeño Génesis”; (3) Testamento de Abraham, Isaac y Jacob; (4) el Testimonio de los Doce Patriarcas; (5) La vida de Asenath (esposa de José); (6) El Testamento de Job; (7) El libro de Noé; (8) El libro de las Penitencias de Janes y Jambres.

3. Poéticos (2 libros): (1) La Sabiduría de Salomón (18 salmos en griego); (2) El Libro de las Adiciones a los Salmos.

4. Doctrinales (2 libros): (1) El Libro Mágico de Moisés; (2) La Historia de Acaico a Esahardon, Rey de Persia.



LIBROS APÓCRIFOS DEL ANTIGUO TESTAMENTO

I. El término “apócrifo”

Básicamente significa “oculto”, “escondido”. Son libros escritos por pequeños e internos círculos de gentes pertenecientes algunas veces a sectas heréticas. De ahí que también se les denomine “literatura esotérica”. Eran libros encubiertos conectados con la obscuridad, les cuadra bien el significado de “espurios”, “falsificados” “fraudulentos”, de paternidad y contenido herético. En el siglo IV Jerónimo los denominó “libros no canónicos o no reconocidos”. De aquellos libros se expresó diciendo que “los apócrifos eran libros de autoridad inferior e indignos de la inspiración”.

II. Los apócrifos del AT y la Versión de los Setenta

La versión griega de la Biblia conocida como la Septuaginta así como la versión Vulgata Latina hecha por Jerónimo incluyó los apócrifos. Esto nunca sucedió con la lista de libros del AT o canon hebreo. Hay que aclarar que Jerónimo consideró a los apócrifos como libros no inspirados por Dios. En su tiempo, los padres de la Reforma reaccionaron en contra de la pretendida autoridad y genuinidad de los apócrifos como Palabra de Dios. Y la Contrarreforma se encargó de dar respuesta a los reformadores en el Concilio de Trento (1546) anatematizando a quien no los reconociera como inspirados. Todavía, así se siguen considerando en la Iglesia Católica Romana. Contrario a esta posición, la Iglesia cristiana evangélica actual continúa en las huellas de la Reforma negando la inspiración de estos libros, a los que considera únicamente como literatura religiosa que para nada obliga a la conciencia del cristiano.

Lista de los apócrifos del AT

1. Tercero de Esdras

2. Cuarto de Esdras
3. Tobías
4. Judit
5. El resto del libro de Ester
6. La Sabiduría de Salomón
7. Eclesiástico
8. Baruc el profeta
9. La carta de Jeremías
10. El cántico de los tres jóvenes
11. La historia de Susana
12. Bel y el Dragón
13. La Oración de Manases
14. 1 de Macabeos
15. 2 de Macabeos

De estos 15 libros la Iglesia Católica acepta 11 como canónicos. Pero en las versiones católicas aparecen 7: Tobías, Judit, Sabiduría, Eclesiástico, Baruc, 1 y 2 de Macabeos. Al libro canónico de Ester añade la parte conocida como “El Resto del libro de Ester”. El Cántico de los Tres Jóvenes, Susana, Bel y el Dragón son incorporados dentro del libro canónico de Daniel.

III. Clasificación de los apócrifos

1. Históricos (3 libros): Esdras (es una larga compilación de nuestros dos libros de Crónicas, el verdadero Esdras y Nehemías. Se cree que en esta fuente Flavio Josefo basó gran parte de su historia judía. 1 y 2 de Macabeos.
2. Doctrinales (2 libros): La Sabiduría de Salomón; y Eclesiástico, escrito por Simón el hijo de Sirac.
3. Religiosos (2 libros): Tobías; Judit.
4. Proféticos (3 libros): Baruc; La epístola de Jeremías; 4 de Esdras o Apocalipsis de Esdras.
5. Leyendescos (5 libros): El resto de Ester; el cántico de los tres jóvenes; La historia de Susana; Bel y el Dragón y la oración de Manasés.

Los autores de estos libros son virtualmente desconocidos excepto el del libro del Eclesiástico y los dos de Macabeos. Los autores de los dos últimos fueron la conocida familia de los Macabeos: Judas, Jonatán, Simón, Juan Hircano, Aristóbulo, Alexander, etc.

IV. Valor y relativa importancia de estos libros

Es importante comprender que ninguno de estos libros reclama ni inspiración ni autoridad divina. Como un cuerpo de literatura emanada del antiguo pueblo de Dios son importantes para examinar el pensamiento religioso judío una vez que la revelación y la inspiración habían cesado. Del mismo modo, nos permite analizar lo que pudo haber ocurrido en el denominado período intertestamentario. En este sentido, los dos libros de los Macabeos son útiles documentos históricos. Los apócrifos proveen valiosa información respecto del judaísmo posterior a Esdras y Nehemías. En algunos pasajes se pueden observar las condiciones sociales, políticas, económicas y filosóficas, etc. La esperanza mesiánica, el afianzamiento del monoteísmo son notas muy distintivas de la antigua fe judía. Sobresale igualmente el aborrecimiento del paganismo idolátrico, la fe en la resurrección, la gloria del mundo venidero, el juicio final de recompensas y castigos permanecen en las enseñanzas generales de estos libros. Arrojan buena luz sobre las inmediatas condiciones de los tiempos del NT. No vemos que ningún autor inspirado del NT citara los apócrifos como literatura revelada por el Espíritu Santo. Sin embargo, algunos eruditos son de la opinión de que el apóstol Pablo se refiere a los héroes Macabeos en Hebreos 11:34-38.

V. El Concilio de Trento y los Apócrifos

El teólogo católico Enrique Denzinger nos presenta las principales sesiones de este famoso Concilio. La sesión IV tuvo lugar el 8 de abril de 1546. El tema tratado en aquella ocasión fue la “Aceptación de los Libros Sagrados y las Tradiciones de los Apóstoles”. Después que Denzinger cita la lista de todos los libros de la Biblia incluyendo por supuesto los apócrifos, resume así la declaración final del Concilio:

“Si alguno no recibiere como sagrados y canónicos los libros mismos íntegros con todas sus partes, tal como se han acostumbrado a leer en la Iglesia Católica y se contienen en la antigua edición Vulgata Latina, y despreciare a ciencia y a conciencia las tradiciones predichas, sea anatema” (El Magisterio de la Iglesia, Herder, Barcelona, 1963, Concilio de Trento, 783,784).

La Iglesia Católica no ha cambiado nada en este sentido. Pues aún su más reciente Catecismo mandado a redactar por el propio papa Juan Pablo II refrenda esta falsa enseñanza al considerar inspirados y autoritativos a los apócrifos (cf. Catecismo de la Iglesia Católica, Conferencia Episcopal de Colombia, 1993, p. 37). Frente a estos ya

clásicos y acostumbrados anatemas de la Contrarreforma Católica, los protestantes presbiterianos ingleses respondieron así a este desafío en su famosísima Confesión de Fe de Westminster:

“Los libros comúnmente llamados apócrifos, por no ser inspiración divina, no forman parte del canon de las Sagradas Escrituras, y por lo tanto, no son de autoridad para la Iglesia de Dios, ni deben aceptarse ni usarse, sino de la misma manera que otros escritos humanos” (Cap. I, sec. iii).

VI. Razones teológicas para rechazar los apócrifos como palabra inspirada de Dios

Existen varias razones que tradicionalmente dentro del protestantismo evangélico se han confeccionado con muy buenas y suficientes bases. Algunas de estas son:

A. Las diferentes ramas del cristianismo, incluso la Iglesia Católica antigua consideró que los apócrifos nunca ocuparon un lugar en el canon.

B. Ni el Señor Jesús ni los apóstoles jamás citaron estos libros como asunto básico de sus enseñanzas. Nunca les atribuyeron inspiración ni autoridad divina. Incluso, algunos críticos llegan a decir que los libros apócrifos fueron añadidos a la versión de los Setenta (LXX) en los días de Jesús.

No obstante, debemos añadir aquí unos párrafos más en relación con algunos pasajes del NT donde al parecer contienen citas o pensamientos paralelos que también se encuentran en algunos libros apócrifos. Un ejemplo es la carta de Judas versículos 9 y 14. Aquí, al parecer, Judas recurre a información que aparece en el libro apócrifo llamado Testamento de Moisés, o en una obra paralela conocida también como la Asunción de Moisés. Para Simón J. Kistemaker, este es uno de los motivos por los cuales la iglesia primitiva dudaba de esta carta como canónica. Sin embargo, lo cierto es que aunque Judas utiliza materiales tomados de otras fuentes, no reconoce estos libros como inspirados. Toma ejemplos de la literatura apócrifa o de la tradición oral de su época para ilustrar y hacer claras sus propias enseñanzas (1 y 2 Pedro, Judas, Comentario del Nuevo Testamento, SLC, 1994, p. 440).

Y, en referencia al versículo 14, para Kistemaker, el libro apócrifo 1 Enoc era muy conocido y respetado como escrito religioso y que pudo haber influido notablemente el pensamiento de varios escritores del NT. Y de hecho se pregunta si la cita de 1 Enoc tiene autoridad dentro de su contexto bíblico. Y su respuesta es afirmativa. Pero, su aclaración es de vital importancia aquí. Dice Kistemaker: “La inspiración divina toma lugar cuando el Espíritu Santo entra en un autor y lo dirige para que lo que escriba sea Escritura (2 Pe. 1:21). El Espíritu Santo tiene la libertad de inspirar palabras prestadas

y hacer de ellas parte de la Palabra de Dios (ej. Hch. 17:28). Además, sabemos que Dios mismo está respaldando su Palabra para darle la autoridad más absoluta” (Ibíd. p. 452).

Ahora bien, lo que aquí debemos descartar y aclarar de una vez es la crítica de algunos comentaristas y biblistas de cuño liberal que afirman que los escritores del NT tuvieron una “notable dependencia de la apócrifa”. Como niegan la clásica doctrina bíblica e histórica de la divina inspiración de la Biblia, a veces gustan de referirse al NT como un subproducto de la apócrifa y del pensamiento filosófico griego. (Véase el aparato crítico del texto griego de Nestle-Alan y su interminable lista de aparentes citas de los libros apócrifos a mano de los autores secundarios del NT, lo cual resulta en graves exageraciones. Del mismo modo, los libros producidos por Sociedades Bíblicas Unidas como “Descubre la Biblia”, editor, Edesio Sánchez Cetina). ¡No todo lo que declaran estos libros es la verdad!

Podemos terminar este punto citando la opinión de un erudito como D. H. Wallace quien, según mi opinión, refleja nuestro mismo sentir y zanja esta cuestión al dejar en claro que los apócrifos nunca fueron considerados Palabra de Dios. Y esto es lo que importa. Por lo cual este escritor afirma:

“El NT no cita a ninguno de los libros apócrifos, aunque hay frecuentes paralelos de pensamiento y lenguaje, como en el caso de Efesios 6:13-17 y Sabiduría de Salomón 5:17- 20, y Hebreos 11 comparándolo con Eclesiástico 44. Pero, admitir estos paralelos necesariamente no significa que haya dependencia de parte de los autores del NT respecto de los apócrifos; y aún si de un caso claro de dependencia pudiera hablarse, de ello no se puede deducir que los autores del NT consideraron a esos libros como autoritativos” (*Evangelical Dictionary of Theology*, Walter O. Elweell, editor, Baker Book House, 1984, p. 67).

C. Josefo (100 d. C.), reseñado historiador judío nunca incluyó los apócrifos al enumerar los libros del canon sagrado. Aquel mencionó un total de 22 libros, exactamente los comprendidos dentro del canon hebreo.

D. Del mismo modo, el filósofo judío Filón (20 a C.- 50 d. C.) que vivió en Alejandría (Egipto), enseñó bastante relacionado con los libros del AT y nunca los recomendó o citó.

E. Los apócrifos jamás figuraron en las listas de libros que se hicieron en los cuatro primeros siglos de la Iglesia cristiana.

F. Cuando Jerónimo compuso la Vulgata Latina, advirtió acerca del carácter espurio de estos libros. No fue sino hasta el Concilio de Trento (1545-1563) que una minoría impuso a la cristiandad estos libros.

G. Los apócrifos están desprovistos de la sucesión profética. Esto demuestra que el canon bíblico fue cerrado en los días de Nehemías y Esdras y de los profetas Hageo, Zacarías y Malaquías. Los mismos libros de los Macabeos prueban que después de Malaquías hasta Juan el Bautista y Jesucristo no hubo “profeta de Dios” (consúltese 1 de Mac. 4:46; 9:27; 14:41). Esto significa que durante aquellos tiempos no hubo Palabra de Dios ni verbal ni escrita.

H. Gran parte de su literatura es leyendesca. Sus historias contienen cosas absurdas. En otras palabras, contienen prácticas o costumbres supersticiosas opuestas a las Escrituras canónicas. Una hojeada al libro de Tobías, Judit, etc., nos muestra que los apócrifos enseñan a justificar la mentira, a orar por los muertos, la recomendación de encantos mágicos, etc. Los milagros de los cuales nos habla no son sino fábulas grotescas y disparatadas.

LITERATURA DEL NUEVO TESTAMENTO

I. Crecimiento y desarrollo de la literatura cristiana

¿Qué Biblia utilizaron Jesús y los apóstoles? Indudablemente, la “Santa Biblia” de los días de Jesús y los apóstoles fue el canon hebreo del AT. No escaseaba el concepto de que el AT era inspirado, autoritativo y canónico. Para ellos era suficiente el “escrito está” (Lc. 4:4-11). En los días del Señor Jesús se consideraba un pecado, una blasfemia, un sacrilegio añadir cualquier letra o palabra a este canon. La iglesia apostólica que se inició en el año 30 d. C. fue la guardiana de este depósito de fe. Tenía a los apóstoles como los directos testigos de aquella fe que iría creciendo hasta conformar el Nuevo Testamento.

La literatura del NT es el producto del impacto de la persona, obra y mensaje de Jesucristo, y no como un sistema filosófico o una ética moral más, surgida en aquellos tiempos. No obstante, el NT presenta la enseñanza de que la persona y obra de Jesús es el cumplimiento de la venida del Mesías anunciada por los profetas. En otras palabras se trata del único Salvador para todo el que quiera ser salvo (Rom. 5:8); bien dijo que Él era “el camino, la verdad y la vida, nadie va al Padre sino por mí” (Jn. 14:6). El cumplimiento de estas profecías fue lo que dio origen a este cuerpo de literatura.

II. La transmisión oral del Evangelio

Después de la ascensión de Jesús hubo aproximadamente un lapso de veinte años de predicación oral por parte de los apóstoles (1 Tes. 2:2, 13; 1 Co. 15:1-3). Tal como era considerado entre los rabinos del AT, en los días apostólicos tampoco se consideró necesario coleccionar la revelación. La razón consistía en que al igual que en los tiempos de los profetas, en aquellos días la Palabra oral era absolutamente autoritativa y divina. Las palabras de los apóstoles eran la palabra de Jesucristo y de Dios (Mt. 10:40; Lc. 10:16; 1 Jn. 4:6). Por todo lo anterior podemos decir que la obra principal durante los primeros días de la Iglesia cristiana fue verbal y no escrita. Las parábolas, dichos, y

milagros de Jesús eran repetidos o recitados (Hch. 8:4; 11:19; 13:5; 14:1-3, 7). Lucas declara que él recibió oralmente el evangelio; que los que predicaban eran aquellos que “lo habían visto (a Cristo) con sus ojos, y fueron ministros de la palabra” (Lc. 1:1-3). Esto está confirmado por muchos papiros que han sido descubiertos en Egipto, donde se pueden leer algunos dichos de Jesús.

III. La escritura de los Evangelios

Por las investigaciones de la crítica textual hoy sabemos que la composición escrita de los evangelios se extiende entre los años 50 al 100 d.C. Existieron varias razones para escribir los evangelios, o como dicen algunos, la expresión verbal de los apóstoles era necesario que fuera escriturada. Entre tales razones tenemos:

- (1) Los testigos presenciales de la gloria de Cristo se estaban reduciendo debido a que iban muriendo.
- (2) La expansión del cristianismo más allá de las fronteras de Palestina hizo necesario que el mensaje se conservara por escrito.
- (3) Con el tiempo ya no era posible confiar en la memoria. Si el cristianismo habría de tener éxito, era indispensable la escriturización de la palabra oral. La puesta al día y la forma permanente de la palabra escrita hicieron posible el desarrollo de las futuras comunidades cristianas dentro y fuera del Imperio romano. Un análisis del perfil de cada uno de los cuatro evangelistas es necesario efectuar dada la importancia de la palabra escrita sumada a la inspiración divina:

1. Marcos. - Se ha calculado la fecha de la escritura del evangelio de Marcos entre los años 50-60 d.C. Sabemos que Marcos no fue apóstol, sino un discípulo de los apóstoles. Algunos eruditos sostienen que Pedro fue el padre espiritual de Marcos, y que al mismo tiempo, Pedro fue la fuente primaria de lo que Marcos escribió. Fundada en buenas razones, la moderna crítica textual se inclina a creer que el evangelio de Marcos fue el primero. Eusebio (270-430), historiador y obispo de Cesárea sostiene con base en el testimonio de Papías, discípulo del apóstol Juan, que “verdaderamente Juan Marcos llegó a ser el intérprete del apóstol Pedro”. E Ireneo (140-202) declara: “Marcos, el discípulo e intérprete de Pedro, transmitió por escrito aquellas cosas que Pedro predicó. Del mismo parecer fueron Clemente de Alejandría (150-217), Tertuliano (160- 220), Orígenes (185-254), Jerónimo (340-420) y otros que por falta de espacio no puedo mencionar.

2. Mateo. - Este evangelio ha sido fechado en el año 58 d.C. Por su propio evangelio y por los dos restantes sinópticos, sabemos que este hombre era un judío recolector de

impuestos al servicio del Imperio de Roma. Vino a ser un apóstol por llamamiento directo del Señor Jesús (Mt. 9:9). A diferencia de Marcos, Mateo fue un testigo presencial de los dichos y hechos de Jesucristo. Su contacto personal y observación constante con relación a su Maestro lo capacitaron para obtener una fuente informativa de primera mano. Lo que escribió, algunos especialistas consideran que es el evangelio que mejor empalma con el tema general del AT. Luego de bastante discusión, hoy se estima que originalmente Mateo escribió su evangelio en el idioma griego.

3. Lucas. - La composición de este evangelio ha sido fechado entre los años 59 o 60 d.C. Con buenas bases, algunos creen establecer que se escribió en Cesárea de Filipo. Pablo el apóstol declara que Lucas era un médico (Col. 4:14). Y todavía otros, con base en el Prólogo antimarcionita a este Evangelio, sostienen que era un gentil convertido al cristianismo. Este prólogo fue compuesto en una época cercana al año 175 d.C. Es una especie de apología en contra de las herejías de Marción el gnóstico. Este heresiarca había mutilado el evangelio de Lucas para incluirlo en su propio canon de libros; pero rechazó otros escritos claramente apostólicos. En dicho prólogo se dice que Lucas era nativo de Antioquía de Siria. Además, este documento fija la muerte de Lucas en Boecia a la avanzada edad de 84 años.

En el capítulo 1:1-4 de su evangelio nos dice que la tradición oral o predicación de los apóstoles sumada a los documentos escritos fueron las fuentes para producir su obra que dirigió a Teófilo. Los padres de la iglesia de los dos primeros siglos declaran que existió una conexión entre Pablo y Lucas similar a la de Pedro respecto a Marcos. Hay bases para afirmar que Lucas fue discípulo de Pablo, aunque al parecer, no era tan dependiente como Juan Marcos de Pedro.

4. Juan. - La fecha de este evangelio ha sido fuente de controversias desde hace ya varios lustros. A partir del siglo XIX la Alta Crítica, especialmente la dirigida por F. C. Baur de la escuela de Tübingen, atribuye una fecha tardía a este Evangelio, el año 170 d. C. Investigaciones posteriores han demostrado que Baur estuvo equivocado. Evidencias internas y externas prueban que el libro se escribió entre los años 85 al 90 d.C., no más tarde. La tradición declara que fue escrito en la ciudad de Éfeso. No parece, como se afirma comúnmente, que Juan dependió de los tres primeros evangelios (sinópticos) para su composición. Aunque sin duda los conocía, sin embargo, al parecer copiar no fue su propósito. Las mismas evidencias internas demuestran más bien que se trata de una obra muy original. Juan fue un testigo presencial de la persona y obra de Jesús (Jn. 21:24, 25; 1 Jn. 1:1-4). Su agudo discernimiento, avanzada edad, madurez de pensamiento y la adicional información con que contó, lo capacitaron para escribir el evangelio más profundo sobre la vida y enseñanza de Jesucristo.

IV. Las Epístolas

Fueron escritas para suplir las numerosas y variadas necesidades de las nacientes iglesias cristianas que el Espíritu Santo estableció en el Imperio romano a través del apóstol Pablo y otros cristianos. En ellas encontramos respuestas a cuestiones prácticas. Hay exhortaciones para evitar y contrarrestar las falsas doctrinas heréticas. Voces de aliento y ánimo son escritas para soportar las persecuciones. Desde Jerusalén Santiago escribió su epístola en el año 45 d. C. para animar a los judíos cristianos que sufrían persecución bajo Herodes Agripa I (Hch. 12). Durante el segundo viaje misionero de Pablo, en la ciudad de Corinto, entre los años 52 o 53 d.C. escribió las dos cartas a los Tesalonicenses. En su tercer viaje misionero escribió Gálatas y la primera carta a los Corintios, probablemente en Éfeso en el año 57 d. C. Desde la ciudad de Corinto escribió su carta a los Romanos fechada en el año 58 d. C. Durante su primer encarcelamiento escribió las denominadas “Cartas desde la Prisión”: Efesios, Filipenses, Colosenses y Filemón entre los años 62 o 63 d.C. Respecto a la carta a los Hebreos algunos creen que fue escrita antes de la destrucción del Templo de Jerusalén, evento que ocurrió en el año 70 d.C. La razón que se alega es que sea Pablo u otro el autor, tomó en cuenta el ritual levítico que todavía se llevaba a cabo en el Templo. Todo parece indicar que la epístola tuvo que haberse escrito entre los años 65 al 68 d. C.

En igual tenor, hay bases para establecer que durante el tiempo de la liberación posterior al primer encarcelamiento de Pablo, escribió las cartas 1 de Timoteo y a Tito entre los años 66 y 67 d. C. Y escribió 2 Timoteo durante su segundo encarcelamiento en el año 68 d. C. En cuanto a las Epístolas Generales, los especialistas no se han puesto de acuerdo en cuanto a las fechas. Los estudiosos se inclinan a sugerir por ejemplo que la 1 de Pedro fue escrita cerca del año 64, Judas, entre el 66 al 68; 2 Pedro aproximadamente en el 68, y 1, 2, 3, de Juan aproximadamente entre los años 90 al 92 d. C.

V. El libro de Hechos de los Apóstoles

Ha sido establecido de manera satisfactoria que Lucas, compañero de Pablo, fue quien escribió este libro. La fecha de composición ha sido establecida para el año 63 d. C. Por la evidencia interna del mismo libro se sabe que Lucas tuvo que ser un testigo de primera mano u observador directo de gran parte de la historia que narra (cf. Hch. 16:10-40; 20:5, y el cap. 28). No se descarta sino que se afirma que tuvo que haber recogido material para su obra literaria de los apóstoles Pablo y Pedro, de Felipe, de otros apóstoles y discípulos del Señor. Por los saludos introductorios de sus dos obras canónicas, podemos apreciar que Lucas fue una especie de periodista-historiador que “investigó con diligencia todas las cosas desde su origen”.

VI. El libro del Apocalipsis

Aunque la crítica racionalista ha puesto en duda la paternidad literaria del apóstol Juan como su autor, no obstante, se ha demostrado que la autoría de este libro pertenece

“al discípulo a quien Jesús amaba, el mismo que en la cena se había recostado al lado de él” (Jn. 21:20; cf. 13:25). Juan escribió el libro del Apocalipsis “por revelación de Jesucristo” (1:1, 4, 11, 19) entre los años 95 o 96 d. C. en la isla de Patmos. A este sitio fue confinado o desterrado muy probablemente por los emperadores Nerón o Domiciano en una época de gran persecución contra la naciente Iglesia cristiana. Para su composición, el apóstol Juan utilizó el controvertido género apocalíptico, muy común en sus días. El libro consta principalmente de visiones, signos y símbolos.

FORMACIÓN DEL CANON DEL NUEVO TESTAMENTO

Desde muy temprano, la primitiva iglesia cristiana señaló los 27 libros canónicos que componen nuestro actual NT como la Palabra de Jesucristo y de Dios. La Iglesia recibió estos libros como la plenitud de la revelación divina que viene desde el AT. Estos libros ya existían y eran conocidos a fines del siglo I d.C. La aceptación de su divina autoridad fue indiscutible. Los especialistas declaran que el canon del NT fue reconocido gradualmente de acuerdo con el modelo del Antiguo. Tal proceso tomó un período de tiempo que abarcó los primeros cuatro siglos. De ningún modo podemos dejar de decir que así como el Espíritu Santo inspiró a los autores sagrados, de igual manera su providencia veló sobre el proceso de canonicidad.

La investigación histórica relativa a los documentos apostólicos y el reconocimiento progresivo del Canon demoró cuatro siglos. Al comienzo hubo una acumulación de materiales empleados en las iglesias cristianas en forma de “libros escritos por los apóstoles”. No debemos cansarnos de repetir que dentro de la propia iglesia primitiva el Canon iba creciendo lenta y silenciosamente hasta alcanzar la figuración de los 27 libros actuales. Estos eran leídos en las iglesias que se iban formando en Palestina y por todo el Imperio romano. Dichos libros fueron recibidos y señalados como la “verdadera regla de fe y conducta” para todo el que se convertía en discípulo del resucitado (Hech. 11:26). Para la segunda mitad del siglo II, veinte o más de dichos escritos ya eran reconocidos como Escritura en las Iglesias de Oriente y Occidente, fueron recibidos como Palabra de Dios inspirada y autoritativa. Empezaron a hacerse traducciones, comentarios y exposiciones de los mismos. Aquí comienza la labor teológica en la Iglesia. Pero algunas de las epístolas más pequeñas fueron puestas en duda en cuanto a su autenticidad y paternidad literaria. Sin embargo, antes del cierre del siglo IV, unánimemente la Iglesia cristiana estuvo de acuerdo en la canonicidad de los 27 libros del NT excluyendo los apócrifos. Un somero análisis de estas etapas es necesario efectuar para mejor comprensión del asunto.

I. La canonicidad durante el siglo I (se escriben los libros del NT)

La divina inspiración es el elemento contundente y sobresaliente que está en acción en la Era Apostólica. Como dije en anteriores capítulos, los autores del NT fueron autorizados voceros de Dios que “hablaron (y escribieron) siendo inspirados por el Espíritu Santo”. El NT es puesto al mismo nivel que el Antiguo en materia de revelación y autoridad divina. Debemos recordar las promesas que el Hijo de Dios había hecho a sus discípulos acerca de la asistencia infalible del Espíritu Santo en sus vidas y en sus obras (cf. Jn. 14:15-17; 16:7-15). La vida y la obra de Cristo toman un lugar preponderante en la producción de los primeros escritos del NT. El reluciente testimonio en todos estos libros nos hace ver que los autores sagrados escribieron no solo como testigos de la resurrección de Jesús, sino también como sus embajadores y representantes del reino de Dios o de los cielos que se acababa de inaugurar (Lc. 17:20, 21). Dentro de los primeros cien años tuvo lugar toda la producción inspirada (hasta los años 95 o 96 d.C.). Una primera huella de lo anterior aparece en la 2 de Pedro 3:15, 16 donde el propio apóstol ubica las cartas de Pablo al mismo nivel que los escritos del Antiguo Testamento. Concretamente refiérese al hecho de que en sus días algunos “torcían” las enseñanzas de Pablo (v. 16) como también “las otras escrituras” (referencia clara al AT) “para su propia perdición”.

Sobresale, igualmente, el hecho de que durante este siglo hallamos a dos padres de la Iglesia citando material del NT en sus propias cartas: Clemente de Roma (96 d. C.) y Bernabé (90-100 d. C.). En su conocida primera carta a los Corintios Clemente cita gran parte de porciones del AT así como textos completos de los Evangelios de Mateo y Lucas al igual que de varias epístolas de Pablo. Igual asunto pasa con Bernabé en cuya epístola cita abundantemente a los apóstoles. Algunos atribuyen a estas cartas una fecha más temprana. Lo importante aquí es que estos padres de la Iglesia Apostólica citaron el NT como Palabra de Dios al mismo nivel que las Escrituras hebreas. De hecho, existe un formal reconocimiento del NT como “La Escritura”.

II. La canonicidad durante el siglo II (lectura en las iglesias, traducciones y comentarios), el canon herético del gnóstico Marción

Entre los años 100 al 170 se dan los primeros pasos para la formación del canon. Se empieza a dar reconocimiento autoritativo y escritural así como al proceso de tamizado de los diversos escritos. Surgen algunas versiones o traducciones del Antiguo y Nuevo Testamento, lo cual demuestra la importancia de este período. Algunos de estos escritos y autores pueden ser mencionados:

A. La Didaché o enseñanza de los Doce. Generalmente fechada en el año 100 o antes. No es obra de los apóstoles. Es la obra de un desconocido en la cual cuenta cómo entendía la enseñanza apostólica. Se trata de una serie de 23 documentos cuyo contenido

fue tomado de los evangelios de Mateo y Lucas. Al comienzo se le atribuyó autoridad apostólica, pero después nunca se le reconoció así.

B. *El Pastor de Hermas*. Escrito entre los años 100-140. Se trata de un libro alegórico muy al estilo del clásico puritano *El Progreso del Peregrino*. Merece citarse por ser obra de un filósofo ateniense al parecer convertido al cristianismo.

C. *La “Apología” de Aristides*. Famosa defensa del cristianismo que este cristiano dirigió al emperador Adriano (125 d. C.) y a Antonino Pío (137 d. C.). Decía: “Bienaventurada es la raza de los cristianos más que todos los hombres, por su verdadero y noble credo, y sus vidas santas y benévolas”.

D. *Papías (70-155)*. Discípulo del apóstol Juan, escribió una apología conocida como “Explicación de los discursos del Señor”. Son abundantes allí las citas que hace del Evangelio de San Juan. Papías da testimonio de como “la viva voz de los ancianos” iba reemplazándose por la palabra escrita.

E. *Taciano*. Cerca del año 170 d.C. escribió una “Armonía de los Cuatro Evangelios” conocida como el “Diatessaron” Este documento es una demostración de que las iglesias de los primeros siglos solo aceptaban los cuatro evangelios que hoy conocemos.

F. *Policarpo (69-155)*. Fue un discípulo del apóstol Juan. En sus cartas hace gala de los escritos del Nuevo Testamento. Las citas que emplea de los evangelios y de las cartas apostólicas confirman su aceptación de los documentos neotestamentarios como Palabra de Dios. Era común en aquellos días prestarse copias de escritos del NT. En una carta suya a los filipenses (150 o antes) dice: “He recibido las cartas de vosotros y de Ignacio. Ustedes me han recomendado enviarlas a Siria... Añado que hasta el día presente, sirven para edificar nuestra fe y nuestra perseverancia” (cf. *Los Padres Apostólicos*, J. B. Ligthfoot, Clie, 1990, pp. 211-215).

G. *La Segunda Epístola de Clemente*. El citado y eminente crítico textual fechó estos documentos entre el 120 y el 140 d. C. Clemente cita extensamente el Nuevo Testamento, especialmente las palabras de Jesús con fórmulas como las siguientes: “el Señor dice en los evangelios”, “el Señor dice”, “Dios dijo”, etc. Y, en varios sitios sentencia: “la Escritura dice”, citando a Mt. 9:13; 21:13; Lc. 5:32; 19:46.

H. *Justino Mártir (100-165)*. En su conocida obra apologética o defensa del cristianismo cita el evangelio de Mateo unas 43 veces, y 19 el de Lucas. También lo hace con Juan y Marcos. Su familiaridad con el libro de Hechos, las cartas paulinas, juaninas y petrinas, así como el libro del Apocalipsis no es inferior. Declaró que en sus

días “las memorias de los apóstoles” se denominaban “Evangelios” Estos eran leídos los domingos en todas las iglesias intercambiándolas con la lectura de los profetas del AT. Esto nos hace ver que los escritos del NT ya eran puestos al mismo nivel que los libros del antiguo pacto. Se les atribuían igual grado de autoridad divina.

I. Ireneo (125-192). Fue obispo de Lyon (antigua Galia, hoy llamada Francia), escribió extensamente, pero la mayoría de su obra lamentablemente se perdió. Recordamos su gran obra “Contra las Herejías” (185 d. C.) en donde hace pleno uso del NT citándolo 1800 veces. En sus apologías las citas neotestamentarias son esgrimidas como la única e incuestionable autoridad divina la cual contrapone a la falsa enseñanza. Sostuvo como Palabra inspirada al actual canon que poseemos en el Antiguo y NT.

J. Clemente de Alejandría (150-217). Fue un gran erudito, maestro y obispo. Reconoció también todos los libros del NT como canónicos tal como los tenemos en nuestras versiones modernas. Los denominó “las Santas Escrituras”, “los libros santos”.

K. Tertuliano (160-220). Gran maestro y escritor del norte de África. En sus escritos se han contado más de 1800 citas del NT. Se refiere a estas como las “Escrituras inspiradas”. Por el testimonio de estos padres podemos darnos cuenta de que el proceso de la canonicidad de los libros del NT ya era una materia común. No hay duda que los primeros cristianos los habían reconocido mucho antes. En la práctica, lo que hicieron los autores postapostólicos fue dar reconocimiento al establecimiento canónico ya elaborado por la primitiva iglesia cristiana.

L. Versiones más antiguas. Durante el siglo II se hicieron hasta tres versiones en otras lenguas. Esto indica el importante testimonio del poder de la Palabra de Dios en aquella parte del mundo. De la misma forma, era clara luz de la existencia de los libros inspirados. Estas versiones contenían completo el AT y semicompleto el Nuevo. Nos interesa aquí por ahora las versiones sobre el NT.

1. La antigua Versión Latina. Traducida del griego por los cristianos del norte de África cerca del año 150 d.C. Fue ampliamente utilizada por Cipriano de Cartago, Tertuliano y otros. Contiene 26 libros omitiendo la 2ª de Pedro. Esta Versión puso en tela de duda la carta de Santiago.

2. La Versión Siriaca. Hecha en el mismo año que la anterior por las iglesias de Siria. Contiene 22 libros excepto 2ª de Pedro, 2ª y 3ª de Juan, Judas y Apocalipsis. Existe una tendencia moderna a relacionar esta Versión con la llamada Versión Peshitta (que significa sencillez), fechada por algunos en el siglo V d. C. Sin embargo, no hay pruebas

contundentes para afirmar esto. Sin embargo, se trata de uno de los mejores textos de toda la Biblia.

3. El “Diatessaron” de Taciano. Como anotamos antes, se trata de una “armonía de los cuatro evangelios” hecha en lenguaje siríaco cerca del año 170 d. C. Este documento es una prueba fehaciente de que al leer los evangelios en los idiomas modernos estamos leyendo la verdadera historia de Cristo. Prueba de igual forma la evidencia de que los libros neotestamentarios ya gozaban de plena autoridad divina y apostólica.

4. El Fragmento o canon Muratoriano. Ha sido fechado en el año 170 d.C. Denominado así por Muratori, bibliotecario de la Biblioteca Ambrosiana de Milán (Italia). Él descubrió este documento en aquel mismo lugar publicándolo en el año 1740. Se trata de una traducción al latín de un texto griego. Pese a que es un documento mutilado, contiene 13 epístolas paulinas, las epístolas de Juan y el libro del Apocalipsis. El resto no aparece. También contiene algunas frases del evangelio de Marcos; menciona a los evangelios de Lucas y Juan como tercer y cuarto evangelio.

M. La canonicidad y la batalla contra las herejías. Una de las más fuertes evidencias a favor del cristianismo con relación a la inspiración y canonicidad del NT lo constituye su capacidad de sobrevivencia frente al error religioso. En el siglo II los herejes y sus herejías fueron numerosos. Era tarea favorita de aquellos torcer el contenido de los libros del NT con el propósito de falsear las enseñanzas apostólicas. La interpretación que hacían de la Biblia era descabellada e ilegítima; tomaban citas fuera de su contexto hasta formar doctrinas totalmente diabólicas.

La defensa del Evangelio por parte de los padres apostólicos fue necesaria, y para bien del cristianismo no se hizo esperar; era preciso combatir todas las herejías. Únase a esto la infección de las mitologías grecorromanas o religiones de misterio bajo la influencia del hinduismo y budismo oriental entre las cuales La Gnósis sobresalió ampliamente. Gnósticos famosos del siglo I y II fueron Simón el mago, Cerinto, Basílides, Valentín, Heraclión y Marción. Por su parte, la secta de los ofitas (adoradores de la serpiente luciferina) junto a los montanistas y otros, también dieron mucho que hacer a las iglesias cristianas de aquellos días.

Pese a las batallas contra estos errores y movimientos, la verdadera tradición literaria del NT logró ser preservada del error y la falsificación. Investigaciones modernas sobre el texto del Nuevo Testamento ha establecido que no hay literatura antigua más confiable y pura que esta. El creyente en Cristo puede estar seguro de que al leer el NT está leyendo un texto lleno de autenticidad y autoridad divina. (Para este fin véase *The Text of the New Testament* por Bruce M. Metzger).

N. Marci6n. Ejemplo de lo anterior fue el gn6stico Marci6n (80-160 d.C.) quien se distingui6 por su obra sobre el texto y canon de la Biblia. Rechaz6 el Antiguo Testamento considerando que estos libros eran una ant6tesis del cristianismo. Hasta donde sabemos Marci6n, siendo hereje, fue el primero en elaborar un “canon” para el Nuevo Testamento. Su lista de libros consista en una versi6n abreviada del evangelio de Lucas y diez ep6stolas paulinas exceptuando las pastorales. A dicha lista de libros los denomin6 el “canon cristiano”. Sus puntos de vista teol6gicos est6n contemplados en su obra “Ant6tesis” en donde se observan sus prejuicios y contradicciones entre el Antiguo y Nuevo Testamento. Su obra no sobrevivi6 al paso de los a os, sin embargo, a partir de los Cinco Libros contra Marci6n, obra de Tertuliano, bien se puede entender en qu6 consista n sus her6ticas refutaciones. Marci6n estaba convencido que Pablo era el 6nico verdadero ap6stol, y los doce restantes eran falsos ap6stoles debido a que eran judaizantes.

La importancia de Marci6n reside en que oblig6 a los representantes del cristianismo ortodoxo a encarar seriamente el problema de la herej6a, de la falsa ense anza. Esto hizo que los propios ap6stoles y la Iglesia en general, profundizaran en la ense anza b6blica relativa a la creaci6n, la redenci6n de Cristo y por sobre todo, los oblig6 con sentido de urgencia resolver el problema de la delimitaci6n del canon.

III. La canonicidad durante el siglo m (reuni6n y separaci6n de los libros del NT)

Se ha denominado a este per6odo “el siglo de Or6genes”, tal como al segundo se denomin6 “el siglo de Ireneo”, y al cuarto “el siglo de Eusebio”. Los grandes historiadores coinciden en se analar que este y el siguiente siglo pueden ser llamados “periodo del reconocimiento formal del canon del NT”. Hay tres c6ntricos personajes que tienen que ver con este importante asunto: Or6genes, Dionisio y Cipriano.

A. Or6genes (185-254). Nativo de la ciudad egipcia de Alejandr6a. Por excelencia, es considerado el maestro, el ex6geta el comentarista y el gran cr6tico textual de este siglo por historiadores de todos los tiempos. Si no el mejor, fue uno de los grandes en alcanzar gran familiaridad y dominio del reconocimiento del canon. Ten6a autoridad para hablar de los escritos apost6licos. Or6genes dividi6 los escritos sagrados en tres clases: (a) Genuinos (los que hab6an sido recibidos en todas las iglesias por doquier), incluyendo los cuatro Evangelios, los Hechos, 13 ep6stolas paulinas, 1 Pedro, 1 Juan y Apocalipsis, 21 en total, (b) Dudosos (algunos que hab6an sido rechazados en otras iglesias), Hebreos, Santiago, 2 Pedro, 2 y 3 Juan y Judas, (c) Rechazados, varios de los libros ap6crifos.

B. Dionisio el Grande (190-265). Tambi6n nacido en Alejandr6a. Fue eminente abogado y escritor. En sus d6as citaba extensamente el NT como la Palabra autoritativa e inspirada de Dios. Reconoci6 todos los escritos excepto 2^a de Pedro, y Judas. Por algunas de sus obras se sabe que dudaba de la paternidad literaria de libro de

Apocalipsis. Sostenía que era difícil aceptar que se tratara del mismo autor del cuarto evangelio.

C. Cipriano (200-258). Nació en Cartago, norte de África. Considerado por muchos como “el gran obispo” del tercer siglo, escritor y mártir. De él vino la famosa frase hecha lapidaria en la iglesia de Roma: “Nadie que no tenga a la iglesia por madre puede tener a Dios por Padre”. Citó las Escrituras extensamente. Al parecer dudó de la autenticidad de la carta a los Hebreos, Santiago, 2ª de Pedro, 2ª y 3ª de Juan y Judas. Cabe la posibilidad de que no hubiera tenido oportunidad de citarlos.

IV. La canonicidad durante el siglo iv (fijación del canon)

A principios de este siglo comienza a usarse el término “Canon” como la importante medida de los libros inspirados que habrían de ser confirmados y reconocidos por la Iglesia de todos los siglos. En realidad los padres eclesiásticos de este período edificaron su aceptación sobre la obra de sus predecesores. Los libros históricos y doctrinales fueron recibidos sin ninguna duda. Las copias de las cartas de Pablo son aceptadas bajo análisis de una mejor valoración crítica del texto mismo. Hay que entender que para el siglo n todavía circulaban copias recientes de las cartas apostólicas. De esta manera, no era difícil que el contenido real de las mismas se esparciera rápido. De igual manera, en este siglo el término “colección” llegó a referirse sin duda alguna al actual canon que tenemos en nuestras versiones modernas.

El proceso de canonicidad en este siglo también encuentra a la Iglesia sometida a otra gran persecución (303) a cargo del emperador romano Dioclesiano (285-305). Es la llamada “décima persecución” contra los cristianos. Las iglesias fueron arrasadas por órdenes imperiales; muchas colecciones existentes de las Escrituras fueron quemadas y destruidas. No sobra decir que a causa de esta ira diabólica muchos cristianos lograron esconder múltiples copias del sagrado canon. Es probable que los documentos hallados en Qumrán fueran llevados allí a causa de dicha persecución. Historiadores y cronistas de la Iglesia Cristiana nos recuerdan que durante dicha persecución los martirios de los cristianos se multiplicaron, fueron torturados y cortados en pedazos; devorados por las fieras en el circo romano, sufriendo las más espantosas muertes. Mencionemos entonces a los padres de este período que tuvieron que ver con la canonicidad del NT:

A. Eusebio (270-340). Gran historiador, obispo de Cesárea y maestro de la apología. Calificado como estaba para registrar la historia, pudo recopilar lo suficiente sobre los sufrimientos de los cristianos de aquellos días. Al mismo tiempo, escribió sobre la actitud de las iglesias con relación a los escritos apostólicos. Elaboró una lista parecida a la de Orígenes en referencia a los libros bíblicos:

- (a) *Libros reconocidos*: los Cuatro Evangelios, Hechos, 14 epístolas paulinas, 1ª Pedro y 1ª de Juan; aceptó la carta a los Hebreos, pero con dudas sobre su paternidad.
- (b) *Libros dudosos*: Santiago, 2ª de Pedro, 2ª y 3ª de Juan y Judas.
- (c) *Libros apócrifos*: Hechos de Pablo, el Pastor de Hermas, Revelación de Pedro, la epístola de Bernabé y la Didaché o Enseñanza de los Doce.
- (d) *Libros pseudoepigráficos*: el evangelio de Pedro y Tomás (este último, un evangelio gnóstico que hoy, a petición de líderes de la Nueva Era de Acuario algunas casas editoriales lo están incluyendo en el NT), el evangelio de Matías y los Hechos de Andrés y de Juan.

B. Cirilo de Jerusalén (315-386). Reconoció los cuatro evangelios, 14 epístolas de Pablo, siete epístolas generales, pero curiosamente no aceptó el libro del Apocalipsis.

C. Atanasio (296-376). Gran obispo de Alejandría, maestro, escritor prolífico y uno de los grandes campeones de la fe cristiana. En sus días llamó la atención para que la Iglesia pusiera cuidado en no mezclar los libros apócrifos con los libros inspirados. Abogó porque se pusieran en orden los libros divinos o inspirados bajo un concepto que denominó “canonicidad rigurosa”. Atanasio llegó a ser uno de los primeros padres en reconocer los 27 libros del NT sin perjuicios o dudas. Denominó a estos libros “fuentes de la salvación” Su lema se basó en Apocalipsis 22: 18,19: “No permitas que ningún hombre le añada, ni dejes que ningún hombre le quite”.

D. Juan Crisóstomo (347-407). Gran obispo de Constantinopla. Su gran reputación como predicador le mereció el célebre apodo “boca de oro”. Da una lista de 22 libros inspirados. Tenía dudas sobre 2ª de Pedro, 2ª y 3ª de Juan, Judas, y Apocalipsis.

E. Jerónimo (340-420). Considerado por muchos como “el más erudito, el más elocuente y el más interesante autor” de los padres latinos. Elaboró la famosa Vulgata Latina o traducción de los idiomas originales bíblicos al latín. Empleó dos años para esta traducción (382-384). Fue otro de los grandes maestros que aceptó sin duda alguna los actuales 27 libros del NT como Palabra inspirada y canónica de Dios.

F. Agustín (354-430). Hablamos aquí del gran maestro y obispo de Hipona, norte de África. Nadie igualó a Agustín en cuanto a su producción literaria. Junto con su colega Jerónimo, coincide en dar tácito reconocimiento a los 27 libros del NT. Agustín no

admitía dudas acerca de la canonicidad y autoridad divina de estos escritos como la sola Palabra de Dios.

V. Concilios que dieron el toque final para el reconocimiento del canon

Los concilios de Hipona (393 d. C.) y Cartago (397 y 419 d.C.) nunca decidieron cuales libros debían ser incluidos en el Canon. Todo lo que hicieron dichos concilios fue reconocer oficialmente qué libros ya habían sido considerados inspirados y autoritativos por la misma Iglesia primitiva.

VI. El caso de Martín Lutero (1486-1546)

Para un examen de cómo afectan las inquietudes de Lutero al caso del reconocimiento del canon, véase de nuevo el Capítulo 19, objeción n°. 7, c).



PRUEBAS PARA EL CANON DEL NUEVO TESTAMENTO

Hemos estudiado las diversas etapas que condujeron a la formación del Canon del Nuevo Testamento. Tratemos de comprender ahora que dicha colección se produce debido a ciertas presiones impuestas a las iglesias, urgentes de solución; pero al mismo tiempo eran necesarias las evidencias que demostraran lo inequívoco de dichos documentos. Es importante entender aquí que, al igual que en el caso de la canonicidad del Antiguo Testamento la colección de escritos apostólicos poseyó el mismo grado de autoridad que los documentos de las Sagradas Escrituras del Antiguo.

I. Necesidades que tuvo la Iglesia para establecer un Canon

A. Poseer por escrito la colección apostólica de libros inspirados. Esto facilitaba a los primeros cristianos no cometer fallas en materia de guía u orientación divina tanto doctrinal como ética. Era gravísimo enseñar ideas que nuestro Señor o los apóstoles no enseñaron.

B. Identificación de los maestros heréticos. Debido a que los falsos maestros y profetas luchaban por confundir a los cristianos, muy especialmente a partir del siglo II, hizo que la iglesia se reuniera para decidir cuáles documentos eran o no Palabra de Dios.

C. Identificación de copias de documentos apostólicos falsificados. Esta necesidad está condicionada por el hecho de que los sectarios empezaron a adulterar diversos escritos apostólicos que circulaban entre las iglesias. Tal como hizo Marción el gnóstico y otros, quienes se dieron a la tarea de introducir entre líneas todas sus fantasías y blasfemias. Se sabe también que numerosos libros empezaron a circular bajo falsos nombres de los apóstoles.

D. Defensa apostólica. Los primeros cristianos necesitaban saber el contenido exacto de la enseñanza y escritos apostólicos para poder defender con éxito al naciente cristianismo. Este es uno de los factores más interesantes para descubrir por qué los padres apologetas tanto de la iglesia oriental como occidental tuvieron tanto éxito en sus defensas contra los sistemas religiosos paganos.

E. ¿Cuál es el verdadero Canon apostólico? Esta pregunta era de vital importancia cuando el evangelio empezó a extenderse por Palestina y el Imperio romano. De la misma forma por la proliferación de las distintas versiones del NT (ya tan temprano como en el año 150 d. C.) que se estaban produciendo en distintos sectores de la cristiandad.

F. Los Credos Apostólicos. Al empezar la labor exegética o interpretativa de las Escrituras neotestamentarias así como tratados teológicos, era necesario saber el canon exacto del NT.

G. Preservación del Canon ante las persecuciones: Las persecuciones a las que fueron sometidos los primeros cristianos, especialmente la de Diocleciano, también hizo necesario no solamente fijar el exacto contenido del Canon del NT, sino su preservación. Durante este episodio la iglesia se vio urgida a determinar el canon exacto o reconocimiento de los libros inspirados.

H. La supuesta “conversión” del emperador Constantino (306-337). La aparente “conversión” de este emperador hizo que el cristianismo gozara de favores que hasta entonces nunca había tenido. Por el año 331 Constantino pidió a Eusebio que preparara 50 grandes copias o códices de toda la Biblia para ser usadas entre las iglesias de Constantinopla, nueva capital del imperio. Este gran episodio histórico hacía imprescindible que los cristianos estuvieran bien seguros de cuáles copias iban a empezar a difundirse por todo el mundo. Sin embargo, la obra de Eusebio dio buenos frutos debido a que el canon, que siglos antes había sido establecido por la Iglesia, fue el que primó en toda la cristiandad. En otras palabras, se trata de la actual lista de libros que tenemos en nuestra versión española Reina-Valera.

II. Evidencias o pruebas para la canonicidad del Nuevo Testamento

Hemos estado viendo que la formación del canon del NT ha sido asunto de una gran investigación histórica. Es necesario ahora que examinemos las pruebas o evidencias que la primitiva Iglesia y los padres apostólicos tuvieron en cuenta antes de que algún libro pudiera ser admitido en la sagrada colección.

A. Apostolicidad. La primitiva Iglesia y los padres apostólicos creyeron por completo en la divina inspiración y la autoridad de los escritos neotestamentarios. Para todos ellos había un crucial interrogante: ¿Cuál era la Palabra de Dios? No cabe duda que la prueba suprema fue la apostolicidad de los escritos. Viene al caso aquí la inquietud surgida en los primeros siglos acerca de los evangelios escritos por Marcos y Lucas con relación a su apostolicidad. Se sabe que ellos no fueron apóstoles, sino emisarios o colaboradores apostólicos. El asunto ha quedado resuelto a partir de la admisión de que la apostolicidad se hizo extensiva a aquellos que pertenecieron al círculo íntimo de los apóstoles. De esta manera, Lucas y Marcos fueron intérpretes respectivos de Pablo y Pedro.

B. “Leídos en las iglesias” La tradición postapostólica impuso que esta era una prueba contundente para aceptarlo como canónico. Prueba real fue el testimonio de los inmediatos sucesores apostólicos acerca de esta expresión. Por doquier dejaron constancia en sus escritos. Y la cuestión no era que dichos libros fueron leídos en “algunas” iglesias, sino que debió ser leído en “todas” las iglesias existentes de aquellos tiempos.

C. Reconocidos y utilizados por los padres postapostólicos. Durante los primeros días del cristianismo esta fue una importante prueba. Eusebio de Cesárea el gran historiador declara que en cuanto a la primera epístola de Pedro por ejemplo “los antiguos presbíteros la emplearon libremente en sus propios escritos como una obra inspirada e indisputable.

D. El contenido del libro. Desde el puro comienzo la enseñanza apostólica se hizo por tradición oral. Es decir, al principio las enseñanzas de Cristo se transmitieron oralmente, y estas a su vez fueron recibidas por este mismo medio y no el escrito. De esta forma, cuando aparecen los libros del NT estos fueron cotejados con las enseñanzas recibidas de los apóstoles. La pregunta que se hacía era: ¿están de acuerdo con la doctrina o regla de fe? El asunto sigue en pie hoy. Cuando aparece una enseñanza nueva en la Iglesia la pregunta debe ser la misma: ¿está de acuerdo con la Palabra de Dios?

E. La edificación doctrinal, ética y espiritual del libro. Esta fue otra contundente prueba para saber si tal libro era o no inspirado. Jesús había dicho que “cuando viniera el Espíritu de verdad, Él los guiará a toda la verdad” (Jn. 16:13). Los creyentes primitivos estaban apercebidos de esta enseñanza. Si un libro que estaba siendo enseñado no reunía aquellas condiciones, de inmediato era identificado. De esta forma, los apócrifos no pudieron tener cabida.

F. El testimonio del Espíritu Santo. La Iglesia de todos los siglos siempre ha manifestado que el testimonio del Espíritu Santo es la “prueba reina” para la aceptación

de los libros del NT como autoritativos y divinos. Los padres de la Reforma del siglo XVI también aceptaron sin dudas el testimonio del Espíritu Santo en el corazón del pecador como el factor que demuestra la perfecta seguridad de nuestra salvación. Dicho testimonio se ha observado en las generaciones de todos los creyentes que han recibido la gracia de Dios por la Palabra predicada con base en los 66 libros canónicos de nuestras Biblias.

G. Conclusión. Llegamos al final de este tópico con una conclusión que debe tomarse en cuenta: los autores sagrados testificaron que estaban conscientes de la obra del Espíritu en sus vidas para la producción del canon apostólico. Sin embargo, ninguno de ellos da cuenta de alguna sugerencia acerca del orden que debería tener la sagrada colección del NT. Lo cierto de todo es que los cristianos podemos estar seguros de que Dios es el autor y preservador de su Palabra, y que pese a cualquier duda, el resultado ha sido la gloriosa unidad cuyo tema es la redención. Debe decirse siempre que el conjunto de estos 66 libros es la única, perfecta y completa revelación de Dios Padre para toda la humanidad. En palabras de Westcott, “Ninguna parte de las Escrituras puede ser cortada sin que se le haga un sensible daño a su unidad y a su riqueza” (La Biblia y la Iglesia, p. 118).

Quinta Parte



- I. ¿Es genuina y auténtica la Biblia?**
- II. Escritores, redactores y los manuscritos de la Biblia**
- III. Los rollos del Mar Muerto**
- IV. Versiones de la Biblia**
- V. La Biblia frente a la crítica racionalista moderna**
- VI. Apéndice**
- VII Bibliografía**

**“La preservación de la
Palabra de Dios es la
más grande batalla de
todos los tiempos. ¿De
qué lado estará usted,
hermano y amigo mío?”**

Texe Marrs
(Escriturista norteamericano)



¿ES GENUINA Y AUTÉNTICA LA BIBLIA

I. Definición de genuinidad

El Diccionario Salvat define así el término genuino: “lo que realmente pertenece a, o que procede de una fuente reconocida, origen, o autor; teniendo su origen o carácter en lo que se ve o demanda ser; y esto sin falsificación, engaño o adulteración. Un texto genuino es aquel del cual se sabe la fecha, la paternidad literaria, etc., dando a entender que tiene este propósito o que tiene el derecho a reclamarlo”.

II. ¿Cuándo es genuino un manuscrito o un libro?

Hay dos aspectos que se deben tomar en cuenta: (1) Cuando al ir al pasado se puede identificar al autor o autores y el tiempo en que la obra fue producida. En otras palabras cuando se reclama su autoría como cierta. (2) Cuando su contenido es el mismo en cada punto esencial como cuando el autor lo escribió. No hay ningún problema cuando el libro contiene el nombre del autor original. Siendo así decimos que esta es una evidencia positiva para estar seguros de lo genuino o autenticidad de un documento. En caso contrario, si el documento no tiene la autoría puede aplicarse la segunda parte.

III. ¿Es genuina y auténtica la Biblia?

Existen seis definidos pasos que nos ayudan a examinar qué tan genuina es la Palabra de Dios pese a que el texto ha tenido un recorrido aproximado de tres milenios y medio. Dichos pasos van desde el comienzo hasta nuestros días:

1. Los manuscritos originales (autógrafos).
2. Las antiguas versiones, 280 a.C. hasta el 870 d.C. (las que contienen el AT solamente, 280 a. C. al 200 d.C. y las que contienen los dos Testamentos, 150 al 200 d.C.).

3. Citas de los padres postapostólicos, 96 al 600 d.C. en adelante.
4. Copias de manuscritos, 250-350 hasta el año 1450 d.C.
5. Copias impresas de textos originales, 1477 hasta 1932 d.C.
6. Versiones modernas, desde el año 1380 hasta nuestros días. (Sociedades Bíblicas en acción).

Damos en este caso a las dos palabras un uso diferente para establecer dos significados. Cuando las dos palabras son aplicadas a la Biblia estamos haciendo otra pregunta: ¿Son fidedignos los documentos del Antiguo y del Nuevo Testamento? Si aplicamos las reglas científicas de la definición, decimos que los documentos bíblicos son genuinos porque en su gran mayoría contienen el nombre de sus autores y sabemos el tiempo aproximado en que fueron escritos. En otras palabras, su contenido esencial permanece inalterable desde su origen. Los manuscritos bíblicos son auténticos porque los hechos que relatan han sido comprobados por el propio Método Histórico Científico y la Crítica Textual.

La Biblia es un registro genuino de hechos históricos reales y verdaderos tal como consta en sus relatos. Esto igualmente puede decirse de su autoridad y origen con relación a la verdad doctrinal, ética y moral sobre Dios y los hombres. De lo anterior extraemos dos deducciones: (1) Un libro o manuscrito es falso cuando su contenido en relación con su autor es falso. (2) Un manuscrito o libro también es espurio cuando su contenido ha sido modificado o cambiado. Científicamente se ha comprobado que la Biblia está libre de estas dos consideraciones negativas.

IV. Credibilidad e integridad de la Biblia

El examen de aquellos términos nos lleva ahora a considerar la Credibilidad e Integridad de las Escrituras. La primera consiste en el derecho a que tienen de ser creídas y recibidas por su absoluta confiabilidad. En cuanto a la segunda, los bibliólogos también nos hablan de la integridad de las Escrituras. Hemos estado hablando de esto; sin embargo, sirva agregar lo que nos dicen dichos eruditos; según ellos, los documentos bíblicos que tenemos permanecen inalterados, auténticos y sin cambios sustanciales desde los manuscritos o copias originales.

ESCRITORES, REDACTORES Y LOS MANUSCRITOS DE LA BIBLIA

I. Escritores y Redactores del Antiguo y Nuevo Testamento

Al examinar la entrega de la Palabra de Dios en relación con el proceso de la tradición oral a la escrita, nos damos cuenta una vez más de la bella obra providencial del Señor para legar a su pueblo su voluntad escrita (Dt. 29:29). El libro del Génesis por ejemplo, está compuesto de un número de documentos muy antiguos (originalmente en tabletas de arcilla). Creemos que Moisés fue el redactor y el autor de los restantes libros del Pentateuco (de Génesis a Deuteronomio), y que en ambos casos fue guiado por inspiración divina.

Es importante señalar que desde los comienzos del origen de la Biblia ya existía un conocimiento claro de la santidad de estos libros, y que como libros divinamente autorizados fueron tratados con especial cuidado y respeto. El libro de la ley de Moisés (Pentateuco o Torah) fue cuidadosamente guardado junto al arca en el Tabernáculo de Dios (ver Dt. 31:24-26), y más tarde en el templo de Jerusalén (cf. 2 Rey. 22:8). Es muy posible que Josué mismo completó el libro de Deuteronomio escribiendo el cap. 34, y escribiendo su propio libro, unió esto con el llamado “Libro de la Ley” Lo que se nos dice en Josué 24:26, da a entender acerca del cuidado solemne y custodia especial del Sagrado Libro de la Ley.

La Biblia nos dice que otro gran escritor o compilador vino a continuar la obra escrita de la voluntad revelada de Dios: Samuel. Puso por escrito las leyes de la monarquía en un libro, y esto también lo colocó “delante de Jehová” (1 Sam. 10:25). Samuel es muy importante por su fundación de la Escuela de Profetas (1 Sam. 19:20), de la que posiblemente salieron muchos profetas que desempeñaron un importante papel en la escritura, desarrollo, colección y conservación de los libros santos.

Los profetas Natán y Gad han descrito la historia del rey David (1 Cr. 29:29), como primera de toda una serie de libros proféticos sobre la época de los reyes. De igual modo, los profetas Natán, Ahías e Iddo el vidente, describen la historia del rey Salomón (2

Crón. 9:29). Semaías e Iddo la del rey Roboam (2 Cr. 12:15). El profeta Jehú relata la historia del rey Ezequías (2 Cr. 32:32), otros profetas cuentan la del rey Manasés (2 Cr. 33:19), y también las historias de los últimos reyes fueron descritas en libros (2 Cr. 35:27).

Estos libros proféticos no son los libros que tenemos en nuestra Biblia e incluso se perdieron totalmente. Sin embargo, en las historias bíblicas sí se hace referencia a estos libros desconocidos, porque daban referencias más extensas de los gobiernos de estos reyes. Luego entonces, los libros bíblicos de Samuel, de Reyes y de Crónicas son resúmenes que muy probablemente fueron compuestos y redactados por profetas de los mencionados libros y más completos. Quizás sabemos incluso quiénes eran estos redactores: el gran profeta Jeremías, que ha escrito poco antes de y durante el destierro judío (s. VI a. C.). Se observa que el profeta Jeremías escribió mucho, como lo demuestran sus libros Jeremías y Lamentaciones y las menciones expresas en los mismos (cf. Jer. 30:2; 36:1, 2, 18; 45:1, 2; 51:60, 63). Además, el último capítulo de 2 Reyes concuerda profundamente con lo que Jeremías describe en Jer. 39-41 y 52. Durante el destierro el profeta Daniel disponía de los libros de Moisés y de los profetas, entre los cuales cita por nombre a Jeremías (Dn. 9:2, 6, 11).

Podemos percibir con claridad que “hombres de Dios” como Moisés, Josué, Samuel, Jeremías, y durante el destierro los profetas Ezequiel (13:9) y Daniel, se dieron a la tarea de escribir los propósitos de Dios. Y posterior al destierro, Esdras (6:18), Nehemías (9:14, 26-30; 12:23), Hageo, Zacarías y Malaquías, etc., realizaron trabajos de escritura sin interrupción, y así por varias generaciones, hasta llegar a la fijación del Canon del Antiguo Testamento. Frente a la escritura, desarrollo y canonicidad de los libros sagrados es importante lo que el Talmud babilónico hace notar: “Después de los últimos profetas Hageo, Zacarías y Malaquías, se apartó el Espíritu Santo de Israel.

II. Los Escribas (*Sopherim*)

Luego de escribir y juntar los libros del Antiguo Testamento, comenzó una nueva fase. Ahora lo más importante era transmitir, lo más fielmente posible, la Biblia hebrea a los descendientes tal como Dios lo había mandado. Vimos que los redactores del AT dieron prueba de profundo respeto por los libros santos, y a veces los conservaron en los lugares más santos. Estos redactores eran profetas; pero (quizá) el último de ellos —Esdras— era el representante de la clase sacerdotal que fue de un significado creciente para la Biblia. Esdras era sacerdote y escriba a la vez (Neh. 8:10). Se sabe que los escribas (“escritores”) eran de origen funcionarios políticos o jurídicos, con frecuencia ligados a palacio (cf. 2 Re. 12:10; 18:18; 1 Cr. 27:32). (*Merrill Unger’s Bible Dictionary*, p. 980). Después del destierro, los escribas desempeñaron un importante papel como copistas transcriptores, correctores, protectores y expositores de la ley (Esd. 7:6, 11). En el s. II a.C., la mayoría de ellos eran sacerdotes (cf. libro apócrifo = no bíblico, —pero sí antiguo— 1 Macabeos 7:12). Al parecer vivían juntos en familias y “gremios” (cf. 1 Cr.

2:55). Su tarea principal era trabajar de tiempo completo en el estudio y enseñanza de la ley, por lo que no se podían ocupar en otros quehaceres que les impidiera tan importante y descomunal tarea (cf. libro apócrifo Jesús, Sirach 38:25-39).

Estos escribas (*Sopherim*) fueron los fundadores de los cultos organizados en las sinagogas. En tiempos del NT, su tarea se había hecho triple (cuando ya no todos eran sacerdotes). Notemos algunas de sus funciones:

a. Guardaban y copiaban la “ley” (Biblia hebrea). Por ello eran los estudiosos de esa ley, y la defendían sobre todo cuando la clase sacerdotal quería introducir elementos equivocados. También transmitían acuerdos legales no escritos que habían nacido de sus esfuerzos por aplicar la ley de Moisés en la vida diaria. Pero en la práctica consideraban esta ley oral como más importante que la ley escrita (Mc. 7:5 ss.) y, por ello entraron en conflicto con Cristo.

b. Reunían discípulos en torno a sí para enseñarles la ley. Esto tenía lugar en el templo o en las sinagogas (Lc. 2:46; Jn. 18:20).

c. También eran llamados “doctores de la ley” o “maestros de la ley”. Estaban encargados del uso e interpretación de la misma como jueces en el Consejo Supremo judío: el Sanedrín (Mt. 22:35; Mc. 14:53; Hch. 4:5).

Tras la caída de Jerusalén, en el año 70 d.C., el papel de los escribas se hizo mucho más importante. Pusieron por escrito la ley oral (cf. anterior punto **a.**), y transmitieron muy fielmente las Escrituras Santas. Respecto a lo primero: la fijación por escrito de la ley transmitida oralmente condujo al origen del Talmud, junto a la Biblia el código judío más importante. El Talmud consta de dos partes: la Mishná, auténtica ley oral que se había desarrollado desde los días de Esdras, y que fue recopilada a fines del s. II d.C. por Rabbí Juda de Vorst; y la Gemara, comentarios rabínicos a la Mishná, del 200 al 500 d.C.

El Talmud es la fuente para la legislación judía religiosa y social, y es obligatorio para la fe y vida del judío ortodoxo. Para los cristianos es un libro interesante, porque arroja luz sobre cómo los judíos exponían el Antiguo Testamento y cómo ciertas partes del Nuevo Testamento han de ser entendidas.

Junto a esta configuración de las leyes judías, los “talmudistas” aun tenían una segunda tarea igualmente importante: la transmisión exacta de los santos libros (rollos). ¡Es casi inimaginable cuán minucioso sistema habían desarrollado los talmudistas para transcribir los rollos poco menos que perfectamente!

Por más que pueda sonar extraño, el extremo cuidado con que ocurría la transcripción explica asimismo por qué poseemos tan pocos antiguos manuscritos del Antiguo Testamento. Cuando un manuscrito era hecho según los preceptos mencionados, y el

resultado había sido controlado a fondo, entonces era considerado tan auténtico y de igual valor que la copia antigua. Si todas las copias eran idénticas, una mayor antigüedad entre las mismas no hacía a un manuscrito más valioso que otro; al contrario, un viejo manuscrito se estropeaba fácilmente. Y así, los viejos y dañados eran guardados en la gueniza —el cuarto trastero de cada sinagoga—. Los escribas judíos, a diferencia de lo que pudiera pensarse, consideraban los mss. más recientes los de mayor valor, no así los antiguos que eran depositados en el ‘cuarto de san Alejo’ o sótano de la sinagoga. Por lo demás algunos de los manuscritos que tenemos muy posiblemente provienen de la “gueniza”.

III. Los Masoretas

Los Masoretas (de *masora*, tradición) fueron doctos judíos los cuales fundaron nuevas escuelas de escribas entre los años 500 y el 1000 d.C. Trabajaron en dos centros: en Palestina y en Babilonia. Ellos no solo se ocuparon de la copia exacta del texto que habían legado o transmitido los *sopherim* o escribas del AT, sino también de la redacción y la estandarización del texto transcrito. Su tarea principal fue proveer de signos de puntuación y de vocales al texto santo. Llegó el instante en que el hebreo ya no era claro para otras generaciones como lengua de fácil conversación. El deseo de mantener el culto y la enseñanza de la Torah dentro de filas del judaísmo hizo necesario esa transformación. El resultado fue el Texto Masorético del Antiguo Testamento, un Texto de gran pureza y perfección. La calidad de dicho texto es tan exacta que la gran mayoría de versiones de la Biblia en el mundo obligatoriamente se cotejan con este modelo.

IV. Los manuscritos originales de la Biblia

¿Qué es un manuscrito? Es una composición literaria escrita a mano la cual difiere de una copia impresa. Un manuscrito original es aquel que, como literatura, es el primero en ser producido por el puño y letra de un autor. A este se le denomina autógrafo.

Ningún manuscrito original de la Biblia existe en la actualidad. Jamás se ha encontrado ningún ejemplar. Solo Dios sabe qué pasó con ellos. Dijimos antes que lo más probable es que se destruyeron con el paso del tiempo debido a que el papiro no es un material duradero. Puede decirse que yacen en el polvo sepultados por las noches de los tiempos.

Es bueno hacer aquí la pregunta que seguramente está en la mente del lector: ¿por qué Dios no hizo que los manuscritos originales fueran preservados? Se ha argumentado que Dios no quiso porque había la posibilidad que de ellos, los hombres hubieran hecho fetiches para adorarlos bajo diferentes formas de superstición (cf. 2 Reyes 18:4; Judas v. 9). Por otro lado, se ha dicho también que su preservación no fue necesaria. El pueblo de Dios desarrolló grandes técnicas de copiado. Los copistas o escribas (*sopherim*) que se contaban en un buen número, produjeron un caudal suficiente de copias hasta hacerlas

prácticamente inagotables. Así, el texto bíblico pudo llegar hasta nosotros después de muchas generaciones. Durante siglos, en la Iglesia del Antiguo Pacto cada manuscrito era conservado y preservado de las formas más inverosímiles que podamos imaginar. Es un hecho demostrado que desde Moisés (1500 a.C.) hasta el invento de la imprenta por Gutenberg (1455), pasaron 29 siglos en los cuales intervinieron las ágiles manos de los copistas o la escritura hecha a mano.

¿Resistirían nuestras actuales versiones una prueba de comparación si llegaran a descubrirse los manuscritos originales? Hay una respuesta uniforme para esto: sin temor a equivocarnos decimos que al comparar entre sí las actuales copias de los manuscritos de papiro, códices, rollos y las versiones modernas en cualquier idioma, con los mss. originales, notaríamos que las traducciones son correctas; a excepción de las variantes. Recordemos el 98.33% de pureza del actual texto. En realidad, todo esto es un milagro de la providencia divina. Todas las pruebas juntas no pueden sino hacernos pensar que la Biblia es realmente la Palabra de Dios por la forma como Dios la ha preservado a través de los siglos.

V. Reconocimiento de la época de un manuscrito bíblico

A. Antiguo Testamento. Ha sido muy difícil fechar los manuscritos del AT. Algunos han sido fechados por cálculos aproximados basados en el nombre y por las notas que los copistas añadían al margen, o por la fecha de una transcripción. Sin embargo, esto no ha sido muy seguro porque no todos los manuscritos poseen las mismas características.

B. Nuevo Testamento. Establecer la época o periodo en el cual se escribió un manuscrito del NT resulta más fácil. Algunas veces se ha calculado la época a partir de periodos históricos que realmente están más al alcance de los historiadores. Los entendidos en la materia han demostrado que siguiendo la tradición han llegado con relativa facilidad a la época. En otras ocasiones la época se ha calculado por la naturaleza de los propios materiales. Todo esto ha permitido las siguientes conclusiones:

(1) Las pieles generalmente fueron usadas para escribir durante el tiempo del AT; (2) los rollos de papiro se emplearon en la época en que se produjeron los originales de la Versión de los Setenta (LXX) o Septuaginta. (3) Los códices de papiro entre el siglo II y el IV d.C.; (4) la vitela y los pergaminos entre los siglos IV al VIII d.C.; (5) el papel de fibra, del siglo IX al XIII d.C.; (6) el papel que hoy conocemos, a partir del siglo XIV. No obstante, en el siglo XV la vitela todavía era preferida por varios copistas de las Sagradas Escrituras hasta que cayó en desuso.

El tamaño y la forma de las letras también ayudan a determinar la época de un manuscrito. En cuanto al tipo de letra que contienen, se dividen en dos clases: (1)

Manuscritos Unciales cuya escritura se hacía toda en letra mayúscula; (2) Manuscritos Minúsculos por estar escritos en letra minúscula. Los expertos también toman en cuenta la puntuación, las divisiones textuales, la ornamentación, el color de la tinta y del pergamino.

VI. La preparación de manuscritos durante el AT

Los manuscritos del Antiguo Testamento son de dos clases: (1) Sagradas Copias o “rollos de la sinagoga”; (2) Copias privadas o comunes. Los primeros eran leídos en las sinagogas durante el culto; los segundos eran para lectura personal del pueblo. El Talmud, gran comentario de los rabinos judíos acerca de sus tradiciones y de la ley oral nos dice lo siguiente en cuanto a cómo se preparaba un manuscrito o rollo del AT:

A. El pergamino debía ser la piel de un animal limpio; y solamente un judío podía prepararlo.

B. Cada columna de escritura no debía tener menos de 48 líneas y no más de 60 líneas. Generalmente se le hacían renglones a toda la hoja de pergamino; si por algún caso tres palabras se salían de los renglones la copia era considerada inservible.

C. La tinta no podía ser de otro color sino negra. Era preparada en un recipiente especial.

D. Ninguna palabra o letra podía ser escrita de memoria. Todo escriba debía tener una copia frente a sus ojos, y leía cada palabra en voz alta antes de escribirla.

E. Reverentemente debía limpiar la pluma cada vez que fuera a escribir la palabra “Adonai” (Dios Todopoderoso); y se bañaba todo el cuerpo como señal de pureza cada vez que iba a escribir la palabra “Jehová”, para que el nombre santo no fuera contaminado.

F. El escriba judío debía tener en cuenta las estrictas reglas que habían sido formuladas en relación con las formas y tamaños de las letras, el espacio, palabras y secciones, el uso de la pluma y el color del pergamino.

G. Al finalizar la escritura de un rollo, su revisión debía hacerse dentro de los siguientes 30 días. Si esto no se hacía, el rollo era considerado sin valor.

H. Cada letra y palabra eran contadas; si una letra había dejado de escribirse, o si contenía una de más, o si una letra estaba unida con otra, el manuscrito se consideraba inservible. Hay razón para pensar en lo que quería decir el apóstol Pablo cuando en su

carta a los romanos escribió: ¿Qué ventaja, tiene, pues, el judío? ...Mucho, en todas maneras. Primero, ciertamente, que les ha sido confiada la Palabra de Dios”. (Rom. 3:1, 2).

Al lector crítico puede darle la impresión de que estas reglas eran extremismos absurdos. Sin embargo, aquel excesivo cuidado y reverencia nos motiva a dar gracias a Dios por la forma como su antiguo pueblo tomó en serio la preservación del Depósito Sagrado que el Señor le había confiado evitando su corrupción.

VII. La preparación de manuscritos del Nuevo Testamento

Las hojas de papiro sobre las que originalmente se escribieron los libros del NT eran de escasa calidad, hecho por el cual se deterioraron rápido. Durante los tres primeros siglos se prepararon bastantes copias. Pero, cuando vino la persecución de Diocleciano (303 d.C.) muchas de estas copias fueron destruidas por el fuego. Muchos cristianos que escaparon de la muerte, llevaron consigo varios ejemplares preservándolos en escondrijos seguros. De esta manera, sobrevino una abundancia de nuevas copias. Estas suplieron las necesidades de lectura de las diferentes iglesias que por todo el Imperio se multiplicaron. Poco después, el papiro fue reemplazado por la vitela para hacer copias del NT.

VIII. La preservación de los manuscritos

A. En el Antiguo Testamento. Haciendo un repaso de los tiempos bíblicos del AT podemos darnos cuenta del gran cuidado y celo del pueblo judío para preservar sus Escrituras Sagradas. Existen varios períodos:

(1) Desde los tiempos de Moisés, las ordenes divinas para escribir su Palabra por parte de levitas escribas o copistas, conllevaron su preservación (Ex. 17:14; 34:27; Núm. 33:2; Is. 8:1; Jer. 25:13; Dn. 12:4, Hab. 2:2; etc.). Es importante señalar que desde el inicio de los libros santos existió un conocimiento claro de su santidad, y que, como libros divinamente autorizados, fueron tratados con especial cuidado y respeto. El libro de la ley de Moisés (Pentateuco o Torah) fue cuidadosamente guardado junto al arca, el santo testigo en el tabernáculo de Dios (Dt. 31:24-26) y más tarde en el Templo de Jerusalén (2 Rey. 22:8). Samuel es importante porque dirigió una escuela de profetas (1 Sam. 19:20) de la que posiblemente salieron muchos profetas que desempeñaron un papel crucial en el desarrollo de la colección de los libros santos. Los profetas de los tiempos de los reyes hicieron otro tanto. Y así, hasta la Gran Sinagoga.

(2) Al final del cierre del canon del AT nos dimos cuenta del buen trabajo de la llamada “Gran Sinagoga” a manos de Esdras, Nehemías, Hageo, Zacarías y Malaquías.

Ellos creyeron en que la divina colección de libros inspirados del AT debían ser puestos en forma de “Biblia” (biblioteca). En aquellos días los libros no fueron copiados extensamente, lo cual nos conduce a creer que no existía el peligro de los errores al hacer copias. Pese a todo, existe la tradición de que dichos escribas poseían un manuscrito básico por el que comparaban las demás copias.

(3) Durante los días de Cristo los correspondientes partidos judaicos sostenían que Moisés había recibido los libros de la Ley directamente de Jehová; a su vez, Moisés se los entregó a Josué; de Josué pasaron a los ancianos, y de ellos a los profetas, y de los profetas a los hombres de la Gran Sinagoga, y de la Gran Sinagoga pasaron a las familias de los escribas. Todo se hacía con gran reverencia, santidad y cuidado. En torno a lo anterior, el autor judío Flavio Josefo (95 d.C.) escribió: “...la clase de fe que hemos puesto en nuestros propios escritos se evidencia por nuestra conducta, pues aun cuando ha pasado muy largo tiempo, nadie se ha atrevido a añadirles algo, o a suprimirle algo, ni alterarlos en manera alguna” (Contra Apión).

(4) El mismo sentimiento de preservación de los mss. continuó durante el período del Talmud (300 a.C. hasta el año 500 d.C.) y el período de los Masoretas (500 al 1000 d.C.).

B. En el Nuevo Testamento. Después que Constantino aceptó la tolerancia del cristianismo (s. IV) empezaron a multiplicarse las copias con más rapidez. Esta calma tuvo a bien dar un fruto especial: el monasticismo de los siglos V y VI. Creemos que fue providencial la actuación de los monjes escribas y líderes copistas que sobresalieron entre ellos. Su obra fue prodigiosa porque llegaron a producir cantidades de copias del NT hasta el tiempo de la invención de la imprenta por Gutenberg en 1450. Miles de ellas se pusieron en circulación.

Aunque los monjes copistas no observaron las estrictas reglas de los copistas judíos, con todo, muchos de ellos fueron fieles poniendo gran cuidado y haciendo que el texto del NT se conservara casi perfecto. Sin embargo, se presentaron notables excepciones. Durante la Edad Media hubo monjes iletrados o ignorantes que pusieron poco cuidado en el copiado de los manuscritos. Esto dio como resultado que muchos mss. resultaran imperfectos con errores de transcripción fácilmente detectables al ojo de los entendidos. Pese a esto, los mejores manuscritos del NT contienen un texto fiel, genuino y auténtico. En palabras de F. F. Bruce “Si el NT fuera una colección de escritos seculares, su autenticidad sería aceptada generalmente sin sombras de dudas de ninguna especie. Es un hecho curioso que muy a menudo los historiadores se muestran más dispuestos a confiar en la veracidad del NT que muchos teólogos” (Op. cit. en *¿Son Fidedignos los Documentos del Nuevo Testamento?*, Caribe, 1973, p. 15).

Siglos más tarde, (XVIII y XIX) todavía la ignorancia recurrente de muchos monjes llegó al grado de destruir o arrojar a la basura como cosa inútil muchos valiosos mss. Justamente, en el siglo XIX, en un tarro de basura del monasterio de Santa Catalina (Egipto) el biblista alemán Constantin Tischendorf halló el Códice Sinaítico. De este Códice se hablará más adelante.

MANUSCRITOS, PAPIROS, LECCIONARIOS E INSCRIPCIONES DEL ANTIGUO Y NUEVO TESTAMENTO

I. Generalidad sobre el tema de los manuscritos bíblicos

A. *Ni tan numerosos ni tan antiguos.* Resultan ser así los manuscritos existentes del Antiguo Testamento. Los eruditos en la materia han dicho que hay más de 1300 años entre la fecha de la terminación del último libro del AT (424 a.C.) y la fecha que se ha atribuido para el mss. más antiguo del AT (916 d.C.).

B. Causas de la escasez de los mss. del AT. Hay varias causas:

(1) Las apostasías y persecuciones de reyes infieles como Omri, Acab, Manases y Amón hicieron que los mss. fueran tenidos en poco. La caída y captura de Jerusalén bajo Nabucodonosor (605-586 a.C.); las persecuciones contra los Macabeos a cargo de Antíoco Epifanes (170-175 d.C.) y la destrucción de Jerusalén por el general romano Tito (año 70 d.C.) contribuyeron a la destrucción de muchos mss. Del mismo modo, la revuelta bajo Bar Cochba (132-135 d.C.), las persecuciones de los emperadores romanos, los disturbios de varias clases que afectaron a los judíos tuvo como resultado la búsqueda y destrucción de valiosos mss.

(2) La tenacidad y el celo judío para atesorar sus escritos sagrados llegaron hasta el extremo de que cuando había un ms. mutilado o gastado, o por contener algún ligero error de copia, era considerado inútil. El ms. era reverentemente quemado o consignado a una bodega (una especie de cuarto de San Alejo). Se trataba de un lugar oculto o especie de cementerio de mss. dentro de las sinagogas. El propósito, según nos cuenta el Talmud, era para que no cayera en las manos de los gentiles.

(3) Hoy sabemos que el texto hebreo fue unificado o normativizado mediante el uso de las vocales por los masoretas (500-1000 d. C.). La escasez de los antiguos mss. se ciñe al hecho de que a partir del año 500 d.C. las copias que no siguieran el orden masorético fueron destruidas.

C. Número de copias. Existen más de 1700 copias de mss. del AT. Algunos son fragmentos, otros son más largos. Pero solo unos pocos contienen todo el Antiguo Testamento. Veamos a continuación cuáles son los mss. más antiguos (algunos completos) del AT:

II. Copias de Manuscritos del Antiguo Testamento

A. El Códice de Leningrado o “Códice babilónico”. Contiene los últimos profetas (Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel y restantes profetas menores. Ha sido fechado como el más antiguo, 916 d. C. Se encuentra en la Librería Real de Leningrado (Rusia). Está escrito en vitela a tres columnas de 21 líneas en cada página.

B. El manuscrito de Crimea. De acuerdo con algunos entendidos, es posiblemente el más antiguo ms. que contiene todo el Antiguo Testamento. Está fechado en el año 1010 d.C., pero su fecha todavía es disputada. Se encuentra en la Librería Real de Leningrado.

C. El Manuscrito del Pentateuco u Oriental. Denominado así por contener los primeros cinco libros del AT, algunos creen que es más antiguo que el códice de Leningrado (cerca del 820-850), pero su fecha no es segura. Fue escrito en vitela en forma de libro. Se encuentra en el Museo Británico de Londres.

D. Fragmentos de papiro. Entre los papiros más famosos está el Papiro Nash. Se le conoce así porque fue encontrado en Egipto por W. L. Nash en 1902. Se trata de un escrito en hebreo, probablemente una copia de antes del tiempo de los masoretas. Consiste en cuatro fragmentos en donde se puede leer el Shema Israel de Deuteronomio 6:4-9 y los Diez Mandamientos. Fue traído de Egipto hace ya varios años y está en una biblioteca privada. Su fecha, de haberse copiado se ha calculado en el año 150 d.C.

E. El Texto Masorético o Texto Hebreo. Anteriormente (Cap. 28, III) estudiamos lo relativo al importante trabajo de los masoretas judíos. Debemos decir algo más ahora en relación con este texto que contiene todo el Antiguo Testamento. El texto hebreo del AT —a Dios gracias— nos ha sido transmitido intacto, de manera tal que lo podemos verificar hasta el siglo n d. C. Los descubrimientos de Qumrán han permitido establecer la increíble exactitud de transcripción hasta el siglo n a. C. Aarón ben Moisés ben Aser, que vivió en el siglo X d. C., preparó siguiendo la minuciosa tradición de los escribas

que estudiamos antes (véase las reglas), una edición fiel al original. Los entendidos nos dicen que todos los mss. Occidentales provienen de esta obra, cuya exactitud ha merecido los más grandes elogios. Los mss. que han llegado hasta nosotros (los vistos arriba) son de pergamino; pero algunos que provienen de Oriente, son en cuero.

III. Copias de los manuscritos del Nuevo Testamento

En la actualidad existe un gran número de copias de mss. del NT. Hay más de 5000. La gran mayoría han sido analizados y enumerados. Están divididos en cuatro clases: manuscritos unciales (mayúscula), minúscula, papiros y leccionarios. Por ahora veremos las dos primeras divisiones; reservaremos las otras para el siguiente capítulo.

A. Manuscritos Unciales. Hemos estado hablando del gran cambio social, político y religioso que se operó en el siglo IV con el emperador Constantino. Estudiamos el caso de las 50 copias de los mss. bíblicos que mandó a reproducir para las iglesias de Constantinopla, tarea que estuvo a cargo de Eusebio (265-339 d. C.), obispo de Cesárea. Algunos eruditos, con buen fundamento, han demostrado que durante este tiempo fue cuando se produjeron los Códices Alejandrino, Sinaítico y Vaticano respectivamente. Es lógico suponer que ya existía un texto griego que tuvo que servir de base a Eusebio para la realización de dichas copias. Este más antiguo texto debe ser el Texto Mayoritario o Bizantino, familia a la cual también pertenece el Textus Receptus del renacentista Erasmo de Rotterdam. Asimismo dijimos que se llaman unciales porque los mss. fueron escritos en letras mayúsculas. Se conocen cerca de ciento setenta de estos unciales. De aquellos, solo el Sinaítico contiene completo todo el Nuevo Testamento. Los demás han sido considerablemente mutilados y alterados, y ya no son confiables como el Texto Mayoritario o Bizantino. Es lamentable que muchos de los modernos biblistas y traductores hayan puesto de lado a esta gran familia de manuscritos del texto griego, también conocida como Siria y a cambio, han preferido la familia de textos griegos conocidos como Alejandrinos mucho más tardíos). Pese a todo ello, varios de estos mss. contienen la mayor parte del NT. Veamos un somero análisis de los más importantes:

1. El Códice Sinaítico. Se cree que fue escrito en la primera mitad del siglo IV (340 d.C.), sino antes. Se trata del manuscrito que descubrió el biblista alemán Constantin Tischendorf en el año de 1844 en el convento de Santa Catalina, Monte Sinaí. Durante su recorrido por el convento notó que en una cesta había unos papeles viejos e interesantes. Habían sido arrojados allí por los monjes como material inútil. Al examinarlos detenidamente resultaron ser páginas en vitela escritas en griego. Tischendorf se llevó la mayor sorpresa cuando descubrió que se trataba de un manuscrito de la antigua Versión de los Setenta (LXX). Encontró 43 hojas. Luego supuso que podría encontrar las demás; pero buscó en vano. Regresó en 1859; de

inmediato entabló diálogo con el mayordomo del convento acerca de la mencionada versión bíblica. Sorprendido por la conversación, el mayordomo le dijo que poseía otra cantidad de vitelas que había traído mucho antes al convento. De nuevo, la providencia estaba a favor del biblista europeo porque el ejemplar que trajo el mayordomo resultó ser el resto de hojas del manuscrito. Al examinar sus páginas Tischendorf se dio cuenta de que tenía en sus manos un valioso documento bíblico. Luego de largas negociaciones internacionales, lo obtuvo la Biblioteca Imperial de San Petesburgo (Leningrado). Allí permaneció hasta 1933, año en que fue vendido por los rusos al Museo Británico por la suma de Cien Mil Libras esterlinas. Contiene parte del Antiguo Testamento (199 hojas) y todo el Nuevo; incluye los apócrifos, la epístola de Bernabé y el Pastor de Hermas. Fue escrito en lenguaje griego. Respecto al NT presenta las siguientes omisiones: Mc. 16:9-20; Jn. 7:53; 8:11. Las 43 hojas que obtuvo Tischendorf en su primera visita se hallan en la Universidad de Leipzig.

2. El códice Vaticano. La fecha de su escritura ha sido calculada en el siglo IV (325 o 350 d.C.). Se desconoce su historia. Hay evidencias de que pudo ser producido en Egipto o Cesárea. Históricamente se sabe que apareció en la librería del Vaticano en el año 1481. Algunos sostienen que fue llevado a Roma en 1448 por el papa Nicolás V con motivo de la fundación de la Librería del Vaticano. En el año 1533 el célebre Erasmo de Rotterdam quiso estudiarlo, pero el Papa no se lo permitió. En 1809 Napoleón capturó al Papa junto con todo el Colegio de Cardenales llevándolos a París. Curiosamente allí también apareció el manuscrito. Después de la devolución del documento a Roma, a los biblistas alemanes Tischendorf y Tregelles, se les permitió verlo por espacio de 4 a 6 horas diarias durante 8 o 15 días. A nadie se le permitía introducir plumas, papel o tinta para que no se hicieran copias. El ms. fue guardado secretamente hasta que en el año de 1868 las autoridades papales sacaron una edición del NT seguida por otra del Antiguo. No obstante, entre 1899-90 bajo los auspicios del papa León XIII, la prensa vaticana publicó un facsímil fotográfico de todo el ms. facilitando que los eruditos y las principales bibliotecas del mundo tuvieran una copia. Su contenido consta del Antiguo Testamento (traducción de la LXX), los apócrifos, excepto los libros de los Macabeos y la oración de Manasés; contiene el Nuevo Testamento. Presenta las siguientes omisiones: Gén. 1:46-28; 2 Reyes 2:5-7, 10-13; Salmos 106:27-138:6; Mc. 16:9-20; Jn. 7:53-8:11; Heb. 9:14. Tampoco tiene la carta a Filemón y el Apocalipsis.

3. El Códice Alejandrino. Se llama alejandrino porque se supone que se escribió en dicha ciudad egipcia; pero también porque fue llevado por Cirilo Lucas, patriarca de Constantinopla en 1621. Posteriormente, en 1624 Lucas lo entregó a Sir Thomas Roe, embajador inglés en Turquía; y este, a su vez, quiso entregarlo al rey Jaime I de Inglaterra. Pero el rey Jaime murió sin ver el manuscrito, hecho por el cual después le

fue entregado a su sucesor el rey Carlos I en 1627, colocándolo luego en la Biblioteca Real. Pero en 1757 Jorge II abrió esta biblioteca a toda la nación británica permitiendo luego su traslado a la Biblioteca Nacional del Museo Británico (Londres). Entre 1879-1883 se hicieron copias para los grandes biblistas interesados. Algunos de ellos declaran que este fue uno de los primeros manuscritos unciales empleado para cotejar otros mss. que han servido de base para las versiones modernas de la Biblia conocidas hoy en muchos idiomas.

Su contenido es como sigue: todo el AT con los apócrifos. También tiene el NT. Incluye la carta 1 y 2 de Clemente y los Salmos de Salomón. Fue escrito en lenguaje griego. La fecha de su escritura ha sido calculada en el siglo V (450 d.C.). Contiene omisiones en el libro del Génesis: 14:14-17; 15:1-5, 16-19; 16:6-9. Falta 1 de Reyes 12:18-14:9, una hoja; y Salmos 49:19-79:10, nueve hojas. También Mateo 1:1-25; Jn. 6:50-8:52; 2 de Corintios 4:13-12:6.

4. El Códice de Efraim o Efraimita. Se supone que igualmente fue escrito en Alejandría (Egipto). Cuando los mss. en griego empezaron a tener cabida en todo Occidente, John Lascaris lo llevó a Italia en el año 1500. Antes de su muerte, Pietro Strozzi se lo había comprado junto con su librería. Curiosamente el ms. pasó a manos de la malvada mujer Catalina de Médici, deseando leer los sermones de Efraim. Se casó con el rey de Francia, por lo que a su muerte el ms. fue puesto en la Biblioteca Nacional de París, lugar en que actualmente reposa. A finales del siglo XVII un estudiante de la Biblioteca afirmó que podía ver una escritura detrás de la letra de los sermones de Efraim. Las investigaciones probaron que era cierto, y la escritura resultó ser una muy antigua copia del griego bíblico o *koiné*. En 1834 mediante una prueba química el ms. fue restaurado, pero quedó visiblemente manchado. En 1840 Tischendorf presentó el texto de mejor manera siendo el primero en leer las entrelineas con éxito. Entre 1843-45 lo editó publicándolo para todo el mundo. Contiene el Antiguo y el Nuevo Testamento en lenguaje griego. El año de su escritura ha sido fechado en el siglo V (450 d.C.). Contiene las siguientes omisiones: falta todo el AT excepto Job, Proverbios, Eclesiastés, Cantares; contiene los apócrifos como el Eclesiástico, Sabiduría de Salomón; del NT tiene 2ª de Tesalonicenses, 2ª de Juan y partes de otros libros del Nuevo Testamento.

5. El Códice Beza. Escrito probablemente en Francia, quizás en Lyon. La Iglesia de Francia había sido fundada por misioneros de Asia Menor quienes hablaban el griego, y con el pueblo en latín. En 1562 el ms. fue encontrado en el Monasterio de San Ireneo en Lyon por Beza, uno de los reformadores, sucesor de Calvino. En 1581 Beza lo donó a la Universidad de Cambridge, Inglaterra, allí se encuentra actualmente. Este ms. es bilingüe: tiene una columna en griego y otra en latín. La universidad lo dio a conocer al

mundo posteriormente en 1899. Contiene Los Evangelios, 3ª de Juan 11-15 y los Hechos de los Apóstoles. El resto está omitido.

6. El Códice Claromontanus. Su origen está localizado en Italia. Fue hallado por el citado reformador Beza en el Monasterio de Clermont, Francia, de ahí su nombre. Beza lo utilizó para la edición que preparó del Nuevo Testamento griego (1582). Luego de su muerte el ms. pasó a manos privadas; pero en 1656 fue comprado por el rey Luis XIV para la Biblioteca Nacional de París donde permanece actualmente. En 1852 fue editado completo y publicado por Tischendorf. Su contenido es como sigue: las epístolas de Pablo incluyendo la carta a los Hebreos. Omisiones: (en griego) Romanos 1:1-7,27-30; 1 Corintios 14:13-22. (Latín) 1 Corintios 14:8-18; Hebreos 13:21-23.

7. El Códice Washington. Fue comprado en 1906 en el Cairo, Egipto por C. L. Freer, comerciante de Detroit, Michigan. El profesor Sanders de la Universidad de Michigan lo editó por partes a manera de facsímiles: el Antiguo Testamento primero; luego Deuteronomio y Josué en 1910; y los Salmos en 1917. El citado profesor lo fechó en el siglo V d. C. Pero otros lo han ubicado en los siglos VI o VII. Luego publicó partes del Nuevo Testamento: los Evangelios en 1912; epístolas paulinas en 1918. En la actualidad se encuentra en la Biblioteca Smithsonian de Washington.

8. El papiro Chester Beatty. Hasta antes de los descubrimientos de Qumrán, en las cercanías del Mar Muerto, era este el más importante hallazgo de cuantos mss. se conocían. En 1931 el señor Chester Beatty, de Londres, anunció que había comprado en Egipto una colección de papiros los cuales atrajeron la atención de los bibliólogos de todo el mundo. En realidad se trata de una colección de un grupo de doce porciones de papiro y códices manuscrito. Contiene 3 porciones del Nuevo Testamento y 8 del Antiguo, así como una parte del libro apócrifo de Enoc y una homilía cristiana. Estos papiros son considerados de extrema importancia debido al aporte que ha hecho a las ciencias bíblicas y la facilidad que ofrece para comparar los restantes códices. Las partes del Nuevo Testamento han sido fechadas en el siglo m (250 d.C.); y el Antiguo en el siglo n (150 d.C.).

B. Manuscritos Cursivos o minúsculos. Los mss. unciales se empezaron a producir entre los siglos III al X d.C. Pero, a partir del siglo VIII se empezó a notar algunos sobrepuestos en letra minúscula. Cuando los libros códice empezaron a multiplicarse fue necesario economizar tiempo y espacio. Esta es la razón por la cual surgieron los mss. en minúscula o cursivos. Puede decirse que los unciales cedieron ante los de minúscula. No se sabe cuántos realmente existen en minúscula. Algunos calculan que existen hasta 3000. Los entendidos han detectado que hay 46 mss. minúsculos que contienen todo el Nuevo Testamento. Otros contienen solo secciones de los Evangelios

o las epístolas, ya sean las Generales o las Paulinas. El valor de estos mss. es inferior a los unciales debido a que son más tardíos. Sin embargo, según algunos, lo importante no es su fecha de copia, sino la fidelidad de su transcripción. Y en esto, varios de estos mss. son fieles, y casi, puede decirse, en algunas ocasiones son mejores que ciertos unciales. Muchos de estos se encuentran en el Museo Británico de Londres.

IV. El Texto Mayoritario y el Texto Minoritario del Griego del Nuevo Testamento

A. El Texto Mayoritario. Llamase “Texto Mayoritario” a la gran mayoría de manuscritos, leccionarios y escritos tanto unciales como cursivos que coinciden generalmente entre sí en las diferentes lecturas del Nuevo Testamento. Se ha calculado que el gran conjunto de dichos manuscritos proviene del siglo II d. C., y el copiado o reproducción de estos textos griegos se hizo hasta el año 1500 d. C. Su característica es que siguen una lectura uniforme en cuanto al contenido del NT. Esto es atestiguado por el propio Kurt Aland, coautor junto con Eberhard Nestle del texto griego moderno, un texto cuya base es el trabajo del texto griego de Wescott y Hort (1881).

Otro gran especialista, el decano J. W. Burgon, eminente escriturista, dio a conocer su trabajo en el pasado siglo demostrando que al cotejar estos mss., el resultado fue más que sorprendente al notar la coincidencia de las diferentes lecturas. Llamó a este texto, el “Texto Tradicional”. El Texto Mayoritario también se denomina Texto Sirio o Bizantino, y el conjunto de estos mss. se reconocen por la letra griega K (*Kappa*). Otros le denominan “Texto Común”. Con base en estos textos Casiodoro de Reina tradujo el Nuevo Testamento al español (la Biblia entera fue publicada en 1569), versión que conocemos históricamente como la Biblia del Oso. Asimismo, para el mundo de habla inglesa, la King James Versión (Versión del Rey Jacobo VI de Escocia y I de Inglaterra, publicada en 1611), también se basó en el Texto Mayoritario para traducir el NT. No olvidemos que esta importante Biblia, la mejor hasta hoy en idioma inglés, fue el fruto de un hombre que sufrió mucho al querer dar al mundo la Palabra de Dios: el reformador inglés William Tyndale (1494-1536).

B. El Texto Minoritario. Por su parte, llamase Texto Minoritario del Nuevo Testamento a todos aquellos mss., de fecha más tardía (siglo IV d. C.) y que componen solo aproximadamente un 2% de los aproximadamente cinco mil mss. del NT. También reciben el nombre de Manuscritos Alejandrinos. Según los mismos críticos textuales (muchos de trasfondo liberal), el cotejo de estos mss., presenta un problema, y es que no coinciden lo suficiente o tienen grandes desacuerdos entre ellos mismos. A la familia Alejandrina de mss. pertenecen el Códice Vaticano, el Sinaítico, el de Beza, el Papiro 75 y muchos otros, así como las distintas versiones que han sido barnizadas con estos textos.

A partir de 1881, cuando Wescott y Hort dieron a conocer su Texto Griego Moderno, se basaron para su trabajo, no el Texto Mayoritario, sino en el Minoritario. Es decir, se hizo prevalecer el 2% de los mss. por encima del 98% de los mss. griegos del Nuevo Testamento hasta ahora existentes. Hay que decir que las versiones modernas de la Biblia, tanto católicas como protestantes, han sido traducidas según el Texto Minoritario desechando el Mayoritario. Estoy convencido que esto no es bueno para la causa del Evangelio de Cristo en la Tierra. (Para los lectores que deseen ampliar esta temática pueden consultar la obra de Gail Ripplinger, *New Age Bible Versions*, A.V. Publications, Virginia, USA, 1997).

C. El Texto Mayoritario y el *Textus Receptus* de Erasmo de Rotterdam en los días de la Reforma del siglo XVI. El período histórico conocido como El Renacimiento, trajo consigo un inusitado y positivo descubrimiento del idioma griego. Un gran interesado en la verdad de la Biblia fue el célebre humanista holandés Desiderius Erasmus de Rotterdam (1466-1536). Fue el primero en publicar una edición impresa del Nuevo Testamento Griego en 1516. Con solo cinco manuscritos que tenía a su disposición, elaboró su texto para ganarle la carrera al obispo de Toledo, España, Francisco Jiménez de Cisneros (1436-1517), quien había anunciado la publicación de la Biblia Políglota Complutense, la que en efecto publicó en 1522. Pero lo importante de todo esto fue que el mundo de entonces ahora podía leerla Palabra de Dios en los idiomas originales en que se produjo el Nuevo Testamento desde la segunda mitad del siglo I d. C.

Otro rasgo destacable es que los mss. que empleó Erasmo para la producción de su Texto Griego eran de la familia bizantina o Siria, o Texto Mayoritario. Fue por eso que dos editores holandeses, los hermanos Elzevir de Leyden, colocaron en el prefacio la impronta de que se trataba del *Textus Receptus* (o Texto Recibido), queriendo decir con esto que se trataba de aquel texto griego que había prevalecido en la iglesia cristiana por más de 1500 años. Las copias que Erasmo empleó, aunque eran pocas, (muy posiblemente no significa que en aquellos días no hubiera más) eran una selección debido a que se sabía que representaban la exactitud de la Palabra Sagrada; en otros términos, la línea de transmisión del texto había sido guardada con celoso cuidado.

V. Papiros

En el año 1890, el notable egiptólogo Sir Flinders Petrie inició excavaciones sistemáticas en busca de papiros. Esto resultó en importantes descubrimientos. No halló exactamente documentos bíblicos, pero sí descubrió más de diez mil mss. y fragmentos de todo tipo consistentes en su mayor parte de cartas, facturas recibos, certificados, calendarios, memorias y diarios. Se trataba del más grande descubrimiento de papiros en la historia. Sin embargo, “la nueva era de los descubrimientos de papiro” perteneció a dos estudiantes bíblicos, los doctores Grenfell y Hunt de Oxford, Inglaterra.

Empezaron excavaciones en un basurero de Oxyrincho y otros lugares de Egipto. Allí, hallaron grandes cantidades de documentos de varias clases los cuales abarcan un período del siglo I al X d. C.

Algo sensacional ocurrió en el año 1900. Mientras Grenfell y Hunt estaban cavando, otro grupo de hombres permanecían en un cementerio de momias de cocodrilos sagrados. Uno de los obreros, al parecer molesto y lleno de ira por la infructífera labor, repentinamente lanzó una piedra contra uno de los cocodrilos disecados, y para sorpresa de todos, se halló que la momia estaba rellena de papiros. Las demás también lo estaban. En montones de escombros sepultados en la arena, en villas cercanas a aquella población encontraron más papiros; sumados todos los hallazgos resultaron toneladas del precioso material. Son estos los comienzos de los descubrimientos de los papiros del Nuevo Testamento. Entre aquellos hay uno titulado “Los Dichos de Jesús”, el cual ha despertado hondos análisis teológicos y exegéticos de las Escrituras.

Desde el punto de vista bíblico su utilidad es grande. Por su antigüedad, han sido fechados en el año 100 d.C. Su contenido está muy cerca del texto de los principales códices bíblicos alejandrinos que estudiamos antes. En otras palabras, el texto que utilizaron los cristianos egipcios descubierto en aquellos papiros, es el mismo que hoy usamos nosotros; esta es una excelente garantía que nos indica que los cristianos de todos los siglos han estado leyendo el texto bíblico. Estos papiros han servido como referencias para las diferentes traducciones modernas de la Biblia en casi todos los idiomas del mundo. Han sido unas fuentes de inspiración para todo el que ha querido estar seguro del texto que actualmente tenemos en la Biblia; especialmente para el que requiere saber que su fe cristiana no cuelga en el vacío, sino que tiene profundas raíces en la historia.

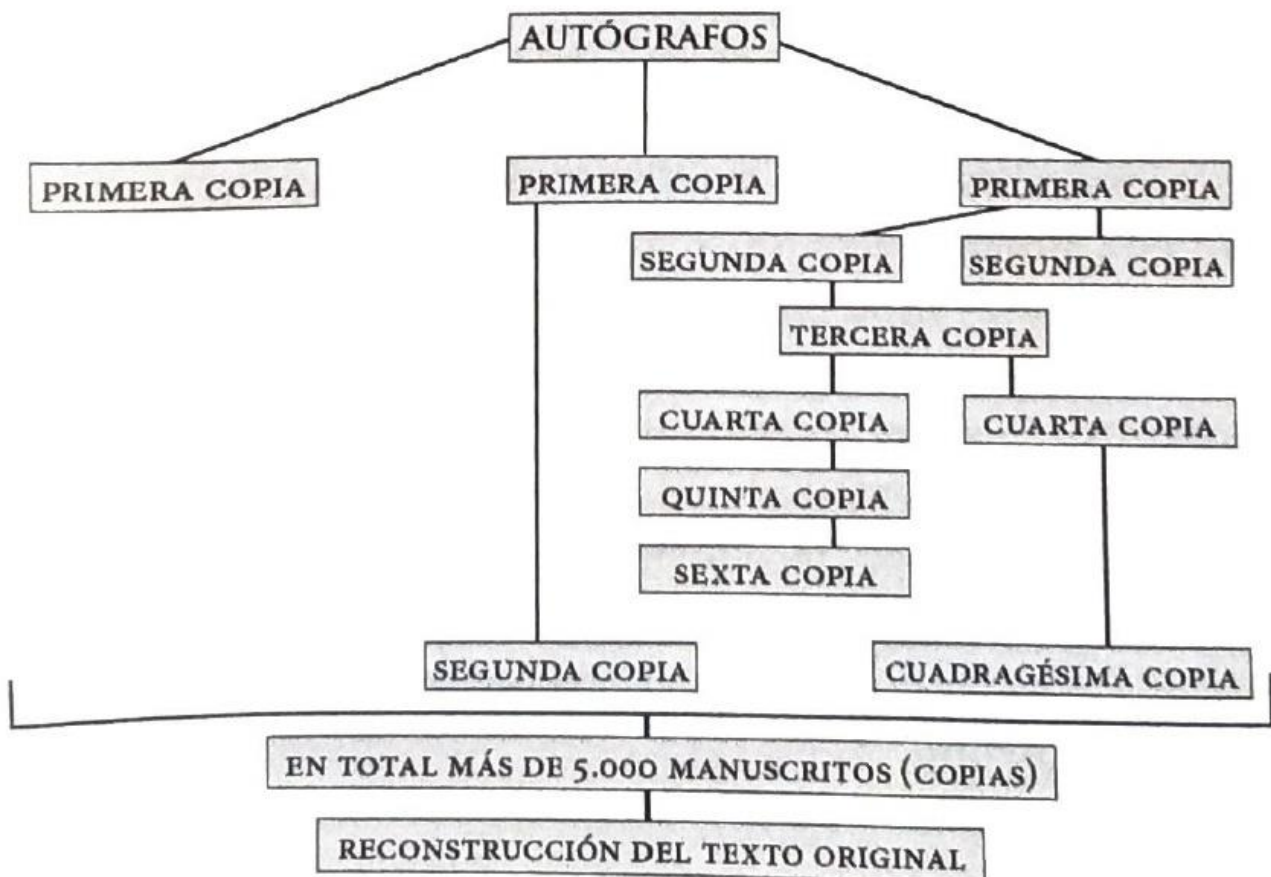
Los descubrimientos de los papiros han sido clasificados en tres clases: (1) Literarios; refiérese a aquellos papiros que contienen textos de autores clásicos como Homero, Platón, Aristóteles, Demóstenes, Lisias, Polibio y otros. (2) Bíblicos y teológicos. (3) No-literarios, o documentos como cartas privadas, facturas de impuestos, invitaciones, demandas, etc., asuntos pertenecientes a la cultura de las antiguas civilizaciones.

VI. Los leccionarios

Son libros que se utilizaban en lugares del culto cristiano en Palestina y en las ciudades de la Roma Imperial. Eran lecciones de teología o comentarios de partes del NT. Una especie de guías para la programación de un año litúrgico en las iglesias. Se han descubierto un número aproximado de 1600 en uncial y minúscula. Contienen colecciones de pasajes de los evangelios, las epístolas. El idioma en que están escritos es el griego. Los últimos descubrimientos han hecho crecer el número de estos a un número de 4500.

VII. La ostraca y las inscripciones

El siguiente diagrama preparado por el doctor Ismael Amaya, del Point Loma College, California, Estados Unidos, pretende ilustrar la transmisión del texto bíblico. La intención es ofrecer una sencilla idea del proceso del copiado a partir de los autógrafos originales de los textos hebreo y griego.



LOS ROLLOS DEL MAR MUERTO

I. ¿Un descubrimiento providencial?

Hasta antes del año 1947 el mundo cristiano, así como los grandes eruditos de la bibliología, solo poseían un texto hebreo del Antiguo Testamento extremadamente cuidadoso y exacto. Como hemos visto, había diferencias no importantes entre el Texto Masorético, los Targumes (traducción o paráfrasis de partes del AT), el Pentateuco Samaritano y la Versión de los Setenta (LXX). Los enemigos de la Biblia, particularmente los liberales, afirmaban que todos estos textos existentes no eran seguros o confiables.

Sin embargo, en 1947 ocurrió un suceso mundial realmente dramático; se descubrieron auténticos rollos de material bíblico los cuales confirmaron la exactitud y autenticidad del Texto Masorético Hebreo de nuestras actuales Biblias. Solucionó con propiedad muchos problemas que eran planteados por críticos contrarios al esquema evangélico de tratar la Biblia. En varias publicaciones se halla la historia de que a fines de mayo de aquel año, un joven beduino buscaba una de sus cabras que se le había extraviado en las grutas del oeste del Mar Muerto. Llegando a una montaña agreste observó una extraña cueva. Impresionado por su configuración, lanzó una piedra a su interior. Para su asombro, oyó el ruido de unas vasijas que se quebraban. Desde entonces, en el mundo cristiano evangélico hemos creído que esto fue obra de la providencia de Dios debido a que aquella gran “pedrada” ocasionó el más grande de los descubrimientos de material bíblico hasta hoy. Buscando un compañero, los dos muchachos se internaron en la cueva avistando grandes vasijas, en cuyo interior encontraron “rollos”; nunca entendieron su lenguaje porque no era el árabe, sino el hebreo. Esas vasijas estaban cuidadosamente selladas, de ahí la conservación de los rollos. Se pudo demostrar que dichos rollos habían permanecido guardados por espacio de 1900 años. Cinco de los rollos de la Gruta 1 (como ahora se le llama) fueron vendidos al Metropolitano del Convento Ortodoxo Sirio de Jerusalén, y tres al profesor Sukenik, de la Universidad Hebrea de Jerusalén. Cuando concluyó la guerra árabe-israelí, el arzobispo del convento, que por suerte sabía hebreo bíblico, dio a conocer al mundo el más importante hallazgo que jamás se había hecho en Palestina. Posteriormente se

encontraron otros mss. en diez grutas más. Estudios posteriores de todo aquel invaluable tesoro llegaron a la conclusión de que todas aquellas cuevas realmente fueron la fortaleza y los edificios de la antigua comunidad de los Esenios. Otras investigaciones han elaborado la hipótesis de que los Esenios habrían huido a esta fortaleza llamada Chirbet Qumrán debido al asedio de los romanos, escondiendo en las citadas cuevas su valiosa biblioteca en el año 68 d.C. De más de 500 mss. recuperados en Qumrán, 175, o sea, la tercera parte, son bíblicos.

A fin de ver la importancia de estos descubrimientos para la bibliología, daré una breve semblanza de las grutas o cuevas más importantes donde se halló literatura bíblica:

A. Cueva 1(1Q): el libro del profeta Isaías. Se hallaron dos rollos en la primera cueva. El primero (1QIsa) presenta el texto completo. Pese a que presenta algunas variantes, es notablemente idéntico al libro de Isaías del texto masorético. El segundo (1QIsb) está incompleto. No obstante, presenta una caligrafía más bella y es casi idéntico al texto masorético. Se conservan parte de los capítulos 41 y 43 a 66, junto con algunos fragmentos de los capítulos anteriores.

Se hallaron igualmente fragmentos del libro de Daniel. En esta cueva se encontró justamente el pasaje de Daniel 2:4 en el que se da el cambio de lenguas de hebreo a arameo. Y un comentario del libro del profeta Habacuc. Asimismo cinco pequeños fragmentos del libro de Levítico, pertenecientes al “Código de Santidad” (Lv. 17-26). Han sido fechados como anteriores al siglo V a.C.

B. Cueva 2 (2Q). En febrero de 1952 los beduinos hallaron otra cueva a poca distancia al sur de la primera. Allí se encontraron fragmentos de los libros de Éxodo, Rut, Salmos, Jeremías, del Libro de los jubileos y otros diversos. Fueron adquiridos por la Escuela Francesa de Arqueología y por el Museo Palestino de Jerusalén. También se halló un segundo rollo del libro del Levítico.

C. Cueva 4 (4Q). Fue explorada en septiembre de 1952. Se hallaron más de 380 libros de los cuales 100 son libros canónicos o bíblicos. Puede decirse que se encontró todo el Antiguo Testamento a excepción de Ester. Varios rollos de la Versión de los Setenta fueron recogidos también. Importante es el libro del Éxodo, fechado alrededor del 250 a.C. Dos fragmentos del libro de Samuel, el cual presenta el más antiguo texto conocido de escritura cuadrada; ha sido fechado en el 225 a.C. Contiene 1 Sam. 16:19-21:23; los especialistas afirman que se trata de un texto superior al de los masoretas y al de la Versión de los Setenta. Hallóse igualmente un fragmento del libro del Eclesiastés. Y el libro de Jeremías está representado con dos fragmentos. Huelga decir que en esta cueva se encontró un verdadero florilegio: los arqueólogos sacaron verdaderos comentarios de

los libros bíblicos del Salmo 37, Números, Deuteronomio, Josué, de Isaías, el de Oseas, Nahum, fragmentos de las bendiciones patriarcales, etc.

D. Cueva 7 (7Q). Se encontraron otros fragmentos en griego atribuido a la LXX, así como otros pasajes de otros libros del AT. Pero la sorpresa la dio José O'Callaghan cuando logró identificar varios fragmentos con pasajes del Nuevo Testamento. Los eruditos fecharon estos documentos entre el año 50 a.C. y el 50 d.C.

E. Cueva 11 (11Q). De allí extrajeron el Libro o rollo de los Salmos. Fue desenrollado en noviembre de 1961. De todo el conjunto de los 150 Salmos solo se han conservado 36. El texto de estos Salmos concuerda admirablemente con el texto masorético.

F. Otras cuevas. A 18 km. del sur de Qumrán, en las cercanías de Wadi Muraba'at, los beduinos hallaron otras cuevas con diversos mss. De Vaux, erudito e investigador católico francés, encontró posiblemente el ms. más antiguo, un papiro fechado en el siglo VII a.C., anterior al exilio babilónico. El mejor descubrimiento de esta cueva fue el hallazgo de muchos mss. fragmentarios que contienen una versión griega de los Profetas Menores fechado alrededor del año 150 d.C.

II. Qumrán destruyó los argumentos de la Crítica Bíblica Radical

Los descubrimientos de los rollos en Qumrán deshicieron por completo toda la crítica que había en contra de la Biblia. La Crítica del Antiguo y Nuevo Testamento, encabezada en tiempos modernos por Julius Wellhausen y Rudolf Bultmann, nacieron antes de estos hallazgos. Las denominadas Hipótesis Documentarias o teoría JEDP de Wellhausen y la Crítica de las Formas de R. Bultmann, terminaron por hacerse pedazos en la roca de la evidencia. Como se recordará, ambos críticos, a su manera, decían que el AT era una colección de mitos y folclore leyendesco, obra de varios redactores, negando que Moisés fuera su autor. El invento de lo que los críticos llaman “las variaciones literarias del texto” (otro nombre para JEDP) les hizo decir que el Pentateuco es una especie de Epopeya que no narra historia; para hacer armonizar esta peregrina idea, asignaron a cada supuesto documento una fecha diferente. Por ejemplo, afirmaron que el documento P (del inglés Priestley = sacerdotal) fue escrito durante el exilio babilónico o en el siglo IV a.C. No obstante, es demasiado curioso que la arqueología jamás ha descubierto la menor indicación de la existencia de cualquiera de los “documentos JEDP” que los críticos han ideado. Lo que quiero decir es que nunca se han hallado mss. que apoyen esta teoría. Se ha dicho también por parte de los críticos que el libro del profeta Isaías era una composición tardía escrita por dos, tres o hasta más Isaías. Pero, lo cierto es que nunca se han encontrado copias de aquellos supuestos “Isaías”. El hallazgo del rollo completo del libro de Isaías fechado dos siglos antes de Cristo demostró que siempre existió un solo libro y un solo autor, Isaías. Qumrán

deshizo por completo ese absurdo. Pese al gran cúmulo de evidencia científica arqueológica y paleontológica, muchos críticos aún continúan aferrándose a sus propias fantasías. Prefieren seguir creyendo en las especulaciones de biblioteca sin datos reales que las apoyen. Quienes aún se aferran a estas teorías, de manera irracional rechazan el testimonio de la historia y de la propia ciencia. Pero, lo más extraordinario de todo es que los descubrimientos de Qumrán prueban que el texto actual de la Biblia ha sido transmitido con una altísima fidelidad en relación con los mss. que ya existían tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. Esto desde luego, apoya la tesis de que existe un verdadero milagro de parte del Señor.



VERSIONES DE LA BIBLIA

I. ¿Qué son versiones bíblicas?

La dispersión de los judíos y la obra misionera cristiana dieron origen a las diferentes versiones bíblicas conocidas hasta hoy. La gran masa de convertidos que iban resultando por todo el mundo necesitaban conocerla Palabra de Dios en su propio idioma. Fue así como en casi todas las naciones surgieron versiones realizadas por fervorosos creyentes con el fin de suplir esta necesidad. Suelen clasificarse en dos: antiguas y modernas.

II. Versiones hebreas antiguas que contienen solamente el Antiguo Testamento o algunas partes

A. El Pentateuco Samaritano. La raza samaritana se originó después de que Sargón, rey de Asiria, había completado la captura de Samaría destruyendo el reino de Israel y enviando a mucha gente al cautiverio (722-721 a.C.). Este rey logró destruir la fe de estos cautivos al hacer que contrajeran matrimonios mixtos con hombres y mujeres que mandó a traer de comarcas orientales cuyas costumbres religiosas eran de signo pagano e idólatra. La mezcla de judíos con paganos formó la raza samaritana. Esdras 4:1-16 se refiere a los deseos samaritanos para edificar los muros de Jerusalén junto con los judíos que regresaron de Babilonia. Las dificultades surgidas entre los dos bandos produjeron que los samaritanos erigieran a Gerizim, en lugar de Jerusalén, como su centro de adoración. Constituyeron un sacerdocio propio, y de una manera que aún no se sabe, adquirieron un manuscrito o copia del Pentateuco hebreo. Esto les sirvió de base para hacer su propia versión escrita en letras samaritanas. El origen de esta versión ha sido fechado en el año 430 a.C.

B. Los Targumes. Son versiones arameas del AT hebreo. Algunas son fieles, pero otros presentan mezcla de leyendas judías. Se transmitieron oralmente hasta el siglo n de nuestra Era hasta cuando tomaron forma escrita. Se conocen ocho, siendo los principales el de “Onkelos” que contiene todo el Pentateuco y el de Jonatán Ben Uzziel que contiene los libros históricos y proféticos. Estas partes son una de las primeras

versiones más antiguas de la Biblia. Cuando el pueblo de Judá regresó del cautiverio babilónico a Jerusalén bajo la comandancia de Esdras y Nehemías, se halló que su lenguaje nativo se había olvidado. Las nuevas generaciones no hablaban el hebreo. Hubo necesidad de traducir las Escrituras hebraicas al arameo. En la reconstrucción de Jerusalén se implantó la buena costumbre de leer públicamente el Libro de la Ley (Neh. 8:8). Estos comentarios de la ley dieron origen a los Targumes.

C. El Talmud y el Midrash. Estos escritos no son ni traducciones ni paráfrasis, pero se trata de una importante literatura bíblica afín a los Targumes. El Talmud es una obra judía que contiene leyes civiles y religiosas con comentarios que no se encuentran en el Pentateuco. Representa el aprendizaje, enseñanza y opiniones de los maestros judíos por espacio de 800 años (300 a. C. hasta 500 d. C.) con relación a la interpretación de la ley judía. El Talmud se divide en dos partes: la Mishná o ley oral (escrita en hebreo) y la Gemara o comentarios e ilustraciones de la Mishná (escrita en arameo). La base del Talmud es el Pentateuco o Ley; los judíos lo dividen en Ley Escrita tal como está en el Pentateuco y Ley Oral, muy ligada a la anterior. El Midrash puede ser definido más o menos como explicaciones y exposiciones del Antiguo Testamento, especialmente de doctrinas y puntos de vista homiléticos. Fue escrito en hebreo y arameo. La palabra ocurre dos veces en el AT traducida como “historia” (2 Crón. 13:22; 24:27). Su más floreciente período fue entre el año 100 a.C. hasta el 300 d.C. El término puede entenderse como antiguas exposiciones sobre la ley, los salmos y los profetas, discusiones que tomaron la forma de ilustraciones alegóricas, homilética y comentarios prácticos.

II. Versiones griegas que solo contienen el Antiguo Testamento

A. La versión griega de los Setenta (LXX). La versión de los Setenta es una traducción del hebreo del AT al griego que hablaban los judíos de Alejandría, Egipto y naciones circundantes. Se le conoce comúnmente como la Septuaginta y su abreviatura es LXX. También se le llama Versión Alejandrina.

Breve historia. Empezó a ser traducida en el año 280 a. C. Luego de la destrucción de Jerusalén a manos de Nabucodonosor, al poco tiempo hubo judíos que emigraron a Egipto (Jer. 43:5-7; 44:1). Durante la conquista del Asia occidental Alejandro el Grande tomó Fenicia, Palestina y Egipto, fundando allí la gran ciudad de Alejandría (332 a.C.). A su llegada a Palestina, Alejandro fue vivamente impresionado por la conducta e inteligencia de los judíos. Históricamente se sabe que Alejandro les dio un trato amable; esto hizo que muchos de ellos le acompañaran a Egipto estableciéndose en Alejandría. Al hablar ahora del nombre Septuaginta, existe una tradición la cual dice que un tal Aristeas, alto oficial de la corte de Ptolomeo Filadelfo, escribió una carta a su hermano

Filócrates, en la cual decía que el bibliotecario de la Biblioteca Real de Alejandría solicitó al rey la importancia de tener en la Biblioteca una versión griega de la ley de los judíos. Agradándole al rey la idea, envió una embajada al sacerdote Eleazar de Jerusalén solicitándole que enviara a Alejandría una copia de la Torah con 6 hombres eruditos por cada una de las doce tribus de Israel. En respuesta a la solicitud, fueron enviados 72 hombres, cada uno con una copia de la ley escrita en oro. Estos sabios se establecieron en la isla de Faros, lugar donde empezaron la traducción. Cada cual hizo una, y todos terminaron en 72 días exactos. Al compararlas, resultó que las 72 copias eran exactamente iguales. Pronunciaron las maldiciones de Yahveh para quien añadiera o quitara algo. Pidieron que fueran distribuidas entre los líderes egipcios. Hecha la labor, regresaron a Jerusalén cargados con ricos dones.

Hoy se cree más bien que la versión fue hecha por judíos alejandrinos antes que palestinos. Tal parece, su traducción comenzó en el año 280 a.C. y fue terminada en el 180 a.C. La traducción fue hecha gradualmente por diferentes traductores de gran sabiduría y habilidad. Lo valioso de esta traducción es que de las 280 citas que se encuentran en el NT, 265 de ellas concuerdan mejor con el lenguaje de esta versión que con el hebreo del texto masorético. Esta versión fue utilizada ampliamente por los judíos dispersos y cristianos primitivos. Algunos piensan que esta fue la versión que usó nuestro Señor Jesucristo.

B. Otras versiones griegas. En los tiempos de Orígenes, existían otras versiones griegas tales como la de Aquila fechada en el 128 a. C.; la versión de Teodosio fechada en el 180 a.C. y la versión de Símaco (200 a.C.). Orígenes se basó en estas versiones al igual que en la de los LXX y mediante un ms. en hebreo las arregló en columnas paralelas formando así la obra conocida como Hexapla. Se trata de una versión que contiene 6 veces el AT.

III. Versiones siríacas antiguas que contienen partes o todo el Antiguo y Nuevo Testamento

A. Curetoniana. En 1842, un conjunto de manuscritos en siríaco fue llevado al Museo Británico desde el convento de Santa María de Dapara, Egipto. Entre ellos había un manuscrito que contenía el Pentateuco y largas porciones de los cuatro Evangelios. Fueron editados por el Dr. Cureton de Inglaterra.

B. La Peshitta. Nombre que como vimos significa “sencilla”. Fechada en el 150 d.C. está escrita en el antiguo texto siríaco. Contiene todo el NT a excepción de los libros anti-legomena: 2 de Pedro, 2 y 3 de Juan, Judas y Apocalipsis.

C. La palestiniana o de Jerusalén. De esta versión solo se conocen fragmentos. Hecha al parecer para el uso de cristianos de raza hebrea en el siglo V. Se conocen cinco mss.

D. El “Diatessarón” de Taciano. Véase lo expuesto en el Capítulo 25.

IV. Versiones latinas

A. Versión Italia o Itala. Es la más antigua de las versiones latinas y al mismo tiempo la más antigua de las versiones cristianas (siglo II). El AT de esta versión fue traducido no de mss. hebreos, sino de la versión de los Setenta. Se cree que fue hecha en África del Norte y terminada en Italia, de ahí el nombre de “Itala” Debido a que su estilo no era perfecto, gradualmente se le fueron haciendo correcciones en cada provincia a donde llegaba. El resultado fue la pérdida de la pureza original de su texto. Surgió así la necesidad de tener mss. más legítimos. Esto motivó a que el obispo romano Dámaso (383 d.C.) comisionara a un hombre docto de su época, versado en hebreo, griego y latín. Este era nada menos que Jerónimo; hizo una revisión y traducción de la Biblia. Su trabajo fue la versión Vulgata Latina.

B. La Vulgata Latina. Significa “común” o “corriente”. Fue hecha entre los años 383-405 d.C. Contiene todo el Antiguo y Nuevo Testamento. A petición de varios de sus amigos Jerónimo tradujo los apócrifos. Hay que aclarar que nunca los consideró inspiración divina, y además enseñó que los apócrifos nunca pertenecieron al canon hebreo. La Iglesia católica la adoptó como su versión oficial.

V. Versiones cópticas o egipcias con los dos testamentos

A. Etiópica. Fue preparada para los cristianos de Abisinia, siglo IV. Se le atribuye al primer obispo de Abisinia Abba Salama conocido como Frumencio.

B. Versión Gótica. El célebre misionero conocido como Ulfilas o apóstol de los godos, desarrolló su obra en la península de los Balcanes. Tradujo la Biblia al gótico en el siglo IV. El mérito de su trabajo está avalado por la invención que hizo de un alfabeto, pues ese idioma no tenía forma escrita. El AT se tradujo de la LXX y el NT directamente del griego.

C. Versión armenia. En el siglo V, Miesrob y Moisés Coremensis la iniciaron y José y Eznak la concluyeron.

D. Versión Georgiana (Rusia). El cristianismo llegó a Armenia en el siglo V. Una tradición dice que Constantino envió misioneros a Georgia desde Constantinopla en el siglo IV. Allí surgieron iglesias. El AT fue traducido de la LXX y el NT de una versión siríaca.

E. Versiones árabigas. Entre los siglos VII y VIII se hicieron versiones de la Biblia al idioma árabe. Existe un NT que data del año 942. Pero se hicieron diversas traducciones basadas en las que ya existían como las siríacas, griegas, hebreas, etc.

VII. Versiones modernas de la Biblia o partes de ella

A. Versiones españolas. La primera versión moderna de la Biblia fue realizada en España a petición de Alfonso X, (el sabio) rey de Castilla. Por los años 1260-1280 ordenó que la Biblia fuera traducida al “Romance” (mezcla de latín y castellano). La traducción se hizo con base en la Vulgata Latina. A principios del siglo XV el rey Alfonso V de Aragón mandó hacer una nueva traducción, ejemplar que se encuentra en la Biblioteca del Escorial. Son dos códices en vitela escritos desde Proverbios hasta el fin. Por su lado, el rabí judío-español Moisés Arrajel terminó en 1430 una traducción del AT produciendo un ms. de 515 páginas, por muchos años en poder de Inquisición. En el mismo siglo aparece una versión de los evangelios la cual llegó a ser poseída por Gaspar de Guzmán en 1624. Después fue propiedad de los Duques de Alba. De ahí que se le conoce como La Biblia de la Casa de Alba.

En 1530, una versión de los cuatro evangelios fue traducida de la Vulgata. Tuvo por título Vita Cristo Cartujano y fue dedicada a los reyes católicos Fernando e Isabel. En el año de 1534, aparecieron los Salmos, los Evangelios y las Epístolas a cargo de Juan de Valdés. Años más tarde en 1543 Francisco de Enzinas hizo una versión griega del NT tomando como base el NT de Erasmo de Rotterdam. El confesor del emperador Carlos V la condenó y Enzinas fue puesto en la cárcel, huyendo luego a Ginebra, tierra de libertad y refugio de las persecuciones papales en la época de la Reforma. En 1553 aparece la segunda versión castellana del AT de acuerdo con los originales a cargo de dos judíos portugueses. Se le conoce como la Gran Versión de Ferrara porque su impresión se hizo en Ferrara, Italia. Fue revisada en 1630 y en 1661.

Casiodoro de Reina y la Biblia del Oso (1569). Casiodoro de Reina nació en 1520 en Sevilla, España, era un monje católico de la orden de San Jerónimo. Pero fue alcanzado por el avance poderoso de la Reforma. Cuando quiso dar a conocer sus nuevas convicciones, la reacción de la Contrarreforma no se hizo esperar. Desafió las prohibiciones de Valladolid (1559) y del Concilio de Trento (1563), y aún los mismos rigores de la Inquisición. Tuvo que huir a Suiza y Alemania. Allí trabajó durante doce años traduciendo la Biblia al castellano, trabajo que concluyó en la ciudad de Fráncfort

(Alemania) en 1567. De allí se trasladó a Basilea (Suiza) dando a luz la impresión en 1569. Su traducción se basó en los idiomas originales hebreo usando el Texto Masorético, y respecto al griego empleó el Texto Mayoritario que en los días de la Reforma recibió el nombre en latín de *Textus Receptus* (Texto Recibido). Reina hizo su versión cotejándola con otras versiones latinas y la castellana de Ferrara. La obra de Reina se conoce también como La Biblia del Oso porque en la portada iba estampada la figura de un oso.

Cipriano de Valera, a la sazón compañero del anterior, dedicó casi 20 años para hacer una revisión de la Biblia de Reina. La examinó teniendo a mano las copias de los originales hebreas y griegas empleadas por Casiodoro de Reina, y según sus propias declaraciones, hizo pocas y meras correcciones”. Su trabajo fue finalizado en la ciudad de Ámsterdam en 1602. Esta es, hasta el momento, la mejor versión de la Biblia que se lee en todo Iberoamérica donde se habla el idioma castellano.

La Políglota Complutense. Famosa versión también hecha en España, concluida en 1517 y publicada en 1520. Esta versión no fue traducida al castellano. Se trataba de una versión hecha a tres columnas en hebreo, griego y latín; la patrocinó Francisco Jiménez de Cisneros, uno de los más crueles inquisidores españoles; la mandó a hacer en honor del emperador Carlos V. En tiempos más recientes se hicieron otras versiones tales como la del obispo católico Felipe Scío de San Miguel, quien publicó el NT en 1790. Pero luego toda la Biblia en 1793. Feliz Torres Amat, otro obispo católico también tradujo la Vulgata al castellano en 1824.

Cabe mencionar la Versión Moderna hecha por el misionero presbiteriano en Colombia H. B. Pratt. Su traducción la efectuó directamente de los originales hebreo y griego, trabajo que presentó a las Sociedades Bíblicas en México en 1893. En 1929 se hizo otra edición corregida. Pero hay que decir que no logró superar a la Reina-Valera aunque es una magnífica traducción de los idiomas originales. Entretanto, Pablo Besson tradujo el NT del original griego, publicado por la Junta Bautista de Publicaciones en 1948.

La Versión Nacar-Colunga. Otra versión católica fue la de Alberto Nacar y Eloíno Colunga, dos escrituristas españoles que en estos tiempos por primera vez dieron a la publicidad una versión directamente de los originales hebreo y griego. Después de la Vulgata Latina esta versión se convirtió en la Biblia mejor adquirida, pero muy poco leída por el pueblo católico.

Versión Bover-Cantera. Los eruditos José María Bover y Francisco Cantera produjeron esta otra versión católica en 1947. Señalaron que su trabajo sigue los lineamientos de una “versión crítica sobre los textos hebreo y griego”. También Juan

Straubinger, erudito y sacerdote católico, realizó la versión que lleva su nombre en la Argentina. Es útil por las notas que contiene, algunas presentan un enfoque bastante evangélico.

En nuestro idioma español, en los últimos años salieron las versiones Dios Llega al Hombre (edición católica conocida como Versión Popular) y Dios Habla Hoy (edición con apócrifos de las Sociedades Bíblicas Unidas). La Biblia de las Américas (traducción de The New American Standard Bible) y la traducción del NT conocida como Lo Más Importante es el Amor.

La Nueva Versión Internacional (NVI). Por otro lado, acaba de salir la Nueva Versión Internacional (Miami, FL, 1998), versión que según grandes especialistas deja mucho que desear en relación con nuestra Reina-Valera. El problema reseñado no es tanto la actualización del idioma español como manifiestan los traductores, sino los manuscritos que emplearon para dicha versión. Los manuscritos pertenecientes al Texto Minoritario como el Vaticano y el Sinaítico son textos más corruptos y más recientes que dejan mucho que desear. (Para un análisis exhaustivo del error de las últimas versiones cuyos trabajos se basan en manuscritos no tan fiables como los mencionados antes, consúltese en idioma inglés el libro de Gail Riplinger, *New Age Bible Versions*; en nuestro idioma español *Conspiración contra las Sagradas Escrituras* por César Vidal Manzanares y Domingo Fernández; *Versiones Alteradas de la Palabra de Dios*, Jaime Ortiz Silva, Ransom Press, Florida, 1999).

B. Versiones inglesas. El mundo anglosajón fue uno de los primeros en preocuparse por hacer versiones bíblicas en su idioma. Algunas son parciales hechas en un inglés muy antiguo. Tenemos por ejemplo a Caedmon, (murió en el 680 d.C.) servidor del monasterio de Whitby, al norte de Inglaterra, hizo paráfrasis del Génesis, Éxodo y el libro de Daniel. También el piadoso monje conocido como el “venerable Beda”, erudito, historiador y teólogo, hizo una muy completa traducción del evangelio de San Juan. El rey Alfredo (871-901), rey de Inglaterra, tradujo los Diez Mandamientos y otras partes del AT. Por su parte Anselmo de Canterbury hizo otra notable versión (700 d. C.).

John Wycliffe (1329-1384), llamado “la estrella matutina de la Reforma”, fue hombre de gran poder espiritual en la predicación. Llegó a ser uno de los hombres más ilustrados de su tiempo. Estaba convencido de que el pueblo necesitaba leer la Biblia en su propio idioma. Desafiando el poder del papado romano y en medio de grandes dificultades tradujo la Vulgata Latina al inglés. Terminó el NT en 1380, y el AT en 1382. La iglesia romana lo persiguió fieramente por esta versión.

William Tyndale (1494-1536) fue un Reformador inglés que también se preocupó lo suficiente para que su pueblo conociera la Palabra de Dios en su propio idioma. Tradujo

el NT a su lengua materna, edición que vio la luz en 1525. Escribió muchos comentarios sobre el AT. Al mismo tiempo, fue un insigne promotor de todas las traducciones de la Biblia que pudieran hacerse al inglés. Su obra se realizó en plena Reforma, por lo que pagó muy caro su esfuerzo. Fue detenido en Vilvorde, cerca de Bruselas en 1535; al año siguiente fue estrangulado y quemado por orden del Papa.

Entre 1536 hasta 1568 otras versiones vieron la luz. Las principales son: la de Miles Coverdale (1535); la de Matthew (1537); la de Taverner (1539); la Gran Biblia (1539); la Biblia de Ginebra (1560) y la Biblia de los obispos (1568). En el año 1604, el Rey Jaime (o Jacobo) de Inglaterra, ordenó que se hiciera una nueva versión inglesa de la Biblia nombrando una comisión real de 54 traductores. Esta famosa versión fue concluida en 1611 y es conocida en el mundo anglosajón como la Biblia del Rey Jaime. Hoy se han efectuado revisiones a esta versión presentando un texto ameno y puro. No trataré aquí las versiones hechas en otros países europeos y en otras lenguas. Estimo que lo que hemos tratado es suficiente para que el lector haga sus propias investigaciones y amplíe sus horizontes al respecto.

C. Dios responde la oración del apóstol Pablo. La penetración de la Biblia en todas las culturas e idiomas de la tierra no es otra cosa que la respuesta divina al apóstol Pablo. Este había pedido a los tesalonicenses que oraran por las labores misioneras. Escribiéndoles les dice: “Orad por nosotros para que LA PALABRA DE DIOS CORRA Y SEA GLORIFICADA” (2 Tes. 3:1). Desde los días de la Iglesia Primitiva la producción de copias y versiones de las Escrituras no ha dejado de circular en todos los idiomas del mundo. Esto es un claro indicio de que la Biblia es la Palabra de Dios. Jamás libro o literatura alguna ha alcanzado este desarrollo. ¡Solo a Dios la Gloria!

LA BIBLIA FRENTE A LA CRÍTICA RACIONALISTA MODERNA

1. El término “crítica”

En general, la palabra “crítica” (del gr. *krino*) significa discernir o someter a prueba, o pasar juicio sobre, o determinar... En otras palabras se trata de hacer un juicio imparcial, o tan cercano a ello como el crítico pueda hacerlo al tener documentos que somete a su fiel y veraz consideración. Desde este punto de vista puede denominarse “estudio científico”. Sin embargo, hay por lo menos un par de problemas: (1) Un primer problema tiene que ver con el hecho de que el crítico debe ser honesto con lo que encuentra o examina. (2) El segundo problema está relacionado con las presuposiciones filosóficas con las que examina los escritos divinos. Estos estudios, aplicados a la literatura de la Biblia han recibido el nombre de Crítica Bíblica. La Enciclopedia Cristiana define dicha crítica como, “la ciencia mediante la cual llegamos a un conocimiento satisfactorio del origen, historia y actual estado del texto original de la Escritura”. Esta se subdivide en dos: Alta y Baja Crítica.

2. Alta Crítica

J. McDowell nos hace ver que la Alta Crítica consiste en el ejercicio del discernimiento con respecto al texto, naturaleza, forma, método, tema o argumentos de los diferentes libros; la naturaleza y relación del contexto histórico; la relación de los pasajes entre sí; circunstancias conocidas de los autores, y las de aquellas personas para quienes escribieron”. (*Evidencia que Exige un Veredicto II*, Clie, 1988, pp. 71-72).

3. Baja Crítica o Crítica Textual

Es aquella crítica que se dedica al examen y naturaleza verbal e histórica de las palabras, o situación de las mismas, tal como aparecen en los textos, manuscritos, o impresos, en las versiones antiguas y en otras fuentes legítimas de consulta” (ibíd., p. 71).

4. Deshonestedad de los críticos liberales

La Crítica Bíblica no tiene por qué ser mala en sí misma. Llevada a aspectos lógicos y honestos, es una ciencia útil que nos sirve para afianzarnos mucho mejor en la fe cristiana. Esta, en lugar de servir de tropiezo, debe más bien demostrar la realidad del actual estado de los documentos literarios de la Palabra de Dios. Pero, desafortunadamente no ha sido así. Desde el siglo XVIII hasta hoy, el problema sustancial consiste en que quienes han empleado la herramienta de la Crítica para establecer la veracidad, autenticidad y correcta interpretación de la Biblia, lo han hecho siguiendo las presuposiciones de la filosofía racionalista-idealista y agnóstica de Immanuel Kant (1724-1804). Pero no solo del kantismo, también han bebido de las fuentes de otros filósofos que representan posiciones extremas en contra de la interpretación evangélica de la Biblia. El triste resultado ha sido un deseo *a priori* de desacreditar y tergiversar el contenido divino mediante exégesis o interpretaciones descabelladas que nada tiene que ver con los cánones de la hermenéutica sagrada.

Las presuposiciones liberales, siguiendo a David Hume y a Kant, giran en torno al juicio de la razón humana que se levanta por encima de la autoridad de la revelación escrita del Señor. Un ejemplo de lo anterior es la permanente idea de la Teología Contemporánea (Teologías Monistas) que reafirma el naturalismo en contra del sobrenaturalismo divino tan evidente en la Biblia. Las Teologías Monistas quieren meter a Dios en el esquema relativo del mundo visible así como intentar explicarlo por medio de la razón falible del hombre caído.

5. Prolegómenos de la Crítica Racionalista liberal

La eminente figura de Federico Schleiermacher (1768- 1834) es el fruto directo del kantismo. Así como Tomás de Aquino introdujo a Aristóteles para explicar la teología cristiana, del mismo modo, F. D. Schleiermacher introdujo la filosofía de Kant dentro de la teología protestante europea como principio básico interpretativo para comprender la problemática divina y humana. Sobre la base de la crítica racionalista, la teología liberal ha persistido en señalar que la Biblia no es un libro santo o sagrado como revelación de Dios, sino un libro religioso que difiere solo en grado de los demás libros sagrados producidos por el hombre. Por ejemplo, Johann Salomón Semler (1725-1791), considerado por muchos autores como el padre del racionalismo teológico alemán, “no solamente manejó la Biblia como un objeto del escrutinio de la Crítica Histórica, sino como un libro no menos diferente y no más santo que cualquier otro”. (Op. cit. por Harold Lindsell en *God’s Incomparable Word*, 1977, p. 85).

Este crítico fue uno de los primeros en decir lo que tanto gusta a muchos hoy: “La Biblia no debe ser equiparada con la Palabra de Dios”. Desde luego, por los supuestos “errores” de la Biblia, el caballo de batalla de los liberales. Pero ya hemos dicho que nos son “errores”, sino problemas o variantes. En efecto, lo anterior es solo la punta del

témpano de hielo de toda la estructura teológica de Semler y los liberales modernos. El profesor Eugene F. Klug también nos recuerda esto:

“Semler fue un revolucionario que estuvo en contra de los milagros y de lo sobrenatural en general y de lo celestial en particular. La actividad sobrenatural de Dios en la historia prácticamente no estuvo en la Biblia de Semler. Sostenía que la Biblia había sido deliberadamente mutilada o diseccionada. Sostuvo que esta clase de cirugía fue con frecuencia radical, sin ningún beneficio de la anestesia para aquellos que se vieron afectados directamente en las iglesias” (Ibíd., Lindsell, p. 85).

Por su lado, Gerhard Maier, teólogo alemán luterano, en una liase nos dice en qué consistía la tesis central del método crítico-histórico de Semler: “La raíz del mal (en la teología) es el intercambiado uso de los términos Escritura y Palabra de Dios” (ibíd., Lindsell, p. 85). Pero, ¿qué significa esto? Junto con J. S. Semler y todos los que hoy siguen este método, lo que están diciendo es que la Biblia no es la Palabra de Dios. “Existe una Palabra de Dios la cual puede ser hallada en la Escritura —sostiene Semler—, pero mucho de la Biblia no puede ser considerado Palabra de Dios”.

6. ¿Derrumbadas la inerrancia e infalibilidad de la Biblia por la crítica?

En su afán por ponerse a tono con las ciencias modernas y el racionalismo filosófico, los críticos de hoy todavía continúan hundiendo su afilado bisturí para seguir diciendo a la humanidad del siglo XXI que no existe la doctrina de la infalibilidad ni la inerrancia de la Biblia. En otras palabras, lo que ellos quieren decir es que la iglesia evangélica ha estado equivocada al sostener estas nociones.

A dicha crítica se le suele adjudicar —sin éxito alguno— el papel de haber “derrumbado” la vieja postura conservadora de la inerrancia de la Biblia. Se nos dice por parte de estos críticos que la inerrancia era una opción posible cuando los creyentes conocían muy poco del texto bíblico y de la historia bíblica. Muchos sostienen que por los modernos descubrimientos de la “Alta Crítica” y de la “Crítica Textual” (Baja Crítica), el resultado es que “tenemos una Biblia con bastantes ‘errores’, la cual ya no es inerrante ni infalible”. En opinión de aquellos, el contenido de las Sagradas Escrituras hebreo-cristianas es solamente una interpretación humana sobre Dios hecha por el genio religioso de los judíos. (Para una refutación efectiva de estas falsas y erróneas posiciones remito al lector al importante libro de Josh McDowell, *Evidencia que exige un Veredicto II*, Clie, 1988).

Siguiendo a los anteriores filósofos, y como un virtual ejemplo, también los neoevangélicos sostienen que los pasajes donde la Biblia menciona relatos sobrenaturales, estos no pueden ser ciertos por no ser científicos, debido a que ofenden la razón y lógica humana. La tesis de Semler, Kant, Schleiermacher y otros críticos, es

que aquellos pasajes no pueden ser “verdades reveladas” porque la revelación es irracional en sí misma. Prefieren llamarlos mitos, sagas o leyendas que emplearon los autores para dar colorido literario a la Biblia. Nótese que esta es también la tesis de Karl Barth. De ahí la duda y la deuda que muchos conservadores están empezando a manifestar pasándose al lado neoevangélico de corte liberal.

7. ¿Se supone que debemos cambiar radicalmente nuestro concepto de las Escrituras?

En el seno de la iglesia evangélica muchos están respondiendo afirmativamente esta pregunta. Desde comienzos del siglo XX, en Estados Unidos y Europa, y en América Latina a mediados del mismo siglo, las dudas siguen su curso en lo relacionado al tema de las variantes o diferentes lecturas de los manuscritos de la Biblia. La desconfianza ha proseguido su marcha hasta hoy, y es uniforme entre quienes se ubican en el bando de los etiquetados como “neoevangélicos”. ¿Será por esto que los traductores de las versiones modernas de las Escrituras (DHH, VP, NVI, BA, BJ, BL., etc.), prefieren basarse más bien en los manuscritos del Texto Minoritario en lugar del Mayoritario o Texto Bizantino, porque este último deja intactos pasajes sobrenaturales? No me refiero en exclusiva a Marcos 16:17, 18, pasaje realmente dudoso para muchos, sino que creo que debemos tomar en cuenta las diferentes críticas que se han venido formulando a las últimas versiones de la Biblia tanto en inglés como en español. El hecho clave aquí es el llamado de atención que algunos especialistas y biblistas connotados vienen diciéndonos. Entre otras cosas, porque en ciertas ocasiones, por el afán de hacer un buen trabajo con relación a verter el texto sagrado en un estilo moderno, se tiende a rebajarla divinidad de Cristo, la eterna condenación del impío, o una inculcación sutil de la aceptación gradual de la homosexualidad como tercer sexo, al no traducir adecuadamente los idiomas originales.

Ahora bien, regresando a nuestro tema, muchos críticos cáusticos de las Escrituras, no han tomado conciencia de que los supuestos “errores” de la Biblia no son descubrimientos recientes a manos de la “crítica científica”. Constituye una real ignorancia desconocer que desde los primeros siglos de la Era Cristiana eran notorios o ya se conocían los “problemas” que presentan las diferentes lecturas en los manuscritos en hebreo o en griego, representados en códices, pergaminos y vitelas de toda la Biblia. Estos problemas también eran conocidos en los propios días de la Reforma del siglo XVI. Con seguridad que eruditos tan notables como los fueron los reformadores, comprendían el problema de la “crítica radical” en contra de la Biblia, particularmente del Pentateuco, pero también de toda la Biblia. Sabían que ya había “crítica” en la misma época apostólica y postapostólica. Cómo no les iba a ser familiar los nombres de Porfirio (m. 232 d.C.), Julián el apóstata (n. 331 d.C.), Teodoro de Mopsuestia (m. 428 d.C.), Anastasio el sinaíta, quien discrepaba con la paternidad mosaica del Pentateuco a fines del siglo VII. En el siglo IX sobresale Hiwi al Balkhi, racionalista persa que escribe en

contra de la historicidad del Génesis. También figura Hazm de Córdoba, España (994-1064), quien afirmaba que la Biblia no era la Palabra de Dios. Abu Ibrahim Isaac Ibn Yashush (952-1057 d.C.), conocido como Isaac Ben Jasos, uno de los más antiguos precursores de las hipótesis documentarlas, revividas por Julius Wellhausen, las favoritas de muchos liberales hasta hoy. No se nos olvide a Ibn Ezra (1092-1167 d. C.), crítico muy semejante a Wellhausen. Finalmente, tenemos a Andreas Bodestein (conocido como Carlstadt por su lugar de origen) contemporáneo de Lutero (1408-1517), negaba la paternidad literaria mosaica del Pentateuco. (Véase a R. K. Harrison en *Introducción al Antiguo Testamento*, Editorial Tell, 1993, vol. 1, pp. 3-63).

Desde los primeros siglos y hasta la Reforma, ningún cristiano verdadero discípulo de Cristo se sintió tentado a “tirar” las Escrituras por causa de estos viejos y conocidos problemas. No estamos facultados para hacer una crítica negativa de las Sagradas Escrituras, máxime cuando una ciencia como la Arqueología ha demostrado las graves inconsistencias e inconsecuencias de la Crítica Bíblica Racionalista y liberal. (Para más detalles véase a McDowell, libro citado antes, a James Orr, *El Progreso del Dogma*, Edit. Clie).

8. Conclusión

La revista Time, del 30 diciembre de 1974, según mi opinión dijo una gran verdad tocante al tema de la Crítica Bíblica Racionalista:

La amplitud, sofisticación y diversidad de todas estas investigaciones bíblicas son asombrosas, pero plantea una interrogante: ¿ha convertido la Biblia en algo más creíble o menos creíble? Los que la leen de manera literal, que sienten que el piso se les mueve cada vez que un versículo es cuestionado, dirán que la credibilidad ha sufrido un golpe. Se ha sembrado la duda, la fe corre peligro. Pero los creyentes que esperan algo distinto de la Biblia, podrían bien concluir que su credibilidad ha sido fortalecida. Después de dos siglos de enfrentarse a las armas científicas más potentes, la Biblia ha sobrevivido —y posiblemente esté en una mejor posición después de haber sido sitiada—. Aún en el campo de los críticos —los hechos históricos— las Escrituras parecen ser más aceptables ahora que cuando los racionalistas comenzaron sus ataques.

No se nos olvide que la doctrina de la Preservación Providencial de las Escrituras Judeo-cristianas es un verdadero milagro del Señor. Note el amable lector las siguientes citas bíblicas:

“Ve, pues, ahora, y escribe esta visión en una tabla delante de ellos, y regístrala en un libro, para que quede hasta el día postrero, ETERNAMENTE Y PARA SIEMPRE” (Isaías 30:8).

“Sécase la hierba, marchítase la flor; mas la Palabra del Dios nuestro PERMANECE PARA SIEMPRE” (Isaías 40:8).

APÉNDICE

¿QUISO DIOS QUE SU PALABRA FUERA TRADUCIDA A MUCHOS IDIOMAS?

Sabemos que originalmente la Biblia fue dada por Dios en tres idiomas: Hebreo, arameo y griego. Frente a esto, debemos formularnos varias preguntas: ¿Los idiomas y dialectos modernos a los cuales la Biblia está siendo traducida, son un impedimento para oír y entender la Palabra de Dios? ¿Está limitada la revelación bíblica y cristiana a los idiomas originales y a las personas que pueden entenderlos? ¿Acaso no se pierde o distorsiona el contenido de los manuscritos bíblicos al ser traducidos? A estas preguntas responderé con los siguientes análisis:

I. La divina revelación fue dada con la intención de ser universal.

Se comprende de forma clara que cuando Jesús comisionó a sus discípulos a ir por todo el mundo y predicar su Palabra a todas las naciones, (Mateo 28:19,20) estaba implicando la universalidad de la revelación escrita que conocemos como Biblia o Palabra de Dios.

Piénsese igual que, en el Evangelio, la manifestación del amor de Dios es para todo el mundo; se supone entonces que la fe habría de extenderse a cada nación, pueblo tribu y raza. Las Escrituras también indican con claridad que la universalidad de la fe cristiana está representada en la verdad escatológica de que “el Espíritu de Dios es y será derramado sobre toda carne”. Desde los primeros días, el cristianismo se fijó como tarea básica el *kerygma* o proclamación del mensaje del crucificado con el fin de instaurar el Reino de Dios en el corazón de pecadores arrepentidos. Por todo esto, resulta primordial entender que las traducciones de la Biblia a lenguajes y dialectos modernos deben ser consideradas como un producto de la revelación especial de Dios. Las siguientes razones son una buena base para sostener que Dios se propuso desde un comienzo que Su Palabra fuera traducida:

A. Intención práctica. Desde un punto de vista lógico, es imposible que cada cristiano en el mundo aprenda hebreo y griego para poder leer la Biblia. Es sencillo saber que solo mediante la traducción se dan las condiciones mínimas y necesarias para lograr cosas como estas: “Jehová desnudó su santo brazo ante los ojos de todas las naciones, y todos los confines de la tierra verán la salvación del Dios nuestro” (Isaías 52:10). “Y

será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin” (Mateo 24:14). “...que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste” (Juan 17:21). Esto nos permite decir que si la iglesia ha de ser fiel a su Maestro deberá, en el umbral del siglo XXI, seguir traduciendo las Escrituras a cuantos idiomas Dios le permita.

B. Ejemplo bíblico. Como hemos indicado, desde el principio Dios empleó tres idiomas para comunicarnos su revelación especial. La Biblia misma nos habla de otros ejemplos que apuntan a la necesidad de buenas traducciones con el fin de divulgar la revelación divina. (1) Al profeta Daniel le fue necesario abandonar por tiempos su lengua hebrea para comunicarse con los babilonios en lengua aramea dentro de su cautiverio. (2) Cuando el Nuevo Testamento cita el Antiguo, rara vez traduce directamente de él, pues emplea más bien el habla griega popular conocida como koiné, lenguaje de la versión de los Setenta. Las citas del Antiguo Testamento en el Nuevo no son citas de una traducción experta, sino de una conocida y usada por el pueblo. (3) Es sorprendente que cuando Pablo discute el don de lenguas en la 1ª carta a los Corintios, solicita que las lenguas sean traducidas. De lo contrario el entendimiento quedaba sin fruto (1ª Corintios 14:5, 13, 27, 28). Pablo mismo dijo que “en la iglesia prefiero hablar cinco palabras con mi entendimiento, para enseñar también a otros, que diez mil palabras en lengua desconocida” (v. 19). (4) Es interesante que los apóstoles emplearon el griego, lenguaje universal del Imperio romano, y no el arameo, su idioma natural, para escribir el Nuevo Testamento. Esto quiere decir que las preciosas palabras “llenas de gracia y de verdad” del Unigénito Hijo de Dios nos llegaron mediante una traducción.

C. Necesidad teológica. Desde el comienzo de la historia cristiana la Iglesia se ha alimentado de la Palabra escrita de la Biblia. Toda la producción teológica literaria de los primeros siglos hasta hoy, es el producto de las traducciones de la Biblia que se fueron haciendo en las diferentes regiones de la tierra. Esto queda mejor entendido si reconocemos que la labor teológica es un esfuerzo de la razón humana santificada por entender cada vez más el ministerio del Espíritu Santo, Consolador que según promesa de Cristo, nos “guiará a toda la verdad” (Juan 16:13). De no ser por las traducciones, el quehacer teológico o las diferentes Confesiones de Fe redactadas a lo largo de la historia hubieran sido bien pobres o casi nulos. Pero Dios ha querido que en cada Continente existiese Su Palabra en muchos idiomas. Todo esto nos aboca a una notable conclusión: si la Iglesia ha de cumplir con el mandato misionero del Señor de predicar el evangelio a todo el mundo, entonces una de las tareas primarias que debe seguir haciendo en cada siglo es la traducción de las Sagradas Escrituras.

II. Traducir la Biblia es cumplir con la obligación que el Señor ha impuesto a la Iglesia de administrar correctamente la Palabra de Dios.

En la mente del apóstol Pablo estaba muy claro uno de los ministerios más importantes que Dios encomendó al antiguo pueblo de Israel en relación con su Palabra: “¿Qué ventaja tiene, pues, el judío? —se pregunta el apóstol. Y la respuesta es: “Mucha, en todas maneras. Primero, ciertamente, que les ha sido confiada la Palabra de Dios” (Romanos 3:1,2). Entendido de forma correcta, lo anterior quiere decir que Israel fue el “custodio” o guardián del Depósito Sagrado de la revelación divina. Necesitamos afinar aquí nuestro entendimiento y descubrir que asunto igual Dios ha encomendado a su Iglesia, el Israel de Dios. A la Iglesia del Nuevo Testamento también su Señor le ha confiado ser “custodio”, pero no amo o señor de la Palabra del altísimo. Veamos en qué formas:

(1) Dios requiere que su Iglesia haga una conservación física de las Escrituras. En otras palabras, que la Biblia sea guardada de daños u olvidos irreparables; también el Señor quiere que las Escrituras sean reproducidas y editadas en grandes cantidades, de tal manera que nunca falten ejemplares a las subsiguientes generaciones.

(2) Una conservación interna. Este es el trabajo de la Crítica Textual. Notamos que el trabajo de los copistas no fue inspiración divina. El escollo de las variantes en los diferentes manuscritos supone que los sabios se dediquen a la tarea de descubrir, comprobar y asegurar el mejor texto posible. El texto más perfecto ha sido necesario para la Iglesia de todos los siglos. La Palabra de Dios ha de conservarse tan pura como sea posible mediante el esfuerzo humano y la ayuda de las ciencias.

(3) Una correcta interpretación. Hermenéutica y exégesis son dos ciencias que la Iglesia nunca debe descuidar, sobre todo por los retos que a diario hace el secularismo de una humanidad cada vez más atea y descreída de la revelación y autoridad de la Palabra de Dios. La Iglesia no debe guardar las Escrituras como se guarda el dinero en las bóvedas de un banco. La Iglesia está obligada a interpretarla constantemente y hacer que “la luz brille en las tinieblas”.

(4) Una correcta predicación. La Iglesia debe dar expresión fiel y universal de la Palabra para que su mensaje sea conocido por la mayor cantidad de personas en todo el mundo. Aquí desempeña un papel crucial la predicación de los pastores desde cada pulpito; pero, también, el trabajo de evangelistas, maestros de Institutos y Seminarios es de suprema importancia. No debemos olvidar que para ser verdaderos guardianes del Sagrado Depósito (2 Timoteo 1:13, 14) y de “la fe que fue una vez dada a los santos”, (Judas 3b) se requiere responsabilidad no solo hermenéutica, sino también homiléticamente a fin de lograr un correcto trazado de las Escrituras. Una vida santificada y entregada al ministerio de la Palabra habrá de producir verdaderas predicaciones ungidas por el Santo Espíritu, hasta lograr causar un profundo impacto en

el corazón de los oyentes. Solo así estará garantizado el éxito y la victoria del Evangelio ante el avance de oscuras fuerzas demoníacas que están destruyendo la vida social y familiar de los pueblos.

III. Las traducciones no deben tergiversar o desvirtuar el sentido de los idiomas originales. Más bien, aquellas deben ser un producto de la revelación especial de Dios para una Iglesia nacional o regional.

Algunos eruditos han dudado del proceso de traducción de las Sagradas escrituras argumentando que los idiomas y las culturas difieren tanto, que al hacer la traducción, el texto que se pretende hacer claro se pierde y deforma antes de lo que se conserva. Otros son de la opinión de que el verdadero producto de la revelación especial solo lo tenemos en los idiomas en que el Espíritu Santo inspiró la Biblia. Sin embargo, la Iglesia debe oponerse a razonamientos tan escépticos por estas dos razones:

(1) Gramaticalmente sabemos que el carácter mismo de toda proposición posee un sentido independiente del lenguaje en que fue enunciada originalmente. Unos ejemplos bastan para apoyar esto. La proposición de la teoría Heliocéntrica de Nicolás Copérnico fue dada en el idioma latín, y la teoría de la Relatividad de Albert Einstein fue formulada en proposiciones verbales pertenecientes al idioma alemán. Lo anterior no quiere decir que la validez de estas teorías esté circunscripta únicamente a estos idiomas. Es claro que la traducción de estas teorías a los diversos idiomas del mundo no falsificó los enunciados y proposiciones de sus fórmulas matemáticas. En toda parte, los resultados, análisis y aprovechamiento científicos han sido los mismos. Al hablar de efectos prácticos, la comprensión de la realidad de estas teorías ha sido uniformemente demostrada en todo el mundo. Del mismo modo, podemos hablar de los efectos prácticos de la Palabra de Dios, aunque traducida, dichos efectos han sido los mismos en todas las naciones de la tierra. La conversión, el milagro del nuevo nacimiento (Juan 3:3) y la santificación de los primeros cristianos no difiere en nada de los individuos que han sido alcanzados por el poder del Evangelio en el siglo XX.

Se ha comprobado la posibilidad teórica y práctica de las traducciones a partir del hecho de que lo que puede decirse en un idioma puede ser dicho en otro en diferente lenguaje. Es decir, que se pueden hacer traducciones simultáneas, y todos pueden entender las mismas ideas. Esto puede hacerse con todos los idiomas del mundo. Conclusivamente, no hay bases científicas para negar este primer punto.

(2) La intención del traductor debe ser únicamente reproducir el producto auténtico de la revelación especial. Desde luego que para ser un excelente traductor de la Biblia se requiere carácter de experto en hebreo, griego y arameo; debe poseer perfecto dominio de la gramática de aquellos idiomas, así como de otros que guardan relación con las culturas bíblicas. Pero, sobre todo, debe entenderse que la tarea de

traducir la Palabra de Dios no es asunto de profesionalismo, sino de una tarea espiritual que envuelve gran responsabilidad ante Dios, tarea que en cierta manera está determinada por el grado de consagración, amor y sinceridad de quien presta este servicio a la causa cristiana. Pues quien traduce, debe saber que no está traduciendo un documento religioso o una obra de literatura, sino LA PALABRA DE DIOS. Aquí muy bien cabe el principio que según el apóstol Pablo regula todas las acciones del cristiano: “Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios” (1 Corintios 10:31).

Los eruditos nos hablan de que el texto de los idiomas originales es la forma interna de la revelación, mientras que el resultado, la traducción, viene a ser la forma externa de la revelación. Así mismo, los entendidos nos hablan de que la veracidad del contenido de la revelación especial (Palabra de Dios) no depende de su lenguaje original. Si esto fuera así jamás se hubiera podido traducir las Escrituras a tantos idiomas. Sin embargo, dichosamente la forma interna de las Escrituras puede ser traducida a todos los idiomas del mundo. Esto se debe a que el traductor, todo lo que hace es buscar la forma interna de la Palabra de Dios y traducirla a la forma externa del nuevo idioma. Hay que advertir que en realidad ninguna traducción puede competir con el contenido de los idiomas originales del Antiguo y Nuevo Testamento, pues ellos son la forma interna original que da vida a todas las traducciones.

Una vez que el traductor ha logrado verter el Depósito Sagrado a la forma externa de cualquier idioma o dialecto, el resultado es una versión de las Escrituras para una Iglesia nacional o continental, enriqueciendo así la vida y cultura de todo un pueblo o hemisferio. De ahí que la obra de los traductores sea una de las más importantes para el avance cultural del reino de Dios en todo el mundo. En este sentido, todo cristiano debería siempre dar gracias a Dios por la ingente labor de las diferentes Sociedades Bíblicas e Institutos de Traducción diseminados por todo el mundo, siempre y cuando se mantengan fieles a los verdaderos ideales para los cuales fueron constituidos. ¡SOLI DEO GLORIA!

BIBLIOGRAFIA

- *El origen de la Biblia (Felire)*
- *Una introducción al Antiguo Testamento, E. Young, (Tell).*
- *Thy Word is Truth, Young, (The Banner).*
- *Introduction to the Old Testament, Harrison (Eerdman).*
- *Introducción al Nuevo Testamento, Harrison (SLC).*
- *Problemas y perspectivas de las ciencias bíblicas (Sígueme).*
- *The Inspiration and Authority of the Bible, Warfield (P&R).*
- *La revelación e inspiración de las Escrituras, Lewis (CBP).*
- *La inspiración divina de la Biblia, Louis Gaussen (Clie).*
- *La Biblia Palabra de Dios, F. Bettex (Clie).*
- *¿Son fidedignos los Documentos del NT?, Bruce (Caribe).*
- *Teología de la Revelación, R. Latourelle (Sígueme).*
- *La Revelación Especial y la Palabra de Dios, B. Ramm (La Aurora).*
- *El Debate Contemporáneo sobre la Biblia, Varios (EEE).*
- *El Fundamento Apostólico, Grau (EEE).*
- *Cómo comprender la Biblia, Stott (Certeza).*
- *El Conocimiento de las Escrituras, R.C. Sproul (Logoi).*
- *Lectura materialista de la Biblia, Clevenot (Sígueme).*
- *Tratado Teológico político, Spinoza (Alianza).*
- *Hermenéutica Bíblica, Martínez (Clie).*
- *Escudriñad las Escrituras, Dana (CBP).*
- *La Hermenéutica Contemporánea, varios (Edit. Cincel).*
- *The Bible in the Church, Wescott (Baker).*

Este material está disponible gratuitamente, con la única finalidad de ofrecer lectura edificante a tod@s aquellos herman@s que no tienen los recursos económicos para adquirirlo. Si usted es alguien financieramente privilegiado, utilice este material para su evaluación, y, si es de su gusto, bendiga al autor, editores y librerías, con la compra del libro.

Kamikaze PDF



Bibliología

Orígenes, historia
y teología de la

BIBLIA

Si la Biblia es realmente tan importante para quien ha creído en Cristo, ¿por qué no conocer sus orígenes históricos y prodigioso desarrollo? ¿Cómo se formó la colección de libros del Antiguo y Nuevo Testamento? ¿Cómo sabemos que la Biblia no contiene errores y que su contenido se nos ha transmitido fielmente por los antiguos escribas judíos y copistas cristianos desde siglos inmemoriales? ¿Cómo llegaron hasta nuestros días las modernas traducciones sin la existencia de los manuscritos autógrafos u originales?

El contenido de este libro es una respuesta apologética a los anteriores interrogantes. Una buena y profunda investigación de la Doctrina de la Biblia nos permite comprender la divina preservación del Depósito Sagrado que el Señor encomendó a su Iglesia. La existencia de la Biblia hasta hoy es un milagro de la Providencia de Dios. Nuestro Señor Jesucristo dijo: "El cielo y la tierra pasarán, pero, mis palabras no pasarán" (Lc. 21:33). Por su parte, el profeta Isaías, tocante al tema declara: "Sécase la hierba, marchítase la flor; mas la Palabra del Dios nuestro permanece para siempre" (Isaías 40:8).

MARIO
CELY
Q

ha sido pastor y es profesor de Teología Sistemática, ética cristiana y apologética en la ciudad de Bogotá. Obtuvo su Th. M., del Presbyterian College and Theological Seminary de Seúl, Korea.



info@clir.net

www.clir.net

Este material está disponible gratuitamente, con la única finalidad de ofrecer lectura edificante a tod@s aquellos herman@s que no tienen los recursos económicos para adquirirlo. Si usted es alguien financieramente privilegiado, utilice este material para su evaluación, y, si es de su gusto, bendiga al autor, editores y librerías, con la compra del libro.

Kumikaze PDF



